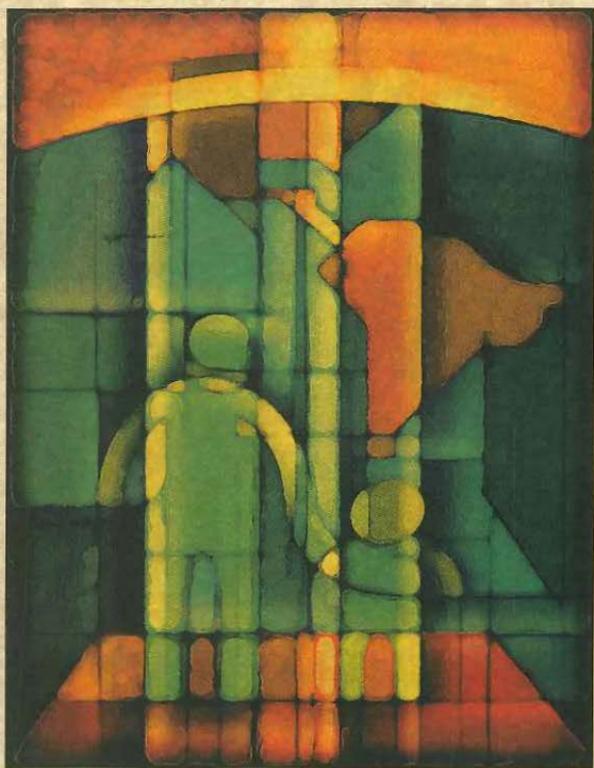


Norma Fuller *editora*



PATERNIDADES  
EN  
AMÉRICA  
LATINA



Pontificia Universidad Católica del Perú

FONDO EDITORIAL 2000

**Participantes**

Javier Alatorre

Ondina Fachel

Norma Fuller

Matthew Gutmann

Benno de Keijzer

José Olavarría

Patricia Ruiz

Bonnie Shepard

Teresa Valdés

Mara Viveros





# PATERNIDADES EN AMÉRICA LATINA



# PATERNIDADES EN AMÉRICA LATINA

NORMA FULLER  
EDITORA



Pontificia Universidad Católica del Perú  
Fondo Editorial, 2000

Primera edición: marzo de 2000

*Paternidades en América Latina*

Carátula: Enrique Ottone y Elizabeth Huamanchumo

Copyright © 2000 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel.

Telefax: 460-0872. Teléfonos: 460-2870, 460-2291, anexos 220 y 356.

E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052000-1002

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-282-8

Impreso en Perú – Printed in Peru

# Índice

AGRADECIMIENTOS	9
INTRODUCCIÓN	11
PRIMERA SESIÓN	33
Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú <i>Norma Fuller</i>	35
Paternidades y masculinidades en el contexto colombiano contemporáneo, perspectivas teóricas y analíticas <i>Mara Viveros Vigoya</i>	91
Ser padre en Santiago de Chile <i>José Olavarría</i>	129
Comentarios a las ponencias de Norma Fuller, Mara Viveros y José Olavarría <i>Bonnie Shepard</i>	175
Debate de la primera sesión	191
SEGUNDA SESIÓN	213
Paternidades y transición de género <i>Benno de Keijzer</i>	215

Significados y prácticas de la paternidad en la ciudad de México	241
<i>Javier Alatorre Rico y Rafael Luna</i>	
Comentarios a las ponencias de Benno de Keijzer, y de Javier Alatorre y Rafael Luna	277
<i>Patricia Ruiz Bravo</i>	
Debate de la segunda sesión	289
TERCERA SESIÓN	307
Impases de la paternidad: la reproducción desde la perspectiva masculina	309
<i>Ondina Fachel Leal</i>	
Mamitis y los traumas del desarrollo en una colonia popular de la ciudad de México	333
<i>Matthew C. Gutmann</i>	
Comentarios a las ponencias de Ondina Fachel Leal y Matthew Gutmann	361
<i>Teresa Valdés</i>	
Debate de la tercera sesión	369
CONCLUSIONES DE LA CONFERENCIA REGIONAL «PATERNIDADES EN AMÉRICA»	387
PLENARIA PÚBLICA	395
AUTORAS, AUTORES Y COMENTADORAS	413

## Agradecimientos

La Fundación Ford y la Pontificia Universidad Católica del Perú financiaron y, con ello, hicieron posible la realización de la Conferencia «Paternidades en América», que dio origen a esta publicación. El departamento de Ciencias Sociales y la Oficina de Eventos de la Pontificia Universidad Católica prestaron apoyo logístico a lo largo de todo el proceso de coordinación de esta conferencia. Agradezco principalmente a Patricia Harman, coordinadora de la Oficina de Eventos, quien tomó a su cargo parte del trabajo correspondiente a la programación de la actividad.

El antropólogo Gerardo Castillo fue parte esencial en la organización de la misma y en la edición y publicación de los resultados. Lucrecia López Bacigalupo transcribió los debates y los comentarios de las ponencias presentadas. Frida Beltrán tomó a su cargo el apoyo secretarial de este trabajo con la eficiencia que la caracteriza.



## Introducción

El tema de la paternidad ha sido abordado generalmente desde una perspectiva más negativa que positiva; en otras palabras, desde los problemas que genera la ausencia del padre y no planteando una reflexión en torno a su presencia, es decir, sobre los valores, actitudes y expectativas de los varones respecto a esta experiencia. En este contexto, la presente publicación se propone divulgar los resultados de investigaciones, realizadas en Brasil, Chile, Colombia, México y Perú, que se centran específicamente en el significado que tiene la paternidad para la población masculina, qué lugar ocupa en sus proyectos de vida, cuáles son las dificultades que enfrenta en esta tarea y qué modificaciones percibe en la manera en que se la define. A continuación, nos proponemos resumir algunos puntos del debate y las reflexiones surgidas alrededor de estos trabajos aquí presentados.

El objetivo general de este volumen es aportar elementos comparativos de información y análisis sobre las representaciones y experiencias de la paternidad en América Latina. Además, se presenta el debate en torno a las transformaciones en curso en la relación padre-hijos debido a cambios en el ámbito de la intimidad (Giddens 1992) y en las relaciones entre los géneros que han contribuido al cuestionamiento de los discursos vigentes sobre masculinidad y paternidad. Finalmente, los resultados de este debate deberán contribuir al diseño de metodologías de trabajo y políticas públicas que permitan trabajar con la población masculina de una manera que atienda a sus demandas.

## 1. El estudio de la paternidad

El tema de la paternidad ha sido ampliamente tratado por la psicología y las ciencias sociales. La escuela psicoanalítica ha sido una de las que más ha enfatizado la importancia de la identificación con la figura del padre para la internalización de las normas sociales y para la constitución de la identidad de género masculina. En posteriores desarrollos del psicoanálisis, Lacan abordó el tema de la función paterna entendiéndola como la simbolización de la ley y las normas sociales. Esta función, que no es cumplida necesariamente por el padre biológico, consiste en separar al niño de la unión simbiótica con la madre y conducirlo a ingresar al orden simbólico, es decir, insertarlo dentro del orden humano regulado por normas culturales y no por la satisfacción inmediata de los impulsos. De acuerdo con este esquema, el padre, más que una figura concreta, es el símbolo del orden social. De hecho, Lacan identifica el orden simbólico con la ley del padre. Tal como ya señalaron Irigaray (1974, 1993) y Kristeva (Toril Moi 1986), el padre es el símbolo de un sistema falocéntrico según el cual lo masculino se asocia al saber, la política y la historia, en tanto que lo femenino se identifica con el orden natural, asocial y, por tanto, inferior. Así, el padre es, en última instancia, el símbolo que resume el orden patriarcal.

Por otra parte, el tema de la paternidad es parte del debate en torno a las consecuencias que tuvo para las mujeres el hecho de que ellas asumieran las cargas exclusivas de la socialización y la crianza en sociedades, como las industriales, en las cuales las esferas privada y pública han sido separadas y se ha impuesto una fuerte dicotomía entre, de un lado, la masculinidad asociada al ejercicio autónomo de la sexualidad y al rol de proveedores económicos de una familia y, de otro, a la femineidad definida por la fecundidad y el rol materno. Dentro de una perspectiva crítica, Nancy Chodorow (1994) señala que este tipo de división de funciones por la cual el padre no participa de la vida cotidiana de la familia conduce a que la identificación con la figura paterna no siempre ocurra en un contexto de relaciones

afectivas satisfactorias, sino en un intento de internalizar y comprender un rol no inmediatamente aprehensible. Pero, aun cuando la relación con la figura paterna sea fría o distante, ella está cargada de significación social porque es el padre quien trasmite al hijo el estatus masculino. De otro lado, la identificación con la figura paterna es problemática ya que la relación primaria de todo infante surge en la simbiosis original con la madre y la identificación con la figura masculina es secundaria. Debido al desfase entre su identificación primaria y su identificación de género, los varones deben realizar grandes esfuerzos a lo largo de su vida por conservar su masculinidad despejando toda duda acerca de elementos femeninos en sus actitudes, comportamientos, roles o apariencia física. Según Chodorow, ello explicaría la renuencia de los varones a participar en actividades domésticas como la crianza de los hijos y la pobreza afectiva que caracteriza la relación entre el padre y su hijo o hija en muchas sociedades. Chodorow propone que esto se corregiría si los padres participasen más activamente en la crianza de los niños; así, se proporcionaría una imagen de identificación concreta a sus hijos. En sentido contrario, la integración de las mujeres al espacio público permitiría revalorar su imagen y proporcionaría un modelo de identificación femenino no devaluado.

De su lado, el antropólogo David Gilmore (1990) busca moderar esta representación de la masculinidad y sugiere que, en la medida en que la población masculina está menos sometida que la femenina a controles externos, se requiere de un sistema moral especial («la hombría real») para asegurar una aceptación voluntaria y una conducta adecuada en los varones. La hombría sería una confabulación mítica que consagra la masculinidad como un sistema de valores constructivos y valiosos que induce a los varones a asumir sus roles de género. Gilmore señala que, a contracorriente de las versiones usuales de la masculinidad como autocentrada y egoísta, las ideologías de la hombría siempre incluyen un criterio de generosidad desinteresada, aun hasta el punto del sacrificio. La hombría, dice Gilmore, es también un concepto altruista: los hombres nutren a su sociedad

«derramando su sangre, su sudor y su semen, llevando comida a su hogar para los niños y la madre, produciendo hijos/as y muriendo, de ser necesario, en lugares lejanos para proveer de un refugio seguro a su gente» (Gilmore 1990: 230, traducción de la autora). Así, mientras la maternidad cuida de la vida en su aspecto diario y corporal, la paternidad lo hace en su aspecto público.

Una segunda perspectiva aborda la paternidad como un fenómeno socio-cultural, resultado de las relaciones genéricas, étnicas y de clase en un momento histórico y en una sociedad específicos. Desde el punto de vista histórico, autores como Norbert Elias (1998) y Jean Louis Flandrin (1979) plantean que, desde finales de la Edad Media, ha ocurrido un cambio en las relaciones familiares en el sentido de una creciente democratización y pérdida del control del padre sobre la mujer y los hijos a favor de instituciones como la Iglesia y el Estado. Por ejemplo en su ensayo *La civilización de los padres*, Elias señala que uno de los rasgos más saltantes de la relación padres-hijos a lo largo de la historia es que los padres han dispuesto de mayores oportunidades de poder que sus hijos. Sin embargo, durante el pasaje de la sociedad tradicional a la moderna, este poder habría sido transferido paulatinamente a manos del Estado. Según el autor, nos encontramos actualmente en un periodo de transición en el cual coexisten relaciones de padres e hijos tradicionales, estrictamente autoritarias, con otras más igualitarias y ambas suelen mezclarse, incluso dentro de la misma familia. Concluye que, hoy en día, las diferencias de poder en una familia están menos atadas que ayer a formas prestablecidas; por ello, sus miembros se ven obligados a elaborar conjuntamente y mediante su propio esfuerzo, en forma más consciente que en el pasado, un *modus vivendi*. Ello permite que tengan una visión más reflexiva y crítica de las relaciones familiares. Por otro lado, es importante destacar que en este proceso histórico los padres han perdido su tarea de educadores principales y su lugar de figuras de identificación única para sus hijos. Estas funciones se comparten actualmente con otras instituciones y otros grupos primarios, tales como la escuela y las asociaciones juveniles.

En el ámbito de la antropología es donde más se ha enfatizado que la paternidad no es un hecho de la naturaleza sino una construcción cultural. Diversos estudios muestran que la relación biológica de fecundación y engendramiento no es necesaria para la creación de un vínculo de parentesco y de afecto entre padre e hijos. Así, el pater y el genitor pueden ser dos personas distintas e incluso el pater puede ser un hombre fallecido o una mujer. El caso más extremo es el de algunas sociedades donde se ignora o se finge ignorar el papel del hombre en el proceso de procreación. Este es el caso de los trobriandeses estudiados por Malinowski (1982), que denegaban al marido de la madre cualquier papel en la procreación ya que suponían que la madre por sí sola creaba al niño.

Los estudios sobre masculinidad en el área latinoamericana han enfocado preferentemente el síndrome del machismo y sus consecuencias negativas para la relación padre-hijo. Es común que cuando se menciona a las sociedades de esta región se haga mención a la falta de interés de los varones en asumir su papel de padres y, en sentido inverso, a la importancia de engendrar muchos hijos (que no se asumen) como una prueba de virilidad y hombría. Esta imagen del macho latinoamericano encuentra su más fina expresión en el ensayo de Octavio Paz (1959) *El laberinto de la soledad*, en el que afirma que el *macho* representa el polo masculino de la vida, el guerrero, el seductor, pero no el padre. Esto se debería al tipo de relación de dominio que se establece entre el conquistador español y la mujer nativa que tiene como producto al mestizo, no reconocido por el padre. Según Paz, el mestizo internalizó una figura paterna fuerte y admirada pero ausente y cruel. Así afirman autores como Palma (1990) y Montecino (1991), que aplican estas opiniones a las sociedades guatemalteca y chilena, respectivamente. La oposición madre/ presente y padre/ausente proporciona un modelo de identificación en el cual la mujer (concreta) se asumirá inequívocamente como la madre y el hombre (concreto), al carecer de una imagen paterna *real* se identificará como hijo (de una madre específica y de un pater difuso). Ello cierra al varón la posibilidad de llegar a ser, en concreto, un

padre que establezca vínculos afectivos, fraternos, amorosos, con su descendencia y su familia.

Otra corriente, más sociológica, intenta explicar la débil identificación de los varones latinoamericanos con la figura paterna en términos de las consecuencias ideológicas de un sistema social que segrega a los géneros y adjudica poco valor a las mujeres. Así, las tareas domésticas son poco valoradas y el varón debe participar poco en ellas. Por ello, los niños crecen con muy poco contacto con la figura paterna. Al llegar la adolescencia, la falta de participación del padre con sus hijos se hace evidente, creando una distancia que vuelve casi imposible la comunicación entre ellos. El grupo de pares se vuelve entonces una fuente de seguridad, aceptación social e identificación varonil para el joven varón mexicano (De Hoyos y De Hoyos 1966: 103) y socializa al joven en una serie de actitudes y expectativas de rol características de la cultura juvenil, como el énfasis en la fuerza física, la virilidad, el predominio sobre las mujeres y el rechazo a los roles domésticos.

Sin embargo, estos trabajos son ensayos basados en intuiciones de los autores y han contribuido a construir un prototipo latinoamericano: el macho que exagera los rasgos de dominio y búsqueda sexual y no acepta los límites a su libertad impuesta por los deberes domésticos. Así, por ejemplo, en sus estudios sobre las poblaciones urbanas mexicanas, Gutmann (1995) encuentra que el estereotipo del varón mexicano que evita el contacto con sus hijos corresponde, en parte, a una imagen anticuada que muchos, dentro y fuera de México, tienen de las relaciones de género en este país. Aunque la cultura mexicana identifica virilidad con violencia e irresponsabilidad, para la mayoría de hombres y mujeres que Gutmann entrevistó en su estudio, ser un padre digno de confianza y comprometido es tan central para *ser hombre*, como cualquier otro componente, incluida la potencia sexual.

Durante la última década los estudios sobre género y salud reproductiva han comenzado a interesarse por el tema de la masculinidad y la participación de los varones en la salud y las decisiones

reproductivas. A raíz de este interés, se ha propiciado la realización de estudios empíricos sobre las maneras en que los varones viven su identidad de género. En este contexto, la primera evidencia que surge es que, contrariamente a la leyenda del macho, la paternidad es una dimensión fundamental de la vida de los varones y que su práctica asume muchas variedades de acuerdo con factores relacionados al momento del ciclo vital, el tipo de estructura familiar, las condiciones materiales y las culturas regionales.

Investigaciones como las de Alejandro Villa (1996) sobre fecundidad y masculinidad en varones de sectores populares de Buenos Aires y las de Hernán Henao (1994) y de Hernando Salcedo (1994) en Colombia muestran que, a pesar de que se presentan dificultades relacionadas con la falta o debilidad de las figuras de identificación paterna, el hecho de que los varones disocian el deseo reproductivo y el deseo sexual, la tensión que perciben entre la autonomía social y sexual de la que podrían disponer fuera del mundo doméstico y las cargas de la paternidad y, finalmente, con las deficientes condiciones materiales que a menudo les impiden cumplir con los roles de padre y proveedor que les prescribe la cultura local; en todas estas poblaciones la paternidad se valora positivamente y el primer evento reproductivo marca un hito en la vida de los varones.

De su lado, diferentes estudios realizados en Chile, Colombia y Perú (Ponce y La Rosa 1995, Alfaro 1997, Fuller 1997, Viveros 1997), hacen alusión al varón-padre de hoy como un hombre al que se le solicita «entrar a la casa y habitarla», muy distinto del padre de antaño, cuyos papeles y valores se determinaban por su vida fuera del ámbito hogareño. En todos estos estudios, se perciben cambios evidenciados por el hecho de que la mayoría de la población encuentra lógico que ellos participen de la crianza de los hijos. Sin embargo, el padre sigue asociado a los roles de protección y sustento económico mientras que la presencia de la madre en este campo no se valora.

Estudios recientes sobre la construcción de la masculinidad señalan que los roles domésticos y públicos son centrales para la constitución de la masculinidad, pero implican demandas opuestas y se

apoyan en códigos morales disímiles (Fuller 1998, Viveros 1998, y Olavarría 1998). Así, las actuales demandas de mayor cercanía y participación en la paternidad se enfrentan con la manera en que el espacio público está estructurado. Este exige total dedicación de parte de los varones de manera que, a pesar de la creciente valoración de los afectos y la comunicación, para los varones la posibilidad concreta de responder a ellas pondría en peligro su capacidad de competir en el espacio público, que es en última instancia aquel de donde obtiene mayor reconocimiento. Paralelamente, lo que se ha llamado *paternidad irresponsable* se relaciona con el hecho de que generalmente el padre solo reconoce públicamente y acepta la responsabilidad de los hijos engendrados dentro de un vínculo matrimonial o de una relación deseada por él. Entretanto, la alta valoración de una intensa circulación sexual antes y, a menudo, después de establecer una sociedad conyugal ha propiciado la existencia de altos índices de ilegitimidad y ausencia paterna.

En suma, los estudios ya publicados muestran la importancia de esta dimensión en la vida de los varones y la complejidad y diversidad del concepto y de la experiencia paterna.

## 2. Los estudios presentados

Dentro del marco de los estudios sobre la masculinidad y la paternidad desde una perspectiva que tenga en cuenta la diversidad de las experiencias masculinas, las investigaciones presentadas concluyen que la paternidad es un eje central en la identidad masculina. Sin embargo, los significados sobre paternidad son múltiples, heterogéneos y, algunas veces, contradictorios, no solo a nivel social sino en la vivencia de cada sujeto.

En su estudio sobre los significados de paternidad en tres ciudades del Perú (Lima, Cuzco e Iquitos), Norma Fuller encuentra que la paternidad se describe como una transformación: la inauguración de un nuevo periodo del ciclo vital en el cual todos los aspectos de la

vida se reinterpretan. Dentro de este marco, la cualidad que transmuta la capacidad de engendrar en paternidad es la responsabilidad. Este tema resume tanto la definición misma de paternidad como sus dilemas ya que asumir la responsabilidad de un hijo significa renunciar a parte de la autonomía individual, comprometerse a su sustento material y moral y asumir un vínculo con la genitora del hijo o hija. Este dilema se vive de manera diferenciada de acuerdo con el momento del ciclo vital, al tipo de relación que el varón mantenga con la genitora, del apoyo que puedan proporcionarles sus redes familiares y de las consecuencias que tenga para su proyecto de vida.

De otro lado, señala Fuller, la paternidad es un campo donde se actúan y reproducen las jerarquías de género, clase y raza prevalentes en la sociedad peruana ya que, en la medida en que la paternidad es un vínculo netamente social, engendrar a un ser no define el lazo padre-hijo; esto debe ser transmutado en paternidad a través del reconocimiento público de la filiación. Los varones así estarán dispuestos a reconocer como hijos aquellos habidos de una unión aceptable socialmente. En este punto es notoria la relación de poder existente entre varones y mujeres y entre clases y etnias donde el hombre tiene un amplio margen de maniobra para asumir o no su filiación. Además, la convivencia es un elemento definitorio en el vínculo paterno; en sentido contrario, el intenso sentimiento que dicen tener los varones cuando llegan a la paternidad se resquebraja en algunos al momento de separarse de la madre o al constituir una nueva pareja y formar otra familia.

De acuerdo con la investigación de Fuller, los varones peruanos representan la paternidad como una tarea asociada a la transmisión de los saberes y valores generales y a la continuación del linaje o casta. Así, aunque la maternidad se identifica con el amor, el cuidado y la vida misma, la paternidad ocupa un lugar superior ya que se asocia a los saberes generales y la transmisión del nombre familiar. Fuller encuentra también que, desde el punto de vista de los varones la masculinidad se consagra al tener un hijo varón porque confirma su potencia, no en el sentido físico de inseminar, sino en el aspecto

más importante de la paternidad, que es garantizar la continuidad de la familia tanto en su sentido material: una nueva generación como en su sentido de prestigio y buen nombre. De este modo, la relación con los hijos e hijas reproduce las jerarquías de género vigentes en el Perú.

Sin embargo, el padre real es una figura atravesada por contradicciones que se centran en dos grandes temas: el cuestionamiento de la autoridad paterna y la demanda de mayor participación del padre en la crianza de los hijos. Fuller encuentra que existen cambios evidentes en la manera de ejercer la autoridad sobre los hijos: aun cuando pueden subsistir modalidades autoritarias, estas han perdido legitimidad y se impone crecientemente la relación abierta y dialogante. No obstante, la participación masculina en las tareas de socialización no parece presentar mayores variaciones. A pesar de que los padres expresan su deseo de mayor cercanía, la división sexual del trabajo que adjudica la responsabilidad de la crianza a la madre permanece estable.

En suma, Fuller revisa los significados de esta experiencia en la vida de los varones, los impases implícitos en el pasaje de un estadio a otro de la vida, los dilemas que plantea la noción de responsabilidad, y muestra que la paternidad no solo es una relación entre padres e hijos sino un campo en que se producen y reproducen las relaciones de género, clase, raza y etnicidad características de la sociedad peruana. Finalmente, como en las otras investigaciones presentadas, constata que la imagen de tradicional de padre está siendo revisada debido a las demandas de diálogo horizontal y cercanía.

Mara Viveros presenta los resultados de tres investigaciones realizadas en la ciudad de Bogotá y en Quibdó, Colombia, entre 1996 y 1999. Ella concluye que para los varones entrevistados la paternidad materializa el paso de la juventud a la adultez y al campo de las responsabilidades. La paternidad es asociada, en primer lugar, con la responsabilidad, entendida, por una parte, como el elemento que equipara, al menos en el discurso, la participación de mujeres y varones en la crianza y educación de los hijos, y, por otra, como una fuen-

te de poder en el ámbito doméstico; en segundo lugar, con el logro y la realización personal; en tercer lugar, con la transmisión a los hijos de bienes materiales de los que ellos no pudieron disponer durante su infancia; en cuarto término, aunque menos frecuentemente, con la gratificación afectiva: para algunos varones, la paternidad adquiere sentido únicamente en la búsqueda deliberada de relaciones cercanas con los hijos.

La autora señala que existen diferentes maneras de vivir esta experiencia. Algunos consideran que ser padre es un rito de pasaje hacia la masculinidad adulta; otros, que es una experiencia contradictoria, que se define a la vez como un acontecimiento positivo y negativo: positivo, porque les ayuda ordenar sus vidas, a trascender y dejar huellas, y negativo, porque implica una ruptura con el grupo de pares. También es evocada a partir de los temores que suscita —en especial no poder cumplir las obligaciones que conlleva el nuevo rol paterno— y de la tensión que genera la responsabilidad. Asimismo, la paternidad se vive de manera distinta en función del número de hijos que se tiene, del lugar que ocupen dentro de la familia, del sexo de cada uno de ellos y del contexto socio-cultural en el que se ejerce la función paterna. Por último, la paternidad también despierta aprensiones respecto a su capacidad de asegurar el futuro de sus hijos, el peso que implica tener que establecer un vínculo definitivo con alguien en razón de la existencia de los niños, el riesgo de ser abandonado por ellos en la vejez y la duda constante sobre su buen desempeño como padre y su capacidad de asumir dichas responsabilidades. Estos temores se acrecientan en un contexto socio-económico como el colombiano, marcado por la flexibilización del empleo y la recesión económica.

Viveros concluye con dos reflexiones. La primera señala que el hecho de que los varones se asuman como seres implicados personalmente en los procesos reproductivos sugiere que se está empujando a romper la fuerte asociación de las mujeres con la maternidad y con el control de la sexualidad y la reproducción. La segunda apunta que el ejercicio de la paternidad en la Colombia de hoy se puede

caracterizar por su complejidad y por las contradicciones que lo atraen.

En su estudio sobre varones de los sectores medios y populares de la ciudad de Santiago, José Olavarría reconstruye los discursos de paternidad vigentes en esta población y establece una correlación entre los cambios ocurridos durante las últimas décadas a nivel macro-social y en los discursos sobre paternidad y masculinidad. De acuerdo con este autor, este periodo se caracterizó por la creciente autonomía personal y política y la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo; la redefinición del papel del Estado, que renuncia a su rol de garante del bienestar social para convertirse en moderador del mercado y la libre competencia, y, finalmente, por cambios notables en la sensibilidad y las relaciones personales. Mientras en la sociedad tradicional las relaciones familiares se ordenaban de acuerdo con el principio de jerarquía, en la sociedad moderna y global las relaciones más inmediatas de los individuos tiende a organizarse en torno al principio de la igualdad y enfatizan el compromiso, la intensidad emocional y la autonomía de los sujetos. Según Olavarría, en este contexto la construcción significativa de *paternidad* por los varones constituye un espacio privilegiado para el estudio de los cambios en el dominio que históricamente ha ejercido el varón sobre su(s) mujer(es) e hijos. Permite, asimismo, observar la lucha que se produce entre los miembros de la familia por lograr mayores espacios de libertad y autonomía así como relaciones más igualitarias.

Los resultados de este trabajo muestran que los varones entrevistados construyen sus identidades masculinas teniendo como referente el modelo hegemónico que estimula los rasgos patriarcales de la paternidad. Ser padre, por un lado, da derechos: el hombre es quien ocupa el lugar de autoridad en la casa debido a que es el proveedor y responsable por el conjunto familiar. Por otro lado, esta experiencia le da sentido a su vida, a su trabajo, le obliga a madurar y le permite realizarse como persona; le dota de un proyecto por el que vale la pena luchar. Paralelamente, el papel del padre reproduce las dicotomías de género tradicionales ya que los padres se relacio-

nan de manera distinta con los hijos varones que con las hijas mujeres. Asimismo, la paternidad tradicional implica ciertas contradicciones tales como la intensa valoración de esta experiencia y la posibilidad abierta a los varones de hombres tener hijos y no ser padres y la tendencia al debilitamiento del vínculo con los hijos cuando no se convive con ellos.

De acuerdo con esta investigación, el ideal paterno patriarcal, presente en la masculinidad hegemónica, que configura un padre fuerte, con autoridad reconocida por su mujer e hijos, proveedor principal (si no exclusivo), guía de su familia y luchador, es crecientemente cuestionado tanto en los sentidos subjetivos como en las prácticas de la propia paternidad. Tanto los padres como los hijos cuestionan el modelo de autoridad vertical y exigen diálogo horizontal. Ello produce tensiones, frustraciones, conflictos y dolor en muchos varones ya que supone la redistribución de las prerrogativas que tenían/tendrían los varones-padres.

Las modificaciones en las relaciones de trabajo, con la precarización de los empleos, cuestiona el papel de proveedor y autoridad del varón dentro de la familia y genera cambios en las relaciones de poder entre hombres y mujeres. Esta situación se ve potenciada, en primer lugar, por el hecho de que las mujeres que ya han ingresado al trabajo remunerado tienden a permanecer en él y, en segundo lugar, por el de que las mujeres jóvenes comienzan a condicionar la formación de una pareja a su actividad laboral/profesional. De otro lado, la participación de los padres en la crianza y socialización es quizás uno de los ámbitos de la paternidad donde los efectos de la modernización en la vida íntima han logrado mayor impacto. La búsqueda de relaciones cercanas e igualitarias con la pareja y los hijos genera múltiples tensiones ya que los varones se sienten obligados a responder a nuevas demandas, sin embargo, trabajar y estar con los hijos es una experiencia contradictoria, porque está mediatizada por la capacidad de proveer, de llevar el sustento al hogar.

En suma, el estudio de Olavarría muestra que la paternidad es un terreno móvil en el cual se evidencian giros importantes en la

sensibilidad masculina y en las relaciones entre hombres y mujeres y entre adultos y niños que se enmarcan dentro de cambios macro sociales.

La investigación de Javier Alatorre y Rafael Luna sobre los significados y prácticas de la paternidad entre mujeres y varones de los sectores medios y populares de la ciudad de México concluye que, para los hombres de este estudio, se es padre en un contexto amplio en el que interactúan un conjunto de condiciones tales como la formación de una familia, el afecto por la pareja, la relación con el padre de origen, la convivencia con los hijos y la cuestión económica. Las diversas configuraciones resultantes del interjuego de estas condiciones dan sentidos diferentes a la experiencia paterna. A pesar de que ser padre constituye un evento significativo en el desarrollo masculino, ya que representa un paso hacia la madurez, los varones conciben la paternidad dentro de ciertas condiciones tanto afectivas como materiales. La calidad del vínculo emocional con la pareja y la capacidad económica son las condiciones que más inciden en su decisión de tener hijos o no tenerlos. Los autores señalan que la convivencia con los hijos, hijas y esposa es un aspecto de gran importancia ya que es lo que permite a los varones establecer vínculos afectivos con sus hijos. Unida a la responsabilidad de dar amor está la asociación del padre con la autoridad y que esta última se basa en la identificación de lo masculino con fortaleza, razón e independencia, en contraposición con lo femenino, suave, dependiente, emocional. De este modo, la figura paterna supone en su definición una marcada asimetría de género. Los autores llaman la atención sobre el hecho de que la literatura sobre la paternidad ha ignorado que para varones y mujeres una de las responsabilidades principales del padre es dar amor y comprender a los hijos. Sin embargo, Alatorre y Luna señalan que la definición de paternidad está atravesando cambios rápidos en las sociedades latinoamericanas debido a que el aumento de las separaciones afecta las posibilidades de los padres de convivir con sus hijos y la autoridad paterna contradice el ideal de diálogo horizontal.

Benno de Keijzer elabora una tipología de padres a partir de su experiencia investigativa en México. Así, se refiere al modelo del padre ausente o fugitivo, que encubre diversas situaciones, como la de los hogares cuyo único o principal ingreso es aportado por la madre, fenómeno que ha crecido en forma sostenida. Dentro de este grupo se ubican también los hombres solteros adolescentes que no formaron pareja y huyeron ante el embarazo inesperado. Otro subgrupo es el conformado por los padres migrantes que establecen un tipo de relación semi-presencial con los hijos e intervienen en su crianza más como reguladores que como personajes activos en ella. Aquí también podemos ubicar a algunos hombres que pretenden asegurar la fidelidad de sus esposas a través de embarazos impuestos. Otro tipo de padre ausente es el divorciado, aun más si se tiene en cuenta que una vez que se produce el divorcio, la responsabilidad del cuidado de los hijos queda en manos de la madre, excepto en algunas edades (adolescencia) de los hijos. Se trata de padres vespertinos o de fin de semana. De otra parte, en muchas regiones de México predomina aún el padre tradicional o patriarca, proveedor de la familia, que no se siente competente para el cuidado de los hijos o las tareas domésticas, considera que expresar afecto puede restar autoridad, mantiene generalmente distancia con los hijos, y, si se acerca, lo hace solo con sus hijos varones a partir del momento en que puede comunicarse verbalmente con ellos. Estos hombres representan para el autor un factor de riesgo y limitaciones dentro de la familia, pues imponen formas de relación basadas en mecanismos como la violencia doméstica asociada al consumo de alcohol. Estos padres tienden a convertirse en ausentes, para alivio, en muchos casos, de la pareja. Por último, el autor se refiere a un tipo de padres que podría ser descrito como una especie en construcción en México y corresponde al de los padres que pretenden ser igualitarios. Estos hombres son a veces objeto de burlas y descalificaciones en la cultura mexicana como una forma de controlar y desanimar el cambio en las relaciones de género.

Al final de este recuento de las diversas formas en que se ejerce la paternidad en México, se señala que los varones incorporan en

sus prácticas paternas una combinación de rasgos de los distintos tipos descritos y que estas pueden cambiar en los mismos hombres a lo largo de su vida (los abuelos tiernos y cercanos que han sido padres autoritarios) y en su relación con los distintos hijos e hijas. Es decir, la paternidad es entendida como un campo ambivalente y contradictorio para muchos hombres.

A través de los resultados de dos investigaciones realizadas entre poblaciones de los sectores populares urbanos de la ciudad de Puerto Alegre (Brasil), Ondina Fachel Leal muestra que la concepción, la reproducción y la paternidad son nociones que solo adquieren sentido si se las enmarca en la especificidad de la situación socioeconómica precaria de los grupos populares urbanos y se toma en cuenta el tipo de relación existente entre los genitores y sus redes de apoyo vecinales y familiares. Tomando el caso específico del aborto, la autora muestra que las representaciones locales sobre procreación están mediadas por las representaciones locales sobre fertilidad, el tipo de relaciones existentes entre los posibles genitores y, sobre todo con las redes de apoyo que ambos puedan movilizar para decidir si es posible reconocer y aceptar un nuevo miembro en la familia. Fachel Leal señala que las señales de fecundación en el cuerpo femenino solo serán reconocidas como un embarazo cuando se haya atravesado por el proceso de decidir si es posible *asumir* un nuevo miembro en la familia y que, esta decisión no depende únicamente de los genitores sino de la capacidad de estos de movilizar sus redes de apoyo familiar. Asimismo, a contracorriente de las definiciones médicas, en estas poblaciones el embarazo temprano no se entiende como un accidente o riesgo sino que forma parte de las estrategias desplegadas por los jóvenes, sobre todo las mujeres, para definir y/o estabilizar una unión. Este trabajo constituye un aporte crucial ya que señala que la paternidad no puede ser entendida simplemente como una decisión personal sino como una instancia que moviliza un complejo sistema de alianzas familiares, y, sobre todo, que nociones tales como concepción, reproducción y paternidad no emergen como realidades biológicas sino que están mediadas por las representaciones locales.

A través del análisis de la expansión durante la década de los noventa en la ciudad de México del trauma infantil llamado *mamitis* —que afectaría a los niños cuando los separan un tiempo de su madre— Matthew Gutmann reflexiona sobre la manera en que los sujetos elaboran los cambios en curso en las relaciones y las identidades de género. Según señala este autor, el rol de la mujer en el trabajo pagado y en movimientos sociales ha significado cambios en los significados y a las prácticas asociadas con el cuidado de la madre y del padre. De otro lado, los saberes expertos difunden discursos sobre el vínculo privilegiado entre madre e hijos que son retomados por las poblaciones actuales y sirven también como medio para representarse las transformaciones en curso. Así, según estas poblaciones, los niños estarían sufriendo cada vez más de *mamitis* debido a que sus madres pasan muchas horas separadas de ellos. Este relato puede ser elaborado tanto por madres que se sienten culpables por dejar a sus niños o que usan ese argumento para no trabajar fuera de casa, por esposos que ejercen de este modo presión sobre la autonomía de sus esposas, como por madres o suegras de mujeres que trabajan. La reflexión en torno a este tema, sostiene el autor, es una forma de elaborar las contradicciones inherentes a giros en las relaciones entre los géneros suscitadas por la mayor autonomía de las mujeres y por la necesidad de replantear la distribución de las tareas domésticas y la participación de los varones en la crianza.

El trabajo de Gutmann muestra cómo las nociones de paternidad y maternidad no son proyecciones directas de nuestro mundo subjetivo sino que representan las maneras en que los sujetos elaboran sus vivencias usando como materia las representaciones heredadas de su tradición, los discursos expertos y su propia experiencia. Nociones tales como la de *mamitis* nos permiten acceder a la manera en que los varones y mujeres elaboran en el ámbito subjetivo las ambivalencias que presentan estos cambios. De un lado, las madres deben relaborar las nociones tradicionales sobre el papel de la mujer en la crianza; del otro, los varones deben reinterpretar su papel como padres y su imagen de autoridad sobre la esposa. De este

modo, queda patente que la paternidad o maternidad son construcciones simbólicas e históricas. Independientemente de la existencia del apego infantil a la madre, este trabajo nos abre una ruta en el desciframiento de los caminos por los cuales los vínculos, las relaciones sociales, se transforman en naturaleza. Así, la mamitis representaría una forma de malestar entre adultos como respuesta a la *familia moderna*, que solo puede entenderse en relación con el cambio social.

En conclusión, los resultados en las investigaciones presentadas en esta conferencia muestran que, si bien existen grandes diferencias en las prácticas, la paternidad ideal se define en los mismos términos. El padre es aquel que protege, provee, forma y educa. En términos de la identidad masculina, punto de partida de estas investigaciones, la paternidad es un eje central de la masculinidad. Esta se vive como el momento en que se cierra la etapa juvenil, significa un reordenamiento de la vida del varón y su inserción a un nuevo periodo en el que obtiene pleno reconocimiento social, es el punto en que un varón se convierte en un adulto. Es así que generalmente la paternidad va de la mano con la inserción en el espacio laboral. La inserción o no-inserción laboral del padre abre, entonces, toda una serie de estrategias y de problemas de cara a la paternidad.

Asimismo, en todas las poblaciones investigadas aparece un nuevo mandato moral que se resume en dos grandes demandas: diálogo horizontal entre padres e hijos/hijas y mayor participación del padre en la crianza de los hijos. Esto no significa que no haya existido en el pasado padres cercanos y que participaran en la crianza de sus hijos, sino que los varones de hoy día se contrastan claramente con un modelo de paternidad más distante y reclaman mayor cercanía. Estos cambios en los mandatos del padre se relacionan con las tensiones y transformaciones en el orden económico, social y cultural que caracterizan el pasaje de las sociedades jerárquicas hacia las modernas. Las más importantes de ellas son la creciente urbanización; cambios en el ámbito de la intimidad relacionados con una mayor tendencia a la reflexión y la subjetivización en las personas;

la revisión de las relaciones de género, de la familia y de la masculinidad ocasionados por el impacto del movimiento de mujeres, la creciente participación femenina en el mercado de trabajo debido a la flexibilización de la fuerza laboral, y, finalmente, la expansión de las formas de organización y de los valores democráticos por lo menos en los ámbitos urbanos. Todas estas transformaciones conducen a la revisión de las bases jerárquicas y patriarcales en que se funda la representación de paternidad tradicional. Así, la paternidad, al mismo tiempo que un eje en la vida de los varones, es un campo donde se redefine la identidad masculina hegemónica según la cual el padre condensaba las cualidades del patriarca. Estos giros abren nuevos dilemas tales como el desconcierto respecto al rol del padre frente a la pareja y los hijos y el hecho de que la posición del padre se funda básicamente en el monopolio masculino de la esfera pública.

## Bibliografía

ALFARO, Rosa María

- 1997 *Descifrando enigmas: responsabilidades privadas y públicas del varón y la mujer*. Estudio de opinión pública. Lima: Sondeos de Investigación, Asociación de Comunicadores Sociales, Calandria, Fundación Ford.

ELIAS, Norbert

- 1988 «La civilización de los padres y otros ensayos». En: WEILER, Vera (comp.) *La Civilización de los padres y otros ensayos*. Santa Fe de Bogotá: Norma.

CHODOROW, Nancy

- 1994 *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Gedisa.

DE HOYOS, Arturo y Genevieve DE HOYOS

- 1966 «The Amigo System and the alienation of the Wife». En: FARBER, Bernard (ed.) *Kinship and family organization*. Nueva York, Londres, Sydney: John Weley & Sons.

FLANDRIN, Jean Louis

1979 *Orígenes de la familia moderna*. Barcelona: Grijalbo.

FULLER, Norma

1996 «Los estudios sobre masculinidad en Perú». En: RUIZ BRAVO (ed.). *Detrás de la puerta. Hombres y mujeres en el Perú de hoy*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 39-57.

1997 *Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

1998 «La Constitución de la identidad masculina entre varones urbanos del Perú». En: VALDÉS, Teresa y JOSÉ OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile, UNFPA, pp. 56-68.

GIDDENS, Anthony

1992 *The transformation of intimacy, sexuality, love and eroticism in modern societies*. Stanford: Stanford University Press.

GILMORE, David

1990 *Manhood in the Making. Cultural Concepts of Masculinity*. New Haven: Yale University Press.

GUTMANN, Matthew

1995 «Fabled Fathers and Motherless Machos; Paternity in Mexico City». Documento. Atlanta: LASA Meeting.

HENAO, Hernán

1994 «El hombre finisecular en busca de identidad: reflexiones a partir del caso antioqueño». Ponencia presentada en el Simposio «Sexualidad y construcción de identidad de género. VII Congreso de Antropología en Colombia». Universidad de Antioquia, Medellín.

1997 «Un hombre en casa. La imagen del padre hoy. Papeles y valores que destacan 400 encuestados en Medellín». *Nómadas. Género: Balances y discursos*. Santa Fe de Bogotá, 6, marzo-septiembre.

IRIGARAY, Lucy

1974 *Speculum, de l'autre femme*. París: Les Editions de Minuit.

- 1992 *This sex which is not one*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.
- MALINOWSKI, Bronislaw  
 1982 *A vida sexual dos salvagens*. Río de Janeiro: Francisco Alves.
- MONTECINO, Sonia  
 1991 *Madres y huachos: alegorías del mestizaje chileno*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, CEDEM.
- PALMA, Norman  
 1990 «Disgresiones sobre el Goce y el Sufrimiento en el Horizonte Etológico del Macho». En: *Simbólica de la Femenidad*, 23, Quito. Colección 500 años, Abya Ayala.
- PAZ, Octavio  
 1959 *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PONCE, Ana y Liliana LA ROSA  
 1995 *Nuestra sexualidad: mis abuelos, mis padres y yo*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lluvia Editores.
- SALCEDO, Hernando  
 1994 «Imaginaris, representaciones e identidades masculinas sobre el aborto inducido». Ponencia presentada en el «Encuentro de investigadores sobre aborto inducido en América Latina y el Caribe». Universidad Externado de Colombia, Santa Fe de Bogotá, 15 al 18 de noviembre de 1994.
- Toril, Moi (ed.)  
 1986 *The Kristeva Reader*. Nueva York: Columbia University Press.
- VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA  
 1998 «Ser hombre en Santiago de Chile, a pesar de todo un mismo modelo». En: VALDÉS Teresa y José OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile, UNFAP.

VILLA, Alejandro

- 1996 *Fecundidad y Masculinidad: algunos dilemas subjetivos en la construcción de género en los varones*. Documento. Buenos Aires.

VIVEROS, Mara

- 1997 «Los estudios sobre lo masculino en América Latina, una producción teórica emergente». En: *Nómadas. Género: Balances y discursos*. Santa Fe de Bogotá, 6, marzo-setiembre, pp. 55-67.
- 1998a «Quebradores y cumplidores: biografías diversas de la masculinidad». En: VALDÉS Teresa y José OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile, UNFPA, pp. 36-55.
- 1998b «Decisiones reproductivas y esterilización. El caso de la elección de la esterilización masculina» En: VALDÉS Teresa y José OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile, UNFPA, pp. 146-157.

VIVEROS, Mara y William CAÑÓN

- 1997 «Pa' bravo... yo soy candela, palo y piedra. Los quibdoseños». En: VALDÉS Teresa y José OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades, Poder y Crisis*. Santiago de Chile, FLACSO-Chile, UNFPA, pp. 125-139.

## PRIMERA SESIÓN



# Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú\*

*Norma Fuller*

*Pontificia Universidad Católica del Perú*

Ser padre es una palabra que es algo divino, algo que te enseña. Te convierte en una persona más responsable de sus actos, más madura. Vas a seguir siendo hombre, pero te va a cambiar, porque los hijos te van a presionar. Van a presionarte pidiéndote, comida, vestimenta, educación, un hogar donde vivir. Y a ese hombre lo va a ir transformando esa palabra que se llama «padre», que es aparentemente una palabra chiquita pero es muy amplia. Porque ser padre no solamente es mantener un hogar, es dar todo, jugar con tus hijos, vivir para tus hijos, darles esa oportunidad a tus hijos. (Tutu, profesor universitario de Iquitos, padre de dos hijos)

## 1. Introducción

La presente investigación busca reconstruir los significados y prácticas de paternidad de los varones de los sectores medios y populares de tres ciudades del Perú. La pregunta central es en qué medida los significados sobre paternidad han sido afectados por las transformaciones de largo plazo tendientes a introducir relaciones más igualitarias y cercanas dentro de la familia y por el aceleramiento de estos cambios durante las últimas décadas debido al impacto del ingreso de las mujeres al mercado de trabajo que conduce a la revisión de la división de tareas en el hogar y de la creciente demanda de las

---

\* A lo largo de la presente investigación conté con el apoyo del antropólogo Gerardo Castillo. Él realizó las entrevistas a varones adultos de los sectores medios limeños, tomó a su cargo el análisis cuantitativo de los datos, fue un constante contrapunto al análisis cualitativo de las entrevistas en que se basa este estudio.

mujeres y de los propios varones de una paternidad más cercana (Ponce y la Rosa 1995; Fuller 1997; Alfaro 1998).

Escogimos como objeto de estudio a tres ciudades que representan diferentes tradiciones culturales urbanas, la criolla (Lima), la andina (Cuzco) y la amazónica (Iquitos), a fin de dar cuenta de la especificidad cultural de las diferentes regiones del territorio peruano. Lima, con una población de 6 328 200 habitantes, concentra aproximadamente el 70% de la población del Perú. Cuzco, ciudad de la región andina con 269 000 habitantes, representa uno de los núcleos de cultura mestiza y andina más importantes del Perú. Iquitos, ciudad de la región amazónica con 261 248 habitantes, es considerada como la ciudad más representativa de la tradición amazónica mestiza.

Utilizamos una metodología cualitativa basada en el análisis secundario a profundidad de 120 entrevistas recogidas en un estudio previo sobre la constitución de la identidad de género masculino en las ciudades ya mencionadas. Se buscó analizar la información desde el punto de vista de los significados de paternidad y reproducción de la población entrevistada. La muestra está dividida en dos grupos etáreos: 20-30 y 35-55. Todos los varones adultos son padres en tanto que diecinueve de los jóvenes tienen hijos.

La perspectiva de este estudio es que los significados de paternidad, reproducción y sexualidad se constituyen social e históricamente. Las definiciones vigentes sobre estas prácticas no derivan directamente del hecho de concebir o engendrar hijos sino que están mediatizadas por los significados acerca de la fertilidad, la reproducción y los vínculos entre padre e hijos o hijas propios de cada cultura y, sobre todo, por el estilo de relaciones de parentesco, familia y género predominantes en cada sociedad.

Definimos paternidad como un campo de prácticas y significaciones culturales y sociales en torno a la reproducción, al vínculo que se establece o no con la progenie y al cuidado de los hijos. Este campo de prácticas y significaciones emergen del entrecruzamiento de los discursos sociales que prescriben valores acerca de lo que es ser padre y producen guiones de los comportamientos reproductivos

y parentales. Estos últimos varían según el momento del ciclo vital de las personas y según la relación que establezcan con la co-genitora y con los hijos y las hijas. Asimismo, estas relaciones están marcadas por las jerarquías de edad, género, clase, raza y etnia.

Es necesario aclarar que uno de los límites de esta investigación es que se basa en entrevistas en las que los varones se sitúan en el *deber ser*, es decir exponen cuál es el ideal de paternidad, independientemente de cuál sea su práctica. Así, es notorio que cuarenta y siete de los varones entrevistados, sobre setenta y nueve que son padres, no residen con sus hijos y presentan dificultades para cumplir con el modelo que describen. Este desfase es inevitable dado que no nos basamos en la observación de prácticas o de terrenos en conflicto sino en una técnica de recolección de datos que propicia que el informante haga un retrato de sí mismo que lo muestre tal como debería ser. A fin de minimizar esta limitación, introducimos algunos temas que podían hacer evidentes ciertas contradicciones, tales como relaciones conyugales y extraconyugales, formas de autoridad y castigo, separaciones familiares y diferencias de trato según el género de los hijos. Estos nos presentan evidencias del fuerte desfase existente entre el significado ideal de padre y la práctica de los varones.

De este modo, los datos aquí presentados deben ser entendidos no necesariamente como la práctica de la paternidad, sino como un testimonio de la importancia de esta experiencia en la vida de los varones y de los problemas que se presentan en su cumplimiento. Estas dificultades son múltiples. Por un lado, el padre no es solo una figura concreta sino el patriarca, es decir, el símbolo que resume el ideal de masculinidad y el que legitima la posición y privilegios del género masculino. Por ello, la población entrevistada tiende a pintarnos una imagen de él intensamente cargada de valor. En tanto varones, ellos se identifican con el patriarca en tanto epítome del modelo hegemónico de masculinidad. Por otro lado, sin embargo, la práctica de la paternidad está sometida a las tensiones inherentes al sistema de género predominante en las tres ciudades estudiadas: un tipo de

circulación sexual que abre a los varones un amplio margen para decidir a cuáles hijos paternarán; una estricta jerarquía de clase, raza y etnia que permite a los varones establecer relaciones paralelas con mujeres de extracción social, étnica o racial subordinada; una división sexual del trabajo que entrega la responsabilidad efectiva de la supervivencia de los hijos a la mujer; un estilo de relación con los hijos marcado, a menudo, por la distancia y el autoritarismo.

Sería entonces recomendable, para futuras investigaciones, diseñar procedimientos teóricos y metodológicos que nos permitan dar cuenta de la diferencia entre regla y estrategia. Si de un lado las reglas que rigen la relación del padre con su pareja y sus hijos están diseñadas de una manera muy estricta, estas son más un soporte ideológico de un sistema que identifica la masculinidad con el poder que una guía para la práctica. Las estrategias que los varones implementan para acercarse a la regla, en cambio, están mediadas por las posibilidades reales de aproximarse al modelo hegemónico, tales como un nivel de ingresos adecuado y disponibilidad de tiempo para estar con su prole, y por el hecho de que su posición de privilegio frente a la mujer les permite evadir muchas de las labores de crianza que son asumidas de manera efectiva por ella.

A continuación, presentaremos los resultados de la reconstrucción de los significados de paternidad tal como fueron establecidos en el análisis de los relatos recogidos.

## 2. Ser padre

### 2.1. *La consagración de la hombría adulta*

La paternidad es uno de los ejes principales de la identidad masculina. Todos los varones entrevistados, sin excepción, desean ser padres y consideran esta experiencia como la realización del máximo de su potencial como seres humanos. Es notorio que ser padre, la experiencia más valorada en la vida de un varón, no se describe como

un aspecto de su identidad masculina sino como su realización como ser humano. La masculinidad se identifica aquí con la humanidad. Contrariamente a la maternidad, que se supone que realiza el destino femenino, la masculinidad realiza el destino humano de un varón. Este es por tanto uno de los temas donde se consagra la identificación de lo masculino con lo universal (Irigaray 1974; Bourdieu 1998).

Ser padre consagra al varón como un hombre cabal (Gilmore 1990). Todos los aspectos de su vida se reinterpretan a la luz de esta experiencia. Deja de ser hijo para ser padre, se corta el lazo preferencial con los amigos, se consolida y redefine la relación de pareja. Significa fundar una familia de la cual un varón es responsable. Es decir, en el tronco, el centro de un nuevo núcleo social, el joven inmaduro se convierte en jefe de familia. Finalmente, su actuación en la esfera pública —trabajo, política— cobrarán nuevo sentido: el padre trabaja y acumula bienes y prestigio para proveer y asegurar a su familia. Adquiere, asimismo, identidad pública al convertirse en el representante de su grupo familiar. Por ello, se la describe como la experiencia más importante y gratificante la vida de un hombre. «Es el complemento de la vida ser padre, es un sueño tener un hijo porque un hombre se siente realizado al tener un hijo» (Chato, 24 años, estudiante universitario cuzqueño).

Al llegar a la juventud el varón aspira a adquirir el estatus de adulto y ello lo empuja a fundar una familia para cortar el lazo de dependencia frente a su familia de origen. Por otro lado, los amigos, si bien representan la libertad y la experimentación, lo colocan en la posición de joven inmaduro, marginal al orden social y, por tanto, a las fuentes de prestigio y reconocimiento social. Más aún, en la medida que el grupo de pares se identifica con el espacio desordenado de la calle, la juventud es un periodo peligroso que puede conducir, por sus excesos, a la marginalidad o la autodestrucción. Por ello, la relación con una pareja se vincula al orden. Es bastante común que los jóvenes narren que el matrimonio fue una manera de establecerse y establecer controles en su conducta (Villa 1996; Valdés y Olavarría 1998; Arilha 1998).

Se abre un nuevo ciclo del ciclo vital en el cual se redefinen drásticamente las lealtades, metas y características del varón pues es un momento en que se redefine su identidad,<sup>1</sup> ya que corta definitivamente el vínculo preferencial con el grupo de amigos y con la familia de origen. En adelante, la mayor parte de los esfuerzos deberán dirigirse hacia el mantenimiento y formación de los hijos.

Cuando tuve mi hija, uff, feliz, muy feliz. La vi nacer, la vi nacer. Cambió mi vida, me siento mucho más responsable. Antes era término medio, no más. O sea tenía mis amigos, el fútbol, las parrandas y cuántas cosas. Pero ya dejás de hacer esas cosas, pues. (Bigote, 40 años, entrenador de fútbol cuzqueño)

Tener hijos es la consagración de la hombría pero significa el fin de la juventud y asumir una responsabilidad. En adelante, el varón deberá responder, tomar a su cargo el sostén material social y moral de su prole. Ello supone que ha atravesado por el periodo de preparación y búsqueda a través de la consolidación de redes de amigos acumulación de experiencia y, en el caso de los sectores medios, estudios previos que le permitirán insertarse adecuadamente en el espacio masculino, es decir, ya ha cumplido con encontrar un trabajo y se ha convertido en un varón productivo.

Asimismo, en tanto la paternidad es la consolidación de la relación de pareja, lo ideal es que el varón se convierta en padre con una pareja adecuada. Si bien ser padre es una experiencia consagratoria cuando ocurre en el momento adecuado, si tiene lugar de manera

---

<sup>1</sup> Mientras que la virilidad (sexualidad activa y fuerza física) se representa como natural y como el núcleo de la masculinidad, la hombría se representa como un producto cultural, que todo varón debe adquirir. Las cualidades de esta se adscriben a las esferas doméstica y pública. La primera constituye el núcleo de los afectos de un varón y de su carácter; está definida por el amor, la protección, el respeto y, sobre todo, la responsabilidad. El espacio exterior está compuesto por la calle y la esfera pública: lo público es el ámbito de los logros del trabajo y la política mientras que la calle es la versión desordenada de lo masculino (Fuller 1997).

precipitada o fuera de la relación deseada, puede ser una amenaza para el proyecto de vida de los genitores.

Yo tengo que cuidarme porque no quiero frustrarme. Yo tengo esa perspectiva de seguir adelante y asumir esa responsabilidad de tener hijos, es una responsabilidad. Entonces, con mi trabajo, con las cosas que yo quiero hacer no puedo todavía asumir esa responsabilidad, no estoy en condiciones. (Gregorio, joven cuzqueño oficial de la policía)

La paternidad redefine también el vínculo con la pareja, el cual, a partir de este punto, deja de ser una relación amorosa para convertirse en una familia. Esto es más marcado en los sectores populares donde el matrimonio no se constituye necesariamente a través del ritual matrimonial sino cuando la mujer sale embarazada y el varón asume su relación con ella y el hijo por venir. Esto lleva a que, en los sectores populares, la llegada del hijo se viva también como el momento en que el varón asume sus obligaciones adultas. Este es el caso de todos los varones adultos de los sectores populares de Cuzco e Iquitos entre quienes la decisión de tener un hijo o el hecho de que la pareja saliera embarazada fue la que constituyó y selló la unión conyugal. Antes de tener un hijo, la lealtad del varón está más ligada a la familia de origen y al grupo de pares que a la pareja conyugal. Esta es también una de las razones que lleva a la mujer a buscar un embarazo ya que de este modo lleva a su pareja a privilegiar la relación conyugal.

Entre los varones de los sectores populares de Cuzco e Iquitos, es común que sientan que la llegada del primer hijo haya sido una decisión en la que la mujer ejerció cierta presión para definir la relación conyugal. Ello despierta sentimientos ambiguos porque si, de un lado, fecundar a la pareja confirma la propia virilidad y su control sobre la pareja, significa también renunciar a los planes de desarrollo individual para adecuarlos al proyecto familiar (Villa 1996). Es el caso de Apicha, un cuzqueño de 46 años que trabaja como almacenero, quien considera que si su enamorada no hubiera salido embarazada

él no habría continuado con ella y habría podido continuar sus estudios. Según relata,

me hice responsable de muy joven. Todavía ni siquiera yo tenía 20 años, tenía 19 y picos. Entonces, me hice ya responsable de una mujer, pero no lo tomé tan en serio, era como una rutina diaria, pero no con esa responsabilidad de asumir un hogar. Entonces ya de ahí se embarazó ella, ya había la responsabilidad, era distinta. Entonces, ya me puse a trabajar.

En aquellos varones de los sectores medios que debieron casarse porque su pareja estaba embarazada, se produce el mismo fenómeno. La diferencia entre ambos es que en los sectores populares de estas dos ciudades la fórmula más común de establecer una pareja es a través del embarazo mientras que en los sectores medios esta es la excepción.

Esta ambivalencia se resuelve o no con el tiempo. Si la relación familiar se estabiliza y el varón considera que tiene una familia lograda, tenderá a relatar esta experiencia como un proceso que se dirigía a un fin (convertirse en un padre responsable) y a proyectar en el futuro de los hijos la solución de sus carencias y el sentido de su sacrificio presente. Cuando la relación familiar no se estabiliza y el padre vive separado de sus hijos, el reclamo de haber sido forzado por la mujer con la que procreó a sacrificar sus proyectos personales puede ser un argumento para limitar su contribución a los hijos ya que el apoyo que les brinde será administrado y según temen, manipulado por la madre.

En suma, esta experiencia se describe como una transformación: la inauguración de un nuevo periodo del ciclo vital. Es el punto de la hombría perfecta cuando ya no se trata de jóvenes inmaduros, sino de hombres en el pleno sentido de la palabra.

Claro, que eres hombre, pero te sientes más (sonrisa) hombre, cuando salió mi primer hijo. ¡Pucha! Yo me sentí, pues, contento, ¡pucha, qué alegría! Lo festejé, pues, con mis amigos: «ya soy padre ya», de

ver un chico palomilla, «mi amigo ahora es un señor», y ahora que mis amigos ya me ven que soy un papá, ahora me ven que soy abuelo. ¡Pasu madre! Yo sí me sentí contento y feliz. Así que yo me sentí otra clase de, otra clase de hombre pues, claro que soy hombre, pero me sentí otra clase de hombre, porque iba a ser padre. (El Zambo, 53 años, albañil limeño)

El ciclo de la paternidad, y también de la adultez, se cierra cuando los hijos son adultos logrados, es decir, cuando los hijos varones se insertan en el espacio laboral y fundan su propia familia y las hijas mujeres se casan. Para todos los varones entrevistados, lograr que sus hijos *salgan adelante* es una de las metas más importantes, sino la más importante, en sus vidas.

Entre los varones de los sectores medios limeños, donde las oportunidades de diferenciación individual son más pronunciadas debido a que la cultura laboral es más compleja, se observa que, a pesar de ser una dimensión fundamental en la vida de los varones, la paternidad puede entrar en conflicto con la búsqueda de realización individual. Esta problemática es más marcada entre los varones que han llevado estilos de vida menos convencionales, pero económicamente inestables. Es el caso de Edmundo, Dan Patay y Máximo, tres limeños del sector medio cuyas profesiones están asociadas a las artes. Sin embargo, ninguno de ellos dudó que la paternidad era una opción central en sus vidas.

En contraste con los sectores medios limeños, donde el matrimonio se centra más en la unión romántica de una pareja, en los sectores medios de Cuzco e Iquitos y los sectores populares de las tres ciudades, es más marcada la insistencia en que los hijos son quienes constituyen la familia. «Una relación de pareja sin hijos, me parece que no sería completa porque faltarían los hijos para completar esa plenitud familiar» (Lucho, 40 años, taxista limeño). No obstante, tanto en Cuzco como en Iquitos, con economías más inestables que las de Lima, la tarea paterna es también una fuente de preocupación debido a las fluctuaciones de la economía y la política locales que tiñen de incertidumbre el futuro (y la tarea del padre es la pro-

yección). Ellos temen que sus hijos no podrán mantener los niveles de vida que sus padres tienen actualmente y aspiran a legarles.

Esta problemática se agrava entre los varones de los sectores populares que tienen mayor número de hijos que sus homólogos de los sectores medios.<sup>2</sup> Entre ellos, la experiencia de ser padre está teñida de una profunda inseguridad ya que es común que tengan dificultades en asumir el rol de proveedores. Consecuentemente, entre los sectores populares, es común que se use el término *sacrificio* para designar tanto la decisión de asumir a un hijo como para caracterizar el lazo familiar. Ser padre fuerza al varón a renunciar a su libertad y ofrendar la cuota de renuncia personal necesario para que los hijos crezcan y se conviertan en adultos.

La noción de *sacrificio*, a su vez, es la expresión moral de los esfuerzos diarios realizados por los padres en la tarea de proveer y formar. El discurso tejido alrededor de la noción de sacrificio permite elaborar algunas de las reglas que deben, idealmente, regir las relaciones padres-hijos y establecer un orden jerárquico entre las generaciones. Es porque los padres donan su persona que pueden reclamar de sus hijos *respeto* y *obediencia* como contraparte a sus desvelos. De acuerdo con el cuerpo discursivo del sacrificio, padres e hijos quedan atados en una cadena recíproca de obligaciones ya que los hijos deberán devolver lo recibido cuando sean adultos. Otra manera de entender esta noción, la ofrenda de sí, es como una inversión a futuro que garantiza que los hijos resolverán, el día de mañana, las carencias de los padres ya que, si logran triunfar en la vida, acrecentarán el prestigio de la familia y justificarán los trabajos de sus predecesores. De este modo, la noción de *sacrificio* es una forma de elaborar el

<sup>2</sup> Los varones de los sectores populares de Cuzco tienen promedio de 3,5 hijos, mientras que la media de los sectores medios de esta ciudad es de 2 hijos. Los varones de los sectores populares de Iquitos tienen un promedio de 4,2 y del sector medio 3,2. En Lima, el promedio de los sectores populares de 3,2 en tanto que el promedio en los sectores medios es de 1,9. En total, los sectores populares arrojan un promedio de 3,6 y el sector medio, 2,4.

vínculo, la cadena que une a las generaciones que resultan enlazadas a través de la *sangre* y de la *ofrenda de sí*.

No obstante, cada sector parece elaborar el sentido de tener hijos con matices diferentes. Mientras que los varones de clase media tienden a entender a los hijos como una forma de prolongar sus propias vidas, de continuar sus logros en el futuro y de mantener el prestigio y nombre de la familia, los padres de los sectores populares enfatizan la importancia de tener descendencia para garantizarse un apoyo en la vejez. En otras palabras, mientras en el discurso de los primeros la inversión en un hijo dará frutos en el futuro y en términos de la presencia y notoriedad social de la familia, en el de los segundos la prole garantiza la supervivencia inmediata de los padres.

Es importante para un hombre tener hijos, si no qué será después. Tengo un tío que ha sido terrible, ha vivido su juventud como ha querido, ha vivido por vivir; ahora está viejo, no tiene ni un hijo, es triste. Si mi tío se hubiese casado, hubiese tenido un hijo o dos hijos, entonces, él no tuviera por qué dormir en las iglesias como está viviendo ahora. Si él tuviera sus hijos, lo tuvieran al lado de él. Ahora que mi tío está enfermo, ¿quién lo atiende a ese viejo? Por eso digo, es bien importante en la vida casarse o convivir y tener un hijo, dos hijos para que lo atiendan a uno. Porque en la vida, la juventud es corta pero la vejez es larga, es triste. (El Zambo, adulto, popular, Lima)

Si en los sectores medios se espera que el éxito de los hijos retribuya el esfuerzo de los padres, en los sectores populares se acenúan los ideales de solidaridad y reciprocidad familiar contenidos y articulados en la noción de *sacrificio*.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> El discurso sobre el sacrificio merece una investigación más detallada ya que resume la ética de complementaridad, reciprocidad y jerarquía en que se fundan las relaciones familiares y de género, sobre todo entre los sectores populares. Es también un principio abiertamente cuestionado por los valores igualitarios e individualistas propiciados por los discursos modernos. Permite, entonces, descomponer algunos principios básicos de la organización familiar y de género tradicional y sus transformaciones.

## 2.2. *Las dimensiones de la paternidad*

La paternidad tiene una dimensión natural, doméstica, pública y trascendental. Es natural en tanto que es la última prueba de virilidad, la demostración pública y definitiva de la virilidad de un varón ya que muestra que es capaz de fecundar a una mujer sobre cuya sexualidad tiene control. A pesar de que la sexualidad juvenil y las pruebas realizadas en el prostíbulo demuestran la capacidad sexual del varón, siempre existirá una sombra de duda por cuanto cabe la posibilidad de que el varón esté fanfarroneando. Lo mismo sucede con los hijos fecundados en relaciones extramaritales. En la medida en que son habidos en mujeres que se supone que hacen uso de su sexualidad para sus propios fines, ellas estarán bajo la sospecha de infidelidad y engaño. En suma, solo el hijo habido dentro de una relación conyugal es la prueba final de la virilidad de un varón. Ello no implica necesariamente matrimonio legal sino relación públicamente reconocida como conyugal.

Si la virilidad es la dimensión natural de la masculinidad, la hombría, ser un verdadero hombre implica asumir los aspectos domésticos y públicos de la masculinidad: ser esposo y padre, proveedor y representante de la familia. Así, la paternidad es doméstica por cuanto constituye una familia y mantiene a una pareja junta. En este sentido, es definida por el amor, la característica que define el lazo familiar, y por la responsabilidad, el lado nutricional de la masculinidad. Es pública en tanto el rol del padre es proveer a la familia con los recursos materiales y simbólicos que acumula en la esfera pública y sobre todo vincular a sus hijos con el dominio público, al transmitirles las cualidades y valores que les permitan desenvolverse en el mundo exterior. La tarea del padre es precisamente transformar una criatura salvaje en un ser humano a través de la educación; esto es, transmitirles su sabiduría y formar sus personalidades.

Ser padre vuelve más hombre a un hombre porque aprende lo que es la vida, ya uno tiene que trabajar más para poder sostener. Y uno se siente más feliz, porque uno tiene ya seres vivos a quienes debe verlos, educarlos y sacarlos profesionales. (Coco, 42 años, artesano cuzqueño)

Por tanto, corresponde al padre proveer transmitir y educar. Todas estas tareas derivan de su asociación con el campo exterior, en el cual residen los medios materiales y simbólicos para proveer a la familia y donde residen los saberes y valores absolutos. Es porque el padre se identifica con los conocimientos generales y con monopolio de los medios de subsistencia que cumple una labor fundamental y es la figura más prestigiada dentro de la familia. De ello deriva su poder simbólico y su autoridad.

La paternidad garantiza la trascendencia tanto desde el punto de vista físico, en tanto su sangre seguirá corriendo en las generaciones futuras, como desde el punto de vista social, ya que habrá cooperado con la sociedad en la que vive al formar a nuevos miembros y garantizado que ellos se integrarán en el tejido social. Finalmente, su carácter trascendental asegura la continuidad de la vida y hace del varón un creador. En este sentido, la dimensión más importante de la paternidad es la perpetuación. Al dejar semilla coopera con la humanidad en su sentido general ya que garantiza la supervivencia de la especie.

Ser padre es importante Yo pienso que si, nosotros debemos de ser como una semilla, debemos de ser algo, debemos de sentirnos algo importantes también, debemos cooperar con la humanidad también nosotros, debemos de engendrar hijos. (Chochera, obrero metalúrgico limeño)

En suma, para todos los entrevistados (100%), la paternidad significa contribuir, dejar parte de ellos mismos en la tierra y ser, de alguna manera, inmortales. Esto es entendido como la perpetuación del nombre de la familia y de sus propias vidas a través de la generación de un nuevo ser humano.

### 2.3. *Ser padre no es algo relativo*

A pesar de que se define la experiencia de ser padre como expresión de un deseo profundo y como parte del proyecto de vida del varón, esta elección no está dejada al libre albedrío. Existe una intensa presión social dirigida a forzar a los varones a tener hijos. Para la cultura peruana urbana, quien no es padre no llega a ser considerado un adulto en el pleno sentido de la palabra.

Los hijos en general, sea hombre o mujer, vuelven más hombre a un hombre, porque te sientes algo más, más maduro, más hombre, algo ante los demás. Por ejemplo, yo tengo mi compadre que vive acá, ya lleva buen años de casado y no tiene hijos y a veces, dentro de la misma sociedad, estamos tomando así, le dicen pues: «oye, compadre tú no tienes hijos, tú ya no puedes, que tú no estás acá, tú no colaboras nada con el mundo, no haces nada, no tienes sentido» le dicen y hay otros que te dicen: «no, acá estoy yo, tengo mi hijo, tengo mi hija». (Chochera)

Por otro lado, la paternidad es la última prueba de la virilidad de un varón porque garantiza que pueda fecundar a una mujer. Mientras sus hazañas sexuales existen solo en el relato y todo varón es sospechoso de fanfarronear al respecto, un hijo es una prueba indudable de su potencia. Por ello, es la única prueba total de virilidad y quien no cumple con ella despertará dudas. «Imagínate, tú tienes 28 años y no tienes hijo, la gente de acá, del barrio te mira en una forma, piensa de ti, uno, que es maricón, otro, que eres impotente» (Juan, joven limeño desempleado).

Así, un varón que no es padre puede realizarse en los aspectos viriles (fuerza, sexualidad activa) y público (trabajo, política), pero no será un hombre cabal ya que su virilidad y su capacidad de contribuir al orden social, dos ejes fundamentales de la masculinidad, estarán de algún modo en entredicho. En contraste, quienes no se convierten en padres constituirán diferentes tipos de masculinidades alternativas o marginales: el sacerdote, que ejemplifica las virtudes

masculinas pero que para hacerlo debe renunciar a la virilidad y la paternidad; el don Juan, que engendra hijos en la calle a quienes no pueden reclamar como propios ya que no tiene certeza de su filiación porque son habidos en mujeres cuya sexualidad no controla. La fecundación desordenada, si bien puede ser motivo de orgullo desde el punto de vista de la potencia viril, no puede confirmarse plenamente ya que siempre existirán dudas sobre la verdadera filiación del niño o niña. Otro caso es el del soltero que, a pesar de ser adulto en los aspectos viriles o públicos, no completa el círculo de la masculinidad y, por lo tanto, no ha conformado plenamente su virilidad (su capacidad de fecundar a una mujer) y sus logros públicos no se perennizarán en las futuras generaciones. Es decir, no trascenderá. Finalmente, el más criticado es el padre irresponsable, aquel que teniendo hijos reconocidos socialmente los abandona material o moralmente. Este último constituye un contrapunto del discurso sobre la paternidad ya que el padre responsable se define en contraposición a quien no lo es.

El hecho de ser responsable, de ocuparse de los hijos, de su manutención, de su educación, de su cuidado, hace a uno sentirse más que cualquier macho. De ahí que solamente se dedica a conquistar cada día más mujeres y satisfacer solamente su ego. (Apu, 49 años, maestro de escuela iquiteño)

No estamos implicando con esto que quien efectivamente no tiene hijos será un disminuido o menos hombre, sino que el discurso sobre la masculinidad y el relato personal sobre la identidad de los varones incluye esta dimensión como un eje central. Cada uno de ellos elaborará estos significados a su manera y esto puede incluir muchas variantes personales y cada persona despliega diferentes estrategias para cumplir con las reglas sociales. Lo que sí es evidente es que aquel varón que no tiene hijos deberá elaborar esta particularidad frente a sí mismo y frente a los otros y el hecho de no ser padre será un rasgo distintivo de su persona social.

## 2.4. *La responsabilidad transmuta al varón en hombre*

La cualidad que transmuta la capacidad de engendrar en paternidad en su dimensión pública y doméstica es la responsabilidad.

Muchos de nosotros decimos querernos realizar como padre. Padre no es aquel que hace hijos, padre es aquel que sabe hacer hijos. Cuando los hijos vienen, uno tiene que aceptar otra postura de padre, ya no es el que tiene que pensar en sí, sino en dar más amor, que al hijo no le falte el otro, que no falte esto, que no pase necesidades. Yo pienso que para ser padre hay que pensar bien, que ya está pasando otra etapa de tu vida. (Richi, joven iquiteño, clase media)

Ser padre no es fecundar, sino asumir públicamente el vínculo con un hijo y comprometerse a formarlo, a darle sustento material, social y moral. Para llegar a ser un hombre, la virilidad debe venir acompañada por la responsabilidad. De otro modo, un hombre es tan solo un reproductor y no un hombre cabal.

Uno de los temores que engendra el tipo de circulación sexual masculina es precisamente que se caiga en el estereotipo del macho que se afirma únicamente por su capacidad de fecundar y, con ello, expone a niños a vivir en el abandono material social y moral. En estos casos, el varón no se estaría comportando como un verdadero hombre sino como un macho irresponsable. En ese sentido, la paternidad se opone a la sexualidad juvenil, cuya finalidad es la afirmación de la propia virilidad frente a los pares y las mujeres. La sexualidad desordenada del joven conlleva el riesgo de convertirlo en un macho que tiene hijos de los que no se responsabiliza.<sup>4</sup> Este es la antítesis

<sup>4</sup> Entre los varones entrevistados, en Lima, existe un caso de paternidad fuera de la relación conyugal en un joven del sector popular. En Cuzco, un joven del sector medio tiene un hijo sin unión. En Iquitos, existen siete casos: cuatro entre varones del sector medio (un joven y tres adultos) y tres en el sector popular (dos adultos y un joven).

del hombre de bien, del padre cuyo deber es proveer material y moralmente por su progenie. El padre irresponsable es personaje profundamente asocial que representa precisamente lo que un hombre de bien no debe ser. Por eso, para todos los varones entrevistados, sin excepción, engendrar no vuelve más hombre a un hombre. «Cuánta gente de mala muerte que tiene hijos por todos lados (sonrisa) y no son más hombres que uno, no» (Juan, joven limeño desempleado). Esa es la actitud del macho irresponsable que no tiene problemas en fecundar mujeres para afirmar su potencia sexual. Padre, por el contrario, es quien renuncia a circular libremente para desviar sus energías hacia la formación de un hijo. En consecuencia, la responsabilidad es la cualidad que transforma la identidad del varón al abrirle una dimensión de futuro e instalarlo definitivamente en los espacios doméstico y público.

La responsabilidad, por otro lado, fuerza al varón a sedimentar sus compromisos en la esfera del trabajo que antes podían contradecirse con su sed de aventura o de afirmación personal. En este sentido, un padre se percibe como alguien más confiable porque que ha debido aprender a disciplinarse, es decir, como un varón adulto, inserto en el orden social, opuesto al joven inmaduro, marginal a la estructura social.

La temática de la responsabilidad resume tanto la definición misma de paternidad como sus dilemas. Engendrar no es ser padre. Ser padre es ser responsable y ser responsable significa reconocer públicamente la obligación de formar, orientar y proveer. Este tema es contradictorio pues si bien hace del varón un adulto y consagra su hombría, del otro significa que pierde libertad y el control sobre los recursos que genera.

Ser padre le cambia la vida a un hombre, hay más responsabilidad, ya tiene que dedicarse completamente a la familia, ya no tener, como ahora, tanta libertad de poder salir a fiestas y estar gastando dinero para allá, para acá, creo que ya se mediría un poco para gastar su dinero. No se hace más hombre cuando es padre, yo lo veo igual, lo que se hace es más responsable. (El Ruso, joven limeño, sector popular)

Esta contradicción toma proporciones mayores entre los jóvenes, aún no insertos en el espacio masculino. Aunque ellos definen la paternidad en los mismos términos que los adultos, su discurso sobre este tema se centra más en la dificultad y la renuncia que implica volverse responsable.

Por ello, entre los jóvenes, el concepto de responsabilidad se centra más en la necesidad de evitar tener hijos en la calle o ser víctima de una mujer que los fuerce a asumir una paternidad no deseada que puede poner en riesgo el proyecto de vida del joven. «Tengo que cuidarme de no meter la pata de no embarazar a una chica y tenerme que casar y tener frustradas todas mis ilusiones, de ser profesional» (Jorge, 24 años, limeño que aún no ha terminado sus estudios secundarios). Entre los jóvenes de los sectores populares, esta ambivalencia se acrecienta debido a la inestabilidad laboral y el temor a no poder enfrentar las demandas de mantener a una familia. Esta temática se relaciona también con el hecho de que los jóvenes de estos sectores tienden a ser padres a edad más temprana que los varones de los sectores medios, a quienes la necesidad de seguir estudios superiores obliga a dilatar la edad de constituir pareja.<sup>5</sup> Asimismo, como señala Fachel Leal (1998), en los sectores populares el embarazo es una estrategia usada por los jóvenes, sobre todo las mujeres, para consolidar una unión. Sin embargo, este tipo de práctica se contrapone a las expectativas de desarrollo individual de los jóvenes y abre una serie de dilemas (Olavarría, Benavente y Mellado 1998).

A pesar de los temores que pueblan el imaginario de los jóvenes, todos, sin excepción, planean ser padres y definen a la paternidad como una experiencia crucial consagratoria que cambia la vida de un hombre y lo convierte en fundamentalmente doméstico.

---

<sup>5</sup> En Cuzco nueve de los jóvenes entrevistados son padres. Siete del sector popular y dos del medio. En Iquitos diez de los jóvenes son padres, seis del sector popular y cuatro del sector medio. En Lima solo un joven del sector popular es padre. El total por clases sociales arroja que catorce jóvenes de los sectores populares tienen hijos en tanto que esta cifra es de seis en los sectores medios

Ya deja de ser niño, adolescente, ya es adulto, ya se es padre, le nace ya lo que es paternidad, da todo. Yo, francamente, haría todo por mi hijo, cualquier cosa. Como me ven, como todo el mundo me conoce que soy así, bien movido, si me ven con un hijo pues: «ya era hora, ahora te vas a calmar, ya tienes un hijo, tienes que ser más responsable». Un hijo le asienta a un pata... lo mete a su hueco y ahí tiene que crecer. (El Loco, 28 años, panadero limeño)

## 2.5. *Amar, transmitir y guiar*

Para las poblaciones estudiadas, la paternidad está asociada con los sentimientos más profundos del ser humano. Según afirman, los hijos e hijas constituyen una expresión de la necesidad de amar. Se trata de un tipo especial de afecto que solo puede ser satisfecho por el vínculo con un niño. «Es importante porque hay muchos momentos del ser humano que tú eres mayor de edad y necesitas el cariño de un niño, el afecto, el calor de un niño. Es necesario, es un buen motivo para continuar muchos objetivos que te has trazado en la vida» (Pancho, 42 años, médico cuzqueño). En ese sentido, la calidad del amor de un varón no se diferenciaría mayormente de la de una madre. Se trata de una cualidad que, según su relato, adquirieron en la familia y les fue transmitida principalmente por la madre, quien moldea los afectos y la psique.

En la medida que el padre define su figura dentro de la familia por su asociación con el espacio exterior y, por tanto, con los valores universales, su tarea específica, aquella en la que se diferencia de la madre, es transmitir saberes generales e inculcar los valores públicos, es decir, formar al hijo o hija en sus aspectos moral e intelectual. Significa moldear un ser humano que es, así, la obra del padre.

Ser padre lo hace más hombre y más responsable, porque uno tiene que enseñar, tiene que formar alguien, hacer una persona, una criatura, a formar carácter, a enseñarle las cosas que uno ha aprendido y hacerlo mejor que uno, darle todo lo mejor de uno a esa persona. (Muñeco, joven estudiante de Iquitos)

Esta representación recrea un paralelo entre la capacidad generadora de ambos géneros y coloca la tarea del padre en posición superior. Mientras la madre forma el cuerpo y la psique, el padre forma el intelecto y el carácter. Así, la paternidad se asocia directamente a la cualidad social del ser humano: el reconocer al hijo lo convierte en miembro legítimo de una familia y, por lo tanto, de su sociedad; al formarlo, le instila valores superiores y lo comunica con el espacio público; al asegurar su educación garantiza que tendrá una posición respetable en el mundo.

Entre los varones de los sectores medios, cuya legitimidad social se funda en el monopolio de los saberes y maneras de actuar más valorados, se enfatiza la labor de guía intelectual y moral del padre en tanto que entre los sectores populares se enfoca más el deber de proveer a los hijos de seguridad material y de una educación que les garantice que estarán preparados para ubicarse en el espacio público.

En contraste, para estas poblaciones, el padre que no cumple con estos deberes generará hijos desubicados o marginales que tendrán dificultades en insertarse en el espacio social. Esta temática es también muy importante en la representación local sobre paternidad (Fuller 1997). Así como los varones describen un ideal paterno que se identifica con los valores públicos y la formación de seres humanos, *el mal padre*, una figura constantemente evocada, es el causante del deterioro moral y social de los hijos y actúa como contrapunto simbólico de la representación de paternidad con la que se identifican en su relato.

## 2.6. *La fuente última de autoridad*

Para los varones de las tres ciudades estudiadas, el padre es la figura de autoridad frente a los hijos. La relación con ellos, aunque fundada en el amor, debe estar regida por la regla del respeto (a la autoridad), según la cual la esposa y los hijos aceptan que corresponde al padre guiar, aconsejar y establecer los principios que rigen la vida de la familia. La fuente de esta autoridad es la asociación entre masculinidad, orden público y valores generales. Por otro lado, esta misma asociación entre paternidad y poder conduce a que la figura paterna

sea blanco del cuestionamiento de las jerarquías de género y generación que representa. Esto se expresa en que tanto la madre-esposa como los hijos y las hijas tenderán a establecer una relación ambigua con el padre. Si, de un lado, reconocen la autoridad del patriarca, del otro, buscan afirmar sus posiciones en contrapunto con esta. Así, en tanto personificación de la masculinidad hegemónica, el padre será una figura siempre controvertida.

Paralelamente, el modelo de relación padre-hijos basado en la regla de respeto está siendo revisado por el discurso individualizante que define la labor paterna como un intercambio basado en la comunicación y el afecto mutuos antes que en el respeto y la protección y descalifica tajantemente el uso del castigo corporal (Flandrin 1979; Elias 1998). Este discurso aparece disperso entre todos los varones adultos sin distinción de ciudad o clase. No obstante, predomina solo entre los varones de los sectores medios limeños que declaran unánimemente que el castigo corporal es un método nocivo.

Los varones entrevistados reconocen dos formas de imponer autoridad sobre los hijos: educar y corregir. La educación es la forma ideal de ejercicio de autoridad. El padre explica, razona y convence al hijo de la validez de sus criterios. La corrección es la estrategia que permite recuperar el equilibrio roto por la desobediencia del hijo o hija. Para ello, se recurre a la represión o a la punición. La primera es de tipo verbal mientras que la segunda implica una pena que consiste en la supresión de un premio o en un castigo físico. La pena corporal es el último recurso cuando se han agotado otras vías.<sup>6</sup> Idealmente se trata de un castigo leve y no debe caer en el maltrato.

Entre los varones cuzqueños de los sectores medios, solo uno acepta que impone castigos corporales, el resto considera que el padre debe vigilar y guiar sin recurrir a presiones corporales. Sin embargo, en esta ciudad los padres resienten el cambio de valores que

<sup>6</sup> Diecinueve varones, entre sesenta y ocho que tienen hijos, usan castigo físico para corregir a sus hijos. Esto constituye el 28% de la población total entrevistada: cinco en Lima, doce en Iquitos y seis en Cuzco. Dieciséis de ellos pertenecen a los sectores populares y siete al sector medio.

lleva a los jóvenes a buscar afirmar su independencia de criterio en contraposición a la formación de corte autoritario que los padres recibieron en sus hogares. Más aún, en esta ciudad aparecen dos casos de padres que se consideran autoritarios y poco comunicativos. Este desasosiego frente a los nuevos estilos educativos propiciado por algunas escuelas evidencia que en la práctica el modelo autoritario sigue presente o bien las dificultades que implica pasar de un estilo de educación a otro.

En el sector medio de Iquitos el castigo corporal se acepta como recurso para corregir la desobediencia y restaurar el principio de autoridad. Cuatro de los varones adultos entrevistados en esta ciudad reconocen que han usado castigo corporal mientras que uno de ellos reconoce que se excede. «Tengo tres hijos terribles, que a veces me sacan de mis casillas. Reconozco que en mi agresión a veces soy fuerte; entonces, más bien he decidido que ahora la mamá maneje todas esas relaciones» (Huancapu, empresario iquiteño). En general, piensan que es una medida extrema pero que hay niños, sobre todo los varones (aunque no necesariamente), que se resisten a la disciplina o se enfrentan a la autoridad. Los jóvenes de Iquitos, a diferencia de los del Cuzco y Lima, consideran legítimo el castigo corporal y debe usarse como un recurso para imponer límites. Ellos son conscientes de que este es un tema en debate; pero, aun así, la autoridad paterna puede ejercerse sobre los cuerpos. «Es bueno darle algún golpe aunque los psicólogos digan que no» (Jenafón, un joven maestro de escuela).

Entre los varones de los sectores populares, la figura paterna es la autoridad indiscutida; la desobediencia se interpreta como un desafío al orden familiar. Compete al padre reordenar la casa y restablecer la regla de respeto. A pesar de que se menciona la importancia de la comunicación y el diálogo como regla ideal para obtener el respeto y obediencia de los hijos, el recurso al castigo corporal, como última medida, se considera legítimo. En Cuzco e Iquitos, el castigo corporal es bastante común y se considera un recurso legítimo. «Castigar, sí, porque así hay obediencia, hay respeto» (Coco, artesano cuzqueño).

A pesar de que representan el castigo físico como una forma de punición, no es raro que este se deslice hacia el maltrato corporal. Dos varones adultos del Cuzco reconocen que llegan a extremos de maltrato al que fueron empujados porque perdieron el control.

Antes, pegaba. Me siento muy cobarde, muy cobarde. Cuando a mí me provocan, me hacen renegar, a veces les he agarrado, les he dado lapo o les he dado una patada, que eso no se debe de hacer. Entonces, muchas veces he cometido eso. Me siento el hombre más cobarde, y, al último, tengo que romper la mano, y decir: «ven, papacito, discúlpame, ¿qué cosa quieres?». Entonces, ya entró ahí ya el chantaje, mis hijos me piden, pues, hay veces, una cosa que a ellos les gusta; entonces, yo por complacerlos, o sea, a manera de disculparme, tengo que complacerlos. (Apicha)

Es notorio el uso de definiciones contradictorias que les permiten catalogar como desfogue la violencia. De este modo, a pesar de que registran la agresión física, no la catalogan como una práctica ya que se trata de un momento en que *no son ellos mismos*.<sup>7</sup> Por el contrario, el maltrato físico se define como una práctica peligrosa porque puede *traumar* a los niños e inducirlos a actitudes negativas, tales como recurrir a la disimulación o la mentira.

En los sectores populares de Lima, sin embargo, se observa que el recurso a la pena corporal pierde legitimidad. Cinco entrevistados rechazan toda forma de esta, en tanto que cinco la usan como última salida. Entre estos últimos, dos consideran que no es un recurso legítimo sino una forma abusiva de desahogar tensiones o de ejercer autoridad.

El tipo de autoridad paterna varía según los momentos del ciclo vital. Durante la infancia, el padre es la última fuente de mando e interviene para educar y para corregir cuando el niño o niña se desvía de la regla. Pasada la adolescencia, la autoridad paterna se funda

<sup>7</sup> Los dos casos de padres que aceptan que se excedían en el castigo corporal a sus hijos tienen historia de violencia conyugal.

en la capacidad del padre de guiar a los hijos e hijas y asegurarse de que su influencia balancee la del grupo de pares en el caso de los varones y del atractivo de los pretendientes en la hija. El castigo corporal no debe ser aplicado porque significa una humillación.

Pasada la pubertad, surgen conflictos con los hijos varones y mujeres que giran en torno su libertad para circular en la calle y gastar con los amigos tiempo y energía que deberían dedicar a los estudios. En el caso de las hijas, el padre ejerce un celoso cuidado para que ella no ponga en riesgo su reputación y encuentre al pretendiente adecuado. Para el padre, ambos, hija e hijo, están atravesando por un periodo liminal en el que corren el riesgo de perderse, sea por el exceso de fiesta en el varón, sea por el desprestigio de la reputación sexual en la hija mujer. Debe ser él quien los guía con mano a veces dura hasta buen puerto.

Soy un poco machista en las decisiones que tomo con mis hijos o con mi hija. Por ejemplo, les digo: «no, tú no vas a salir ahora, porque no quiero que salgas», y salen, tú das una orden, eso es un poco por machismo... tampoco no es dable, pero yo lo hago más que todo por respeto, o sea, no quiero que le pase nada a mi familia. (Choche-ra, limeño)

## 2.7. *El padre tradicional cuestionado*

Entre los varones de los sectores medios de Lima y los jóvenes de los dos sectores sociales de Lima y Cuzco, existe un desfase entre el modelo de padre cercano, descrito como ideal, y la división sexual del trabajo dentro de la familia que aleja al varón del hogar. Ello se debe a que han asumido como propio el discurso sobre la paternidad que sostiene que el progenitor debe participar activamente en la crianza de los hijos (Henao 1997; Ponce y La Rosa 1995; Fuller 1997; Alfaro 1998; Viveros 1998). Sin embargo, este ideal se contrapone a la cultura masculina que prescribe que el varón debe evitar las tareas domésticas porque corre el riesgo de adquirir rasgos femeninos. Por otro lado, las exigencias del trabajo por lo general dejan

poco espacio para compartir tiempo con los hijos. Algunos padres registran esta contradicción y declaran que no les dan a sus hijos la cantidad de dedicación que ellos desearían.

Me gusta ser padre, sino que, como no tengo tiempo, ellos están siempre con ella. Entonces, yo, mi parte de padre, no la hago como debería ser. Hay cosas que uno no sabe o no... en cambio ella está más al tanto porque está todo el día con ellos. (Alfredo, 43 años, empleado bancario)

Otros sujetos, como Dan Patay y Edmundo, dos padres limeños del sector medio, señalan que cuando fueron padres redefinieron sus prioridades para participar en la socialización de sus niños.

La paternidad marcó fortísimo. En general, sí es determinante en mi vida. Cambió mi forma de ser, quizás, en postergar algunos proyectos personales. Llega un momento en que tú tienes que optar, tú sigues tu camino profesional, dejando de lado cualquier cosa que te pueda retener y, bueno, dejas a tus hijos o a tu familia en un segundo plano y no te interesa su desarrollo cotidiano. Yo, al contrario, creo que eso me hizo quizás disminuir un poco las expectativas a futuro. No disminuirlas, pero sí no darles la misma intensidad que las que tenía al comienzo. Me parece una cosa importante, a la cual traté y trato de dedicarme lo más posible. (Dan Patay)

Ello, sin embargo, únicamente es claro en el discurso y no en la práctica. Dan Patay está divorciado y actualmente es su ex esposa quien asume el cuidado material y moral de los hijos. A pesar de que es un padre extremadamente cariñoso y unido a sus hijos, no comparte sus rutinas. No obstante, sea esto verdad o simplemente buenos deseos, este tema empieza a aparecer en el discurso de los varones y puede ser usado como recurso para legitimar ciertas decisiones o para interpretar la propia biografía.

Los varones adultos se contrastan con el tipo de educación recibida y el que desean o intentan dar a sus hijos. Ellos reprochan a sus

padres el autoritarismo, la distancia y la falta de comunicación sobre todo en el aspecto sexual. Los jóvenes presentan la misma demanda: mayores niveles de comunicación y participación del padre. En los jóvenes limeños, más expuestos a los discursos que critican al modelo autoritario y distante, es más común encontrar críticas al modelo tradicional de padre. Su postura se centra en dos temas: la comunicación y el cuidado cotidiano. La relación con el padre debe basarse en el diálogo y él mismo debería participar de la socialización de los hijos no solo como proveedor y autoridad, sino como compañero y fuente de afecto.

La paternidad debe ser más activa, no como ahora que el padre piensa que por llevar el dinero a la casa, por estar en la casa simplemente, allí acabó su responsabilidad. Yo pienso que un padre debe ser como una madre prácticamente, y tiene no solamente que preocuparse de los hijos, sino estar con los hijos, jugar con ellos si es posible, hacer un montón de cosas, tomar los roles de mamá. (Marco, estudiante limeño)

Sin embargo, para redefinir la paternidad en términos de cercanía, necesitan recurrir a la maternidad. Por otro lado, ninguno de ellos tiene hijos, de manera que no han debido enfrentar las demandas en conflicto entre el trabajo y la dedicación a su hogar.

Es notorio que, a pesar de que la generación precedente ya planteó la necesidad de cambiar la relación padre-hijo, los jóvenes, que corresponden a la generación de los hijos de los adultos entrevistados, no registran mayores cambios en la relación con sus padres. Ello podría deberse a que los adultos han revisado el discurso sobre la relación padre-hijo tardíamente, luego de haber sido socializados, y a que existe un desfase entre el discurso que corresponde al ideal y la práctica que corresponde a la estrategia usada. Como ya señalamos, mientras la regla ideal exige presencia y comunicación, la estrategia debe combinar las exigencias opuestas de la cultura masculina que exagera la autoridad, identifica al padre con el rol de proveedor y descalifica la participación masculina en las tareas domésti-

cas,<sup>8</sup> con la necesidad de cercanía y diálogo horizontal. Entre los adultos de los sectores populares de las tres ciudades, no se cuestiona la participación de los padres en la crianza de los hijos. No obstante es común que ellos mencionen que asumen ciertas tareas en ocasiones, sea porque la esposa está muy cansada, sea porque no está presente. Entre los varones de los sectores medios, en cambio, esta alternativa solo fue mencionada por dos varones iquiteños: Huancapu, que cuidó de sus hijos al nacer porque estaban muy delicados de salud y Charly, que se turnaba para cuidar a su hija mientras su esposa iba a la universidad. El resto contaba con la ayuda de una empleada del hogar y define esta situación como un arreglo excepcional. Así, mientras el discurso de los sectores medios acentúa la importancia de la presencia cotidiana del padre, en la práctica los arreglos domésticos no han variado, probablemente debido a que el apoyo de trabajadoras del hogar les permite descargar las rutinas diarias tareas en una tercera persona. En cambio, en los sectores populares, el discurso es bastante más rígido, pero en la práctica la falta de apoyo doméstico puede conducir a arreglos más flexibles.<sup>9</sup>

En suma, pareciera que los patrones de crianza continúan muy estables. A pesar de que los varones de los sectores medios y los jóvenes de las tres ciudades afirman que el padre debe intervenir más activamente en la socialización infantil, esto solo ocurre excepcionalmente. En cambio, la demanda de mayor cercanía y diálogo entre padres e hijos parece estar cambiando los patrones de interacción entre ellos hacia un mayor diálogo y menor autoritarismo. De acuerdo con los jóvenes, aún queda camino por recorrer, pero existe acuerdo sobre la dirección a seguir. Sin embargo, para toda esta población, la fuente de reconocimiento social de un varón proviene de

<sup>8</sup> Porque el excesivo contacto con la casa, dominio de la mujer, entraña el riesgo de feminizar al varón.

<sup>9</sup> Es posible que la rigidez del discurso se entremezcle con criterios de distinción social ya que los varones de los sectores más pobres aspiran a compartir los hábitos de las capas medias. Ya Gutmann (1996) ha tocado este tema para el caso mexicano.

sus logros en la esfera pública,<sup>10</sup> lo cual supone que priorizará las demandas del trabajo sobre las de la familia.

### 3. Paternidad y jerarquías de género

El sistema de género peruano, como muchos otros, se funda en dos principios: la primacía masculina y la reciprocidad y complementariedad de los principios femenino y masculino dentro del ámbito de la familia. De acuerdo con el primer principio, los varones se identifican con el mundo exterior y la mujer, con el doméstico, la casa. Al ser el espacio exterior estructuralmente superior al doméstico (porque lo contiene y monopoliza los recursos materiales y sociales necesarios para la supervivencia de la familia), los varones tienen mayor prestigio y pueden ejercer alguna autoridad sobre las mujeres. Según los principios de reciprocidad y complementariedad, ambos opuestos, el femenino y masculino, componen una unidad mayor, la familia, y es el esfuerzo conjunto de los dos el que asegura su subsistencia, bienestar y prestigio. En este sentido, el uno y el otro, aunque diferentes, se funden en una unidad mayor regida por la reciprocidad y la noción de sacrificio conjunto.

Como en todas las sociedades patriarcales, en el Perú, la posición social se hereda primordialmente del padre, cuyo primer apellido patrilíneo heredan los hijos y legarán a sus descendientes. En ese sentido, la paternidad y la masculinidad se consagran (simbólicamente) al tener un hijo varón porque es él el que garantiza que el apellido de la familia se transmita y, por lo tanto, perviva. «Los hombres preferimos tener hijos varones para que lleven el apellido; ahora se dice que para que ellos también vean por la casa, nos acompañen» (Juan, 21 años, Lima, popular).

---

<sup>10</sup> En cambio, la fuente de reconocimiento principal para la mujer sería la maternidad.

El hijo varón es, por tanto, el reconocimiento último de la virilidad del varón, ya que confirma su potencia, no en el sentido físico de inseminar, sino en el aspecto más importante de la paternidad, que es garantizar la continuidad de la familia tanto en su sentido material: una nueva generación como en su sentido de prestigio y buen nombre.

Por el contrario, un hombre que tiene solo hijas mujeres no sería suficientemente viril ya que predomina el principio femenino, es decir, la mujer es más fuerte que él (y la fortaleza es sinónimo de virilidad).

Más que todo, por las amistades, a veces, las personas se fijan, te dicen «chancletero». Piensan que eres algo impotente, que las mujeres son más potentes que el hombre, eso es lo que piensan. Cuando uno no tiene hijos varones, te dicen: «¿oye, sabes qué? Te vamos a enseñar, hazlo de esta manera». Son vulgaridades que te hablan. Por ejemplo, un amigo de la fábrica tenía tres mujercitas; por broma y agarro un día al compadre y le digo: «oye, te voy a prestar, te voy a alquilar mi calzoncillo (sonrisa), te vas a poner mis calzoncillos, para que tus hijos sean varones». (Chochera, 44 años, obrero limeño)

Cada género resume cualidades complementarias aunque jerárquicamente calificadas: los varones representan las cualidades públicas, la posición social y el prestigio de la familia, mientras que las mujeres representan la unión y el amor. La asimetría de género se evidencia en el hecho de que son los varones quienes garantizan la continuidad de la familia ya que el apellido se transmite por la línea masculina. Por lo tanto, cae sobre ellos la tarea de asegurar que el nombre de la familia continúe en el futuro. El ideal de toda familia es reunir ambas cualidades ya que ellas representan los valores de conjunto de la familia: prestigio y amor/alianzas representadas en las figuras del hijo varón y la hija mujer. El primero representa la continuidad del apellido y, por el hecho de corresponder al espacio exterior, es quien acumula prestigio para el conjunto familiar. Pertenece al padre (aunque el vínculo amoroso es con la madre) ya que corres-

ponde a este desarrollar en el hijo las cualidades masculinas: fuerza, responsabilidad y capacidad de desenvolverse en el espacio masculino (capacidad de trabajo, capacidad intelectual). Gran parte de la formación se destinará a inculcar en el hijo los valores públicos y domésticos que él representa. Por ello, el padre se opone a la calle representada por los amigos.

Las hijas, en cambio, son más ligadas a la madre. Por tanto, el vínculo con ellas continuará después del matrimonio y los esposos de las hijas establecerán relaciones privilegiadas con los padres de la esposa. Así, si bien las hijas no contribuyen directamente a acrecentar el prestigio familiar, son estratégicas para atraer nuevas relaciones y ampliar las redes de influencia y ayuda mutua de la familia. Desde el punto de vista de los ideales familiares, la hija mujer conforma y representa tales ideales en su sentido extenso: ella es unión (sobre todo en Cuzco). En ese sentido, si el hijo es la realización plena para un varón desde el punto de vista masculino, la hija representa el fundamento mismo de la familia, el vínculo recíproco que une a la parentela a través de redes de solidaridad.

Ahora bien, todos los varones entrevistados declaran que aman igualmente a sus hijos varones y mujeres. Lo que varía es la expresión amorosa y el tipo de satisfacciones que reciben de cada uno de los hijos según el género (orgullo e identificación en el varón ternura y protección en la mujer). Los varones deben reprimir entre ellos las expresiones corporales y verbales de ternura, porque, según afirman, ablandan al niño y dificultan el desarrollo de la cualidad masculina por excelencia: fuerza. Ello no sucede en su relación con las mujeres, hacia las que declaran sentir una profunda ternura. «Con mi hija, por ser mujercita hay una especie de idilio. Yo he tenido una relación tremendamente cariñosa, ella me adoraba y me confiaba todas sus cosas» (Edmundo, artista plástico limeño). La sensibilidad amorosa de los varones, reprimida en la relación con el padre, es formada por la madre, quien es la que transmite al hijo los códigos de ternura y erotismo que más tarde usará en sus relaciones amorosas con su pareja e hijas (los amigos le enseñan el código de seducción).

La relación padre-hijo está marcada por dos grandes mandatos: asegurarse de que el hijo se desarrolle en el sentido masculino e introducirlo en el campo masculino. Es el padre quien supervisa que el hijo desarrolle las cualidades viriles de fuerza y valentía, quien lo inicia en actividades claves como el fútbol y quien le transmite los saberes masculinos. Durante el periodo infantil, una de las tareas del padre es asegurarse de que el niño desarrolle en la dirección masculina; para ello, debe contrarrestar la influencia feminizante del espacio doméstico y reprimir cualquier señal de femineidad en su conducta. «Se dice que el hombre es fuerte, tiene que ser macho y hay que tratarlo de tal manera para que se forje así. Eso es lo que se refiere a los principios de nuestra sociedad» (Witame, obrero jubilado iquiteño).

Al llegar a la pubertad, el joven se acercará más a los amigos pero el padre asumirá el rol de guía y control. Él debe contrarrestar la influencia del grupo, inculcar en el hijo valores públicos y ayudarlo a ingresar en la esfera pública. La decisión de seguir una profesión será un tema central en la relación padre-hijo. Todos los varones entrevistados que tienen hijos reconocidos responden que su tarea y meta como padres y como personas es asegurarse de que sus hijos logren ser profesionales.

El desarrollo de la sexualidad del hijo es un terreno que en Lima y Cuzco se deja a los amigos, ya que esta, en su versión juvenil, pertenece a la calle, y el padre, en tanto representante de los ámbitos doméstico y público, es opuesto a la calle, el aspecto desordenado y transgresor de la masculinidad. Así, su tarea es contrarrestar la influencia de los amigos y de la calle. En Iquitos, en contraste con Lima y Cuzco, donde no puede inmiscuirse en la sexualidad del hijo, el padre es responsable de asegurarse de que desarrolle en el sentido heterosexual. Los amigos, representantes de una sexualidad más desordenada, podrían ser una influencia negativa o propiciar el desarrollo de tendencias homosexuales.

Si tú mismo como padre, le dices te voy a llevar a tal sitio, le llevas allá, le entregas la mujer a él, vas a ver que ese muchacho con lo que tú mismo le enseñas lleva un buen pensamiento, no esperar que otros, que los amigos, le lleven porque ellos no le van a llevar por buen camino. Tú mismo le enseñas el deber de un hombre, para que mañana o más tarde no le vaya a pasar nada, porque si estás viendo que ya tiene 12, 13 años y él, a veces, porque se les nota a los muchachos, inquietos, y dices «ese si quiere que se vaya», entonces, más se dedica a sus amigos, malos amigos y se vuelve homosexual. Y, cuando te das cuenta, de lo que él era un hombrecito, después ya no. (Rolando, 51 años, carpintero)

Estos significados son coherentes con el énfasis que la cultura iquiteña coloca en la virilidad como el aspecto más importante de la identidad masculina. En sentido contrario, la mayor desgracia que puede ocurrir a un padre es tener un hijo homosexual porque pone en entredicho su virilidad, su labor de padre y el prestigio de la familia.

Un hijo maricón, caracho, te quita esa alegría de decir «este es mi hijo». Caramba, tú lo has criado con cuánto sacrificio y llega a ser así de grande ya, es una pena, una lástima, no estás tranquilo en tu casa, ya no sientes ese don de que eres su padre. Pero, qué vas a hacer, mejor te olvidas de todo, no puedes botarlo, qué puedes hacer, qué puedes decirle. (Rolando)

La relación con los hijos e hijas se define en términos bastante diferenciados en lo que respecta al tipo y calidad del vínculo y los conflictos que pueden surgir con ellos. La relación con el hijo varón implica identificación ya que ambos comparten un campo del que las mujeres están excluidas

El amor es igual, pero la relación es diferente, se comparte menos con la hija. El hombre con la mujer es un poco diferente porque tú sabes que tú no vas a llevar a una mujer donde yo voy; a mi hijo al fútbol, pero con mis amigos, a veces, me tomo un traguito. (Pato, 40 años, soldador limeño)

El hecho de que el hijo varón signifique la continuidad del nombre familiar lleva a que el padre se identifique con él y proyecte en su vida la realización de sus metas futuras. Él deberá continuar y superar su obra. Es común que se afirme que un hijo es una segunda oportunidad de lograr lo que no se puede alcanzar en el periodo vital. Por ello, el hijo varón se asocia al logro y al orgullo. Se trata también de una relación de mayor complicidad ya que, en tanto masculinos, el padre y el hijo son opuestos al mundo doméstico, en el que los varones ocupan una posición ambigua. Más aún, ellos deben ofrecer cierta resistencia porque de lo contrario correrían el riesgo de ser feminizados. De allí que es común que el padre reproche a la madre *estar afeminando* a su hijo cuando es demasiado cercana a él. De hecho, a medida que el niño crece, debe evitar compartir públicamente actividades con su madre. De lo contrario, será tachado de afeminado.

La hija mujer, de su lado, se identifica con la ternura y la protección. La relación con ella es por lo común más satisfactoria en el aspecto sentimental.

Preferiría que la primera fuese mujercita para engreírla, para que juegue con su mamá, para que la acompañe, es siempre más bonito engreírla así a las mujercitas. Hay muchos patas que prefieren hombres y piensan que una mujercita como que les da mala suerte o por lo que son chancleteros... O sea, a una mujercita, uno más la quiere, no es que no quiera uno al hijo hombre, sino que es más cariño con ella. Claro que un hombre siempre tiene que venir luego porque sino no es lo mismo así nomás, uno necesita tener familia y que le guarden su apellido. (Homero, joven técnico en computación limeño)

Sin embargo, esta relación de intenso afecto se modifica al llegar la pubertad, cuando la joven supuestamente se acercará más a la madre. El despertar sexual de la hija mujer es un terreno difícil pues la joven ingresa a un periodo durante el cual debe circular sexualmente para encontrar pareja. Esto, sin embargo, es peligroso ya que corre el riesgo de o bien que los varones con quienes se encuentra

no busquen una relación de pareja sino de seducción, o bien que establezca una alianza conyugal inadecuada (un mal matrimonio). Para los padres, cuyo deber es proteger a sus hijas, se abre un dilema entre guardarlas demasiado y no saber cuidarlas.

Es común que los varones de los sectores populares de Lima y Cuzco sustenten su preferencia por el hijo varón alegando que las mujeres sufren mucho a manos de los varones y que la sociedad las discrimina. Así, en tanto padres, ellos viven en carne propia la intensa hostilidad intergéneros que existe en la sociedad peruana.

Porque sufren menos que las mujeres, porque en esta época hay tanta delincuencia, tantas violaciones. Se ven casos en que las mujeres no solo son mal vistas, mal tratadas en el trabajo, no hay trabajo para mujeres, mayormente necesitan varones, hasta para la agricultura se necesita varones. Hasta para eso se necesita fuerza, para agarrar un pico, una pala. Esos son trabajos de varones. (Coco, 42 años, artesano cuzqueño)

Sin embargo, la respuesta opuesta también ocurre y algunos padres declaran que sienten más ternura por la hija mujer precisamente porque sus vidas serán más difíciles. En tanto el amor que sienten por la hija los lleva a desear que ella se case a fin de obtener reconocimiento social, saben que el matrimonio es una apuesta en la que la mujer tiene altas posibilidades de perder.

Yo pienso, que la hija mujer tira más para el papá, el hijo hombre tira más para la mamá. Yo a los cuatro los quiero igual, pero un poquito más las quiero a mis hijas porque son mujeres porque la mujer siempre es sufrida. Hay veces, cuestión de suerte, que le toque un buen marido, un mal marido que le pegue, que la maltrate, tantas cosas que se ven ahora, pe. Porque el hombre es muy machista, el hombre todo lo ve con golpes; eso es ser machista. (El Zambo, 53 años, albañil limeño)

Las dificultades con el hijo varón, en cambio, se centran en el conflicto de autoridad entre el hijo que se rebela contra la autoridad

paterna y la insistencia del padre en contrarrestar la influencia del grupo de pares y garantizar que el hijo acepte su autoridad. Este tema, presente en todas las ciudades, parece más marcado en Iquitos, donde la figura paterna es más ambivalente.

Con mis hijas muy bien. La mujer es un poco más dúctil para recoger las directivas. En cambio, el hombre es un poco reacio a esto, siempre está queriendo rebelarse. No quiere estar sometido a ninguna norma y siempre hay un poco de roce. (Witame)

Pareciera que el vínculo preferencial del hijo varón es con la madre en tanto que existe mayor hostilidad hacia el padre. Esto es más marcado entre los hijos de padres separados porque ellos tienden a solidarizarse con la madre.

El hombre siempre tiende a cambiar un poco por esas influencias de juventud de hoy en día. Se pone a veces un poco rebelde; entonces, uno tiene que sentirse resentido por esta actitud que los chicos ponen. A veces uno reclama y ellos no quieren aceptar. Entonces, siempre hay esas desavenencias. (Luis, maestro de escuela iquiteño que tiene graves conflictos familiares debido a sus recurrentes infidelidades)

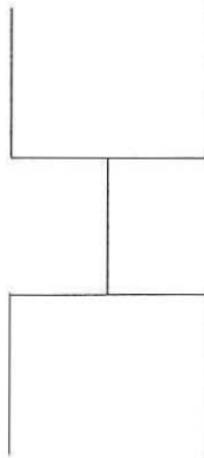
## Paternidad–Maternidad

Consagración  
de la hombría  
(aspecto social de  
la masculinidad)

Padre

Madre

Realización de la  
esencia femenina



Hijo

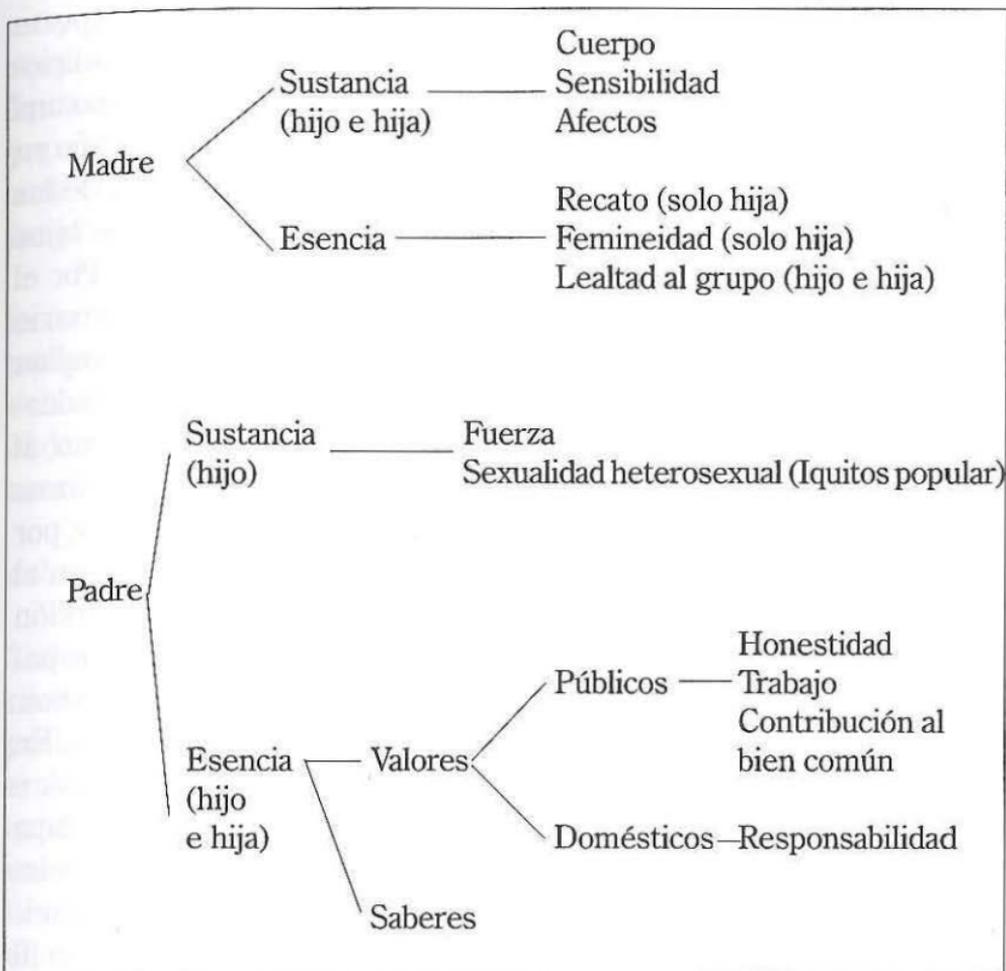
Hija

Función

Transmisión  
de linaje  
(sangre)

Ampliación de  
parentela  
(afines)

## Transmisión



## 4. Decisiones reproductivas

## 4.1. Número de hijos deseado

Existe un consenso general en toda la población entrevistada, sin consideraciones de ciudad, sector social o generación, sobre la necesidad de limitar el número de hijos porque el tamaño de la familia se asocia con el bienestar familiar. Es decir, a menor número de hijos, mejor sería la calidad de vida de la familia debido a que, según decla-

ran, un hijo supone un gasto alto en manutención y educación. En este aspecto es notorio el cambio en la manera de percibir el aporte de los hijos con respecto a décadas pasadas. En la sociedad tradicional, sobre todo en el ámbito rural, un hijo o hija se percibía como una forma de riqueza ya que podía contribuir desde pequeño al trabajo en la unidad familiar y porque constituía un seguro para la vejez de los padres. En la población entrevistada, ya no se espera que los hijos aporten a la subsistencia de la unidad familiar desde niños. Por el contrario, ellos significan un gasto de inversión ya que es necesario mantenerlos hasta la juventud a fin de que garanticen que cumplan con su escolaridad. En otras palabras, un hijo será rentable solo después terminada toda la educación escolar. En cuanto a este punto, sí existen diferencias por sector social. Los padres de los sectores medios esperan que sus hijos e hijas sigan estudios superiores y, por lo tanto, es menos común que se espere que ellos contribuyan al mantenimiento familiar. En consecuencia, significan una inversión más alta en tanto que no se considera que esta beneficiará a los padres de manera directa. Coincidentemente, en los sectores medios, la edad de matrimonio es mayor y el número de hijos es menor. En los sectores populares, por el contrario, se espera que los hijos e hijas contribuyan al sustento del conjunto una vez concluida la etapa escolar.<sup>11</sup> A pesar de que la inversión en ellos es muy alta, con relación al modelo tradicional, se espera que los hijos e hijas la devuelvan de manera inmediata. De hecho, es cuando estos se integran al mercado laboral que la unidad familiar adquiere mayor holgura. Esta es una de las razones por las que los padres, sobre todo las madres, procuran evitar que los hijos se casen tempranamente ya que significa que dejarán de aportar a la familia.

Existen, sin embargo, diferencias entre los sectores populares de las tres ciudades. Mientras en los sectores populares de Lima y

---

<sup>11</sup> Así, es notorio que en los sectores populares el número de hijos es mayor que entre los medios. Al respecto, véase nota 2.

Cuzco se espera o desea que los hijos obtengan un grado universitario y es común que exista un conflicto entre las altas expectativas al respecto y la necesidad de que contribuyan al sustento familiar, en Iquitos las expectativas educativas de las familias de los sectores populares son más bajas y la urgencia de que los hijos contribuyan, más alta. Asimismo, la tasa de fecundidad más elevada es la del sector popular de esta ciudad.

En los sectores populares, existe un marcado sesgo de género en la contribución de los hijos. Mientras las mujeres deben ayudar a la madre en las tareas domésticas desde muy niñas, los hijos varones deben invertir lo máximo de sus energías en estudiar. Es probable que el deseo de tener hijas mujeres, sobre todo por parte de la madre, se asocie al hecho de que ellas son una ayuda en el trabajo diario.

#### 4.2. *El control de la fecundidad*

Todos los varones entrevistados han recibido información sobre medios anticonceptivos modernos y tienen acceso a ellos. La mayor parte, ciento diez, declara practicar algún método para evitar los embarazos no deseados y para regular el tamaño de la familia. En este sentido, es notorio que el número de hijos se representa como una decisión y no como un destino inevitable, como fue hasta la generación de sus padres y abuelos. Sin embargo, cuarenta y siete de ellos declaran que usan métodos naturales, tales como el ritmo y el coito interrumpido, ambos bastante inseguros en sus resultados. Si sumamos los diez que no usan ningún método a los que usan métodos naturales, tenemos que casi la mitad de la muestra no controla eficientemente su fecundidad.

A pesar de que más de la mitad de los varones entrevistados recurre a métodos anticonceptivos modernos y considera que les corresponde decidir con su pareja el número de hijos a tener, la responsabilidad por el uso de los métodos corresponde a la mujer, no solo porque la amplia mayoría de los métodos usados (cincuenta y tres) son de uso femenino, sino porque, al ser interrogados, los varo-

nes responden que sí controlan su fecundidad pero que es su pareja quien se encarga de ello.

## 5. Los impases de la paternidad

La paternidad es un vínculo netamente social donde se actúan y reproducen las jerarquías de género, clase y raza prevaletentes en la sociedad peruana. Engendrar a un ser no define el vínculo padre-hijo; esto debe ser transmutado en paternidad a través del reconocimiento público y de la responsabilidad. Ello está garantizado por el lazo matrimonial,<sup>12</sup> mientras que los hijos habidos fuera de este —bastante frecuente en una sociedad donde los varones están autorizados para circular sexualmente entre las mujeres de los distintos sectores sociales y donde existe una estricta endogamia de clase— no son necesariamente aceptados como tales. Ello depende de la voluntad individual, del estilo de relación que mantenga con la genitora, del apoyo que puedan proporcionarles sus redes familiares y de las consecuencias que tenga para su proyecto de vida. A pesar de la importancia central de esta experiencia, la paternidad solo es tal dentro de las normas que rigen las relaciones entre los géneros, clases y razas de la sociedad peruana.

Así, las señales de fecundación en el cuerpo femenino pueden interpretarse de manera diferente de acuerdo con el tipo de relación existente entre los genitores, la etapa de la vida en que se encuentran estos y las expectativas que el varón y la mujer tienen respecto al número y momento de tener hijos. En este proceso se evalúan los cambios que el hecho de asumir a un hijo acarrea en el proyecto de vida del varón y la mujer y la capacidad de ellos (y sus familias) de com-

<sup>12</sup> Nos referimos, como ya hemos señalado, a una relación públicamente aceptada por ambos cónyuges como una pareja estable con intenciones de reproducirse y constituir una familia.

prometerse con la crianza, la formación y la manutención de un niño o niña. De este modo la fecundación puede ser calificada como un problema que concierne a la mujer, como un problema que ambos deben resolver, como el inicio de un proceso de negociación en el que intervienen no solo los genitores sino los familiares de ambos (Fachel Leal 1998), como el cumplimiento de un deseo mutuo o como la consecuencia natural y esperada de la vida conyugal.

En estos casos, es posible recurrir al uso de hierbas o medicamentos que induzcan la menstruación. Esta práctica, por lo general, no se cataloga como aborto ya que las señales corporales de gestación se clasifican como atraso y los métodos aplicados para suprimirlo, como recursos para *bajar la regla*. Los remedios usados para bajar la menstruación no se identifican como abortivos: en este caso, no hubo una gestación sino apenas un desorden. Como ya señaló Fachel Leal (1998), la interrupción del ciclo menstrual será leída como *embarazo* si una serie de condiciones morales y materiales respaldan la decisión de convertir la gestación en un embarazo social, público. Cuando se reconoce la filiación existe una persona, *un niño que no tiene la culpa* y el principio ético que prohíbe cegar una vida se aplica.

Por otro lado, las mujeres con las que los varones tienen relaciones eventuales son catalogadas como peligrosas porque pueden usar su capacidad de ser fecundadas como una forma de forzar al varón a entrar en una relación u obligarlo a asumir una carga. «A veces ha habido mujeres o chicas con malas intenciones que se te presentan y toman esa cosa como un instrumento para que tú les puedas pertenecer definitivamente a ellas» (Gregorio, 26 años, clase media, Cuzco).

Cuando un varón se enfrenta a la eventualidad de tener un hijo en una relación que no desea continuar y la genitora desea tenerlo, lo común es que se despliegue diferentes estrategias discursivas que buscan elaborar su negativa sin caer en el prototipo del macho irresponsable que condena a un niño a crecer sin protección. Este es el caso de Gotcha, joven administrador iquiteño, que consideró la posibilidad de asumir un hijo habido en una relación paralela, pero, al constatar que esto significaba que la madre adquiriría derechos sobre

sus recursos, releyó la historia de la fecundación para concluir que se trataba de un simple intento de manipulación de parte de la supuesta madre y él no era el verdadero padre.

Entre los varones de los sectores medios, que se caracterizan por una estricta endogamia de clase y etnia, el proceso de asumir a un hijo fuera de una relación conyugal toma diferentes estrategias. Si se trata de una pareja con la cual el joven está envuelto sentimentalmente, se llevará a cabo una negociación que envuelve a ambos y la familia de ambos. Si la familia del joven considera que la mujer no es de la misma extracción social, los jóvenes pueden optar por casarse a pesar de la oposición de la familia. Es el caso de Ernesto, que estaba enamorado de una joven de una extracción social diferente a la propia y, cuando ella salió embarazada, los dos optaron por casarse a escondidas. Sin embargo, en esta ocasión, la diferencia de extracción no era muy marcada y existía un fuerte lazo sentimental entre los jóvenes. Cuando no existe vínculo y la mujer está clasificada como de uso o vacilón, corresponde a ella preocuparse de no salir embarazada.

Por lo general, si el posible embarazo ocurre con una mujer con la que no se tiene una relación reconocida, que se cataloga como *fácil* o promiscua, o con la que existe una gran distancia social, el recurso inmediato es ignorar el hecho y no registrarlo como una posible gestación. «Hubo una vez una chica que se embarazó y dijo que era mío, pero a los 2 ó 3 meses ya no tenía nada, dijo que no me preocupara. Le dije “ese no es mi problema”, no sé si la habrá hecho» (Jenafón, 31 años, clase media, Iquitos). Estos casos se registran, por lo general, como un tema que concierne a la mujer, porque es ella quien debe cuidarse de no salir embarazada ya que controlan su propia sexualidad y, por lo tanto, el varón no es responsable sobre las consecuencias de la misma.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> No obstante la mujer puede recurrir a presiones legales para forzar a un varón a asumir su filiación. Es el caso de Abel, médico limeño de 42 años, quien tuvo una relación eventual con una joven de otra extracción social. Cuando reclamó estar esperando un hijo suyo, Abel la acusó de manipularlo ya que, según su percepción,

Las jerarquías de clase y etnicidad no solo actúan para evitar asumir la paternidad de un hijo. En Iquitos y Cuzco, ciudades donde la parentela tiene mayor importancia que en Lima y donde aún se acostumbra criar niños como parte de la familia, ocurren casos en los que el varón asume unilateralmente su paternidad y elimina a la madre natural de la escena. Así, tres varones de Iquitos y uno del Cuzco fueron criados por padrinos o parientes y un varón adulto del sector medio de Iquitos y un varón joven del sector medio del Cuzco están criando a hijos habidos en relaciones extraconyugales con mujeres de extracción social o étnica subordinada.

Mi hijo es producto de «tantas veces va el agua al cántaro que termina rompiéndose»; es producto de una relación con mi empleada. Yo me enteré que la chica estaba embarazada y te descomputas, porque yo ya estaba siendo un pata, de alguna manera, poquito público; dos, el qué dirán. «Aborto» dije, después de todo ella estaba empezando a tener su embarazo. Pero, yo me dije: «yo quiero crecer al lado de Dios, quiero crecer como ser humano». El hecho de aceptar este niño lo dedico a mi crecimiento del cual tanto hablo, y tanto anhelo de verdad. (Paul, estudiante universitario cuzqueño)

Hasta este punto, Paul podía recurrir a la estrategia de *hacer bajar la regla* de la joven y legitimar esta opción por las reglas según las cuales *no se debe tener hijos en la calle o no se debe truncar el desarrollo futuro de un joven*. Al tomar la decisión de asumir, cruzó el umbral por el cual el ser fecundado se convertía en su futuro hijo o hija. Según continúa, «me puse a pensar “¿aborto o no? tengo que decidir de una vez”. Me puse a pensar “no, es ahora, cuando tengo que demostrarme a mí principalmente quién soy” y decidí tenerlo, así de simple decidí tenerlo».

Seguidamente, vino el proceso de asegurar el apoyo de las redes familiares y el reconocimiento del niño. Al respecto, Paul cuenta:

---

se trataba de una mujer que había aceptado tener relaciones sexuales con él sabiendo que él tiene una pareja estable. La joven entabló demanda judicial, pidió que se aplique la prueba del ADN y se concluyó que él es el padre.

Primero les conté a mis hermanos, todos estaban descomputados pero decidieron apoyarme; después, les conté a dos primos que son bien en confianza. Entonces, entre mis primos y mis tres hermanos —conmigo cuatro—, fuimos seis personas a decirle a mi mamá esa noche, le dijimos. Todo un espectáculo, mi mamá se descomputó mi papá no vivía con nosotros, se descomputó mi mamá, pues, me puteó y yo le dije: «bueno, me ayudas o no, así de simple».

Sin embargo, esto implica que la madre gestante acepta mantenerse en una posición marginal. Según explica Paul

...ella vive, dónde vivirá, pero viene a veces los domingos a visitar a su hijo y con todo derecho. No vive con nosotros por razones obvias. De hecho, el niño iba a estar mejor conmigo, estoy hablando económicamente, y también no sé si usar el término cultural, que no me gusta tanto, pero creo que tiene más oportunidades conmigo, a nivel de que su mentecita tenga más ideas, ella como es una mujer de pueblo no le pueda ofrecer mucho. Antes de pensar «ay, pobrecita, ella debe estar sufriendo», yo debo de pensar más en mi hijo, de verdad, y es por eso que he tomado las riendas de este asunto. Mi hijo está a mi lado, se educa conmigo, va a vivir conmigo, yo le voy a dar educación.

En conclusión, Paul se considera padre soltero, ha minimizado la figura materna y asumido unilateralmente el vínculo que lo reconfirma como un hombre cabal. Como él mismo concluye, «y ahora estoy felizmente con mi hijo, feliz, feliz, como un podercito que me hubieran dado». La paternidad lo ha sacado de la liminalidad y le ha permitido asumir su humanidad proporcionándole reconocimiento social y paz espiritual.

De otro lado, el ser padre soltero lo lleva a redefinir los roles materno y paterno. Él es padre soltero no solo porque reconoce al hijo sino porque asume sus cuidados corporales.

Soy padre soltero, soy padre soltero, porque, por ejemplo si tuviera un hijo y este mi hijo estuviera con su madre, yo no sería un padre

soltero porque yo no estoy cuidando a mi hijo. Pero yo soy padre soltero porque yo baño a mi hijo, cambio a mi hijo, a veces duermo conmigo mi hijo o lo duermo en mi cama, yo le limpio sus mocos, su trasero le limpio todavía, le he cambiado pañales y todo ese asunto. Soy un padre soltero. (Paul)

Este arreglo es más factible en Cuzco donde el predominio étnico y de género son muy marcados y las redes familiares muy sólidas. Paul puede transferir a su hijo su prestigio social y, en la medida que lo aleje del lado materno, logrará *limpiarlo* de su origen étnico por la vía de la educación. Asimismo, sus amplias redes familiares le permiten proveer atención al niño.

En Iquitos, donde la circulación sexual de los varones casados es más marcada y la familia conyugal es menos fuerte es posible llegar a arreglos que incluyan dentro de la familia a hijos que no proceden de la unión conyugal. Sin embargo, no se trata de una regla establecida sino de una estrategia que resuelve una situación de hecho sin poner en entredicho la regla por la cual los hijos deben ser concebidos dentro del matrimonio. Es el caso de Luis (49 años, clase media, Iquitos), quien recurrió a una relación paralela para tener un hijo, porque según relata, su esposa no conseguía concebir:

...mi primer hijo no ha sido con mi señora. Ha sido con otra mujer, pero esa mujer llegó a tener este bebe, con el consentimiento de mi señora. Mi señora, como no podía tener hijos, me había permitido que tuviera relaciones con otra mujer para tener un hijo y adoptarlo. Cuando ya mi mujer he visto que acoge a ese bebe con cariño, sentí una gran satisfacción, pues.

Sin embargo, este *alquiler de vientre* supuso una intensa presión sobre la madre natural del niño, en la que se evidencia cómo las definiciones sobre fecundación y vida varían de acuerdo con las circunstancias y las formas de dominio que se establecen entre un varón y su amante. Según narra Luis, la joven madre de su hijo había abortado en una ocasión previa. Esta estrategia, que en la primera

ocasión, había pasado desapercibida por Luis, se convirtió en delito de aborto cuando él decidió tener un hijo.

Tuve relación con una chica y había sido una zamarra. Parece que la primera abortó y la segunda, cuando yo le pillé que quería también deshacerse de este feto, yo le dije que le iba a denunciar y que el niño debe nacer. De esa manera nació este niño. Cuando estaba el niño ya por nacer, me fui y le dije a mi mujer «tú me dijiste para tener relaciones con una mujer y voy a tener un hijo, con una chica. ¿Le quieres?» «Claro que le quiero», me dijo. Nació el bebe a los tres días, le llevé a la casa y mi señora le crió con biberón.

El relato hace evidente la estrategia discursiva por la cual un *feto* que podría no nacer se convierte en un *niño* propiedad del padre.

### 5.1. *Nacer o no nacer*

Cuando la pareja de genitores no cumple el proceso de *asumir*, la interrupción del embarazo se considera tolerable. Sin embargo el aborto es un tema particularmente sensible porque, para esta población, el respeto a la vida y el derecho de todo niño a recibir asistencia de sus genitores, son principios éticos absolutos. De otro lado, como se ha visto, el proceso de convertirse en padre no se deriva mecánicamente de la fecundación y supone que ambos genitores y sus respectivas redes familiares asuman públicamente la llegada de un hijo o hija. En este punto se despliegan diversas estrategias por las cuales, si bien no se discute la regla absoluta, aparecen *circunstancias* que los obligan a interrumpir el embarazo.<sup>14</sup>

Así, aunque la mayoría de los varones entrevistados no acepta el aborto quirúrgico (especialmente entre la generación de adultos) por considerarlo un crimen contra la humanidad y una nueva vida ino-

<sup>14</sup> Entre los varones que abortaron, once declaran que la mujer tomó la decisión de abortar y él lo supo después. En siete casos, ellos obligaron a la mujer a abortar. En otros siete, fue de mutuo acuerdo.

cente, por consideraciones religiosas (especialmente en Cuzco) o por estimar que produce un daño a la madre (cáncer u otra enfermedad al útero), muchos de ellos lo han practicado.<sup>15</sup>

El aborto se practica en dos situaciones básicas: cuando un adulto casado ha fertilizado una mujer con la que tiene una relación extraconyugal y aceptar un hijo con ella es incompatible con su figura de adulto responsable frente a su familia y cuando el joven o la joven aún no ha llegado a consolidar su posición de adulto (trabajo, dinero, o estudios) y tener un hijo pone en serio riesgo su futuro personal.<sup>16</sup> Es muy probable que la familia de alguno de los jóvenes presione por esta opción, porque consideran que truncaría el futuro de la joven o del joven.

La enamorada que estaba anteriormente con ella yo no sabía que estaba gestando y su mamá un día de esos había venido a mi casa y había hecho los arreglos con mi mamá para que le hagan abortar. La mamá no quería que esté conmigo. En cierta forma, era su hija mayor y quería más de repente para su hija, que estudie o que encuentre otra persona. Mi mamá, celosa también de repente, ha decidido eso. Celosa de su hijo porque yo trabajaba y ayudaba bastante a la casa, a la familia porque, como mi papá no ganaba mucho, antes yo ayudaba y aportaba. Por todo eso, de repente, habían decidido mi mamá y su mamá y nos separaron de esa forma. De repente, sí me hubiera casado, yo sí la quería. Ella no sé, de repente no me ha querido ella. (Siskucha, joven obrero cuzqueño)

Entre los jóvenes más expuestos al dilema de un embarazo no deseado, sea con su pareja, sea con una aventura sexual, es más común que se acepte el aborto como una estrategia alegando que la

<sup>15</sup> Del total de entrevistados, treinta han tenido por lo menos una experiencia de aborto provocado: doce en Cuzco, once en Iquitos y siete en Lima. Doce de ellos pertenecen a los sectores populares y dieciocho los medios. En lo que respecta a la edad, existen dieciséis casos entre los adultos y catorce en los jóvenes.

<sup>16</sup> Veintiséis de los casos de aborto fueron en relaciones extraconyugales, cuatro dentro de la pareja.

pareja no tiene condiciones de asumir a una criatura, poca solidez económica para sostener a un hijo, inestabilidad en la relación que haría del niño un huérfano de padre. Según afirman, el padre debe dar cariño, apoyo, protección, pero eso solo se cumple si lo tiene dentro de una relación familiar. Un hijo de la calle, por el contrario, carecerá del amparo de un padre. Entonces, el aborto es considerado como una necesidad extrema en bien del propio niño. En suma, a pesar de que se describe a la paternidad en términos de perpetuación de la propia sangre, continuación de la vida y responsabilidad hacia las generaciones venideras, todos estos elementos se activan únicamente cuando se ha concluido el proceso de aceptación pública de la paternidad.

## 5.2. *Cuando los padres se van*

Los índices de divorcio y separación son bastante altos en las tres ciudades.<sup>17</sup> En todos los casos, los hijos residen con la madre y los padres han iniciado una nueva unión o están separados físicamente de sus hijos. Ello implica que la relación padre-hijos ha sido redefinida. Los varones separados de sus hijos han atravesado por un proceso de redefinición de la relación con sus hijos. En general, el relato gira alrededor del dilema entre ser un padre responsable o uno que abandona a sus hijos

Tampoco yo, porque lo que he tenido problemas, voy a ser un irresponsable, siempre soy responsable. Porque a mi hija tienen que

<sup>17</sup> En el sector medio, cuatro de los adultos limeños son divorciados o separados. Entre estos últimos, dos están en la segunda o tercera unión. En Iquitos, siete adultos están separados o divorciados; todos ellos tienen una segunda unión. Entre los jóvenes, de cuatro casados, dos están separados. En Cuzco, no hay separaciones. Entre los varones de los sectores populares, existe un caso de separación entre los adultos de Lima; tiene una segunda unión. En Cuzco, cuatro adultos están separados; tres en segunda convivencia. Entre los jóvenes, uno está separado y tiene una nueva pareja. En Iquitos, cuatro adultos y tres jóvenes son separados. Todos los adultos están en su segunda unión.

verla bien, porque si yo fuera un irresponsable, a mi hija, le dirían que su padre es un irresponsable. (Miguel, un joven profesor cuzqueño)

Los elementos que más parecen jugar en la persistencia del lazo padre-hijos son el tipo de relación previa y la calidad de la relación con la madre. Aquellos padres que estuvieron presentes en los primeros años de sus hijos y construyeron un firme vínculo afectivo con ellos tienden a conservar la relación. Es el caso de Apu un profesor universitario iquiteño que participó en la crianza de sus hijos activamente y declara: «No he abandonado jamás a mis hijos, donde esté siempre les apoyo, siempre les busco. En ese sentido, no tengo mayor problema, cuando yo quiero les veo».

En cambio, Huancapu, que tuvo una hija de una relación eventual, a pesar de creer en la importancia del vínculo y ser bastante presente con los hijos de su segunda unión, declara:

A mi hija casi no la veo, una o dos veces al mes. Es que no es estable la relación. Ella me dice «papi, yo veo que a ellos los llevas, a ellos los traes». Le digo «tienes que entenderme que yo tengo un compromiso más cerca, más permanente con ellos que con tu mamá, tu mamá te habrá explicado». Yo sé que hay un problema ahí pero definitivamente es la realidad. (adulto, clase media, Iquitos)

Aquellos que se separaron por intensos conflictos familiares son quienes han visto cambiar drásticamente su relación con sus hijos. En este conflicto, aparecen dos temas principales: la relación entre los genitores y la redefinición del lazo entre padre e hijos. A pesar de que la paternidad es altamente valorada, para los varones (y mujeres) urbanos del Perú, los hijos pertenecen a la madre y, si la pareja se separa, será ella quien los conserva. Por lo tanto, los recursos que el padre entregue para el sustento de su prole serán administrados por la ex cónyuge. Esto es una fuente constante de roces ya que el varón resiente el hecho de que ella tenga derechos sobre él y pueda disponer de sus recursos.

A su vez, la relación afectiva con los hijos, siempre mediada por la madre, se ve, por lo común fragilizada ya que estos tienden a identificarse con ella y tomar distancia respecto al padre. Pareciera que son los hijos varones quienes asumen actitudes más hostiles contra él. Los padres, por su lado, tienden a acusar a su cónyuge de transmitir una imagen negativa de ellos (dos casos en Cuzco y cuatro en Iquitos).

Mi relación con mis hijas es buena, soy muy amoroso, me muero por ellas y ellas también por su padre. Aunque ahora las cosas están cambiando porque les están poniendo otras ideas de mí, mi esposa está haciendo ver un mundo muy distinto al mío, a mis hijas. Está dañando la imagen de su padre. Le están haciendo ver cosas que no son de mí. (Bigote, 40 años, popular, Cuzco)

Aunque no tenemos datos sobre los hijos, si analizamos el relato de los varones cuyos padres son separados, es notorio que casi todos<sup>18</sup> se identificaron con la madre y juzgaron al padre como el causante de sus problemas actuales, sea porque no proveyó por ellos y los condenó a la pobreza, sea porque no tuvieron apoyo social y moral y ello los expuso a riesgos.

Un último tema en conflicto es que los padres por lo común emprenden una nueva unión conyugal y los hijos rivalizan con la segunda mujer. «Mis hijos me dicen: “por qué, papá, por qué con esa chica te has metido”. Yo les digo: “mamita, me van a comprender alguna vez...”» (Miguel, 31 años, popular, Cuzco).

En suma, desde el punto de vista de los padres, la separación de los hijos significa una inevitable redefinición de la relación con ellos que, en la mayoría de los casos, tiende a debilitar el vínculo. Los dos puntos más notorios en este drama son el sentimiento de rechazo que experimenta el padre ante el distanciamiento de los hijos y la

<sup>18</sup> La excepción es un varón cuzqueño que fue criado por su padre y tiene una relación distante con ambos progenitores.

dificultad para mantener el lazo con ellos cuando establecen otra unión conyugal.

## 6. Reflexiones finales

Probablemente los rasgos más notorios de la manera en que los varones de urbanos del Perú (y puede decirse de América Latina) significan la paternidad son su intensa idealización y el hecho de que constituye un eje central en la construcción de su identidad como varones y como seres sociales: la consagración de la hombría. En este sentido, la paternidad hace parte de la producción discursiva que sustenta el predominio masculino ya que la identifica con el conocimiento y la autoridad. Ser padre no es solo consagrarse como varón plenamente viril, es un título nobiliario ya que concede a los varones privilegios y un sitio de autoridad en el núcleo familiar. Si hay un espacio donde se cumple el sueño masculino de poder es precisamente en la función paterna, como ya señaló Lacan.

Como contrapunto a este libreto que ensalza la paternidad, el guión del padre irresponsable resalta las contradicciones que la entrecruzan y constituye, precisamente, el material más rico para entender la vivencia misma de la paternidad. Ello se debe a que nos muestra las estrategias que los actores despliegan cotidianamente y, sobre todo, introduce en la escena a los múltiples personajes que forman parte del complejo tejido social que es la paternidad concreta: los hijos deseados y no deseados, las mujeres fecundables y las cónyuges potenciales, las redes de apoyo familiar, los pares y las instituciones formales.

Así, en sentido opuesto al ideal, vemos que ser padre es una experiencia marcada de contradicciones. Si bien consagra la hombría adulta, se contrapone al ideal juvenil de libertad, conquista y competencia. Asimismo, nos muestra los impases del modelo juvenil ya que el exceso de autoafirmación entraña el riesgo de desorden y autodestrucción. Para los jóvenes, ser padre es tanto un logro, como una pérdida y una tabla de salvación. Esta multiplicidad de sentidos

abre un amplio abanico de respuestas que retratan también los dilemas de este periodo de la vida.

Por otro lado, la noción de *responsabilidad* que define a la paternidad es extremadamente ambigua y controvertida (Olavarría y Parrini 1999) y varía según el momento del ciclo vital y la relación que cada varón mantiene con la posible o real genitora. Así, ser responsable puede significar priorizar el proyecto de seguir estudios universitarios sobre la relación con una mujer que presenta signos de fecundación; ser responsable es no aceptar la paternidad de un hijo habido en una relación extraconyugal; ser responsable es reconocer a un hijo aunque ello suponga poner en peligro la estabilidad de una familia ya constituida, y así sucesivamente. Se trata pues de una negociación compleja que se caracteriza por estar determinada por factores de clase y etnicidad y estar inserta dentro de una densa trama de relaciones. La biología no es el destino de la paternidad; por el contrario, esta experiencia está mediada por el estilo de relación que el varón mantenga con la mujer y la capacidad de ambos movilizar a las redes familiares e institucionales en apoyo de sus intereses personales o de un proyecto conjunto.

Surgen algunas interrogantes sobre el cuestionamiento a la autoridad y a la distancia paterna que cruza los relatos presentados. Este ha sido interpretado, opinamos que con rigor, como un resultado de la creciente democratización de las relaciones familiares. No obstante, quisiéramos llamar la atención sobre el hecho de que el padre es una figura de autoridad y como tal está en posición de poder sobre la madre y los hijos. Aun cuando los actores involucrados acepten en última instancia la ideología patriarcal (como es el caso de la amplia mayoría de los varones aquí presentados), las relaciones de dominio propician que quienes están en posición subordinada busquen formas de negociación u oposición que les permitan mejorar su posición. La figura paterna por su posición estructural es el blanco de la protesta femenina y juvenil y, por lo tanto, refracta y expresa los malestares de ambos. Sin embargo, no todo reclamo es señal de transformación y me pregunto si no es posible que hayamos catalogado como cambio a la expresión de *la otra voz* del discurso hegemónico.

El análisis de los significados de la paternidad ilumina ciertos temas que por parecer evidentes no han recibido suficiente atención. Estos son la importancia de la convivencia y el hecho que la paternidad solo se entiende en relación con la maternidad. Nuestros datos muestran que, a pesar del discurso intensamente idealizado de los padres, cuando ellos no conviven con los hijos, el lazo tiende a atenuarse o disolverse y en esto juega un rol fundamental la relación con la mujer. Esto se debe a que la tarea de proveer, a contracorriente de las declaraciones de los varones, no fluye de padre a hijos sino que está mediada por la figura materna. Para estas poblaciones los hijos pertenecen a la madre más que al padre porque ella garantiza su supervivencia corporal y emocional. Por ello, cuando una pareja se separa los hijos permanecen con la madre y le corresponderá a ella administrar los recursos que el padre entrega para proveer por su prole. Esta es una fuente de conflictos ya que los varones resienten el hecho de que su ex pareja tenga derechos sobre lo que produce. A ello se une que los padres reprochan a sus ex cónyuges por el alejamiento emocional de los hijos. Ambos criterios aparecen el relato de los varones como recursos para explicar/legitimar su decisión de desatender a sus hijos. No se trata de aumentar la vasta literatura de reproches al abandono paterno, sino de entender el punto de vista de los actores y situarlo en un contexto relacional. Este es un tema que merece ser profundizado ya que la separación es de las familias es una tendencia que va en crecimiento en todos los sectores sociales.

## Bibliografía

ALFARO, Rosa María

- 1997 *Descifrando enigmas: Responsabilidades privadas y públicas del varón y la mujer*. Estudio de opinión pública. Lima: Sondeos de Investigación, Asociación de Comunicadores Sociales, Calandria, Fundación Ford.

- ARILHA, Margareth, Sandra UBENHAUM y Benedito MEDRADO (org.)  
 1998 *Homens e masculinidades. Outras Palavras*. Sao Paulo: editora 34.
- BOURDIEU, Pierre  
 1998 *La Domination masculine*. París: Seuil.
- ELIAS, Norbert  
 1998 *La civilización de los padres y otros ensayos*. Santa Fe de Bogotá: Norma.
- FACHEL LEAL, Ondina  
 1998 «Aborto: tensión y negociación entre lo femenino y lo masculino». En: LERNER, Susana (ed.). *Varones, sexualidad y reproducción*. México, D.F.: El Colegio de México, Sociedad Mexicana de Demografía.
- FLANDRIN, Jean Louis  
 1979 *Orígenes de la familia moderna*. Barcelona: Crítica, Grijalbo.
- FULLER, Norma  
 1997 *Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- GUTMANN, Matthew  
 1996 *The Meanings of Macho. Being a Man in Mexico City*. Berkeley: University of California Press.
- GILMORE, David  
 1990 *Manhood in the Making. Cultural Concepts of Masculinity*. New Haven: Yale University Press.
- HENAO, Hernán  
 1997 «Un hombre en casa. La imagen del padre hoy. Papeles y valores que destacan 400 encuestados en Medellín» *Nómadas. Género: Balances y discursos*. Santa Fe de Bogotá, 6, marzo-septiembre.
- IRIGARAY, Lucy  
 1974 *Speculum, de l'autre Femme*. París: Les Editions de Minuit.

- OLAVARRÍA José, Cristina BENAVENTE y Patricia MELLADO  
1998 *Masculinidades Populares. Varones adultos jóvenes de Santiago*. Santiago de Chile: FLACSO.
- OLAVARRÍA, José y Rodrigo PARRINI  
1999 *Los padres adolescentes. Hombres adolescentes y jóvenes frente al embarazo y nacimiento de un/a hijo/a*. Antecedentes para la formulación y diseño de políticas públicas en Chile. Documento de trabajo en edición. Santiago de Chile: UNICEF.
- PONCE, Ana y Liliana LA ROSA  
1995 *Nuestra sexualidad: mis abuelos, mis padres y yo*. Construcciones sociales de la sexualidad en tres grupos generacionales. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA  
1998 «Ser hombre en Santiago de Chile, a pesar de todo un mismo modelo». En: VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.
- VILLA, Alejandro  
1996 *Fecundidad y Masculinidad: algunos dilemas subjetivos en la construcción de género en los varones*. Documento. Buenos Aires.
- VIVEROS Mara  
1998a «Quebradores y cumplidores: biografías diversas de la masculinidad». En: VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.
- 1998b «Decisiones reproductivas y esterilización. El caso de la elección de la esterilización masculina». En: VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.



# Paternidades y masculinidades en el contexto colombiano contemporáneo, perspectivas teóricas y analíticas

*Mara Viveros Vigoya*  
*Departamento de Antropología*  
*Universidad Nacional de Colombia*

*En memoria de Hernán Henao\**

cuya absurda muerte nos privó de su voz, enérgica y entusiasta,  
de sus ojos cálidos e incisivos,  
de todas las búsquedas intelectuales que tenía para compartir  
y del amor por la vida que tanto nos contagiaba...

## 1. Introducción

El tema de la paternidad ha sido abordado generalmente desde una perspectiva más negativa que positiva; es decir, desde los problemas que genera la *ausencia* del padre y no planteando una reflexión en torno a su *presencia*. Poco sabemos de los padres *presentes* en los hogares, de las condiciones bajo las cuales estos aceptan o rehusan las obligaciones y tareas que llevan al desempeño de su rol paterno (González de la Rocha 1994), de los significados que estos varones le atribuyen a la paternidad, sus actitudes, vivencias y expectativas frente a ella.

Desde este punto de vista, la justificación para plantear una reflexión sobre la paternidad proviene del desconocimiento del significado que tiene la paternidad para los distintos grupos de varones y

---

\* Hernán Henao, antropólogo colombiano, pionero en el estudio de la masculinidad y en particular de la paternidad —entre otros temas— fue asesinado (presuntamente por *paramilitares*) en su oficina de la Universidad de Antioquia el 4 de mayo de 1999.

de la necesidad de entender, en primer lugar, las transformaciones que se están viviendo en la relación entre padres e hijos y en segundo lugar, de la demanda de muchos hombres jóvenes de participar más en el proceso de crianza y educación de los hijos y tener con ellos una relación más cercana afectivamente. En otras palabras, es necesario documentar el proceso de transformación en el ámbito de la intimidad (Giddens 1996) que se está operando de diversas formas en nuestro país, como consecuencia de los procesos de urbanización y modernización de la sociedad. Las formas de vivir hoy la paternidad en Colombia están marcadas por las significativas modificaciones que se han dado en las relaciones entre los géneros debido a factores como el aumento de la vinculación femenina a la estructura productiva, el mejoramiento de su condición educativa en las últimas décadas y la reducción del número promedio de hijos de las mujeres durante su vida fértil. Estos cambios, entre otros, han contribuido a una relativa democratización de las relaciones entre hombres y mujeres, al cuestionamiento de los discursos vigentes sobre masculinidad y a una transformación en las representaciones sociales sobre la misma y las relaciones de género. En este nuevo contexto, deben entenderse las transformaciones más o menos profundas que se han producido en las concepciones masculinas de sus atribuciones como padres y en sus prácticas paternas.

En una investigación preliminar realizada sobre la construcción de la masculinidad en los sectores medios de dos ciudades representativas de dos culturas regionales colombianas, surgió como tema preponderante la cuestión del padre. Fue particularmente interesante el contraste entre su supuesta ausencia en la crianza y la socialización de los hijos y su fuerte presencia en los relatos de los entrevistados. Además, se hizo constantemente una asociación entre masculinidad, paternidad y responsabilidad, señalando la segunda como el ámbito al que se le adscribe en forma privilegiada el ejercicio de la tercera y como la forma más acabada de la primera. Cabe resaltar, en adición, que lo que se ha llamado la «paternidad irresponsable» tiene que ver con el hecho de que generalmente el padre solo reconoce públicamente y acepta las responsabilidades inherentes a su rol en

el caso de los hijos engendrados dentro de un vínculo matrimonial o de una relación deseada por él. Esto es aun más frecuente en los sectores medios en ascenso social, en los cuales se tiende hacia una hipergamia de clase y raza/etnia. Por otra parte, fue notoria la alusión de los varones más jóvenes a la importancia de la paternidad en sus proyectos de vida y su deseo de asumir activamente no solo las obligaciones sino también los placeres asociados con las tareas de crianza y educación de los hijos. Por último, los relatos recogidos muestran la complejidad y diversidad del concepto y de la experiencia paterna. Mientras unos subrayaban dimensiones económicas, otros hacían referencia a aspectos socioculturales, éticos, etc. En resumen, no se encontró definiciones únicas ni excluyentes de la paternidad.

En esta ponencia,<sup>1</sup> se señalan ciertas perspectivas teóricas en las ciencias sociales desde las cuales se ha abordado dicho tema. Igualmente, se hace una revisión de algunos textos de la literatura sobre masculinidad desde una perspectiva de género, enfatizando el lugar y tratamiento que dan al tema de la paternidad. Finalmente, se plantean algunas reflexiones a partir de nuestra propia experiencia investigativa en el campo de los estudios de masculinidad y en relación con los primeros resultados de un estudio en curso sobre las representaciones y el ejercicio de la paternidad en sectores medios y populares.

## 2. Perspectivas teóricas desde las ciencias sociales

### 2.1. *Perspectiva psicológica*

La reflexión académica que se ha hecho sobre la paternidad se ha efectuado desde distintas perspectivas disciplinarias: la primera, fun-

<sup>1</sup> Este texto retoma parcialmente información proveniente de la ponencia *La paternidad en los estudios de masculinidad*, presentada en el Seminario Internacional «El padre, cambios y retos». Medellín, marzo 1-3 de 1999.

damentalmente psicológica, plantea que las actitudes paternas tienen fuertes repercusiones sobre el universo psicológico de los hijos y sobre la constitución temprana de la identidad de género.

La remembranza de los padres evoca muchas veces, temor, distancia y lejanía, antes que ternura. La obediencia a los padres ha sido la clave de toda educación y se han justificado distintos medios para obtenerla. Como lo plantea Jacqueline Kellen (1988), Freud otorgó a la madre un lugar preponderante dentro de la dinámica familiar y una gran responsabilidad sobre el desarrollo de los hijos. Es conocida su expresión en la introducción a su obra *Moisés y el monoteísmo*, «*Pater semper incertus, mater certissima*», dejando abierta la pregunta sobre qué significa ser padre. En posteriores desarrollos del psicoanálisis, Lacan abordó el tema de la función paterna, que básicamente es una función simbólica y no es ejercida necesariamente por el progenitor. El padre es la figura que introduce la norma, quien separa al niño de su madre y quien representa la ley y, por lo tanto, es un ideal.

Por otra parte, el proceso subjetivo de la asunción de la paternidad empezó a constituirse en objeto de estudio a partir del cuestionamiento del ejercicio exclusivo de la parentalidad por parte de las mujeres, característico de las sociedades industriales en las cuales las esferas privada y pública han sido separadas. En este contexto, se realizaron estudios como el de Nancy Chodorow (1994) que hacían referencia a las familias en las cuales el padre estaba muy poco presente en el hogar y los niños recibían todo el cuidado de parte de sus madres. Ellas reinaban allí y construían una figura paterna idealizada para sus hijos mediante el relato de sus desempeños. Es decir, el padre era un personaje mítico y distante, con el cual se comparaban muy pocas experiencias. Esta distancia entre padres e hijos sería el origen de una identidad masculina más negativa que positiva, con énfasis en la diferenciación y la distancia con respecto a los otros y negando la relación afectiva. Según dicha autora, esta situación podría ser corregida si los padres participasen más activamente de la crianza de los niños proporcionando así una imagen de identificación concreta a sus hijos.

Otro trabajo que intenta aproximarse al tema de las supuestas transformaciones en el ejercicio de la paternidad es el de Jacqueline Kellen (1998). A partir del análisis de testimonios de padres franceses con edades entre 25 y 40 años, esta autora se pregunta sobre las características de los llamados *nuevos padres*, las razones que explican los cambios en el ejercicio de la paternidad, pero, sobre todo, por el nivel de profundidad de dichas transformaciones. La autora finaliza su trabajo planteando un interrogante: ¿la afirmación del deseo de paternidad en los hombres jóvenes es un nuevo poder al servicio de la masculinidad hegemónica o corresponde a un reconocimiento y a una reintegración de lo femenino en ellos?

Por su parte, Joseph-Vincent Marqués en la introducción del libro de Kellen, sugiere la existencia actual de cuatro formas distintas de vivencia de la paternidad en España. La primera es la tradicional, definida por la consideración de los hijos como un reconocimiento que da la mujer al hombre en homenaje a su virilidad y que satisface su necesidad de ser obedecidos por alguien. Este tipo de paternidad se caracteriza por un tinte autoritario y por una distancia y desinterés por la crianza y la educación de los hijos en la temprana infancia. La segunda forma, la paternidad desorientada-tolerante, se distingue de la anterior por una notable reducción del autoritarismo sumada a una delegación de la socialización en manos de la madre. Esta actitud tiene más de inhibición que de sentimiento libertario. La forma participativa-sustitutiva corresponde a una actitud aún incipiente en España, presente únicamente en padres muy jóvenes, marcada por un deseo de mayor protagonismo con respecto a los hijos en las primeras fases de su desarrollo. Este modelo puede adquirir características muy negativas cuando se pasa de la participación a la sustitución o suplantación de la madre. La paternidad solidaria, aún por construir, resultaría de relaciones en las cuales las mujeres no valoran la maternidad como su principal misión en la vida y asumen las tareas de crianza y educación de sus hijos en conjunto con un hombre.

Para Marqués, la forma en que se ha construido la masculinidad del varón en España impide la vivencia de nuevas formas de paterni-

dad. Es decir, la masculinidad no puede ser separada de las características con las cuales se ejerce la paternidad. Por tal razón, su tipología incluye algunos rasgos de los varones que la encarnan. Aunque la tipología propuesta por Marqués es un rápido resumen de la multitud de experiencias de la paternidad que se pueden tener en este país y de la complejidad de su vivencia, puede resultar útil para el análisis de funciones y actitudes de los padres. Nuestras propias observaciones nos permiten plantear que cada uno de los modelos presentados puede ser relativizado en la práctica, ya que los varones pueden incorporar simultáneamente elementos de uno y otro modelo en su comportamiento paterno, variar de uno a otro en distintos momentos de su historia personal o matizar fuertemente cada uno de estos tipos propuestos. Por otra parte, si bien es muy importante considerar los efectos de los elementos contextuales socio-económicos y tecnológicos en el ejercicio de la paternidad, es necesario incluir también una reflexión sobre la construcción subjetiva que los varones hacen de la paternidad (y seguramente, por extensión, de la maternidad).

En el contexto contemporáneo de aumento de separaciones conyugales, han surgido estudios sobre la experiencia de los padres divorciados no convivientes con sus hijos que reclaman la posibilidad de preservar y desarrollar su rol paterno. Bruno Décoret (1997) explora en su libro *Padres separados, padres a pesar de todo* la forma en que ellos viven los cambios en su rol y en su relación con los hijos a partir de la ruptura con su pareja. Su estudio cuestiona la imagen del padre frío y distante con sus hijos señalando que las experiencias de los padres comunes y corrientes poco corresponden a este estereotipo. Igualmente, subraya que la paternidad es parte de la identidad masculina y no depende ni de la palabra de la madre, ni de la relación de los hijos con la madre. Por último, critica los abordajes teóricos de la paternidad que buscan un criterio principal y consideran los demás como secundarios: para Décoret, el análisis del ejercicio de la paternidad requiere incorporar un conjunto de dimensiones o criterios. Por otra parte, plantea la necesidad de diferenciar entre las fun-

ciones que cumple un padre y lo que es un padre, es decir, la importancia de no reducir un sujeto-padre a su función. Otros trabajos sobre las parentalidades contemporáneas como los de Irene Melero (1998) señalan la pertinencia de estudiar la incidencia de factores como el deterioro subjetivo producido por la ruptura conyugal, el desapego progresivo ante el escaso contacto con los hijos y el temor de verse suplantados por el actual compañero de la madre, en el fenómeno de la deserción paterna.

## 2.2. *La perspectiva socio-histórica*

Una segunda perspectiva, aborda la paternidad como un fenómeno socio-cultural, resultado de las relaciones genéricas en un momento histórico, en un entorno y en una sociedad específicos, y ha sido trabajada generalmente desde la antropología, la sociología y la historia. Los enfoques teóricos predominantes en esta perspectiva han sido los constructivistas, que sostienen que la paternidad es una construcción social, con significados distintos en diferentes momentos históricos, cambiante de una cultura a otra y en una misma cultura según la pertenencia étnica o de clase.

Desde el punto de vista histórico, Norbert Elias, en *La civilización de los padres* (1998), plantea que a lo largo del siglo XX se ha acelerado un proceso de cambio civilizatorio en la relación entre padres e hijos, cuyos rasgos pueden seguirse en retrospectiva hasta la temprana Edad Media. En este artículo, Elias reconstruye a grandes rasgos el curso de este proceso civilizatorio, señalando que uno de los factores más importantes de la relación padres-hijos a lo largo de la historia haber sido siempre una relación de poder en la cual los padres han dispuesto de mayores oportunidades de poder que sus hijos. Sin embargo, este poder habría sido transferido paulatinamente a manos del Estado con el comienzo de la Modernidad. Según Elias, nos encontramos actualmente en un periodo de transición en el cual coexisten unas relaciones de padres e hijos tradicionales, estrictamente autoritarias, y otras más recientes, más igualitarias, que sue-

len mezclarse, incluso dentro de las familias. Concluye que hoy en día las diferencias de poder en una familia están menos atadas que ayer a formas predeterminadas, razón por la cual sus miembros se ven obligados a elaborar conjuntamente y mediante su propio esfuerzo, es decir, en forma más consciente que en el pasado, un *modus vivendi*.

El ejercicio de la paternidad ha variado a través del tiempo. Así lo muestra el trabajo *Les pères aussi ont une histoire* de Yvonne Knibiehler (1987). En este libro se analiza la genealogía de la paternidad en Europa occidental revisando su trayecto histórico, desde los orígenes del patriarcado hasta el surgimiento de una paternidad individual, germen de lo que se ha llamado la nueva paternidad. La autora muestra las distintas formas en que se articulan en el transcurso de la historia las tres principales facetas de la potencia paterna: la función biológica de la reproducción, la función psicológica presente en la relación educativa y la función social de la transmisión del patrimonio. De la paternidad tradicional del Antiguo Régimen, caracterizada por la transmisión de bienes más allá de las diferencias de órdenes y de castas, se pasa al periodo de la Ilustración, en el cual el amor paternal emerge a costa de la autoridad y marca el pasaje simbólico a la paternidad individual. Posteriormente, se muestra el debilitamiento progresivo de la institución patriarcal, proceso que, si bien se inició en el curso del siglo XIX, sigue desarrollándose con el surgimiento, en nuestros días de quienes se han llamado *los nuevos padres*.

La autora advierte la necesidad de evitar la oposición entre un *ayer* invariable y un *hoy* cambiante, ya que en cada momento de la historia hubo nuevos padres, considerando que la paternidad es una institución socio-cultural. Finalmente, señala que para analizar la situación actual del padre es importante tomar en consideración la intrusión de los poderes públicos en la vida privada. Los hijos dependen hoy menos del padre y más de los trabajadores sociales, médicos, psicoterapeutas y jueces. Todos estos intermediarios se han tornado indispensables para resolver los problemas ligados a la familia

inestable e *incierto* del mundo contemporáneo. Cada vez se profesionaliza y tecnifica más la función paterna. Lo que se denomina crisis de la paternidad corresponde a la toma de conciencia de estos aspectos.

En el ámbito disciplinario de la antropología se ha afirmado que la paternidad no es un hecho de la naturaleza sino una invención humana sin evidencias. ¿Cuál es el origen del lazo biológico que une al varón con la progenitura? Desde la antropología se ha planteado que la relación biológica de fecundación y engendramiento no es necesaria para la creación de un vínculo de parentesco y de afecto entre padre e hijos. Esta manipulación social del engendramiento biológico (Mathieu 1977: 44) está muy bien ilustrada por la adopción en la sociedad contemporánea al mostrar que esta crea nexos entre padres e hijos idénticos a los de la consanguinidad. A la inversa, numerosos ejemplos etnográficos permiten mostrar la diferencia entre las distintas facetas de la función paterna (Zonabend 1988). Así, el pater y el genitor pueden ser dos personas distintas e incluso el pater puede ser un hombre fallecido o una mujer. En las sociedades poliándricas, el padre es el mayor del grupo de hermanos o bien el hermano de la madre, como entre los nayar de la India. El supuesto genitor no tiene derecho a intervenir en la educación de los hijos ni estos tienen ninguna obligación respecto a él, e incluso los nexos con estos hijos pueden desaparecer totalmente si deja de mantener relaciones con la madre. En otros grupos sociales, como los rukuba de Nigeria, la noción de paternidad exclusiva es inexistente puesto que esta es compartida por los distintos maridos que la esposa tiene a lo largo del tiempo (Zonabend 1998). En algunas sociedades se ignora o se finge ignorar el papel del hombre en el proceso de procreación. Este es el caso de los trobriandeses estudiados por Malinowski, que denegaban al marido de la madre cualquier papel en la procreación ya que suponen que la madre por sí sola creaba al niño. Los hijos algunas veces tenían vínculos afectivos con su padre real, pero pertenecían al linaje de su madre y su padre legal, quien ostentaba la autoridad sobre ellos, era el hermano de esta. Es decir, el

verdadero padre era para su hijo solo el marido de su madre, un pariente por *alianza*.

La antropóloga española Susana Narotzky (1998) se propone responder, a partir de otros ejemplos etnográficos, las preguntas en torno a qué es un padre y qué hay en un padre que lo signifique como tal. Después de hacer un recorrido por numerosas culturas tan diversas, como los bembas de la meseta nororiental de Rhodesia (actual Zimbabwe), los lovedus de Sudáfrica y los nayar de la costa Malabar de la India, la autora infiere que la paternidad es un constructo polimórfico y que, a diferencia de la idea occidental común, los atributos de la paternidad no suelen estar focalizados en una sola persona. Por otra parte, concluye que las figuras del padre y del genitor no coinciden necesariamente, que la relación sexual entre la madre y la persona que detenta las responsabilidades paternales fundamentales no es un factor necesario para su ejercicio y que la persona que asume la mayor parte de las responsabilidades paternales no tiene que ser necesariamente del sexo masculino.

En el trabajo de David Gilmore (1994) sobre las concepciones culturales de la masculinidad, se muestra —a través de numerosos ejemplos etnográficos— el lugar central de la paternidad en la constitución de la identidad masculina. El autor señala que, en Europa meridional, el deber del hombre no es solamente dedicarse a hacer innumerables conquistas sexuales sino mostrar su aptitud para la reproducción. El énfasis mediterráneo en la virilidad significa mostrar resultados procreando preferentemente hijos varones. Para obtener el respaldo de la comunidad, se debe tener éxito en la reproducción legítima como elemento importante del honor mediterráneo y no solo ser competitivo. Por tal razón, en España meridional, se desprecia al hombre casado que no tiene hijos, sin que importe lo sexualmente activo que haya sido antes de casarse. Lo que cuenta es el resultado y no los actos preliminares. La culpa de la esterilidad recae directamente en él y no en su esposa ya que se supone que es el hombre quien debe iniciar y realizar todas las cosas. En otra área cultural como es la de Nueva Guinea, el hombre de honor debe re-

producirse no por placer personal, sino por deber social y cívico. Las amenazas militares y los peligros de la vida en las tierras altas demandan mujeres que den a luz, un número creciente de hombres que trabajen y se hagan soldados y un número mayor de *Grandes Hombres*<sup>2</sup> que organicen la defensa y la producción. Entre los sambia de Nueva Guinea, el nacimiento del primer hijo «representa oficialmente el logro de la virilidad» y tener muchos hijos es una de las muchas funciones sociales constitutivas de una noción de capacidad cultural que favorece directamente la seguridad del grupo, en parte por la creencia de que una población numerosa significa seguridad. Preñando a su mujer y siendo un buen cazador, el sambia demuestra que es *competente* en su funcionamiento social. Gilmore concluye su estudio planteando que la procreación no es únicamente un asunto del mundo privado sino fundamentalmente un hecho social y que en la mayoría de las sociedades examinadas por él, para ser hombres, los varones deben preñar a sus mujeres y proteger y mantener a los que dependen de él.

### 3. El tema de la paternidad en algunos estudios sobre la masculinidad en América Latina

En *O mito da masculinidade* (1993), Sócrates Nolasco plantea que la paternidad representa la dimensión más conflictiva de la identidad masculina y la que ofrece más retos al momento de intentar su realización. El autor examina el vínculo padre-hijo con la intención de llegar a entender mejor lo que sucede a los varones que, a pesar de haber sido hijos de padres ausentes, intentan crear un sentido de pertenencia frente a este rol, involucrándose en la relación con sus hijos en mayor medida que sus padres. Esta nueva situación genera en los

<sup>2</sup> El Gran Hombre es una famosa institución social de Nueva Guinea; debe su nombre a sus cualidades excepcionales y los nativos lo tienen por la encarnación del ideal masculino (Gilmore 1994).

jóvenes padres sentimientos de miedo, placer y extrañeza. Nolasco afirma que actualmente los hombres procuran establecer un contacto diario con sus hijos y que la imagen del padre de hoy está construida más sobre la noción de complicidad, placer y gratificación que sobre la de una imagen divina y referencia moral. Para este autor, la paternidad puede ser vista como una forma de inserción en la sociedad que consolida el proceso de construcción de la identidad masculina y el modelo de autoridad desempeñado por los hombres. Por otra parte, la paternidad, al igual que la maternidad, muestra un deseo de ampliación de los proyectos amorosos de varones y mujeres. Es decir, no solo es un producto del entorno socio-cultural sino una forma de expresión de la capacidad masculina de dar y recibir placer.

Alejandro Villa aborda el tema de la paternidad a partir del estudio de los comportamientos sexuales y reproductivos de los varones. En su trabajo *Fecundidad y Masculinidad: algunos dilemas subjetivos en la construcción de género en los varones* (1998), Villa hace referencia a la falta de figuras identificatorias parentales que conducen a los hombres a buscar una identidad personal a través del grupo de pares. Para los varones analizados por Villa, los hijos representan la posibilidad de asumir las responsabilidades de padre y esposo, de experimentar un cambio de vida para sí mismos y en la relación que establecen con las mujeres. Tanto la apropiación de la fecundidad de las mujeres como la apropiación de los hijos son una forma privilegiada de brindarles trascendencia personal, cultural y social y constituye un intento de superar su pertenencia social al grupo de pares. Según el autor, la significación de los hijos, la construcción de la paternidad, se presenta basada en dos lógicas de sentido. En la primera, el contenido de la paternidad se ajusta a las expectativas sociales de desempeño del rol masculino, reproduciendo los comportamientos varoniles que prescribe la cultura, es decir, *haciendo hijos para otros*. Esta construcción se destaca en los hombres mayores de veinticinco años. En la segunda, la paternidad es percibida y vivida como una posibilidad efectiva de realización personal, como el logro de una trascendencia personal. Este deseo de realización de una paternidad aparece

fundamentalmente en algunos hombres menores de veinticinco años. Este autor señala de qué manera la valoración positiva de la paternidad está en permanente tensión con la autonomía social y sexual de la cual podrían disponer los varones por fuera del mundo doméstico y con las deficientes condiciones materiales que impiden el buen desempeño de los roles de padre y proveedor que les prescribe la cultura. Finalmente, hace referencia a los conflictos que pueden generarse con las mujeres en relación con el desempeño de los roles parentales (la construcción de la paternidad quedaría subordinada a las prerrogativas maternas).

Autores como Hernán Henao mostraron interés por el tema de la paternidad en el contexto de los cambios sociales de los últimos treinta años en Colombia en contextos regionales. En un trabajo realizado en 1994, basado en las historias de vida de cuarenta y cinco drogadictos, el autor hace referencia al vacío de autoridad que sufre este enfermo durante la infancia y juventud, con la consecuente fractura de su personalidad. En un estudio posterior (1996), hace una reflexión sobre la imagen del padre en la región antioqueña, a partir de un trabajo realizado en la ciudad de Medellín. El autor concluye que se han producido importantes cambios en los papeles y valores que asumen los padres actualmente. El varón-padre de hoy es un hombre al que se le solicita relacionarse más con los miembros de la familia y disfrutar del ambiente hogareño, muy distinto del padre de antaño, cuyos papeles y valores se determinaban por su vida fuera del ámbito doméstico. Como lo plantea el autor, estas nuevas demandas al padre empezaron a tomar fuerza a partir de los años sesenta con los movimientos feministas y cobran un sentido particular en los años noventa, en los cuales se empieza a tomar conciencia de la problemática de género de los varones.

En su estudio sobre identidades masculinas en Perú, Norma Fuller (1997) señala que la figura paterna es definitiva en la construcción de la identidad masculina, ya sea por su presencia o por su ausencia. Para los varones limeños de clase media, la figura del padre tiene una gran influencia durante el periodo de socialización in-

fantil y es quien transmite a los hijos los valores y conocimientos necesarios para poder apropiarse simbólicamente del mundo exterior y la esfera pública. En la construcción de la identidad masculina la paternidad es un hito importante: representa la consecución de la adultez plena y constituye la experiencia más importante en su vida como hombres. Es descrita como la inauguración de un nuevo periodo en el ciclo vital masculino y como la vivencia que permite demostrar públicamente que se es un hombre pleno, viril y responsable. Para esta autora, la paternidad tiene una dimensión natural, doméstica, pública y trascendental: natural, porque es la última prueba de virilidad; doméstica, por cuanto permite ejercer el lado nutricional de la masculinidad; pública, en tanto vincula a los hijos con los valores que les serán necesarios para desempeñarse en el ámbito público, y trascendental, en cuanto asegura la continuidad de la vida y convierte al varón en creador. Por último, se subraya el desfase existente entre el modelo del padre cercano descrito como ideal y la división sexual del trabajo que aleja al varón de las tareas domésticas y la crianza de los hijos. Igualmente, se precisa que la centralidad de la experiencia de la paternidad solo es tal dentro de las normas que rigen las relaciones entre los géneros, clases y razas de la sociedad peruana.

Uno de los primeros trabajos que aborda el tema de la paternidad en México desde una perspectiva de género es el que efectúa Benno de Keijzer. En su trabajo *Paternidad y transición de género*, este autor plantea que existen diversos tipos de paternidad, entendida como «una posición y una función que va cambiando históricamente y tiene variaciones notables de una cultura a otra, así como en las distintas clases sociales y etnias dentro de un mismo país» y que tiene especificidades de acuerdo con la historia personal y el ciclo de vida de los hombres. De Keijzer (1998) realiza una distinción importante entre la paternidad biológica y la paternidad social, ya que, en ausencia del padre, otros hombres (abuelos, tíos, hermanos mayores y otros adultos no consanguíneos) asumen esta función. El autor señala que, a pesar de que en México ser padre posee un gran

valor cultural, esta función no es evocada en los diagnósticos participativos de diversos grupos de hombres mexicanos, rurales y urbanos cuando se exploran las características que los definen como hombres. En contraste, características como ser jefe, trabajador, proveedor, fuerte, arriesgado, valiente y mujeriego se asocian con frecuencia a lo *masculino*.

De Keijzer elabora una tipología de padres a partir de su experiencia investigativa. Así, se refiere al modelo del padre ausente o fugitivo, que encubre diversas situaciones, como la de los hogares cuyo único o principal ingreso es aportado por la madre, fenómeno que ha crecido en forma sostenida. Dentro de este grupo se ubican también los hombres solteros adolescentes que no formaron pareja y huyeron ante el embarazo inesperado. Otro subgrupo es el conformado por los padres migrantes que establecen un tipo de relación semi-presencial con los hijos e intervienen en su crianza más como reguladores que como personajes activos en ella. Aquí también podemos ubicar a algunos hombres que pretenden asegurar la fidelidad de sus esposas a través de embarazos impuestos. Otro tipo de padre ausente es el divorciado, aun más si se tiene en cuenta que, una vez que se produce el divorcio, la responsabilidad del cuidado de los hijos queda en manos de la madre, excepto en algunas edades (adolescencia) de los hijos. Se trata de padres vespertinos o de fin de semana. De otra parte, en muchas regiones de México predomina aún el padre tradicional o patriarca, proveedor de la familia, que no se siente competente para el cuidado de los hijos o las tareas domésticas, considera que expresar afecto puede restar autoridad, mantiene generalmente distancia con los hijos y, si se acerca, lo hace solo con sus hijos varones a partir del momento en que puede comunicarse verbalmente con ellos. Estos hombres representan para el autor un factor de riesgo y limitaciones dentro de la familia, pues imponen formas de relación basadas en mecanismos como la violencia doméstica asociada al alcoholismo. Estos padres tienden a convertirse en ausentes, para alivio, en muchos casos, de la pareja. Por último, el autor se refiere a un tipo de padres que podría ser descrito como una

especie en construcción en México y corresponde al de los padres que pretenden ser igualitarios. Estos hombres son a veces objeto de burlas y descalificaciones en la cultura mexicana como una forma de controlar y desanimar el cambio en las relaciones de género. Al final de este recuento de las diversas formas en que se ejerce la paternidad en México, se señala que los varones incorporan en sus prácticas paternas una combinación de rasgos de los distintos tipos descritos y que estas pueden cambiar en los mismos hombres a lo largo de su vida (los abuelos tiernos y cercanos que han sido padres autoritarios) y en su relación con los distintos hijos e hijas. Es decir, la paternidad es entendida como un campo ambivalente y contradictorio para muchos hombres.

Por su parte, Matthew Gutmann, en su estudio etnográfico sobre las relaciones de género en la Colonia Santo Domingo de la Ciudad de México, explora temas que pueden ser asociados con la paternidad, como son la escasa vinculación de la sexualidad masculina a los imperativos reproductivos, la importancia de los lazos de sangre y su relación con el abandono y la adopción, los conceptos populares de familia, el adulterio y la poligamia. Para este autor, la diversidad existente de prácticas de paternidad en México es un hecho revelador del carácter ambiguo que tiene la masculinidad en este país. En este contexto, se critican las visiones simplistas que se han construido en torno a la masculinidad, reduciéndola a un estereotipo de irresponsabilidad y violencia. Igualmente, se sostiene que no existe un patrón mexicano de masculinidad en relación con el cual puedan compararse o ser comparados los hombres. Los resultados de su investigación señalan, por el contrario, que ser un padre cumplidor y comprometido es un rasgo central del ser hombre y que la paternidad comporta dimensiones distintas a la responsabilidad económica tales como la posibilidad de compartir el tiempo libre con los hijos o la transmisión de saberes técnicos. También, se muestra que las ideas y las prácticas relacionadas con la paternidad son elaboradas en forma diferente en las distintas clases sociales. Así, en las clases populares, de bajo nivel educativo y pocos recursos económicos, no es

extraño que los hombres se ocupen del cuidado de los niños pequeños; mientras, en los sectores de mayores recursos, las empleadas domésticas y niñeras son quienes asumen gran parte de estos cuidados. Entre los jóvenes profesionales de los sectores medios, se observa los mayores cambios en relación con sus prácticas como padres. En conclusión, se plantea la necesidad de realizar un acercamiento etnohistórico, que permita rescatar las diferencias de clase, y las diversidades regionales y generacionales en el ejercicio de la paternidad.

Por último, vale la pena hacer una rápida referencia al tema de la paternidad adolescente, asunto bastante ignorado en la investigación sobre paternidad. En un trabajo reciente de investigación e intervención en torno a la paternidad de hombres adolescentes en Brasil, se indica la existencia de un *muro de silencio*, tanto en las instituciones y personas involucradas en el tema como en la bibliografía e investigación realizada en este país. Igualmente, se sugiere que aun cuando un adolescente intenta asumir un papel activo como padre de su hijo o hija, las instituciones sociales parecen negarle o impedirle la asunción de este rol. Jorge Luiz Cardoso (1998), autor del proyecto sostiene que este silencio que rodea la paternidad adolescente implica una relación perversa de la sociedad con el adolescente. Al anular socialmente este tipo de paternidad, se acaba por legitimar la ausencia paterna pues se le dificulta al adolescente la posibilidad de pensar, prevenir o asumir su condición de padre real o virtual. Se concluye planteando que la atribución cultural de la concepción y crianza de los hijos a las mujeres determina que estos sean percibidos en la sociedad brasileña como seres pertenecientes a la madre y que el adolescente sea considerado únicamente como *hijo* y nunca como padre potencial. Por tal razón, se hace necesario crear una red de apoyo para esos padres con el fin de que les sea posible asumirse como sujetos de su historia y como actores sociales que pueden y deben participar en la construcción de su destino humano y de la sociedad en la cual viven.

Como muchas de las investigaciones descritas lo muestran, la paternidad es un hecho complejo y constituye un ámbito de inter-

sección de diferentes disciplinas de las ciencias sociales: psicología y psicoanálisis, historia, derecho, sociología y antropología. Desde distintas perspectivas, los trabajos mencionados ponen en evidencia los cambios que se han operado en las formas en que se conciben y ejercen las relaciones de parentesco, el cuidado y la crianza de los hijos, la procreación, la sexualidad, la masculinidad, los roles familiares, las relaciones de género y sus efectos sobre las representaciones y prácticas de la paternidad. En uno y otro estudio, se ilustra la complejidad y contradicciones que caracterizan la paternidad contemporánea en América Latina, el impacto de los cambios socio-económicos y políticos en las relaciones intra-familiares, la progresiva desinstitucionalización del rol paterno —cada vez más independiente del recurso a la autoridad— y la creciente importancia de la paternidad en los proyectos de vida masculinos. Finalmente, los distintos autores señalan que la experiencia de la paternidad varía según la inscripción socio-económica y étnica de los varones, la pertenencia generacional, las experiencias primarias, los distintos momentos del ciclo de vida, el sexo y la edad de los hijos.

#### 4. El caso colombiano: reflexiones preliminares

A continuación, presentaremos algunas reflexiones en torno al tema a partir de nuestra propia experiencia investigativa en el campo de los estudios de masculinidad. En primer lugar, nos referiremos a los resultados de una investigación sobre «representaciones y prácticas sociales de la esterilización masculina en la ciudad de Bogotá»; en segundo lugar, al estudio sobre la construcción de la identidad masculina en los sectores medios de la ciudad de Quibdó,<sup>3</sup> y, en tercer lugar, a algunos resultados preliminares de la investigación sobre paternidad en sectores populares de Bogotá.

<sup>3</sup> Quibdó es la capital del Chocó, uno de los departamentos más pobres de Colombia y uno de los que tiene el mayor porcentaje de población de origen africano.

La primera investigación fue realizada durante los años de 1996 y 1997 en la ciudad de Bogotá y buscaba analizar la esterilización masculina como una decisión que se toma en un contexto social que define los modelos de masculinidad y feminidad, el significado de la paternidad y la maternidad y las relaciones con la sexualidad y el deseo.<sup>4</sup>

Optar por la vasectomía es también una forma de expresar las percepciones sobre el significado y el ejercicio de la paternidad. Por tal razón, una de las motivaciones más fuertes en los entrevistados para esterilizarse fue su percepción de la paternidad como una relación que debe desarrollarse con calidad y que se ve limitada por un número *excesivo* de hijos. Igualmente, manifestaron consideraciones económicas en relación con la imposibilidad de sostener más hijos de los que ya tienen. Escoger este método anticonceptivo es, para algunos de ellos, manifestar que la paternidad puede ser una opción y no un imperativo y que pueden existir otras maneras de «trascender en la sociedad o en la humanidad», de ser varones a plenitud por fuera de la procreación. En este sentido, la decisión de esterilizarse puede ser vivida como una forma de resistencia frente a las presiones y estereotipos sociales de las parejas como unidades orientadas fundamentalmente hacia la reproducción. Finalmente, puede representar para algunos varones la posibilidad de tener tiempo libre para sí mismos, más allá de las responsabilidades frente a otros. En resumen, la vasectomía encarna, para quienes tienen hijos, la oportunidad de asumir una paternidad *responsable*, planeada y cercana afectivamente, y, para quienes no son padres, la posibilidad de demostrar su responsabilidad y altruismo social al no concebir hijos

---

<sup>4</sup> El material sobre el cual se elabora esta reflexión proviene de las diez entrevistas realizadas a varones esterilizados y a sus cónyuges, provenientes de sectores populares y medios, de mediana edad (35-45 años) y residentes en Bogotá, en el marco de la investigación titulada «Las representaciones y prácticas sociales de la esterilización masculina. Un estudio de caso en Bogotá», dirigida por la autora del artículo y realizada en colaboración con Fredy Gómez y Eduardo Otero.

que podrían estar expuestos a los sufrimientos y dificultades propios de la situación social actual en el país y en el mundo.

Para los entrevistados, la paternidad materializa el paso de la juventud a la adultez y al campo de las responsabilidades. Representa por excelencia la masculinidad adulta y cumplidora del deber y posibilita la expresión de estos atributos, pública y privadamente. Por esta razón, para muchos de ellos, elegir la vasectomía fue, por una parte, una manera de expresar una conducta de responsabilidad procreativa, reafirmando una masculinidad plena y, por otra, la forma de hacer realizables sus deseos de implicarse más en las decisiones reproductivas y en la crianza y educación de los hijos ya nacidos.

En sus respuestas, la paternidad es asociada, en primer lugar, con la responsabilidad, entendida, por una parte, como el elemento que equipara, al menos en el discurso, la participación de mujeres y varones en la crianza y educación de los hijos, y, por otra, como una fuente de poder en el ámbito doméstico; en segundo lugar, con el logro y la realización personal; en tercer lugar, con la transmisión a los hijos de bienes materiales de los que ellos no pudieron disponer durante su infancia; en cuarto término, aunque menos frecuentemente, con la gratificación afectiva. Para algunos de nuestros entrevistados, la paternidad adquiere sentido únicamente en la búsqueda deliberada de relaciones cercanas con los hijos y en el ejercicio de la autoridad a través del amor y no del sometimiento físico o mental de ellos. Esto muestra algunos cambios en relación con la imagen prevaleciente de la paternidad como ámbito de dominio y satisfacción de los deseos de poder masculinos.

La experiencia de la paternidad es vivida de manera distinta en función del número de hijos que se tiene, del lugar que ocupen dentro de la familia, del sexo de cada uno de ellos y del contexto sociocultural en el que se ejerce la función paterna. Para algunos, los hijos pequeños representan una carga por su dependencia biológica. Para otros, la vivencia es distinta según se trate del primer o del segundo hijo. En relación con el primer hijo, se resalta la falta de pericia y la ausencia de preparación; mientras que, en el caso del segundo, se

insiste en la mayor tranquilidad con la cual se asumen las tareas relacionadas con su cuidado. El sexo de los hijos también aporta matices distintos a la experiencia de la paternidad. Muchos de ellos hacen alusión a su preferencia por las hijas ya que estas serían, según ellos, miembros de familia más afectuosos y confiables. Por último, la paternidad no solo aporta placeres sino que también despierta aprensiones. Los entrevistados evocaron los siguientes temores: no poder «asegurar un futuro para los hijos», tener que establecer un vínculo definitivo con alguien en razón de la existencia de los hijos, correr el riesgo de ser abandonados por ellos en la vejez; dudar constantemente sobre su buen desempeño como padre y, finalmente, «no dar la talla» para asumir dichas responsabilidades. Estos temores se acrecientan en un contexto socio-económico como el colombiano, marcado por la flexibilización del empleo y la recesión económica.

En cuanto a la segunda investigación,<sup>5</sup> vamos a presentar algunos resultados preliminares en relación con las representaciones de la paternidad en los sectores medios de Quibdó. En primer lugar, podemos señalar que estas representaciones comportan varias temporalidades. Una puede ser una temporalidad sedimentada y corresponde a la de la imagen de paternidad internalizada a partir de los mensajes impartidos por padres y madres durante los procesos de socialización primaria. La ejemplifican claramente quienes afirman que «la imagen de la paternidad ya la llevaban por dentro». Es importante señalar que estas imágenes son construidas a partir de experiencias muy distintas en los dos grupos etáreos estudiados. Mientras la generación mayor hace referencia a las huellas de un padre habitante del campo, poco comunicativo y centrado en el cumplimiento de los deberes, de recio temperamento y escasa formación

---

<sup>5</sup> Esta investigación, titulada «Paternidades en América Latina. El caso colombiano», buscaba identificar, describir y analizar los significados atribuidos a la paternidad y su ejercicio en los sectores medios de dos ciudades representativas de dos culturas regionales colombianas. Fue dirigida por la autora del artículo y realizada en colaboración de Fredy Gómez y Marcela Rodríguez.

académica, los jóvenes evocan padres menos autoritarios y más expuestos a los discursos democratizadores de la escuela y los medios de comunicación en los ámbitos urbanos. Una segunda temporalidad presente en estas representaciones podría designarse como procesual: desde esta temporalidad, la paternidad es representada como una experiencia que se construye en el ejercicio mismo del cuidado, protección y crianza de los hijos e hijas. Varios fueron quienes plantearon haber construido su imagen como padres en el ejercicio mismo de sus funciones paternas. Una tercera temporalidad subraya el aspecto proyectivo de la paternidad como una actividad trascendente a través de la cual se aspira prolongar, con mayor o menor grado de consciencia, una herencia familiar o unas características personales. Este sentido de la paternidad es ilustrado particularmente por los varones que expresan el deseo de tener un primogénito varón ya sea para expandir el apellido, o para ver reproducidos sus atributos masculinos. Estas tres temporalidades pueden estar presentes en un mismo relato o pueden privilegiarse en forma diferenciada para subrayar distintas facetas del ejercicio de la paternidad o los diversos significados atribuidos a esta experiencia.

Cuando se habla del lugar del padre en la familia chocoana en general, se hace referencia a un padre ausente.<sup>6</sup> No obstante, vale la pena destacar la huella que deja esta figura en la memoria de los entrevistados. Si bien en muchos casos se habla de un padre ausente del hogar por razones económicas, casi todos hacen una descripción detallada de las características físicas y morales de sus padres y de su importancia dentro del grupo doméstico. Mientras en las generaciones mayores, los padres son descritos mayoritariamente como figuras distantes y severas que suscitan respeto, sin mayores contradicciones, en las jóvenes generaciones se encuentra una actitud

---

<sup>6</sup> Vale la pena señalar, a partir de las respuestas de los varones chocoanos entrevistados, que esta percepción de ausentismo paterno en la región del Pacífico colombiano está más presente en los discursos de las personas originarias de otras regiones que en los de los propios entrevistados.

más crítica en relación con la ausencia paterna y una demanda afectiva mayor. Esta actitud está quizá determinada por los discursos que valoran positivamente el modelo de familia nuclear y son impartidos actualmente en las instituciones educativas y medios de comunicación masivos. La relación estrecha entre padres e hijos ha comenzado a transformarse en un ideal generalizado y lo que antes era una situación privilegiada empieza a tomar hoy visos de imperativo moral.

Uno de los grandes cambios a los que se hace referencia actualmente en Quibdó es a la distensión de ciertas ataduras con las redes de parentesco y a la menor relación entre las distintas generaciones. Igualmente, se hace alusión a la *pérdida de los valores* y, en particular, a la de la *autoridad* paterna. La mayoría de los varones entrevistados coincidió en afirmar que, antes, los niños tenían más presentes las tradiciones ancestrales y la autoridad paterna, mientras que, actualmente, existe mayor libertad y flexibilidad en la crianza de los hijos. La evaluación de estos cambios se dividió entre opiniones positivas o negativas bastante polarizadas. Es importante destacar, además, el hecho de que los padres han perdido su tarea de educadores principales y su lugar de figuras de identificación única para sus hijos. Estas funciones se comparten actualmente con otras instituciones y otros grupos primarios y los padres han dejado de ser los representantes de una cadena generacional y las principales figuras de autoridad.

En los sectores medios de Quibdó, como en los de otras ciudades colombianas, se habla de la familia y de las funciones paternas incorporando elementos de los discursos modernos de equidad y democracia en las relaciones de género y en las pautas de crianza y educación de los hijos y las hijas. Por ejemplo, ya no está bien visto ejercer la autoridad paterna por medio de la intimidación que conduce a la obediencia. Para los entrevistados, el padre cercano es el modelo ideal de hombre y la figura a seguir, mientras el padre distante es asociado con la dominación y el castigo, presentados como causa frecuente de conflictos entre padres e hijos. En este sentido, las familias no son únicamente el ámbito en el cual se reproducen los valores sino también el espacio en el cual se modifican, en el que es

posible transformar las relaciones entre los géneros y expresar distintas maneras de vivir la intimidad. Si bien la respetabilidad masculina encuentra en los espacios públicos su lugar de expresión privilegiado, la paternidad emerge en Quibdó como una dimensión a través de cual se pueden asumir nuevos roles.

El estudio muestra también que la responsabilidad es vivida como el principal reto que deben enfrentar los varones para asumir la paternidad, pero muchas veces en forma más negativa que positiva, es decir, como un peso que limita el bienestar individual y constriñe dolorosamente los anhelos de autorrealización personal y no como una experiencia liberadora o potenciadora del desarrollo personal. Desde otro punto de vista, se puede plantear que la responsabilidad no es percibida por nuestros entrevistados como un principio que posibilita la planeación o la prevención de las situaciones, sino como una característica que permite asumir los costos y resultados de una eventualidad como un embarazo no deseado, ya sea haciéndose cargo económicamente del hijo o hija o proponiendo/permitiendo un aborto. En cualquiera de los casos, la responsabilidad significa en la práctica asumir un efecto y no prever o planear situaciones. Por otra parte, resulta curioso que, a pesar de que la mayoría de los entrevistados destacó que «no dejar hijos regados por el mundo» o ser consciente de los efectos reproductivos de una relación sexual con una mujer eran signos inequívocos de responsabilidad, casi todos han tenido hijos no planeados. Aunque en un primer momento esta situación puede parecer contradictoria, en la práctica no lo es, ya que la asunción de la paternidad les permite restablecer *a posteriori* su autoimagen de varones responsables.

Responder por un hijo o una hija, significa para ellos una de las mejores expresiones de una masculinidad competente, razón por la cual varios entrevistados afirmaron que quisieron ser padres porque buscaban ejercer las funciones propias de un varón competente. Para muchos de ellos, el valor otorgado socialmente al ejercicio responsable de la paternidad compensa los vacíos afectivos que pueden experimentar en su relación con los hijos.

El hecho de trabajar sobre la paternidad en los sectores medios nos plantea una serie de inquietudes en relación con el peso que puede tener en estos sectores sociales el permanente contacto con un discurso que valora los códigos igualitarios en las relaciones de género y los derechos fundamentales de los niños. Los varones quibdoseños de sectores medios se enfrentan a demandas contradictorias que provienen, por una parte, de la necesidad de garantizar la promoción social de su familia a través de una fuerte implicación laboral y, por otra, del deseo de asumir un mayor compromiso en el cuidado y crianza de los hijos y de la necesidad de una mayor cercanía emocional con ellos.

De otro lado, es importante tener en cuenta que la pertenencia étnico-racial de los afroquibdoseños les plantea otro tipo de dilemas. Si consideramos que a través de la paternidad se reproducen las jerarquías étnico-raciales prevalecientes en la sociedad colombiana, es pertinente preguntarse sobre el tipo de estrategias matrimoniales y procreativas buscadas por estos varones. En esta etapa de nuestra investigación, pretendemos identificar si existe una tendencia a la hipergamia, es decir, a la búsqueda de un matrimonio con una mujer de mayor estatus, ya sea por su condición social o por el color de su piel —lo que en el orden socio-racial colombiano significa un mayor estatus social—, o si, por el contrario, se tiende a entablar uniones con mujeres del mismo grupo étnico-racial pero de mayor estatus social para garantizar, al mismo tiempo, la perpetuación del grupo y su acenso social.

Finalmente, deseamos mencionar que, aunque pueden observarse nuevas actitudes hacia los cuidados primarios de los hijos por parte de los varones quibdoseños de sectores medios, esto no implica que hayan cuestionado las desigualdades todavía presentes en sus relaciones con las mujeres ni que estén dispuestos a renunciar a los privilegios asociados a su condición masculina. Probablemente, lo que estos nuevos comportamientos están mostrando es que la gratificación proveniente de la relación cercana con los hijos ha empezado a valorarse como una fuente de satisfacción emocional apreciable.

En la localidad de San Cristóbal, una de las más pobres de la ciudad de Bogotá, se realizó la tercera investigación a la que haremos referencia.<sup>7</sup> En este estudio exploratorio, se buscaba identificar las distintas formas en que se percibe y se ejerce la paternidad (Rodríguez 1998) en los sectores populares urbanos en dos grupos étnicos diferenciados.

Uno de los resultados comunes en los estudios realizados en Quibdó y Bogotá es la coincidencia en las percepciones de las jóvenes generaciones en relación con lo que significa ser un *buen padre*. Si bien entre los hombres mayores entrevistados el buen padre es fundamentalmente el que cumple sus deberes como proveedor económico principal de la familia, en las jóvenes generaciones se encuentra un mayor nivel de exigencia para calificar positivamente a un padre. Los jóvenes censuran las actitudes autoritarias, la ausencia física y afectiva en la relación con los hijos y la paternidad entendida únicamente en su dimensión económica. Esta actitud crítica señalaría una desnaturalización en esta generación de la imagen paterna como una figura distante y un mayor nivel de requerimientos para valorar a un padre como *buen padre*. Esta diferencia entre los dos grupos étnicos tiene, a nuestro modo de ver, no solo una explicación relacionada con los cambios generacionales en las percepciones sobre la paternidad sino también con el ciclo de vida. Los varones de las generaciones mayores tienden a identificarse más con sus propios padres que con sus hijos, a comprenderlos y no a juzgarlos, mientras los más jóvenes introducen una perspectiva crítica que busca la diferenciación y no la identificación con sus progenitores a través de la afirmación de su lugar como portadores de un nuevo modelo paterno.

---

<sup>7</sup> Esta investigación fue adelantada por Marcela Rodríguez en el marco de la realización de la tesis para optar al título de Magíster en Estudios de Género, cuya dirección estuvo a cargo de la autora de este artículo. Constituye además la primera fase de una investigación actualmente en curso en los sectores medios y populares de Quibdó, Armenia y Bogotá.

Por otra parte, en este estudio y en otro sobre una población similar en Medellín (de Suremain y Acevedo 1999), se muestra que, simultáneamente a estas nuevas exigencias sobre los padres, se han multiplicado los obstáculos objetivos que impiden el buen cumplimiento de este papel. Estas dificultades se refieren a las condiciones sociales prevalecientes en los sectores populares colombianos —desempleo y/o precariedad del empleo, desplazamientos generados por las distintas situaciones de violencia— pero también a factores relacionados con las transformaciones de la familia, como pueden ser el aumento de separaciones conyugales y la asunción de nuevos roles por parte de las mujeres. Es decir, existe una brecha bastante considerable entre el modelo ideal del buen padre, cada vez más generalizado, y las posibilidades reales de ponerlo en práctica, particularmente en los sectores populares. Este desfase tendría consecuencias negativas tanto sobre los varones mismos como sobre el grupo familiar en su conjunto, lo cual aumentaría los desencuentros entre géneros y generaciones.

Al indagar por las razones que llevaron a los varones entrevistados a ser padres, encontramos también algunas diferencias generacionales. Los hombres mayores se refieren a la paternidad como un destino natural masculino. Engendrar hijos es, por lo tanto, para ellos, una consecuencia obvia e inevitable del ejercicio de la sexualidad (Rodríguez 1998). En concordancia con esta percepción, casi ninguno ha asumido una actitud activa en relación con la anticoncepción y la gran mayoría considera que el problema del efecto reproductivo de las relaciones sexuales es un asunto de las mujeres. En contraste, los jóvenes muestran un mayor interés y conocimiento de los métodos anticonceptivos y una mayor aceptación de la planificación familiar como una forma de controlar el uso de los recursos económicos —en este caso, los gastos ligados al nacimiento de los hijos—. En este grupo etéreo, se encontró una frecuente asociación entre el deseo de ser padres y la búsqueda de la estabilidad y realización personal. Sin embargo, lo que revela la mayoría de las respuestas es una falta de planeación de esta experiencia, una carencia de preparación

para ella durante el proceso de socialización y un aprendizaje que se hace en la relación misma con los hijos, a lo largo de la vida.

Con respecto a los efectos de la paternidad en sus vidas, los entrevistados responden de formas muy diversas. Algunos jóvenes describen esta experiencia como un rito de pasaje hacia la masculinidad adulta. En estos casos, la paternidad es vivida como el paso de una etapa en la que se valoraban la comodidad de la soltería, las conquistas y proezas sexuales, las actividades transgresoras con la pandilla a otra, más orientada hacia el cumplimiento del deber y al relevo de los padres en la cadena generacional. Para otros es una experiencia contradictoria, que se define a la vez como un acontecimiento positivo y negativo: positivo, porque les ayuda a ser menos desordenados con su vida, a llenarla de sentido, a trascender y dejar huellas, y negativo, porque implica una ruptura con el grupo de pares, debido a la menor disponibilidad de tiempo para compartir actividades comunes. También es evocada a partir de los temores que suscita —en especial, no poder cumplir las obligaciones que conlleva el nuevo rol paterno— y de la tensión que genera la responsabilidad. Algunos hombres mayores describen esta vivencia en continuidad con sus experiencias de trabajo desde tempranas edades que les enseñaron el sentido de la responsabilidad y les facilitaron el ejercicio de sus nuevos compromisos (de Suremain y Acevedo 1999).

La gran mayoría de los hombres entrevistados en esta localidad considera que un padre no puede hacerse cargo solo de sus hijos. Los hombres mayores estiman que es difícil de asumir por las supuestas pocas habilidades masculinas para estas tareas, pero reconocen que, si es necesario, lo pueden hacer. Incluso, algunos señalan que por diversas circunstancias han tenido que asumir el cuidado de sus hijos durante una temporada pero que a pesar de la dificultad lo han hecho bien. Sin embargo, pese a estas declaraciones, dentro del hogar los varones siguen teniendo por lo general un papel secundario en las actividades domésticas ligadas a la crianza de los niños pequeños y preservando su lugar en la formación de valores y transmisión de normas. Entre las actividades que empiezan a ser compar-

tidas con la madre por parte de los padres jóvenes, encontramos la asistencia a las reuniones de padres de familia en la escuela y el seguimiento de las tareas escolares, muchas veces por presiones de los planteles educativos o de las esposas mismas. También se hace referencia a nuevos espacios de diálogo, como los cuentos que se comparten a la hora de dormir o las charlas familiares del domingo.

Otra diferencia generacional importante en los padres tiene que ver con la expresión de afecto hacia los hijos. Mientras los más jóvenes aluden con relativa facilidad a las manifestaciones de cariño y cercanía con los hijos de cualquier edad, los padres de mayor edad insisten más en el respeto como una de las características de la relación con sus hijos y en las actitudes afectivas como un gesto reservado a la primera infancia de los niños. Esta inhibición de las manifestaciones de afecto con los hijos después de determinada edad tiene que ver con las aprensiones de los varones de esta generación de ver debilitada su autoridad y de ser señalados como varones blandos, es decir poco masculinos.

Finalmente, al ser interrogados en relación con el legado que querían dejar como padres a sus hijos, volvemos a encontrar algunas disparidades generacionales. Los hombres mayores subrayan la importancia de transmitir a los hijos valores como la honradez y la responsabilidad y un oficio que les permita ser independientes económicamente. Los jóvenes adjudican mayor importancia a la educación como factor de movilidad e integración social y hacen referencias al amor como parte de esta herencia. En ambos grupos etáreos, se encuentra cierta expresión de frustración por no poder dejarles a los hijos una vivienda o un negocio que les garantice la subsistencia. Sin embargo, esta frustración adopta matices diferentes en cada uno de estos grupos. Mientras en los padres mayores se descubre resignación y constantes referencias a los legados espirituales, entre los jóvenes se manifiestan mayores expectativas materiales para sus hijos.

A partir de los tres estudios comentados, se puede plantear algunas reflexiones generales. Es importante señalar que la decisión

de no tener más hijos a partir de la vasectomía es también una expresión de las nuevas tendencias relacionadas con la paternidad y una visibilización de la participación masculina en los procesos reproductivos. El hecho de que los varones se asuman como seres implicados personalmente en los procesos reproductivos sugiere que se está empezando a romper la fuerte asociación de las mujeres con la maternidad y con el control de la sexualidad y la reproducción. Este cambio va en la misma dirección que la asunción por parte de los padres de las tareas relacionadas con la crianza de los hijos, es decir, busca una reestructuración y una democratización del ámbito privado.

El ejercicio de la paternidad en la Colombia de hoy se puede caracterizar por su complejidad y por las contradicciones que lo atraviesan. Su complejidad está relacionada, en primer lugar, con el hecho de que la paternidad tiene significados y es experimentada de maneras muy diversas por los varones de distintas edades, clase social, origen regional, a lo largo de su ciclo de vida y de los ciclos de vida de sus hijas e hijos; en segundo lugar, con los profundos cambios que ha sufrido la institución familiar en los últimos cuarenta años, y, en tercer lugar, con las ambigüedades y contradicciones que genera la coexistencia de códigos tradicionales y modernos en los proyectos paternos y en los mensajes impartidos a los hijos e hijas.

Los lugares que ocupaban antaño las mujeres y los hijos dentro del hogar se han modificado ampliamente. Así lo muestran los nuevos papeles que asumen las mujeres a partir de su incorporación y permanencia en el mercado de trabajo —a pesar de sus maternidades—, la consideración de los niños como sujetos de derecho, la desnaturalización del autoritarismo y del maltrato de los que podían ser víctimas y a la mayor libertad de la que disponen los adolescentes. En este contexto familiar cambiante, los varones colombianos, sobre todo los más jóvenes, han empezado a formular demandas relacionadas con una participación más activa en la crianza y educación de sus hijos y con la legitimación social de sus expresiones emocionales ligadas a la paternidad.

Los padres actuales buscan distanciarse en gran medida del modelo paterno anterior, pero se debaten entre las contradicciones que les suscita un deseo de apertura a la expresión espontánea de su afectividad y el temor de ver aminorado su prestigio como varones. Aunque intentan ejercer la autoridad de manera menos vertical, se puede percibir todavía las huellas del autoritarismo de antaño (de Suremain y Acevedo 1999). En los sectores medios, se ha cuestionado el ejercicio de la autoridad como una forma de imposición y dominio y se ha intentado transformar en un medio de formación, educación y corrección. En los sectores populares, aunque la autoridad está todavía muy asociada al papel del varón como proveedor económico, las nuevas realidades económicas —en particular la inserción laboral de la mujer— están modificando su significado. Por otra parte, es importante señalar que dentro de los hogares sigue existiendo una división sexual de los ámbitos de poder y autoridad. Mientras la madre ejerce autoridad como reguladora de los asuntos de la vida cotidiana y el mundo de las relaciones interpersonales, el padre lo hace en las cuestiones relacionadas con los comportamientos de los miembros del grupo doméstico en el ámbito público. Sin embargo, es necesario insistir también en la heterogeneidad de los comportamientos masculinos dentro del hogar en cada uno de los sectores sociales analizados ya que «las dinámicas de poder y género producen resultados concretos básicamente diversos» (Bastos 1998: 4). Además, si se considera que las relaciones de género y las formas de autoridad doméstica constituyen un ámbito de negociación constante, se debe tener en cuenta la multiplicidad de formas que puede adoptar su ejercicio (Bastos 1998, 1999).

Una de las principales contradicciones que caracteriza el ejercicio de la paternidad en el contexto colombiano contemporáneo tiene que ver, por una parte, con la generalización de un modelo que valora la cercanía del padre y censura el autoritarismo y, por otra, con la multiplicación de las dificultades para hacerlo realidad. Esta paradoja genera malestares en los varones que se alejan del modelo y en los hijos que formulan demandas afectivas que sus padres no pueden

satisfacer. En los sectores medios, estos obstáculos se refieren a las extensas jornadas laborales que impiden a los padres dedicar más tiempo a la crianza de los hijos, a las incompatibilidades de los horarios escolares y laborales y la organización del tiempo familiar en función de las demandas laborales. Por otra parte, los procesos de movilidad ascendente a través del trabajo son cada vez menos frecuentes y la posibilidad de consolidar una carrera profesional es menos alcanzable, lo cual lleva a los varones a desencantarse del mundo del trabajo y a encontrar en él menos gratificaciones que antes. Igualmente, es importante hacer referencia a los cuestionamientos hechos por los mismos varones en relación con su condición social como tales y a sus deseos de asumir en forma diferente la relación entre el trabajo y la familia.<sup>8</sup> Todas estas razones contribuyen a explicar el nuevo entusiasmo que suscita en los hombres de las jóvenes generaciones la participación en las tareas del mundo privado.

En los sectores populares, las trayectorias laborales precarias de la mayor parte de los varones afectan su identidad masculina al poner en riesgo su lugar como proveedores económicos principales del hogar y obligarlos a recurrir al aporte proveniente del trabajo remunerado de las mujeres para poder garantizar la subsistencia del grupo familiar. Por otra parte, es importante considerar que en estos sectores un número importante de mujeres se ha vinculado a movimientos sociales y organizaciones en las que se propicia una reflexión sobre la condición femenina y se busca acrecentar su nivel de autonomía y capacidad de decisión. Estos procesos de transformación personal y colectiva suponen una transgresión del orden social en torno al cual se estructuran las relaciones de género (Bastos 1999). El avance de las mujeres no ha estado acompañado de una reflexión

---

<sup>8</sup> Es importante tener en cuenta que el ejercicio paternal se halla íntimamente relacionado con los procesos de construcción de identidad genérica de los varones. Una determinada forma de ser y sentirse hombre, de acoger unos roles masculinos y desechar otros de la identidad masculina perfila un tipo de significados y prácticas paternos.

en el mismo sentido por parte de los varones, lo cual ha generado resistencias al cambio en las relaciones de género por parte de ellos y suscitado temores que se resuelven muchas veces a través de la violencia intra-doméstica.<sup>9</sup> Las nuevas exigencias femeninas y las crecientes demandas afectivas de sus hijos han aumentado en muchos casos los sentimientos de frustración de los varones por no encarnar los ideales del proveedor único y del padre cercano y afectivo, modelo para sus hijos.

Si bien es cierto que la autoridad y el poder masculinos asociados a este rol se han visto debilitados y que muchos varones han reaccionado a este resquebrajamiento mediante la imposición violenta de su voluntad a los demás miembros de la familia, es necesario señalar también algunos cambios en los hombres de menor edad como los que se expresan en su aceptación de perder parte de su antiguo poder a cambio de aminorar las tensiones ligadas al cumplimiento de sus responsabilidades económicas.

## Bibliografía

BADINTER, Elizabeth

1993 *XY de la Identidad masculina*. Santa Fe de Bogotá: Norma.

BASTOS, Santiago

1998 «Desbordando patrones: el comportamiento doméstico de los hombres». *La Ventana. Revista de estudios de Género*, 7, Centro de Estudios de Género, Universidad de Guadalajara.

1999 «Más allá de la dominación masculina. Algunas propuestas para la comprensión de la dinámica de poder en los hogares popula-

<sup>9</sup> Se debe evitar, no obstante, una estigmatización de los sectores populares como grupos violentos. Como señala Bastos (1999: 11), «esta violencia sería también el reflejo de la situación de tensión implícita y violencia explícita que rodea la vida cotidiana de los sectores populares».

res». Ponencia presentada en el Seminario «Hogar, Pobreza y Bienestar en México». ITESO, Guadalajara, 23 de abril.

BURIN, Mabel y Irene MELER

1998 *Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.

CARDOSO, Jorge Luis

1998 «Paternidades adolescentes: da investigação intervenção». En: ARILHA, Margaret, Sandra UNBEHAUM y Benedito MEDRANO (org.). *Homens e Masculinidades. Outras palavras*. Sao Paulo: Ecos/Editora 34, pp. 185-215.

CHODOROW, Nancy

1994 *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Gedisa.

DE KEIJZER, Benno

1998 «Paternidad y transición de género». En: SCHMUKLER, Beatriz (ed). *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe*. México: EDAMEX, Population Council.

DE SUREMAIN, Marie Dominique y Óscar Fernando ACEVEDO

1999 «Feminización de la pobreza y retroceso de la paternidad en sectores populares de Medellín». Ponencia presentada en el Seminario Internacional «El Padre, cambios y retos». Medellín, 1-3 de marzo.

DÉCORET, Bruno

1997 *Pères séparés, pères tout de même*. París: Anthropos.

ELIAS, Norbert

1998 «La civilización de los padres». En: Vera WEILER (comp.). *La civilización de los padres y otros ensayos*. Santa Fe de Bogotá: Norma.

FULLER, Norma

1997 *Identidades masculinas*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

GIDDENS, Anthony

- 1996 *La transformación de la intimidad. Sexualidad, Amor y Erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.

GILMORE, David

- 1994 *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Paidós.

GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes

- 1997 «Hogares de jefatura femenina en México: reflexiones sobre las distintas configuraciones familiares». Ponencia presentada a la «IV Conferencia Iberoamericana sobre familia», Cartagena de Indias, Colombia, 8-12 de septiembre.

GUTMANN, Matthew

- 1993 «Los hombres cambiantes, los machos impenitentes y las relaciones de género en México de los noventa». *Revista de Estudios Sociológicos*, XI, 33, pp. 725-740.

- 1996 *The meanings of Macho: Being a Man in México City*. Berkeley: University of California Press.

- 1998 «Machos que no tienen ni madre». *La Ventana. Revista de estudios de Género*, 7, Centro de Estudios de Género, Universidad de Guadalajara.

HENAO, Hernán

- 1994 «El hombre finisecular en busca de identidad: reflexiones a partir del caso antioqueño». Ponencia presentada en el Simposio «Sexualidad y construcción de identidad de género. VII Congreso de Antropología en Colombia». Universidad de Antioquia, Medellín.

- 1997 «Un hombre en casa. La imagen del padre hoy. Papeles y valores que destacan 400 encuestados en Medellín». *Nómadas. Género: Balances y discursos*, 6, marzo-septiembre.

JELIN, Elizabeth

- 1994 «Las familias en América Latina». *Familias siglo XXI*, 20, Santiago de Chile, Ediciones de las Mujeres.

KNIBIEHLER, Yvonne

- 1987 *Les pères ont aussi une histoire*. París: Hachette.

- 1998 «Padres, patriarcado, paternidad». En: TUBERT, Silvia (ed.). *Figuras del padre*. Madrid: Cátedra.

KELEN, Jacqueline

- 1998 *El nuevo padre: un modelo distinto de paternidad*. Madrid: Grijalbo.

LE ROY, Pierre

- 1996 *Le père dans la périnatalité*. París: Érès.

MATHIEU, Nicole

- 1977 «Paternité biologique, maternité sociale». En: MICHEL, Andrée (ed.). *Femmes, sexisme et sociétés*. París: PUF, col. Sociologie d'aujourd'hui, pp. 39-48.

MELER, Irene

- 1998 «Parentalidad». En: BURIN, Mabel y Irene MELER. *Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós, pp. 99-129.

NAROTZKY, Susana

- 1998 «El marido, el hermano y la mujer de la madre: algunas figuras del padre». En: TUBERT, Silvia (ed.). *Figuras del padre*. Madrid: Cátedra.

NOLASCO, Sócrates

- 1993 *O mito da masculinidade*. Río de Janeiro: Rocco.

OLIVIER, Christiane

- 1995 *Los hijos de Orestes o la cuestión del padre*. Buenos Aires: Nueva Visión.

RODRÍGUEZ, Marcela

- 1998 «¿Padre no hay sino uno? Representaciones sobre paternidad de hombres pertenecientes a sectores populares urbanos». Tesis de grado para optar el título de Magíster en Estudios de Género. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Santa Fe de Bogotá.

VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA

- 1997 *Masculinidades Poder y Crisis*. Santiago de Chile: FLACSO.

VILLA, Alejandro

- 1996 *Fecundidad y Masculinidad: algunos dilemas subjetivos en la construcción de género en los varones*. Documento. Buenos Aires.

VIVEROS, Mara

- 1997 «Los estudios sobre lo masculino en América Latina, Una producción teórica emergente». *Nómadas. Género: Balances y discursos*, 6, marzo-setiembre, pp.55-67.

- 1999 «La paternidad en los estudios de masculinidad». Ponencia presentada en el Seminario Internacional «El padre, cambios y retos». Medellín, 1-3 de marzo.

ZONABEND, Françoise

- 1988 «De la familia. Una visión etnológica del parentesco y la familia». En: BURGUIÈRE y otros. *Historia de la familia*. Tomo II. Madrid: Alianza.



# Ser padre en Santiago de Chile\*

José Olavarría\*\*  
FLACSO-Chile

## 1. Introducción

En los últimos veinticinco años, la sociedad chilena, al igual que todos los países de la región, ha tenido cambios profundos que han afectado la vida cotidiana de sus habitantes. Estas transformaciones, que han influido de diversas maneras la vida íntima de las personas, aparecen asociadas a diversos factores, entre los que destacan el abrupto crecimiento e incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo; su creciente autonomía y reconocimiento de sus derechos; la redefinición del papel del Estado y sus efectos sobre las políticas y uso de los recursos públicos, y los procesos de modernización en las instituciones del país.

Tras el golpe de estado de 1973, se inició un profundo cambio en las prioridades de las políticas públicas y el Estado, hasta ese mo-

---

\* El material para la preparación de este artículo proviene de las investigaciones realizadas por FLACSO-Chile: T. Valdés y J. Olavarría, *Construcción social de la masculinidad en Chile: la crisis del modelo tradicional* (1995-1998), financiamiento de la Fundación Ford; J. Olavarría, C. Benavente y P. Mellado, *Construcción social de identidad masculina en varones adultos jóvenes de sectores populares* (1997-1998), financiamiento del Fondo de Investigación para Estudios de Género del CONICYT; J. Olavarría y P. Mellado, *Ser Padre. Vivencias y significados de la paternidad en hombres de sectores populares hoy en Santiago* (1998-1999), financiamiento de FONDECYT, y J. Olavarría y P. Mellado, *Ser Padre. Vivencias y significados de la paternidad en Santiago de Chile* (1998-1999), financiamiento de la Fundación Ford. Los hombres entrevistados son heterosexuales y todos tienen hijos.

\*\* Hemos tenido un diálogo constante con Teresa Valdés en torno a los estudios de masculinidad y paternidad. Muchas de las cuestiones presentadas en este artículo corresponden a esa reflexión conjunta, no exenta de *tensiones* de género. Le agradecemos a ella, además, sus comentarios y observaciones a este trabajo.

mento agente activo en la generación de riqueza y construcción del país a través de desarrollo de fuentes de energía, industrias básicas, obras públicas, transporte, entre otros, y salvaguarda y protector de los sectores medios y populares mediante la educación y salud pública gratuitas, planes de vivienda, subsidio de productos alimenticios, legislación del trabajo, sistema previsional, la sindicalización y capacitación. Con la dictadura, se consolida un Estado *subsidiario* de la actividad de los agentes privados y observador de lo que se ha denominado el mercado y la libre competencia.

Esta drástica modificación de la agenda y políticas públicas y de la asignación de prioridades y recursos fue posible por la instalación de esa dictadura. Se suspendieron las libertades públicas, se cerró el Congreso Nacional, se confiscaron y destruyeron los medios de comunicación que no apoyaron la nueva política, se eliminó literalmente a la oposición y se constituyó una fuerte alianza entre la oficialidad de las fuerzas armadas, que había provocado y triunfado en el golpe, con los grandes empresarios, partidos y sectores de derecha cuyo proyecto era transformar al Estado chileno en una entidad subsidiaria de las iniciativas de estos mismos grupos privados y sus socios transnacionales (*las fuerzas del mercado*) a través de la política de libre mercado.

La implementación de la nueva política llevó a la modificación no solo del tamaño del Estado y uso de los recursos públicos, sino también de las reglas de convivencia que habían prevalecido en las seis décadas anteriores, las que permitieron el acceso al uso de recursos públicos y el reconocimiento de ciudadanía —como actores sociales con derechos y deberes legalmente estatuidos— a crecientes sectores de la sociedad hasta ese momento excluidos: inicialmente los sectores medios, luego los sectores obreros organizados en torno a las nuevas industrias y a las explotaciones mineras. Estos derechos que se fueron ampliando entre las décadas de los años treinta a los setenta a los pobres de las ciudades y a los campesinos.

Estas políticas permitieron a estos sectores sociales el acceso a la educación y a la salud públicas gratuitas, contar con una legisla-

ción laboral que establecía, entre otros derechos, el contrato de trabajo y sus condiciones de inamovilidad, el salario familiar mínimo, las asignaciones familiares por hijos, la incorporación a sistemas de previsión social y de jubilación.

Dichas políticas, destinadas a establecer y proteger a las familias de los sectores medios y populares, contribuyeron a fortalecer, en los sectores medios de la sociedad chilena, la familia nuclear patriarcal y a *construir* en los sectores populares urbanos un tipo de familia semejante. Ello se produce en el marco de las migraciones de campesinos a las ciudades y en las concentraciones de población en torno a las grandes ciudades y explotaciones mineras (Rosenblatt 1995; Baros 1997).

Este tipo de familia nuclear patriarcal, fortalecida y/o creada desde el Estado a través de sus políticas públicas y la correspondiente asignación de recursos, hasta la década del setenta está sustentada en la clara división sexual del trabajo entre el hombre y la mujer y en la separación entre lo público y lo privado.

La redefinición de la agenda pública en el periodo de la dictadura (1973-1990), el uso de los recursos públicos y su política de ajuste afectaron las bases que favorecieron la existencia de este tipo de familia nuclear durante gran parte de este siglo. Se redujo el tamaño del Estado, se privatizó gran parte de las empresas públicas, por lo que disminuyó drásticamente la cantidad de funcionarios tanto de la administración central como de las empresas. Se modificó la legislación laboral (*flexibilizando* el contrato de trabajo, restringiendo la sindicalización, jibarizando el salario mínimo y la asignación familiar mediante una drástica reducción del valor adquisitivo). Se privatizó parcialmente la educación y la salud pública. Se modificó el sistema de previsión social, pasando de un sistema de reparto a uno de acumulación y responsabilidad individual. Se eliminó los subsidios a alimentos (precios agrícolas) y a servicios de utilidad pública. Se redujo significativamente los recursos públicos orientados a proteger a los sectores prioritarios hasta ese momento (medios y populares). Se focalizó los recursos hacia los sectores más precarizados de la

población a través de programas específicos, así la educación y salud públicas y los planes de vivienda se convirtieron en servicios para la extrema pobreza.

Con el fin de la dictadura mediante el plebiscito de 1988 y la política de acuerdos políticos posterior, la nueva alianza democrática gobernante ha logrado incrementar significativamente los recursos asignados a los grupos protegidos de la sociedad durante la dictadura, pero manteniendo criterios semejantes de focalización y, en gran medida, los criterios definidos e implementados por el régimen militar.

Por otra parte, en Chile, desde comienzos de siglo se manifestó la movilización de grupos de mujeres, la que tuvo su mayor expresión en la lucha por el derecho a voto y la ciudadanía (obtenida recién en 1949). Este movimiento reapareció en el escenario público, ampliado y fortalecido, en la lucha contra la dictadura militar, por la defensa de los derechos humanos y el reconocimiento de mayor autonomía y derechos para las mujeres. Formuló, entonces, demandas por políticas públicas que mejoraran la condición femenina. Sus planteamientos se plasmaron en un programa de gobierno para las mujeres, el que fue asumido por la coalición gobernante desde 1990, dando origen al SERNAM (Servicio Nacional de la Mujer) y una serie de políticas para la Igualdad de Oportunidades. Posteriormente, las mujeres han seguido con su plataforma de lucha y han logrado la incorporación a la agenda pública de parte de sus demandas, así como la formulación de algunas políticas que tienden a lograr ámbitos mayores de autonomía e igualdad entre hombres y mujeres. Muchas de sus reivindicaciones han sido atendidas y se ha legislado sobre ellas y se ha destinado algunos recursos públicos para su puesta en marcha.

Pero las demandas de las mujeres no solo se hacen presentes en el ámbito público, sino que también en la vida privada de las familias y las parejas. La búsqueda de creciente autonomía y de mayor equidad con los hombres comienza a producirse dentro de sus parejas y hogares y de alguna manera los varones, y especialmente los padres, se han visto afectados.

En este mismo periodo, los procesos de modernización y globalización de la sociedad chilena se han intensificado y generalizado en algunos ámbitos de la vida social más allá de la economía y los negocios, alcanzando la cultura y los intercambios entre grupos diversos. Es así que pautas culturales inveteradas son relativizadas, afectando a las instituciones tradicionales y a las disposiciones personales, desestimándose usos y costumbres arraigados por generaciones en ellos. La modernidad, en este sentido, viene a alterar de manera radical la naturaleza de la vida social cotidiana y los aspectos más íntimos de la existencia de las personas. Siguiendo a Giddens (1997), la modernidad se puede visualizar en el plano institucional, pero los cambios provocados por las instituciones modernas se entretrejen directamente con la vida individual y, por tanto, con el yo, lo cual permite que uno de los rasgos distintivos de la modernidad sea la creciente interconexión entre los dos *extremos* de la extensionalidad y la intencionalidad del proceso: las influencias universalizadoras, por un lado, y las disposiciones personales, por otro.

Giddens (1992) postula que estos cambios han transformado la intimidad de las personas, cuyas repercusiones afectarían de modo significativo las relaciones entre los géneros, la vida de pareja y de familia, los lazos afectivos de todo tipo y la vivencia de la sexualidad. El patrón de transformación implicaría un paso desde una estructura jerárquica y autoritaria en las relaciones más inmediatas e importantes de los individuos a otra igualitaria y democrática, que enfatizaría el compromiso, la intensidad emocional y la autonomía de los sujetos (Gysling y Benavente 1996).

Pero en este proceso las orientaciones de cambios posibles, que toman las relaciones humanas a nivel íntimo, presentan contradicciones, no se trata de un proceso homogéneo ni único. Coexisten estilos de relación diversos, algunos de carácter marcadamente patriarcal con otros más igualitarios. Diversas investigaciones señalan que los cambios sucederían con mayor intensidad ahí donde los influjos culturales de la modernidad calan más hondo: en los sectores sociales ligados a la globalización, a la universalización de ciertos

valores, a la convivencia con distintas visiones de mundo y estilos de vida. Otros sectores, en contraste, se opondrán a estos cambios, ya sea por una posición moral-religiosa que reafirma la tradición o por un acceso diferenciado a los procesos de la modernidad, sea por su realidad socio-económica y/o disponibilidad de recursos culturales.

Es en este contexto, de redefinición del papel del Estado durante los últimos veinticinco años y de reordenación de la agenda política y de la asignación de los recursos públicos, de creciente fortalecimiento de las demandas del movimiento de mujeres por el fin de las discriminaciones y la igualdad de oportunidades y, finalmente, de modernización y globalización de la sociedad chilena, en el que se debe situar, entender e interpretar la construcción significativa de *paternidad* por los varones, así como prácticas verbalizadas en sus discursos.

Debemos esperar que estas profundas modificaciones afecten de alguna manera la viabilidad, tanto presente como futura, de la familia nuclear patriarcal en los sectores medios y populares, la división sexual del trabajo y la separación tajante de lo público y lo privado dentro de ella y, asimismo, estos fenómenos se deberían manifestar en las prácticas y los sentidos subjetivos de los padres y la paternidad, así como en las relaciones con sus parejas y sus hijos e hijas.

El estudio de la historia de la vida cotidiana en Europa ha mostrado cómo, a través del tiempo, el ejercicio de poder del padre sobre sus hijos y del esposo sobre su mujer ha sido reducido y acortado por formas y espacios que protegieran tanto a los hijos como a las esposas del poder omnímodo del padre. Siguiendo a Elías (1998), en la medida en que la sociedad se fue civilizando, se reduce el campo de violencia y el uso de la fuerza del padre hacia su mujer y sus hijos y se transforman muchos comportamientos antes aceptados socialmente en delitos ahora penados. Esposas e hijos reciben la protección de la sociedad a través del Estado y este se interpone en el campo de dominio del padre.

En atención a todo esto, podemos afirmar que la paternidad constituye un espacio privilegiado para el estudio de los cambios en el

dominio que históricamente ha ejercido el varón sobre su(s) mujer(es) e hijos. Permite, asimismo, observar la lucha que se produce entre los miembros de la familia por lograr mayores espacios de libertad y autonomía así como relaciones más igualitarias y comprender las transformaciones que se producen dentro de la familia.

## 2. Ser padre, un mandato

De acuerdo con nuestras investigaciones, el modelo hegemónico de masculinidad plantea a la condición adulta la exigencia de la paternidad. Los hombres<sup>1</sup> adultos son/deben ser padres, la vida en pareja la convivencia/matrimonio tiene como basamento la procreación, el tener hijos.<sup>2</sup> Ser padre es participar de la naturaleza, está prestablecido y no se cuestiona, salvo que se quiera ofender el orden natural.

Como la paternidad es constitutiva y uno de sus principales ejes, según el modelo de masculinidad hegemónica, reafirma mandatos y les da sentido en la vida cotidiana, entrecruzando dimensiones fundamentales de la identidad masculina con el hecho de ser padre: el padre es una persona importante, es el jefe de familia, la autoridad del hogar; su trabajo permite proveer a la familia y a los hijos; prueba y ejerce su heterosexualidad a través de los hijos que procrea, y demuestra su poder siendo fecundo. El padre, así, tiene un destino señalado: constituir una familia, estructurar relaciones claras de afecto y autoridad con la mujer y los hijos, que le permitan proteger, formar y proveerla en un espacio definido, el hogar. A la mujer, por su parte, le corresponde la crianza, ordenar el hogar y colaborar con el padre/marido. «Para mí ser hombre es sinónimo de generar recursos, sinónimo de trabajar, sinónimo de sacar la familia adelante cuando uno es

---

<sup>1</sup> Se usa indistintamente hombre y varón.

<sup>2</sup> Se usa indistintamente hijo, hijos, niño, niños cuando se habla del conjunto de mujeres y varones.

hombre y es casado. Ser hombre, es como quien dice, ponerse los pantalones, porque hay que apechugar,<sup>3</sup> cuando uno es hombre tiene su actividad sexual, de la actividad sexual nacen los hijos, los hijos necesitan alimentarse, estudiar, vestirse, y ahí uno se hace hombre, cuando puede apechugar en la familia» (Pancho, 28 años, popular).

La paternidad es parte de la identidad genérica masculina y opera como un elemento estructurante del deber ser en el ciclo vital de los hombres. A nivel identitario, el varón se enfrenta a desafíos/mandatos entre los que destacan trabajar, formar una familia y tener hijos. Es uno de los pasos fundamentales del tránsito de la infancia/adolescencia hacia la madurez, uno de los desafíos que debe superar. Es, asimismo, la culminación del largo rito de iniciación para ser un *hombre*. Si tiene un hijo, se reconocerá y será reconocido como varón pleno, se sentirá *más hombre* (Valdés y Olavarría 1998). «Cuando nació mi hija, estaba completo el ciclo. Era papá. Se estaba cumpliendo la función básica encomendada por Dios: procrear. Aquí hay un hombre íntegramente hecho, completo» (Darío, 25 años, popular). «No se termina de ser hombre si no se tienen hijos. Es parte de la esencia de un hombre completo, íntegro» (David, 43 años, medio alto).

Entre los mandatos del modelo hegemónico de la masculinidad, se destaca aquel que afirma que los hombres son heterosexuales, les gustan las mujeres, las desean, deben conquistarlas para poseerlas y penetrarlas (Valdés y Olavarría 1998), y la forma quizás más importante para reafirmar su condición de heterosexual es teniendo un hijo *de una mujer*. De la paternidad, se puede decir, siguiendo a Norma Fuller (1997), que pone fin, al menos por un momento, al riesgo del repudio, le permite no caer en lo abyecto ante los otros u otras y lo mantiene dentro de las fronteras de la masculinidad *honorable*. «Ser papá es importante para demostrar de que se puede procrear» (Eugenio, 46 años, medio alto).

<sup>3</sup> «Apechugar»: enfrentar la adversidad.

### 3. Los sentidos de la paternidad

Ser padre es ser importante y le da sentido a la vida. Ser padre, por un lado, da derechos: el hombre es la autoridad en su casa, el jefe del hogar, el proveedor, el responsable (Valdés y Olavarría 1998); por otro, le da sentido a su vida, a su trabajo, le obliga a madurar y le permite realizarse como persona; le dota de un proyecto por el que vale la pena luchar. «Mi hija significó mucho para mí, cambió mi vida, porque ya tenía dos personas a mi lado que iban a depender de mí. Me tuve que fortalecer más y entregarme, con más cariño» (Francisco, 20 años, popular).

De acuerdo con los testimonios recogidos, los hijos pasan a ser un factor fundamental en la vida de los varones, especialmente de los sectores populares. Señalan que quieren lo mejor para los hijos y que lleguen a ser más que ellos. En los hijos se deposita la esperanza de lograr lo que ellos no han alcanzado; así lo sintieron algunos de sus padres y así lo esperan ellos de sus hijos. El ser padre reorienta al varón en su vida. «Ser padre es querer siempre lo mejor para los hijos, que tengan una vida mejor que la de uno. Es una responsabilidad que uno tiene con ellos de educarlos» (Felo, 52 años, popular).

Ser padre es asumir una responsabilidad, con la cual los varones muchas veces sueñan para formar una familia, su propia familia. Obliga a asumir una serie de obligaciones para con los hijos y la pareja; a entregarles protección, cariño, enseñarles. «Tener hijos no es una cuestión como comprarse una pelota de fútbol, implica una responsabilidad súper grande» (Patricio, 32 años, medio alto). «Es asumir una responsabilidad, pero una responsabilidad con la cual uno sueña. Es lo que uno espera cuando quiere formar una familia» (Hermano, 39 años, popular).

La búsqueda de proyección, a través del tiempo, está representada en los hijos. Con la paternidad se demuestra la capacidad de procrear, de plantar la semilla que le permitirá prolongarse en la historia. Los hijos significan perpetuar la familia, la continuidad del apellido y, en definitiva, la propia proyección, aunque a veces les cueste

reconocerlo. Pero tener hijos como mandato para asegurar la descendencia pierde fuerza en la experiencia de la paternidad y en el cariño hacia ellos. Las preferencias para algunos varones, especialmente en el primer hijo, son por que este sea varón, pues así mantiene el apellido del padre. Muchas veces los varones emparejados/casados sienten la presión de sus propios padres por tener hijos; los abuelos quieren nietos. «Para dejar mi semillita, sea buena o mala, el destino va a ver» (Keko, 25 años, popular). «Además es una necesidad por parte de los abuelos que lo presionan a uno para tener hijos» (Juan, 32 años, medio alto). «Es una dicha tener a un ser vivo propio donde uno ayudó a poner la mitad de los genes» (Clark, 42 años, medio alto). «La paternidad es un deber para el hombre, dejar descendencia. Después, con el amor que uno siente por ellos le da otro significado especial, no tan solo de cumplir. Antes pensaba que era una obligación para continuar el apellido, pero después uno se da cuenta de que esas son puras leseras»<sup>4</sup> (Loco Soto, 69 años, popular).

Ser padre es algo connatural a la vida en pareja y los varones esperan tener hijos en esa relación. No siempre es una cuestión reflexionada por el propio varón ni con la pareja, salvo el deseo sobrentendido de que tendrán hijos. Especialmente el primer hijo llega, para los varones, porque tiene que ser así. Es una paternidad muchas veces esperada, pero no decidida. «Los hijos son como esas cosas que uno no se plantea muy seriamente, porque son como parte de aceptar vivir. Es lo que todas las parejas esperan. Uno vive para tener hijos. Además es atractivo, es una novedad saber cómo va a ser un hijo de uno. No deja de ser una aventura y una apuesta interesante» (Alberto, 46 años, medio alto). «Es algo natural, esperado desde el momento en que uno se casa» (Charly, 48 años, popular).

Los hijos consolidan la relación de pareja, fundan la familia y le dan sentido a la vida. Sin hijos, muchos varones consideran que la familia está incompleta, «tres hacen familia», se dice. Los hijos, muchas veces, son esperados y deseados al iniciar la vida en pareja.

<sup>4</sup> «Lesera»: tontera

Ellos estructuran al núcleo familiar que se ha constituido y cambian la vida de la pareja y, por supuesto, la del varón. «Yo pensaba que tener hijos era lo más hermoso, te enseñaba a relacionarte más con tu mujer. Porque sin un hijo, una pareja no es nada. No hay amor, no hay cariño. Entonces, tú deseas tener un hijo, ojalá, lo antes posible» (Chucho, 29 años, popular). «Tener un hijo era algo que deseaba profundamente para consolidar la familia» (Juan Pablo, 38 años, medio alto).

El varón que es padre ya no estará más solo, tendrá un compañero. Un hombre sin hijos tendrá un futuro solo y una vejez triste y sin apoyo. Los hijos son el apoyo para la vejez, habrá alguien que le ayude y le acompañe. «Yo creo que el hombre necesita tener hijos tanto como la mujer, porque, qué pasa, que cuando un hombre ya tiene 40 ó 50 años, siente la necesidad de tener un compañero. Alguien que lo cuide, que se haga cargo de mí» (Pancho, 27 años, popular). «Un cambio fuerte en su vida, ya no estará más solo» (Wally, 40 años, medio alto).

Según sus propias palabras, para los padres, en general, tener un hijo es una experiencia inolvidable. No es comparable con otras vivencias, no es posible perdersela. Es el fruto del amor. Pero tener hijos es un desafío que el varón tiene ante sí. Los varones se mueven en esta tensión. No les es indiferente. Algunos pueden optar por la paternidad, esa es una decisión personal, respetable. Por ello, en general, no consideran recriminable la ausencia de hijos, pero lo perciben como una limitación, porque se pierde una experiencia única, se priva del gozo de los hijos. Aunque también es visto por algunos como un acto de responsabilidad si el varón concluye que no puede responder a las demandas que implica la paternidad. «Yo creo que es lo más lindo que le puede pasar a un hombre» (Daniel, 22 años, medio alto). «Ser padre es lo más grande que me ha pasado» (Guido, 26 años, popular). «Un hombre que no tenga hijos tiene la vida incompleta, le falta algo» (Jonás, 33 años medio alto). «Es triste no tener hijos, es perderse esa experiencia» (Pablo, 46 años, medio alto). «Un hombre sin hijos debe sentirse mal, pero al mismo tiempo es más inteligente si no se ha casado, porque no se ha echado ninguna res-

ponsabilidad encima ni tampoco ha traído al mundo hijos que lo van a pasar mal» (Choche, 50 años, popular).

Se espera que los varones tengan hijos cuando se casan. En los sectores medios, especialmente, se espera que los hijos vengan cuando el varón tiene una profesión, trabajo estable y se ha casado. Ese es el proyecto de vida, pero muchas veces se ve frustrado, especialmente en los adolescentes que embarazan a sus pololas<sup>5</sup> (Olavarría y Parrini 1999). «Tener hijos es algo que uno espera cuando se casa» (Juan, 32 años medio alto). «Es una parte importante del proceso de la pareja, el objetivo final del matrimonio, algo natural, esperado» (Franco, 41 años, medio alto). «Si uno se casa con un proyecto de familia, significa que dentro de ese proyecto hay que considerar a los hijos» (Clark, 42 años, medio alto).

Los hijos pueden también precipitar una unión, especialmente en los sectores populares. Con el embarazo se puede comenzar a convivir siempre que haya un lazo amoroso o de afecto con la pareja, generalmente como allegados en el hogar de los padres de ella o de él. Convivir no necesariamente significa casarse. «Fue poco después del embarazo, debe haber sido muy rápido. Cuando ella se embaraza, decidimos los dos el vivir juntos» (Marcelo, 21 años, popular).

Pero, tener un hijo no siempre significa sentirse padre y/o ejercer la paternidad, como lo veremos más adelante.

#### 4. Ser jefe de familia y proveedor: continuidad y cambio

Las políticas económicas de los últimos veinticinco años han tenido severas consecuencias en el mercado laboral: sobre los puestos de trabajo, su estabilidad, la calidad del empleo y los niveles de remuneración. Es creciente la distancia entre los grupos extremos, según niveles de ingreso, pese a que el país genera más riqueza. Los sectores populares sienten con mayor rigor los efectos de esta situación,

<sup>5</sup> «Polola»: amada, pareja, novia.

toda vez que se tornan más difíciles las aspiraciones por una mejor calidad de vida.

Uno de los mandatos de la masculinidad hegemónica que tiene más arraigo entre los varones de sectores populares es el de ser jefes de hogar y lo son por su calidad de proveedores. Así lo siente la mayoría de ellos en su hogar. Ellos salen a trabajar, ganan el dinero, lo aportan e imponen un orden dentro del hogar. Se espera, según ellos, que provean, planteen soluciones y den respuesta a las cuestiones principales de la vida en el hogar. Con la inestabilidad laboral, el ingreso precario y la ruptura, durante la dictadura, de las redes sociales que relacionaban al hombre popular con sectores que estaban más allá de la familia y el barrio (sindicatos, partidos políticos, organizaciones civiles sin fines de lucro, entre otras), el hogar se ha transformado en el espacio más importante en el que el hombre puede ejercer dominio.

Ello, al contrario, no sucede así con los varones de clase media alta, a quienes estos cambios no les han afectado en su calidad de proveedores principales y su mundo social y las redes de la que forman parte les permiten convivir en distintos espacios y ejercer normalmente dominio en otros, por ejemplo, en su trabajo sobre terceras personas además de su hogar. Asimismo, las mujeres de este sector son las que en mayor número han ingresado al mercado de trabajo, poseen altos niveles de escolaridad y efectúan aportes económicos al hogar.

La necesidad de ser jefe de hogar se justifica, además, especialmente entre los padres de sectores populares, como respuesta a la inseguridad y/o incapacidad de la pareja para tomar decisiones en algunas cuestiones que son de la mayor importancia para la familia. Las mujeres muchas veces piden la opinión del varón antes de actuar aunque a veces perciben que a ellas le gustaría hacerlo sin consultarlo, pero no se atreven, tienen que aprender. En este sentido, según los varones, las mujeres reafirman su autoridad y les reconocen el derecho que tienen para ejercerla. «Objetivamente sí. Porque muchas veces se espera lo que yo planteo para poder tomar una de-

terminación y aunque muchas veces no se comparta mi determinación, se asume. Básicamente es por la inseguridad que tiene mi esposa de sus capacidades mismas» (Joaquín, 33 años, popular). «Sí, jefe de familia porque soy el que lleva los pantalones y se pone con todo, soy el que se la gana» (Herminio, 36 años, popular).

Pero, para muchos padres de sectores populares, especialmente los más jóvenes, la autoridad no se puede ejercer como se hacía antes. Ahora se debe escuchar la opinión de los miembros de la familia, especialmente de la pareja, tiene que haber más participación, aunque no es fácil a veces articular intereses contrapuestos e imponer su autoridad. El hacer participar a la pareja es mostrado con orgullo por muchos varones, *le permiten* a la mujer entrar en el mundo de las decisiones *importantes* del hogar. Pero, asimismo, creen, en general, que son ellos los que ponen la nota final y se acepta lo que han determinado. «Sí, mi señora me acata muy bien, pero no porque yo sea la cabeza del hogar voy a hacer lo que quiera, también tengo que pedirle opinión» (Francisco, 20 años, popular). «Primeramente, comunicativo, luego cariñoso y por último director, dirigir su familia pero no con opresión. Es que ser director no significa chicotear a las personas. Es como lo que hace el administrador. Antes exigían la teoría de la zanahoria y el garrote, hoy día la teoría dice lo contrario, dice que debe haber participación, comunicación. Los padres tenemos que hacer eso mismo» (Gabriel, 57 años, popular).

Al inicio de la convivencia, los padres populares, cuando son jóvenes, reafirman su calidad de jefes de hogar; pero, con el tiempo, algunos de ellos comienzan a sentir que tal jefatura es una responsabilidad compartida. Los padres de sectores medios alto y particularmente los menores de 40 años lo estiman o han estimado así desde la partida. Para estos padres, ambos miembros de la pareja se tienen que consultar, especialmente cuando la mujer trabaja y aporta recursos económicos al hogar. Estos varones sienten que ambos son jefes de hogar, que se debe compartir las opiniones, conversar los problemas que enfrentan y quién toma las decisiones y las implementa, depende de la circunstancias. «Es una responsabilidad compartida.

Al principio era así, pero después no, porque era más o menos equiparada la cosa con mi señora. Ella era abogada, funcionaria también» (Lisandro, 69 años, medio alto).

Proveer es una responsabilidad y una obligación que tiene el padre para con la mujer y los hijos; no depende de su voluntad serlo, le ha sido inculcado desde siempre y es parte de sus vivencias. Proveer es sentido como una exigencia que nace con el hecho de ser varón y que debe asumir al comenzar a convivir y tener un hijo sin que nadie se lo tenga que decir o recordar. Ser proveedor es aportar el dinero para el hogar y con ello darle sustento, protección y educación a la familia, darle una mejor calidad de vida. «Yo soy el que traigo todo el *money*, soy el que apechugo con mis crías y por ellas. Es mi responsabilidad; darle educación a mis hijas, llevarles sustento todos los días a la casa no es ningún favor que les estoy haciendo a ellas. Porque yo asumí casarme, formar un hogar, una familia y supongo que, en general, todos los hombres piensan igual» (Sardina, 27 años, popular). «Un padre al menos debería tener como requisito proveer lo mejor que pueda. Yo creo que eso es fundamental, así como está planteada esta vida y esta sociedad los roles principales son los de proveedor» (Alberto, 46 años, medio alto).

En general, el padre siente que el aporte que hace es reconocido por su mujer y sus hijos y que con esos recursos viven. Los varones se sienten bien trabajando, precisamente porque les permite ser proveedores, ganar su dinero y llegar con él al hogar. El dinero que él aporta es para toda la familia, aunque muchas veces no sea suficiente para la calidad de vida que quisiera tener y, en algunas ocasiones, en padres de sectores populares, falte para terminar el mes; esto les produce frustración y dolor. «A mí me gusta llegar a la casa el viernes, porque me pagan los días viernes, llegar con mi plata y entregársela a mi esposa, lo que necesita ella; me gusta esa labor de ser el proveedor del hogar. A ella también le gusta que trabaje uno, para traer el sustento al hogar, ella siempre me dice así» (Francisco, 20 años, popular). «Por un lado, me siento bien de poder ayudar; por otro lado, me siento muy mal de no poder acceder a algunos niveles

mayores que nos puedan provocar alguna felicidad adicional a mis hijos, a mi familia. Normalmente esas son las dos sensaciones que están ligadas a un mismo patrón» (Joaquín, 33 años, popular).

Y, en ese sentido, confían en tener la fuerza suficiente para seguir trabajando y así proveer y criar a sus hijos, para que no les falte. Les angustia, incluso, pensar en una enfermedad que pueda impedirlo. «No me puedo enfermar, no me puedo dar ese lujo, no puedo hacer locuras» (Juan Pablo, 38 años, sector medio alto).

En los sectores populares, que el varón sea el proveedor exclusivo permite a la mujer dedicarse especialmente a la crianza de los hijos y al hogar. Define la división sexual del trabajo, los *roles* complementarios —básicamente, complementarios de la mujer con el hombre— y, en gran medida, el mundo de lo público y lo privado: el primero, para los padres, y el otro, para las madres. Su *rol* y responsabilidad de madres obliga a las mujeres, según muchos varones y también mujeres en otras investigaciones, a hacerse cargo de los hijos, estar a su lado y educarles, al menos mientras sean pequeños. Estas obligaciones están asociadas a ser madre, esposa y *dueña de casa*: alimentar a los miembros de la familia, mantener la higiene y ornato, cuidar la ropa, educar a los hijos, acompañarlos en sus estudios, cuidar a los enfermos, entre otras múltiples actividades, además del respeto y afecto hacia el marido/pareja (Valdés 1988). Si ellas no están en el hogar, puede significar el derrumbe de la familia. «Cuidar a los niños, a su familia» (Nano, 35 años, popular). «La mamá tiene la responsabilidad inherente a la dueña de casa, de cocinar, planchar, lavar y la misma que nosotros en el sentido de también educar a los hijos, inculcarles valores, proyectarles cosas» (Marmota, 53 años, popular).

Pero estos criterios, fuertemente asociados a la división de lo público y lo privado entre hombres y mujeres, han sido afectados por la búsqueda de autonomía de las mujeres y de relaciones más igualitarias en la pareja, originadas en la modernidad. La división sexual del trabajo se ve cuestionada por una proporción creciente de varones, especialmente los más jóvenes y de sectores medio altos,

que estiman que las mujeres tienen los mismos derechos y deberes que ellos y consideran que ellas pueden decidir libremente lo que desean hacer, dentro de un clima de respeto y comprensión mutua. La opción de que las mujeres trabajen remuneradamente es su derecho; así se desarrollan como personas, se sienten capaces, tienen otras preocupaciones, no están siempre encerradas en la casa, puedan ganar su plata y aportar a la manutención del hogar. Para estos varones, tanto mujeres como hombres deben preocuparse de la crianza y mantener el hogar. Muchos participan ya en las actividades del hogar, cuando ellas trabajan remuneradamente y aportan a la economía familiar.

Crecientemente los varones desean que las mujeres participen como proveedoras y/o ellas así se lo están planteando, exigiendo o ya lo hacen. Las mujeres más jóvenes comienzan a ponerlo como condición para establecer una relación de pareja/casarse, especialmente en los sectores medios altos. Es así que el mandato de que el varón debe ser el proveedor de la familia comienza a perder fuerza y se comienza a esperar que sea compartido. En algunos casos, en sectores medios bajos y populares, ellas son las que hacen el aporte constante y principal y los varones aportar recursos variables, según los ingresos que tienen en trabajos no permanentes. Esto es especialmente válido en aquellos casos donde las mujeres tienen contratos de trabajo estables —empleadas/profesionales de la administración pública, grandes empresas, comercio— y los varones contratos de obras, a *honorarios*, que, una vez finalizados, terminan la relación contractual (cuando la hay). En los sectores populares, sucede con los obreros de la construcción, y en los profesionales, con las consultorías y trabajos a honorarios. «Es una responsabilidad que debe asumir la pareja. Mi mujer es la proveedora principal, quizás en términos de monto yo la puedo superar en algún momento, pero en términos de estabilidad, nunca sé cuánto voy a ganar al mes siguiente, no tengo esa certeza» (José, 30 años, medio alto). «No es una tarea exclusiva para la esposa, es compartida, inclusive por los hijos también, creo que cada uno de nosotros tenemos una responsabilidad que cumplir y, por lo tanto, hay que desarrollarla, hay que ejecutarla» (Joaquín, 33 años, popular).

Aunque el hecho de que la mujer participe como proveedora genera pensamientos y sentimientos encontrados, especialmente entre algunos de sectores populares porque *alguien* tiene que estar en la casa y criar a los niños, muchos varones, por la precariedad de sus trabajos y sus ingresos escasos, sienten cada vez más pesada la carga de ser los únicos proveedores e impulsan a la pareja a que lo haga. «Ponte tú que ella trabajara, sería un alivio, porque alcanzaría para todos los gastos» (Víctor, 35 años, popular).

Las opiniones en torno al trabajo remunerado de las parejas madres son contrapuestas, ponen en una situación difícil a los varones, quienes se debaten entre los mandatos de la masculinidad hegemónica y las demandas de mayor autonomía de sus mujeres y de mejor calidad de vida de su familia. Especialmente para algunos varones de sectores populares, es (era inicialmente) inaceptable que las parejas madres salgan a trabajar: no pueden abandonar el hogar y dejar a los hijos sin su cuidado, cuando empiezan a trabajar los descuidan. Pero, además presumen que si la mujer trabaja nace en ellas el afán de competir con el varón. Fundamentalmente, sienten que las parejas adquieren una libertad que no tienen/tenían, las hace más independientes y comparables a ellos. Aunque a muchos les haya costado aceptar que sus mujeres trabajen y aún lo sientan así, reconocen que su aporte es muy importante, especialmente cuando los recursos son escasos, se quiere mejorar el nivel de vida de la familia y los hijos ya están en el colegio. En aquellos casos en que las parejas no trabajan remuneradamente, los varones reconocen que es probable que lo hagan en un futuro, sea porque ellas lo decidan o las condiciones de vida de la familia lo requieran.

Tuvimos unas discusiones cuando ella recién empezó a trabajar, porque yo me sentí mal, me dio la *depre*, me decía a mí mismo que no podía alimentar a mi familia, “que yo soy el que tiene que proveer”. Entonces, de a poco fuimos conversándolo hasta que me di cuenta de que ella realmente lo necesitaba. No me gustó mucho, tal vez me pasé rollos también: que *va a tener más libertad*. Al principio me costó aceptar, hasta que acepté. Ahora lo encuentro bien, porque yo

la estaba haciendo a ella como una especie de esclava de la casa y la dejaba ahí, que no viera el exterior, como una ventana cerrada, y el trabajo, por lo menos la ventana, se le abrió y el criterio de ella se le amplió; poder optar a otras cosas y ver otro tipo de mundo, no solamente el de la casa y la misma rutina, yo creo que debe cansarle a cualquiera. (Antonio, 48 años, popular)

Cuando la mujer trabaja, la vida del hombre se ve alterada en el hogar, especialmente en los sectores populares, donde no hay posibilidad de contratar otra persona para el servicio doméstico. En ese momento reconocen lo que significa el trabajo de la mujer, porque deben suplirla. Aquello que les parecía tan natural se desarticula y tiene un costo para ellos. Tienen que asumir responsabilidades en el hogar que hasta ese momento no tenían. Surge la necesidad de ponerse de acuerdo con ella y ejecutar algunas labores que antes realizaba la mujer/madre, especialmente si hay niños pequeños y los horarios obligan a compartir las obligaciones de la crianza. «Me complica a mí, en el sentido de que alguien se tiene que quedar con el niño» (Pedro, 46 años).

La inestabilidad laboral en los últimos veinticinco años se ha transformado, como diría un varón entrevistado, en un «dato de la causa». Está en las expectativas y experiencia de muchos. Pero, para un varón/padre, quedar sin trabajo es una de las experiencias más desestructurantes que debe enfrentar (Valdés y Olavarría 1998). Los hombres *son del trabajo*, dice uno de los mandatos de la masculinidad hegemónica. De allí que perder el trabajo, quedar cesantes les significa perder su autoridad, poder, prestigio. Subjetivamente se sienten humillados. Les afecta su autoestima. Sin trabajo, son hombres manchados, que han perdido dignidad. Solo el hecho de pensar en quedarse sin trabajo les pone mal; peor, cuando efectivamente lo pierden. Se sienten desesperados, frustrados, dolidos.

Sin embargo, las vivencias de la falta de trabajo son distintas en hombres de sectores medios altos que en populares. Los primeros normalmente se incorporan al mundo laboral siendo adultos, con una profesión, en general, universitaria. Primero estudian y luego trabajan. La profesión les permite un ingreso rápido a un trabajo que, a lo

menos, mantiene el nivel de vida de sus hogares de origen. Ellos no sienten, en general, que lograr un trabajo sea una limitación, incluso lo pueden autogenerar, crean sus propios trabajos, definen sus condiciones y en muchos casos sus remuneraciones. Ellos son gerentes, consultores, artistas, pequeños y medianos empresarios de actividades altamente calificadas, profesores universitarios, asesores de organismos gubernamentales. Por lo tanto, pueden hacer frente a las responsabilidades familiares, ser proveedores. Para estos varones/padres, la pérdida del trabajo, más que una pérdida económica que afecte su condición de proveedores —para lo cual tienen defensas y recursos profesionales, ahorros y redes de apoyo—, les genera una crisis personal, les produce depresión, pierden energía vital, se sienten discapacitados; les genera inseguridad, dudas acerca de sus capacidades; incertidumbre; frustración que les digan «usted no sirve». Pero, son pocos los que tienen la experiencia de quedar sin ningún trabajo, cesantes.

Los entrevistados populares, en cambio, tienen la experiencia de la cesantía. En general, han quedado cesantes en diversos momentos de su vida; entre los jóvenes, es una situación cotidiana (Olavarría, Benavente y Mellado 1998). Pese a lo doloroso, se acostumbran a ello. Estos hombres, al perder el trabajo, sienten que no son respetados, los pasan a llevar, pierden su autoridad, pierden su poder. Subjetivamente, pierden sus atributos principales: ser importantes, responsables de los suyos y relativamente autónomos. No son respetados por su familia, que es el espacio donde ellos mandan. Se sienten limitados, no pueden ejercer su dominio.

Con la cesantía, los varones/padres de sectores populares ven reducido el mundo externo al hogar, el de los hombres, la calle, lo público y pasan a depender del mundo del hogar, de las mujeres, de lo femenino. Aquí son extraños, se aburren. Si la mujer no trabajaba hasta ese momento, es una buena ocasión para que lo haga, según ellos. Pero, el ser mantenido, provisto por la mujer resulta incómodo, vergonzoso, doloroso; el varón/padre se siente inútil, está en el hogar sin saber qué hacer. Se siente culpable por no poder ayudar

con la mantención del hogar. «Yo me siento con harta culpa» (Moncho, 28 años, popular). «Cuando a uno lo despiden de una pega, la autoestima se le va a la mierda» (Pedro, 46 años, popular).

Algunos varones, en caso de cesantía y cuando la mujer trabaja remuneradamente y provee, se deben hacer cargo de la casa, deben asumir las responsabilidades que la mujer ha tenido tradicionalmente en el hogar, de crianza y manutención, y, a la vez, experimentan en *carne propia* lo que significa el trabajo de los hombres para las mujeres. «Llegaba cansada, trabajaba hasta tarde, molesta porque necesitaba tiempo para sacarse la pintura. Llegaba como a las nueve y a las diez ya estaba muerta de sueño y se quedaba dormida. Debe dar rabia cuando uno llega a la casa a acostarse y la señora está esperando y uno llega a dormir, no más» (Toño, 28 años, popular). «Ahí me di cuenta de que realmente la mujer tiene un trabajo tremendo en la casa, que tiene que estar las veinticuatro horas del día disponible. Porque, qué pasa, el hombre trabaja ocho, diez horas, vuelve a la casa a sentarse y lo atienden, ¿no? Pero yo me di cuenta de lo que es estar ahí, cuando se desvelaba, porque se enfermaba una niña en la noche» (Pez, 43 años, popular).

Hacerse cargo de las labores del hogar hace sentir mal al hombre, aun cuando la mujer sea cuidadosa con él, no le saque en cara su situación y le apoye durante su cesantía. El varón, especialmente al inicio, se siente indigno, no tiene dinero para sus gastos; la mujer le tiene que dar dinero; no se lo puede comentar a nadie, sería visto como un *zángano*. Pero, luego, no le queda sino asumir su condición de tal y de alguna manera se trata de adaptar, hasta que encuentre un nuevo trabajo. Asume en el intervalo las labores de la crianza, como alimentación y aseo de los niños, cuidarlos y enseñarles, responder a sus requerimientos. Sin embargo, esta participación en la crianza se interrumpe cuando vuelve a trabajar. La cesantía es, para algunos, una oportunidad para sentir el amor, cariño y solidaridad de la mujer hacia él o, por el contrario, el menosprecio y rechazo.

Estuve seis meses sin trabajo, desesperado, buscaba por un lado, buscaba por otro, ella me vestía, ella apechugaba con la casa, con sus niñas, con el colegio. Yo hacía almuerzo, cocinaba, hacía aseo, la atendía a ella en todo. Me sentía mal. Porque nunca andaba con un veinte en los bolsillos. Al hombre de por si le gusta andar con su billete en los bolsillos y aunque entrego toda la plata, sé que estoy entregándola, soy el que me saco la cresta, en cambio ella no. Ella se sacaba la cresta, me vestía, me compraba zapatos, de todo, ningún problema y cuando salíamos, por debajo me decía «toma ahí tienes quince lucas,<sup>6</sup> salgamos». Pero yo me sentía mal porque le estaba gastando la plata a ella. (Sardina, 27 años, popular)

## 5. La participación de los padres en la crianza y socialización

Este es quizás uno de los ámbitos de la paternidad donde los efectos de la modernización en la vida íntima de la pareja y las personas ha hecho su mayor impacto. La búsqueda de autonomía y de una relación más estrecha, de mayor intimidad por parte de la pareja y los hijos, y muchas veces del propio varón, genera múltiples tensiones en los sentimientos y prácticas de los padres, que se expresan en la crianza y socialización de los hijos. Incentivados a hablar sobre la crianza, los varones muestran una imagen digna de ellos, que de alguna manera señala que han incorporado relaciones más igualitarias con sus parejas y de cercanía afectiva con los hijos. Pero no hay que engañarse: una cosa son los relatos de los varones entrevistados y otra, las prácticas efectivas; las últimas no las conocemos.

Los varones aprendieron qué se espera de un padre en la crianza a través de sus vivencias y las enseñanzas de sus propios padre y madres. Los padres aparecen como personajes polifacéticos: por un lado, amados, queridos y respetados; por otro, temidos, lejanos y

<sup>6</sup> «Luca»: mil.

algunas veces odiados, sus comportamientos muchas veces son ambiguos, confusos; rectos en algunas ocasiones y tramposos en otras (Olavarría, Benavente y Mellado 1998).

El padre es una figura que se presenta a los ojos de los varones, muchas veces, con profundas contradicciones: puede ser cariñoso en un momento y en otro castigador; a veces es una persona respetuosa de su mujer, pero también un maestro en el uso del poder con ella y otras mujeres; amante de los hijos y distante de ellos. «La relación de ellos, era buena. Los problemas eran cuando desaparecía una semana, dos semanas y después llegaba» (Keko, 25 años, popular). «Mi mamá me cuenta que mi papá era mujeriego, pero se llevaban bien» (Yayo, 26 años, popular). «Mi papá una persona muy correcta y severa; muy rígida, de castigos y retos permanentes, y cinturones permanentes. Me pegaba con su cinturón» (Mauricio, 32 años, medio alto).

Del padre vivenciaron que estos, en general, tienen poca predisposición para escuchar a los hijos, porque están poco en la casa y trabajan, aunque algunas veces juegan o salen a pasear, y que quieren que sus hijos progresen, que sean más que él.

Entre los varones de sectores populares, es más común que el padre no siempre aporte a la manutención de la familia, a veces da poco o nada y se emborracha. Asimismo, el padre puede maltratar a los hijos, pegarles, al igual que lo hace con la mujer, pero hay que aceptarlo porque es el padre.

En general, la percepción contradictoria que los varones tienen de su padre en la crianza y socialización los hace sentir, y así lo declaran, que no están preparados para ser padres al momento de nacer su primer hijo. Como dice el proverbio, «cuando viene el hijo nace el padre». Sin embargo, tampoco hacen mayores esfuerzos para averiguarlo antes de enfrentarse a la paternidad y así encontrar formas distintas a la paternidad contradictoria que experimentaron. Esta postura lleva, en principio, a reproducir las formas vivenciadas de ejercer la paternidad en la crianza con sus propios hijos. Pero sus mujeres y los propios hijos no se lo harán fácil. La paternidad, así, es enfrentada como un fenómeno espontáneo; daría la impresión que

sorprende en cierta medida a los varones. Salvo tener claro qué deben hacer frente a las responsabilidades que supone el hecho de ser padre, reconocerlo y proveerlo, la crianza no está presente, aunque se añore. «Lo único que te puedo decir que sí sabía, era que iba a responder» (Marco, 32 años, popular). «No estaba preparado para ser papá. Lo quería ser, pero no estaba preparado» (Nano, 35 años, popular).

Los padres, especialmente los mayores, se mantuvieron en los primeros meses más bien distantes del niño, hasta que estos comenzaron a hacer manifestaciones de mayor sociabilidad. Se sentían torpes y en un espacio en gran medida privativo de la madre. Ellos eran más bien observadores. Los padres jóvenes, en cambio, consideran que les corresponde involucrarse activamente en la crianza de los primeros meses y así lo hacen. «Yo hacía de todo. Desde ponerle la cremita, que había que desinfectarle el ombligo, las leches, todo, absolutamente todo. Jamás pensé que esa fuera una labor que a mí no me correspondiera» (Patricio, 32 años, medio alto). «Te diría que los primeros tres meses prácticamente nada» (Mauricio, 32 años medio alto). «Los primeros meses de vida no los tomaba. Yo nunca he podido tomar una guagua, me pongo duro y me duelen los brazos, el cuerpo, todo» (Carlos, 56 años, popular).

En los primeros meses de vida de los hijos, los padres tienen la experiencia del contacto físico con ellos. Así lo señalan persistentemente los más jóvenes, aunque esa experiencia la han tenido también algunos mayores. Sienten una necesidad de observar, tocar, acariciar, hacerles sentir su amor y el cariño. Algunos se pasean en la noche con él o ella, lo hacen dormir, le dan la comida, cambian los pañales, lo lavan. Esto sucede especialmente con los primeros hijos; los que le siguen muchas veces no tienen ese privilegio. Algunos varones pierden el entusiasmo del primero, aunque señalen también que quieren a los otros; para eso está la madre. «La miraba, jugaba con ella, la tomaba en brazos, pasaba mirándola. Me preocupaba de que estuviera bien; de que estuviera limpiecita, cómoda, hasta el día de hoy» (Yayo, 25 años, popular). «A la primera, cuando recién llegó, la regaloneaba todo el día; la tomaba en brazos, jugaba con ella en la

alfombra, me acostaba con ella, ella se tiraba encima de mí y yo la tiraba para arriba. Eso no se repitió nunca con los otros dos» (Alberto, 46 años, medio alto).

Las demandas por que los padres participen más en la crianza y socialización de los hijos han estado presente desde hace algunas décadas en las mujeres de clase media alta. Así se observa en los padres con hijos adolescentes y veinteañeros de este mismo sector. La participación más directa en la crianza de los primeros meses de vida del niño ha estado presente en algunos de estos varones, quienes han formado parte activa de labores como lavar a los niños, cambiarles la ropa, darles de comer, preparar la leche. «En los primeros meses de vida les cambiaba los pañales, los hacía dormir, los tomaba en brazos, les hacía la papa»<sup>7</sup> (Franco, 41 años, medio alto). «Cuando nació mi hija, yo lo hacía todo, menos darle de mamar (risas), pañales, todas esas cosas» (Clark, 42 años, medio alto).

En cambio, los padres de sectores populares con hijos de las mismas edades, cuyas mujeres no les estaban exigiendo mayor involucramiento en la crianza, señalan haber tenido una relación estrecha de afecto, cariño y cercanía con los hijos al nacer y en sus primeros años, porque eso era lo que correspondía, pero se mantenían distantes de las labores de la crianza. Ponen de manifiesto, no obstante, su preocupación por que sus hijos estuviesen limpios y sanos, que comieran. Estaban atentos a que la madre cuidara bien a su hijo o hija. Era un campo de la madre, pero imponían su autoridad sobre ella, calificando su labor. «Yo me preocupaba de ellos estuviesen bien de salud, que tuvieran el control al día, todas esas cosas; más mi mujer, pero yo también estaba prevenido de eso, que no le fuera a pasar la hora de la mamadera, cosas así, preocupado de todo» (Pelao, 44 años, popular). «La acariciaba, le hacía cariño a la guagua. Todo como corresponde, la paseaba» (Cochecho, 56 años, popular).

Entre los padres de sectores medios, hay una fuerte expectativa, compartida con su pareja, de que los niños sean estimulados en la

<sup>7</sup> «Papa»: mamadera, biberón.

primera infancia, que desarrollen sus capacidades intelectuales, lógicas. «La cuidábamos harto, jugábamos con ella dentro de lo que se podía; la estimulábamos» (José, 30 años, medio alto). «Le meto mucho cuento con los libros, la verdad es que yo soy muy fijado en la parte intelectual» (Mauricio, 32 años, medio alto). «Al más chico le enseño los colores, a la más grande le muestro cosas, hago que haga deducciones o razonamientos» (Patricio, 32 años, medio alto).

Actualmente, las demandas de las mujeres por que los padres participen en la crianza de los hijos se han generalizado, y así se constata en las narraciones que ellos hacen. Los padres jóvenes, en general, ayudan a la madre en la crianza, especialmente en los primeros meses/años y cuando ellas no pueden hacerlo. Para algunos varones, esta colaboración permanece en el tiempo y ayudan a la pareja en *su trabajo* doméstico; algunos se preocupan por que la mujer descansa, especialmente los fines de semana y en ocasiones hacen la comida, lavan, hacen *las cosas de la casa*. Aunque hay límites que algunos varones no traspasan; esos son espacios de la madre. «De repente yo le cambio los pañales, me preocupó de que ande peinada, que se lave la cara, los dos lo hacemos. Desde que llego del trabajo me pongo a jugar con ella. Es lo primero que hago. Juego con ella, me gusta hacerla reír, me gusta enseñarle» (Yayo, 25 años, popular). «Las cuidaba si mi señora no podía tenerlas en un momento. Las hacía dormir, claro que no les daba la papa ni cambiarles pañales tampoco» (Koke, 32 años, popular). «Ella estaba aún estudiando; cuando ella no podía, yo cuidaba a la niña, la cambiaba, la lavaba, le preparaba las mamaderas» (Clark, 42 años, medio alto).

Cuando la madre trabaja, en los primeros meses/años de la vida de los niños, las demandas sobre los padres son mayores. Los más jóvenes tienden, según ello, a una mayor colaboración en la crianza y socialización, aunque esta es considerada una responsabilidad principal de las madres (*su rol*). «Yo trato, no para dármelas de Kramer, de salir solo con la guagua para que mi señora descansa» (Juan, 32 años, medio alto). «Asumí un tiempo, como dos años, el papel de padre y madre prácticamente, porque ella trabajaba y yo también,

pero yo trabajaba al lado de mi casa. Iba a verlo, le daba su papa y lo mudaba» (Fernando, 33 años, popular). «Cuando estoy en la casa le doy entremeses, juguito de carne o fruta, después preparo el almuerzo, almorzamos juntos. Después llega su mamá a almorzar y se acuestan a dormir siesta, yo me voy a hacer las cosas que tengo que hacer» (Negro, 33 años, popular).

La relación directa del padre con el niño se produce cuando el hombre ha vuelto al hogar del trabajo. En la medida que las jornadas de trabajo se han extendido bastante más allá de las cuarenta y ocho horas semanales, se trabaja los feriados y fines de semana en muchos lugares y muchos, para obtener ingresos mayores, trabajan horas extraordinarias, el tiempo de permanencia en el hogar se ha reducido. De allí que el lapso que está el padre con los hijos es cada vez más limitado, desde que llega al hogar y hasta que los hijos se acuesten, si es que ya no lo han hecho. Los fines de semana, los varones dicen que se dedican a la familia y los hijos, juegan, salen a pasear, algunos van a hacer algún deporte con el hijo, cuando no se trabaja. «Yo trabajo desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. Generalmente llego a las siete y ella viene corriendo a saludarme» (Yayo, 25 años, popular). «Tengo muy poco tiempo en la semana para estar con ellas, dos horas máximo, que es nada. Y los fines de semana normalmente los paso con ellas» (Mauricio, 32 años, medio alto).

Durante el periodo de la crianza y socialización, los padres, especialmente los jóvenes, sienten la presión y necesidad de establecer relaciones de mayor cercanía con los hijos y desean que estos sepan que ellos los quieren, que desean que los conozcan y guarden ese recuerdo en el tiempo. Algunos se esmeran en tratar de lograrlo y sienten que se preocupan mucho por sus hijos, tratando de mantener una relación estrecha y en constante comunicación. «La relación es muy buena, puede que ellas digan que el papá es muy flojo o que ve mucha televisión o que era muy ambicioso; pero de que las amo ellas nunca van a tener dudas» (Mauricio, 32 años, medio alto). «La tranquilidad que me queda a mí es que mi hija no me va a poder decir nunca que el papá no tuvo tiempo para ella. No, eso mi hija nunca me

lo va a decir. Por que yo le he demostrado que tengo la mejor disposición» (Marco, 32 años, popular).

Los padres en su calidad de autoridad de la familia enseñan al niño, desde que este es pequeño, el orden que impera en el hogar y les muestran que ellos son la autoridad, o hacen el intento; señalan lo que es aceptado o no. Y definen y establecen los límites. En este sentido, reproducen el orden y la organización familiar patriarcal y los socializan en ello, aunque perciben, o lo tienen claro, que ya no basta con dar ordenes y pedir respeto y sumisión a los hijos. La autoridad aplicada por los padres es, según ellos, al igual como lo aprendieron de sus padres, una demostración de cariño, de protección. Así se justifica los castigos: a veces es necesario hacerlo para enseñarles, porque se les quiere. «Porque siempre hace falta la mano de un hombre ahí. Para que no te salga desobediente, molestandor» (Alex, 21 años, popular). «Yo siempre a mis hijos les digo que si mi deber es trabajar, el de ellos es el estudio. Eso lo tienen que cumplir» (Wally, 40 años, medio alto). «La familia tiene que ser como una cadena, son todos eslabones, la señora, el marido, los hijos, todos somos diferentes sí, pero llega un momento que nos avenimos, y derecho, para qué voy a decir que yo voy a decir la última palabra, es conversable, es tratar de conversarlo con todos» (Antonio, 48 años, popular).

Cuando están más grandes, los padres, en sus momentos con los hijos, ven televisión junto a ellos, juegan, algunos bailan, conversan, salen a comprar, a pasear juntos, escuchan música, algunos los llevan a la guardería o al colegio. A los que están en la escuela les conversan sobre el colegio, las tareas que traen para el hogar. «Jugamos, vemos tele, bailan, conversamos, yo les enseño, me pongo a bailar y ellos aprenden lo mismo, o sea es una relación divertida con ellos, de juegos» (Chucho, 27 años, popular).

A veces, los padres participan en las actividades escolares de sus hijos, ayudándoles en sus trabajos para el hogar. En la medida que las tareas/deberes para la casa se han incrementado, como estrategia deliberada en las escuelas del país, los padres y madres se ven demandados por sus hijos. La amplia cobertura de la educación

en el nivel básico y la proporción creciente de niños y adolescentes que cursa el nivel medio influye en el tipo de demanda que reciben los padres en torno a los de conocimientos requeridos. A aquellos con niveles bajos de escolaridad, muchas veces les resulta difícil dar respuesta a preguntas e inquietudes de su hijo o hija y de alguna manera sienten que su imagen y autoridad ante él se pone en juego. «Los chicos siempre a uno lo llenan de preguntas, y uno tiene que tratar de ser un libro gordo de Petete,<sup>8</sup> encontrar respuesta para todo y dejarlos satisfechos. Lo que pasa es que los chicos de ahora son más despiertos que los de antes, porque tienen información de todos lados: la radio, la tele, las revistas, lo que cuentan los profesores, y, como les van cambiando de profesor, cada profesor tiene su enseñanza. Entonces, es difícil ser papá, porque uno se pregunta “¿es verdad lo que le voy a decir a mi hijo, o va a ser mentira?”. Y él mismo te lo va a decir, “papá es mentira lo que me estás diciendo”» (Diego, 34 años, popular).

Los padres se relacionan de manera distinta con los hijos varones que con las hijas mujeres, reproduciendo los modelos de identidad genéricos que han aprendido, dándoles sentido a la separación de lo público y lo privado y la división sexual del trabajo. Con los primeros establecen relaciones de mayor complicidad, especialmente en lo que dice relación con el *mundo de los hombres*: deportes, trabajos manuales en el hogar, maestrear<sup>9</sup> y los comentarios sobre las mujeres. Los introducen al mundo de la calle y a las cualidades morales asociadas a la esfera pública (Fuller 1997). Con las hijas, en cambio, reconocen espacios privativos de la madre, que las introducirá en los mundo de lo privado, especialmente lo que dice relación con el mundo de los varones, el desarrollo de su sexualidad y la crianza. A las hijas se les debe proteger más, especialmente de los varones. «Todas las necesidades que tenía la niña las compartíamos con mi señora, salvo más grande, la niña en la pubertad tenía mucha más

<sup>8</sup> Revista infantil.

<sup>9</sup> «Maestrear»: realizar oficios asociados a la construcción.

relación con mi señora. Ella me cuenta todo, claro que hay ciertos temas que los conversa solamente con mi señora» (Clark, 42 años, medio alto). «Ha sido diferente mi relación con los hijos y con las hijas, porque uno a las hijas mujeres las sobreproteje y no permite que el hijo varón las toque. Yo les explicaba a ellos que a la mujer, por ser mujer, había que tratarla mejor, había que cuidarla» (Carlos, 56 años, popular).

A los hijos varones se les enseña actividades de *hombre*. Los padres reproducen también las identidades y algunos los inician en sus propias actividades. «Lo que más hacemos es jugar, no salimos mucho, pero en la casa jugamos, maestreamos juntos» (Negro, 33 años, popular). «Los traigo a mi oficina, los llevo donde mis amigos, me siento orgulloso de ellos» (Juan Pablo, 38 años, medio alto).

La adolescencia de los hijos es una etapa de la vida, tanto para los hijos como para los padres, que los tensiona mutuamente. Los primeros cuestionan la autoridad paterna, la desobedecen, comienzan a ser autónomos, pero a la vez exigen cercanía afectiva de sus padres. Para los segundos, la intensidad que creían tener en la relación con los hijos, especialmente los varones, se comienza a debilitar con la adolescencia de estos. Sienten que se produce distanciamiento con los hijos, que estos van adquiriendo cierta autonomía, se van separando, se producen desacuerdos y conflictos. «Con el Víctor, ahora que está más grande, la relación ha cambiado un poco, porque está más hombrecito, empieza a tomar sus propias decisiones y ya no le gustan ciertas cosas» (Hermano, 39 años, popular). «Actualmente, con la mayor, hemos perdido un poco de la cercanía que teníamos antes y de la confianza, de la capacidad de comunicarnos; creo que eso es propio de la adolescencia, pero yo siento que sigo teniendo muy buenas relaciones con ella. Con el varón, casi no tengo relaciones, solo el mínimo necesario» (Alberto, 46 años, medio alto). «Con el cabro<sup>10</sup> grande tengo más problemas por su comportamiento, es que de repente le da por fumar marihuana y cosas así. Las hijas son más allegadas a uno» (Choche, 50 años, popular).

<sup>10</sup> «Cabro»: varón.

Pese a que los padres *saben* que deben proteger a todos los hijos por igual y no tener preferencias entre sus ellos, sienten que estos son distintos. Cada uno tiene peculiaridades propias que lo distinguen. Es por ello que sus relaciones varían y hacen diferencias; a algunos los protegen más, aunque, según algunos, eso no significa que se privilegie a unos sobre otros. «Es que yo quiero mucho más al más chico y se lo demuestro, aunque lo hemos conversado: yo le digo al mayor que al chico, al guatón<sup>11</sup> nadie lo quiere, que él, en cambio, es el primero en todo, tiene el apoyo de sus abuelos, de todos y el chico, no» (Hilarión, 39 años, popular). «Me es complicado estar con los tres juntos, pero estoy igual con ellos. Este es un trompo que tiene cuerdas muy distintas» (Wally, 40 años, medio alto). «Los dos grandes no apechugan igual que yo cuando joven, salieron más flojos» (Charly, 48 años, popular).

Los padres, en general, siguen atentos a la vida de los hijos cuando han formado su propio hogar y ya no están con ellos. Mantienen las relaciones con estos a través de encuentros periódicos en los hogares tanto de los hijos como de los propios padres. Allí se conversa y se recuerda historias y anécdotas, se toma algún trago y se come algo.

## **6. Paternidades no asumidas ni ejercidas: tener hijo no significa ser padre**

Una paradoja en el campo de la paternidad de la masculinidad hegemónica es la de tener un hijo y no ejercer ni sentirse padre. La paternidad patriarcal que se nutre de este modelo no solo permite a los hombres tener hijos y no ser padres, sino que, además, les da los argumentos, provee de los sentidos subjetivos y les socializa en sus prácticas (Valdés y Olavarría 1998; Olavarría, Benavente y Mellado 1998; Viveros 1998). Ello estuvo respaldado por la legislación sobre

<sup>11</sup> «Guatón»: gordo.

la legitimidad e ilegitimidad de los hijos que en Chile se modificó recién en 1998. En ella, los hijos verdaderamente hijos eran los que nacían en una unión legalmente constituida.

Al distinguir la masculinidad hegemónica entre amor y sexo y entre el mundo de las mujeres amadas —que se protegen, son las madres de sus hijos y se les provee— y el de las otras mujeres —las que se puede conquistar y poseer—, también divide a los hijos entre aquellos en los que reconoce su paternidad, nacidos de una mujer amada o querida, de aquellos cuya paternidad desconoce, fruto de una relación ocasional o paralela. A los primeros se les reconoce como hijos, a los segundos, se les desconoce.

Los varones-padres señalan con claridad que el padre es muy importante en la vida del hijo. Es quien le acompaña y le ayuda a crecer. Reconocen que su ausencia produce grandes trastornos en el hijo, fundamentalmente en la infancia y adolescencia: en esas etapas, los niños y los adolescentes se sienten solos y abandonados; una situación que les parece injusta. La madre, a su vez, es discriminada porque el hijo no tiene padre, en especial las madres adolescentes. «Hace falta un padre, es importante. Aquí, en torno mío, hay un montón de problemas porque no los han criado sus padres, los han dejado botados» (Toño, 28 años, popular). «Debe ser doloroso para el niño, porque todos los demás tienen. Si, aquí discriminan a la mujer que tiene hijos soltera» (Diego, 34 años, popular). «Un hijo que se críe sin papá es como un pescado sin río, no tiene nada, se siente solo, abandonado» (Beno, 46 años, popular).

Pero no por eso el padre actúa siempre consecuentemente con lo que dice que piensa. Un hombre puede desentenderse de un hijo que ha procreado, es una de las posibilidades que puede barajar a la hora de enfrentar un embarazo (Olavarría y Parrini 1999), especialmente si la madre es una pareja ocasional o con la cual no se tiene mayor compromiso ni se siente obligado. Se trata del fruto de una *conquista*. El varón puede justificar no asumir la responsabilidad al caracterizar la situación como un intento de la mujer de *atraparlo*, un engaño, no sería su hijo, sino el de otro varón y se le quiere involu-

crar a él. En estas situaciones, el hombre, muchas veces un adolescente o joven adulto, tiende a no sentirse comprometido con la pareja, menos aun con el posible hijo. Por lo tanto, no ve razones para responder a una paternidad que siente incierta y difusa. Sin embargo, el desentenderse de un hijo que se ha tenido siendo adolescente no implica que no tenga consecuencias posteriores en el varón.

El deber hacia los hijos y el intenso sentimiento que dicen tener los varones cuando llegan a la paternidad se resquebraja en algunos al momento de separarse de la madre o al constituir una nueva pareja y forman otra familia. Los padres demuestran que pueden vivir sin los hijos aunque sean amados, sin visitarlos aunque sean pequeños e, incluso, sin conocerlos. Esta situación puede quizás ponerlos en conflicto, pero no lo suficiente como para restablecer o iniciar la relación con ellos. El varón puede tener este comportamiento, aunque sea culposo, porque sabe (siente) que la madre de sus hijos se hace cargo de ellos y no quedan desprotegidos. El padre transfiere sus responsabilidades de tal a la madre y se retira. «Actualmente no tengo tiempo para estar con él, hace como un año que no lo veo. A la más chiquita no la conozco» (Fernando, 33 años, popular). «Actualmente no la veo mucho, porque ella está allá en Caldera» (Jano, 35 años, popular). «Con mi hijo de la segunda pareja, prácticamente no existe relación» (Neftalí, 54 años, medio alto).

El quiebre de la pareja y la separación con la madre de los hijos, algunas veces distancia al padre de estos. Hay una lejanía que dificulta el contacto cotidiano en el mismo hogar. La separación con los hijos puede ser sentida como mutuamente dolorosa por el padre, tanto para él como para el hijo o la hija. Aunque reconoce que la vida del niño es posible sin él, siente que esta se le escapa, ya no sabe cómo se desarrolla. Comienza, de alguna manera, a sentir extraño al hijo y percibe que este lo siente igualmente extraño a él. Esta situación lleva incluso a algunos padres a evitar el contacto, por el dolor que les produce. Otros, en cambio, hacen esfuerzos por tratar de mantener una relación cercana y seguir de cerca su crecimiento. «He sido irresponsable, mal padre en ese sentido. Con mi hijo no he he-

cho ninguna de las dos cosas: ni plata ni cariño. Yo creo que no soy un buen padre» (Toño, 28 años, popular). «Los veo los fines de semana, pero a veces también verlos me hace mal, porque ese asunto de encontrarme con ellos y después volver a separarme de ellos es doloroso» (Franco, 41 años, medio alto).

## 7. Disyuntivas y dilemas de la paternidad

El ejercicio de la paternidad enfrenta a los varones con un conjunto de vivencias que les hacen ver y sentir que lo que ellos habían aprendido y esperaban no necesariamente corresponde a lo que ha sido su experiencia.

Los sentidos subjetivos de la paternidad, en los varones, se ven cuestionados al momento de enfrentarse y relacionarse con la madre de su hijo y su hijo. Los hombres han construido sus identidades masculinas teniendo como referente la masculinidad hegemónica, que estimula los rasgos patriarcales de la paternidad. Pero encuentran que el patrón tradicional patriarcal de la paternidad pierde vigencia, las condiciones materiales, las exigencias de mujeres e hijos y sus propias aspiraciones lo cuestionan. Además, las demandas de sus mujeres por mayor autonomía y equidad, por mayor intensidad afectiva y involucramiento de los padres en la crianza de sus hijos se ven constreñidas por las limitaciones de una paternidad que no es capaz de responder a esas nuevas demandas. De la misma manera, sienten no tener respuestas adecuadas a los requerimientos que reciben de sus hijos por un mayor respeto en sus decisiones y una relación afectiva más estrecha. Finalmente, las propias aspiraciones, especialmente de los varones más jóvenes, por participar más estrechamente en la crianza y crecimiento de sus hijos y compartir con su pareja las responsabilidades de proveer la familia le plantean preguntas que no tienen respuestas claras en torno a su paternidad.

Es así que, con el ejercicio de la paternidad, los varones que buscan respuestas a estas demandas se encuentran en medio de un

conjunto de disyuntivas y dilemas, asociados a esos sentidos subjetivos y a sus prácticas, que de alguna manera deben resolver, ya sea actuando activamente o dejando de hacer, dándole nuevos sentidos a la paternidad o reafirmando lo aprendido con anterioridad, con lo cual inicialmente se identificaban. Entre estas disyuntivas, se destacan las que señalamos a continuación.

Diversas son las formas en que los varones caracterizan a un padre y lo que se espera que haga. No hay respuestas homogéneas. Los padres de sectores populares, en general, tienden a señalar que tienen claro lo que debe ser un padre, con respuestas estructuradas y relativamente precisas: existen reglas que cumplir que son de su obligación y es una cuestión que se da por hecha. Pero, al momento de ponerlas en práctica, surgen los problemas. Los padres de sectores medio alto, en cambio, se comienzan a preguntar acerca de ese deber ser de la paternidad aprendido y de los posibles efectos que pueden tener/tienen para ellos mismos, sus parejas e hijos. Algunos manifiestan que cada uno es padre como puede o le parece más conveniente, que no existen reglas universales. Están también los que dudan y señalan que es una cuestión que todavía no han resuelto, no saben cómo debe ser un padre. «Yo no tengo ninguna receta para ser padre» (José, 30 años, medio alto). «¿Cómo debería ser un padre? Eso es como para escribir un libro» (Jonás, 33 años, medio alto). «¡Qué difícil! Uno es padre, pero no se pregunta cómo debería ser un padre» (Clark, 42 años, medio alto). «No sé cómo debiera ser un papá, o sea, mirando la experiencia mía. Yo no sé si he sido un papá bueno o malo» (Eugenio, 45 años, medio alto).

Muchas veces el propio padre, generalmente presente en la subjetividad de los varones, se transforma en el referente de lo que es ser padre, sea para imitarlo o, por el contrario, para diferenciarse. Pero, esa imagen paterna es muchas veces contradictoria, especialmente en aquellos que no han tenido una figura presente en su hogar de origen. Esta misma vivencia la experimentan con sus hijos: se sienten, de alguna manera, observados, como modelos futuros de sus paternidades. «Un padre debe ser como lo estoy tratando de ha-

cer yo, ser emotivo, expresarle, besuquearla, jugar con ella; en eso nos diferenciamos con mi papá. Pero en lo de proveer y dar seguridad, trato de ser como él» (Juan, 32 años, medio alto). «Los chicos de ahora siempre están pendientes; a veces tú estás haciendo una cosa lejos de ellos e igual te están mirando, viendo cómo te portas. Ellos ven a quien copiar, para cuando sean más grandes» (Diego, 34 años, popular).

Ser un buen padre, que cumpla con las exigencias/mandatos que se (le) impone(n), resulta para algunos un ideal inalcanzable, lo imposible, el sino que está presente en la masculinidad hegemónica que indica a los hombres-padres que nunca llegarán a la *plenitud*, siempre algo faltará, con exigencias demasiado altas para un simple mortal, como es el varón. «Yo creo que son las tres cosas: una, proveerlos; otra, entregarles normas, valores y responsabilidad, formación; además, permitirles disfrutar, ayudarles a que ellos aprendan a disfrutar de la vida. El que consiga esas tres cosas es el padre que no existe» (Alberto, 46 años, medio alto).

Trabajar y estar con los hijos es una experiencia contradictoria, porque está mediatizada por la capacidad de proveer, de llevar el sustento al hogar. Y esa posibilidad no está siempre presente en los varones, lo cual se convierte en un obstáculo, una barrera que les impide lo que habían ansiado: establecer lazos de afecto, relaciones más intensas y de mayor cercanía. Es uno de los dilemas que los varones señalan tener con mayor frecuencia e intensidad y que resuelven por el lado del trabajo, es su primera responsabilidad. La crianza le corresponde a la mujer, aunque ellos pueden ayudar e incluso reemplazarla en ocasiones en que esta se ausente, especialmente si trabaja. Cuando los varones están en el hogar y entre aquellos, los que llevan trabajo a su casa, se sienten asimismo tensionados por los hijos que les demandan mayor tiempo para compartir. «En este momento, estoy poco con ellos por el problema del trabajo» (Juan Pablo, 38 años, medio alto). «El tiempo que les dedico ahora es poco y es malo» (Hilarión, 39 años, popular) «Es una responsabilidad que uno siente desde el primer momento. Una experiencia que uno

no puede tenerla completa, por el trabajo, por estar preocupado de proveer económicamente. El cordón espiritual con los hijos se interrumpe por estar preocupado de su manutención y eso resulta ser angustiante. Hay una cojera, una insatisfacción cuando no se tienen hijos» (Neftalí, 54 años, medio alto).

Generalmente, los padres sienten que están poco tiempo con sus hijos, que *ahora* tienen menos dedicación, dando a entender que antes sí lo tuvieron, en los primeros meses y años de vida del niño. *Ahora* eso habría cambiado, desearían estar más, el tiempo que están no es suficiente y, además, muchas veces llegan cansados y se le hace difícil tener una relación intensa. Sus obligaciones no les permiten ese contacto más estrecho. Pero, a su vez, hay conciencia de que si tuvieran más tiempo se aburrirían, no sabrían qué hacer. «No tengo el tiempo adecuado con ellas y si lo tuviera me aburriría igual que mi señora. Estoy con ellas el domingo entero, la mitad del sábado y en las noches las encuentro despiertas. A veces me esperan y a veces se duermen antes. Yo hablo de todo con ellas, trato de explicarles las cosas» (Koke, 32 años, popular). «Yo a veces los voy a dejar al colegio, los estoy llamando siempre, pero a pesar de eso no estoy el tiempo que quisiera con ellos» (Wally, 40 años, medio alto). «No me di el tiempo en aquella época para relacionarme con las guaguas, es una cosa que abandoné por mis otras obligaciones» (David, 43 años, medio alto).

Ser padre implica obligaciones y responsabilidades. La vida cambia, ya nada es como antes, ahora debe responder por otros. Pero las limitaciones a las libertades, que gozaba antes del hijo, se ven compensadas con su presencia, que viene a cubrir sus expectativas, reforzar su identidad y tenerlo como objeto y referente de su vida. «Es asumir más responsabilidades. Es también una limitación para hacer más vida social, pero todo eso se compensa con lo que significa tener un hijo» (José, 30 años, medio alto). «Ahí se acaba la libertad de uno y empieza a emerger la de otro individuo. Ya no se opera en función de uno sino de otro» (Negro, 33 años, popular).

El nacimiento de un hijo, especialmente el primero, muchas veces coloca en una situación difícil al varón. El padre, hasta el mo-

mento del nacimiento del hijo, ha experimentado el embarazo a través de la madre, acariciando quizás su vientre. Pero con el nacimiento, siente invadido su mundo y el hijo puede ser visto como un competidor en la dedicación y afecto de la pareja madre. Es así que en los primeros momentos se confunde: por un lado, quiere al hijo; por otro, este le quita espacios y la preocupación de la madre se orienta hacia ese nuevo integrante de la familia. En general, esta sensación dura poco y rápidamente el padre es conquistado por el hijo o hija. «Al principio uno siente que le quitan espacios de libertad individual, es una cosa egoísta, pero después uno se da cuenta que es un tema trascendente tener hijos» (David, 43 años, medio alto).

Para aquellos que buscan una mayor cercanía con los hijos, ser padre implica moverse entre dos campos, a veces contradictorios y difíciles de resolver: ser autoridad y amigo a la vez. ¿Dónde está el límite? Si bien se siente el deber de mostrar al hijo la distinción entre el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto, los valores y las normas, así como poner límites, también se intenta la búsqueda de la amistad, de cercanía afectiva, algún grado de intimidad. «Yo creo, por un lado, que uno necesita al padre como referente fuerte, por lo menos en una primera etapa de la vida, que defina el bien y el mal, o sea, lo que se puede y lo que no se puede hacer. Y, por otro lado, uno necesita a un papá que sea afectivo, que esté presente, que sea participativo, que tenga la fortaleza de ser el que orienta a los hijos en su vida» (Jonás, 33 años, medio alto). «Debe ser de un carácter cordial, fraterno, donde el niño pueda sentir más que a un padre a un amigo. De alguna forma también inculcar valores. Es una de las tareas más difíciles de un hombre» (Hermano, 39 años, popular). «Lo bueno se premia y lo malo se castiga. Además debería ser cariñoso, mimar a los hijos» (Charly, 48 años, popular).

Las demandas de mayor cercanía afectiva e intimidad en la relación con los hijos es percibida por los padres como un requerimiento que no les resulta fácil satisfacer. Esta exigencia se va haciendo más fuerte a medida que los hijos crecen, especialmente en la adolescencia, y se manifiesta en la forma como ellos escuchan y en cómo son

escuchados por los hijos. Algunos perciben que no siempre saben hacerlo, pese a tener disposición. «Me gustaría ser más auténtico, que con mi expresión exprese lo que siento, porque yo a veces doy, pero no demuestro lo que estoy sintiendo» (Lalo, 29 años, popular). «Un papá en general debería ser buena persona con los niños, buen amigo; ser más que padre, amigo; tratar de darles a entender todas las cosas y que ellos les den a entender los problemas de ellos» (Beno, 46 años, popular).

El padre debe enseñar al hijo normas y valores morales, respeto por sí mismo y por los demás, a valorarse. Cuidarle, protegerle, preocuparse y ocuparse. Pero, prepararlo para la vida es también introducirlo en la ley de la calle y en sus prácticas contradictorias de respeto hacia los otros y uso de poder. El padre encuentra que debe guiarlo y acompañarlo para que sea honrado, digno, un adulto correcto y, a la vez, enseñarle a *defenderse* de los peligros de la vida y *gozar* de sus recursos. ¿Cómo hace eso con respeto, comprensión, sin avasallar ni sobreprotegerlo? «Un padre, yo diría que es como el gran *trainer*, el gran preparador que después se va, físicamente se va. Pero, psicológicamente siempre queda» (Wally, 40 años, medio alto). «Debería ser como un guía para su hijo, mostrarle cariño» (Franco, 41 años, medio alto). «Tratar de guiarlo lo mejor posible, que sea justo, más que nada» (Choche, 50 años, popular).

Algunos padres se mueven entre la libertad y la autonomía del hijo y su propia experiencia que muchas veces tiende (debe) a limitarlo y normarlo. La disyuntiva está entre apoyar lo que los hijos quieran, según lo manifiesten o deseen y la necesidad de orientarlo según su experiencia: hasta qué punto le permite al hijo que decida su futuro, cuánto debe intervenir, cuánto se lo deja. «Un padre debe dejar que los hijos sean lo que quieran ser y él debe apoyar todo ese proceso. Lo importante no es que uno les pida que sean mejores que uno o que tengan lo que uno no tuvo, sino que los deje ser y uno estar siempre ahí. Pero también un hijo es un ser que está ahí para que uno lo forme, le inculque valores, para sentirse orgulloso de él» (Jano, 35 años, popular).

No siempre es fácil para los padres resolver la tensión que se produce entre la expresión de sus afectos a los hijos —la intensidad y el momento— y la autoridad que sienten deben ejercer. En los más jóvenes, se observa con mayor fuerza la necesidad de expresar esos sentimientos a los hijos, tocándolos, haciéndoles cariño, besando, apretándolos, pero en algunas oportunidades sienten que deben mantener una cierta distancia entre el padre para establecer límites. El ejercicio de la autoridad, en alguna medida, estaría interfiriendo la expresión de sus afectos.

Hay padres que intentan que los hijos tengan confianza con ellos y los sientan cercanos, que lo perciban a su lado, cualquiera sea la circunstancia, que el hijo pueda plantearle sus problemas y él, como padre, escucharlo y aconsejarlo. «Yo estoy cerca de ellos. Si necesitan mi ayuda, les ayudo, me apoyan, que hablen conmigo, les doy confianza para que hablen conmigo. Ojalá el padre estuviera siempre con uno, en las buenas y en las malas, y no solamente para darle plata a uno. Si yo tengo un problema, hablarlo con él y que me lo solucione o que me dé un consejo por último» (Koke, 32 años, popular). «Que el hijo sienta que el padre está al lado de él, más que como amigo, físicamente. Que se preocupe de sus problemas en el colegio, de las tareas» (Hilarión, 39 años, popular).

Para los padres resulta incómodo reconocer que sus hijos son personas sexuadas, especialmente las mujeres, y en general no hablan sobre sexualidad con ellos ni con ellas. A lo más una mención, al hijo varón, como *cómplice* en relación con alguna mujer o señalar los cuidados que debe tener para no embarazar a alguna joven. Las conversaciones con las hijas mujeres que giran en torno a los varones y la sexualidad no son consideradas convenientes, no se sabe qué puede pasar con ellas, los padres tienen miedo de iniciar ese diálogo. En definitiva, se desentienden del problema o lo transfieren a la pareja; se esperará que con las hijas mujeres sean las madres quienes hablen. Ellos lo harán con los hijos varones cuando sean más grandes. «El Jairo ya tiene tres años y yo le converso si le gustaría tener polola, si le gusta esa chica, cómo le gustarían las mujeres... él algo

me entiende. Con la más grande no nos atrevemos a hablarle más directamente de cosas de grandes, ella tiene siete años. Yo creo que cuando tenga unos diez años habría que tomar un poco más iniciativa en ese sentido» (Chucho, 27 años, popular). «Hoy en día mi mujer conversa con mis hijas de los temas de sexualidad. Ellas no conversan tanto conmigo» (David, 43 años, medio alto). «Conversamos, pero los temas no son muy peliagudos, hay un área de ellos, que es privada y yo no la invado. Me refiero a todas las áreas de pololeo, sexualidad. Tampoco con mi hijo. No se habla mucho de eso. Yo creo que con el más chico probablemente hable más cosas, es más abierto y más sexuado» (Pablo, 46 años, medio alto).

## 8. Cuestionamientos y nuevas paternidades

La familia nuclear patriarcal promovida durante décadas en Chile está siendo sometida a severas pruebas. Las políticas públicas del último cuarto de siglo tienden a desincentivarla y todo hace pensar que se está frente a un proceso de cambios profundos en la configuración de este tipo de familia, según se desprende de los testimonios de padres de Santiago de Chile, del incremento de las familias cuya proveedora y jefa de hogar es una mujer y del crecimiento de hijos ilegítimos nacidos vivos de madres adolescentes y jóvenes (Valdés y Olavarría 1999). Estos cambios están dando origen, especialmente en sectores populares, a modificaciones en la división sexual del trabajo y la separación tajante de lo público y lo privado dentro de ella y se está manifestando en las prácticas y los sentidos subjetivos de los padres y la paternidad, así como en las relaciones con sus parejas y sus hijos e hijas.

El ideal paterno patriarcal, presente en la masculinidad hegemónica, que configura un padre fuerte, con autoridad reconocida por su mujer e hijos, proveedor principal (sino exclusivo), guía de su familia, luchador, es crecientemente cuestionado tanto en los sentidos subjetivos como en las prácticas de la propia paternidad.

Este modelo de paternidad —base de la familia nuclear patriarcal—, debido a las múltiples transformaciones y cambios de la vida social que han afectado la vida cotidiana, produce tensiones, frustraciones, conflictos y dolor en muchos varones, al generar dinámicas entre los géneros y entre padres e hijos que suponen una redistribución de las prerrogativas y capacidades que tenían/tendrían los varones-padres.

Las modificaciones en las relaciones de trabajo, con la precarización de los empleos, han puesto en jaque a muchos varones al no tener capacidad para responder al mandato de proveedor y, con ello, perder autoridad dentro de la familia. Esta situación está generando cambios en las relaciones de poder entre hombres y mujeres, toda vez que tienden a equilibrarse (en el futuro para la mayoría) los medios disponibles para ejercerlo. Esta situación se ve potenciada porque los varones perciben por un lado, que las mujeres que ya se han iniciado en el trabajo remunerado, una vez pasada la situación de mayor precariedad, siguen haciéndolo como actividad que tiende a ser permanente y, por otro, porque las mujeres jóvenes comienzan a condicionar la formación de una pareja a su actividad laboral y/o profesional.

Los cuestionamientos a la paternidad patriarcal también tienen su origen en la búsqueda de relaciones de mayor cercanía e intimidad, con intensidad afectiva y amorosa entre la pareja y de los padres con los hijos. Los padres difícilmente pueden concretar estas aspiraciones, que tienen muchos de los varones, y las demandas que les hacen sus parejas e hijos, sea porque las condiciones materiales no lo permiten o porque ellos no saben cómo pueden responder ni tienen tampoco referentes que les puedan servir de modelos.

Los padres se debaten en apreciaciones contradictorias sobre cómo ha sido su paternidad. Algunos sienten que han cumplido las expectativas que tenían, se consideran buenos padres, creen que han hecho lo correcto: a sus hijos no les ha faltado nada de lo esencial, han estado con ellos los fines de semana, les han dado cariño y los aman. Pero, muchos sienten que su desempeño ha sido insuficiente. Otros padres no están contentos ni conformes con su paternidad.

Sus expectativas son muchos mayores a los logros que creen haber alcanzado. Sienten que están en deuda con sus hijos, especialmente en el tiempo dedicado a ellos. Prácticamente todos dicen que quieren o hubiesen querido estar más con ellos, verlos crecer, compartir y conversar. Perciben que no les entregan todo lo que se espera de ellos ni lo que desean entregar. Pese a quererlos, sus expresiones de cariño están por debajo de lo deseado.

Es así que algunos varones vislumbran o tienen conciencia de que la paternidad tal como la vieron en el propio padre y de la que aprendieron hoy ya no es posible, que se ha comenzado a desmoronar. Especialmente los jóvenes de sectores medios alto, empiezan a plantearse nuevas formas de paternidad que apuntan a compartir la calidad de proveedores con sus parejas con una mayor intensidad afectiva y a participar más activamente en la crianza, formación y acompañamiento de los hijos. Se plantea una nueva actitud, que recién se comenzaría a expresar en prácticas, que busca una relación más estrecha y permanente con la pareja y los hijos, que les permita comprender al niño e incentivarlo en sus proyectos e inquietudes. «Claro que esto se empieza a romper y se empieza a asumir otros roles. Es una paternidad que es capaz de complementar y sustituir en el proceso educativo y afectivo del niño» (Martín, 23 años, medio alto). «Es saber entregar el cariño de padre. Saber ser uno mismo como quiere ser papá. Porque yo no saco nada si el fin de semana no voy a estar con él y me voy a ir a la playa a carretear» (Leandro, 23 años, medio alto). «Aprendes tú con tu hijo. Yo pienso que más que enseñarle uno aprende más, porque yo lo veo crecer y al verlo crecer a él me estoy viendo crecer a mí. Uno va aprendiendo, asociando algunas cosas» (Tato, 24 años, medio alto).

## Bibliografía

BAROS, M. Celia

- 1997 *El Teniente. Los hombres del mineral. 1905-1945.* Santiago de Chile: CODELCO.

ELIAS, Norbert

- 1998 *La civilización de los padres y otros ensayos.* Santa Fe de Bogotá: Norma.

FULLER, Norma

- 1997 *Identidades masculinas, Varones de clase media en el Perú.* Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

GIDDENS, Anthony

- 1992 *La Transformación de la Intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas.* Madrid: Cátedra.

- 1997 *La modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea.* Barcelona: Península.

GYSLING, Jacqueline y Cristina BENAVENTE

- 1996 *Trabajo, Sexualidad y Poder. Mujeres de Santiago.* Santiago de Chile: FLACSO-Chile.

OLAVARRÍA, José, Cristina BENAVENTE y Patricio MELLADO

- 1998 *Masculinidades Populares. Varones adultos jóvenes de Santiago.* Santiago de Chile: FLACSO.

OLAVARRÍA, Jose y Rodrigo PARRINI

- 1999 *Los padres adolescentes Hombres adolescentes y jóvenes frente al embarazo y nacimiento de un/a hijo/a.* Antecedentes para la formulación y diseño de políticas públicas en Chile. Documento de trabajo en edición. Santiago de Chile: UNICEF.

ROSENBLATT, Karin

- 1995 «Masculinidad y trabajo: el salario familiar y el estado de compromiso, 1930-1950» *Proposiciones. Aproximaciones a la familia*, n° 26, Santiago de Chile, SUR Ediciones.

VALDÉS, Teresa

- 1988 *Venid benditas de mi Padre. Las pobladoras, sus rutinas y sus sueños*. Santiago de Chile: FLACSO.

VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA

- 1998 «Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo, un mismo modelo». En: VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.

- 1999 *Las necesidades educativas de las adolescentes embarazadas/madres inactivas en Chile. Cobertura y déficit de matrícula en 1996*. Santiago de Chile: Ministerio de Educación, FLACSO.

VIVEROS, Mara

- 1998 «Quebradores y Cumplidores: biografías diversas de la masculinidad». En: VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.



## Comentarios a las ponencias de Norma Fuller, Mara Viveros y José Olavarría

*Bonnie Shepard*

Tuve el placer y honor de ser cómplice y factor catalizador de la formación del grupo «Les Hechiceres» durante mi desempeño como funcionaria de la Fundación Ford en el Área Andina y en el Cono Sur desde 1992 hasta 1998. Ahora que he hecho la transición desde hada madrina a investigadora, me doy cuenta más que nunca del enorme esfuerzo y desafío que la recolección y análisis de estos datos cualitativos significaron en los tres estudios sobre masculinidades y paternidades en Colombia, Chile y Perú. Hoy que estoy en lo mismo, con mucho placer y bastante humildad me atrevo a comentar los resultados presentados aquí. Para ello, me concentraré en dos temas: los patrones en común entre los tres países y las implicaciones de los hallazgos de estas y otras investigaciones para los programas y políticas que promuevan la plena participación de los hombres en la crianza de sus hijos e hijas y culturas no-violentas y más democráticas dentro de las familias.

### 1. ¿Por qué estudiar las paternidades?

Generalmente, se ha estudiado las paternidades solamente enfocando los problemas: primero, la *irresponsabilidad* y la problemática de hijos abandonados por sus padres y, segundo, la falta de participación de los varones en la crianza de los niños y comportamientos autoritarios y violentos de los padres en el hogar. Uno de los grandes aportes de estas investigaciones es que llaman la atención a otras razones más positivas para estudiar las paternidades, para hacer oír las voces de los varones sobre la paternidad haciendo posible un entendimiento *émico* —desde el punto de vista de ellos— y también

para estudiarlas sin imponer desde afuera un enfoque que se limita a los problemas, dando así una visión más integral y fiel a esta compleja realidad. De este modo, se ven los aspectos saludables de las paternidades actuales —los pilares sobre los cuales se puede construir en forma positiva paternidades menos autoritarias y más involucradas en la crianza—. Creo que tanto los estudios de los problemas como los estudios de las paternidades como fenómenos multifacéticos (con elementos problemáticos y sanos) permiten un diseño más adecuado de programas y políticas de acción.

## 2. Temas en común

Hablando de *la paternidad*, se cae con facilidad en estereotipos sin darse cuenta de la diversidad y complejidad de este rol social en las diversas sociedades. Una conferencia con el nombre «paternidades» ya da una señal, en el título, de que no se caerá en análisis simplistas. Justamente, estos estudios muestran las contradicciones entre generaciones y dentro de los individuos padres en un periodo de gran transición. Entre toda esta diversidad entre países, entre regiones de países y dentro de grupos de hombres bastante heterogéneos, realmente es bastante sorprendente que temas y hallazgos comunes a los tres estudios de Chile, Colombia, y Perú emerjan con tanta fuerza y claridad.

Lo primero que habría que señalar es la imagen positiva que sale a la luz a través de los tres estudios. Justamente porque investigaciones anteriores se han centrado tanto en problemas y en los padres *irresponsables*, las voces de los padres salen con mucho impacto en esta lectura, con todo su compromiso, amor, y entrega a sus hijos e hijas. Estos entrevistados de tres países, dos generaciones, muchas sub-regiones culturales y dos distintas clases sociales, tienen en común una profunda apreciación y entusiasmo de los varones por su rol como padres. A pesar de todas las contradicciones, complejidades, y aspectos negativos muy comentados, desde el punto de

vista de estos hombres, la paternidad constituye uno de los ejes centrales de sus vidas.

Entonces, las tres investigaciones están de acuerdo en que la paternidad, vinculada a la responsabilidad, es un elemento constitutivo de la identidad masculina adulta. El concepto de paternidad entre los entrevistados casi equivale a la responsabilidad, y no a la fecundidad. La responsabilidad se entiende como *proveer* bienestar a la familia, *formar* a los hijos e hijas, especialmente a los hijos varones, instilándoles valores masculinos para tomar su lugar en las familias y en los espacios públicos, y *proteger* a la mujer e hijos, especialmente a las hijas. Además, se observa en los tres estudios, aunque con menos fuerza en el caso peruano,<sup>1</sup> cambios en los modelos de autoridad paterna. Se percibe una transición hacia un ideal más comunicativo, con mayor énfasis en los afectos y el amor, donde las pautas tradicionales de autoridad se mantienen pero con menos vigor pues entran en tensión con el nuevo ideal. También se observa, con el ingreso de mujer a las esferas políticas y laborales, la relativización de la estricta y exclusiva complementariedad de género en las tareas domésticas que se debían, en buena medida, al monopolio masculino de los espacios públicos con la contraparte femenina en los espacios privados.

De otro lado, las investigaciones señalan que la responsabilidad y la participación paterna enfrentan serios obstáculos, como el divorcio y la separación, las condiciones socio-económicas (debido a los altos niveles de pobreza), las diferencias de clase, raza y etnia entre los progenitores y la persistencia de una doble moral sexual según la cual los varones pueden seguir circulando sexualmente fuera de la relación conyugal, pero las mujeres no.

Estos dos últimos puntos se enlazan con el tema de la *irresponsabilidad*. Si las nociones de los hombres sobre paternidad están tan

---

<sup>1</sup> En el caso peruano, estos cambios son muy claros en los sectores medios y entre los jóvenes de dos de las ciudades estudiadas: Lima y Cuzco, pero el estilo autoritario persiste (aunque en debate) entre los adultos de los sectores populares y en todos los sectores y grupos de edad de la ciudad de Iquitos.

entrelazadas con la norma de responsabilidad, ¿cómo se explica tantos hijos abandonados y/o no-reconocidos? ¿Cómo puede ser posible que un varón abandone a un hijo biológico sin ser calificado de *irresponsable* ni por sí mismo ni por los otros? Los estudios muestran que cuando el varón descalifica a la mujer por ser de diferente clase o etnia o por tener un comportamiento sexual que él no controla, se quiebra el mandato de la responsabilidad sobre la fecundidad. Es decir, esta se activa solo dentro de relaciones deseables o estables de pareja o a las normas matrimoniales. Llamaremos a este fenómeno «responsabilidad selectiva» para analizarlo abajo en más detalle.

### 2.1. *El contexto de los cambios. Factores que influyen en el acto de asumir la responsabilidad paterna*

Hablaré del contexto en función de los tres elementos en el concepto de la responsabilidad: proveer, formar y proteger. Aunque todos los estudios mencionan el contexto socio-económico como obstáculo al cumplimiento del rol de proveedores de los padres, desde un enfoque más sociológico, el estudio de Chile pone un énfasis especial en los cambios en la masculinidad —y, sobre todo, en el papel del padre como proveedor— en el amplio contexto de las transformaciones en las economías modernas. La flexibilización de la estabilidad laboral, las jornadas de trabajo más extensas, el menor poder adquisitivo, la cesantía, el mayor ingreso de la mujer en los mercados laborales y los movimientos —especialmente activos en América Latina— de democratización social y participación femenina constituyen procesos que, en conjunto, cuestionan la figura proveedora de los padres y limitan enormemente sus posibilidades de asumir responsabilidades como proveedor.

Una de las consecuencias de estas transformaciones y de la creciente independencia económica de las mujeres es el aumento en las tasas de separación y divorcio. Aunque en general este tema no emerge con fuerza en los tres estudios por las características de la muestra, de hecho la separación y el divorcio son señalados como

otros factores principales en el incumplimiento del rol de proveedor por un padre biológico.

El papel del padre como formador también se ha vuelto mucho más complicado últimamente. La participación de las mujeres en la fuerza de trabajo y en la vida política, la globalización de la cultura de medios masivos con actitudes más permisivas hacia la sexualidad y la creciente aceptación de definiciones de los derechos humanos y los derechos de las mujeres contribuyen a cambiar las definiciones de masculinidad y poner en duda los valores tradicionales que los padres de generaciones anteriores transmitían. Cualidades de antaño entran en colisión con nuevas situaciones y ello genera confusión entre los modelos tradicionales y las recientes demandas y roles a los que los varones y padres deben responder. Ahora, muchos padres se ven formando tanto hijos como hijas para asumir su lugar en el espacio público; pero, ¿con cuáles definiciones de masculinidad y femineidad? Hay evidencias en estas investigaciones de mucha confusión al respecto.

Para terminar, incluso los nuevos valores sexuales cuestionan y problematizan el papel de protector de la reputación sexual de las hijas que correspondía al padre. La premisa tradicional, según la cual las hijas deben circular sexualmente para encontrar un novio, pero no demasiado porque la virginidad o el recato sexual siguen siendo importantes para definir el valor matrimonial de una mujer, es, así, fuente de tensiones entre los padres y las nuevas generaciones.

## 2.2. *La responsabilidad selectiva*

Entre los sectores populares, el drama mencionado arriba del desempleo, de trabajos inestables, y de sueldos que han perdido su poder de compra a lo largo de las décadas incide mucho en la incapacidad de proveer para un hijo. En estas situaciones de falta de recursos financieros, la primera prioridad de los hombres será proveer para los hijos con quienes conviven, y muchas veces ni siquiera logran eso. No llamaríamos a esto «responsabilidad selectiva» porque las

razones para el no-cumplimiento del rol de proveedor escapan del control de los padres que se encuentran en esta situación.

Una arista, encontrada en las tres investigaciones, sugiere que el mandato de la responsabilidad paterna no se aplica a hijos tenidos con mujeres objeto de seducción. La responsabilidad, a pesar de su inmensa relevancia en el discurso, se entiende dentro de un marco en el que se cruzan factores de clase, etnia y comportamiento sexual de la mujer. Según estos factores, existen mujeres que son juzgadas en términos de baja respetabilidad y de ello depende en gran medida el compromiso del varón de asumir el lazo filial. El pecado original —que da lugar a muchos pecados mortales, como el no-reconocimiento de los hijos y la violación— sería la desvalorización de mujeres sexualmente activas fuera del matrimonio. Ellas no merecen respeto y sus hijos no merecen la asunción de las plenas responsabilidades de la paternidad. En otras palabras, las mujeres no tienen el mismo derecho que tienen los hombres de circular sexualmente fuera de la unión conyugal: el famoso *doble estándar*. De este concepto y del sistema de estatus y poder diferencial vigente entre clases socio-económicas y grupos étnicos en una sociedad determinada, surge la falta de reconocimiento hacia el hijo de la mujer cuya sexualidad el hombre no controla o que pertenece a un grupo social, étnico o racial menos valorado. Veremos cómo los diferentes guiones sexuales entre los sectores medios altos y los sectores populares contribuyen a la responsabilidad selectiva.

Me llamó la atención que en las tres investigaciones (sobre todo en Colombia y Perú) se comenta que, especialmente entre sectores populares, la unión conyugal suele comenzar con el embarazo. Este es un momento en que la familia se forma, aun antes del matrimonio. A diferencia de los sectores medios, en los sectores populares la unión conyugal no necesariamente se constituye por el matrimonio sino por la llegada del primer hijo. El embarazo se vive como la obligación determinante para con la pareja y el niño por venir.

En contrapartida, muchos entrevistados de las clases medias y altas no siguen este *guión* y consideran que las mujeres de clases

populares con las cuales han mantenido relaciones sexuales les colocan *trampas* al embarazarse para así envolverlos en lazos matrimoniales. Citando el estudio de Norma Fuller, existen los fantasmas imaginados por los varones de clases medias de ser víctimas de la mujer que los fuerza a asumir la paternidad no deseada y el gran temor en los jóvenes de frustrar sus expectativas futuras al formar una familia permanente a partir del embarazo. Entonces, en alguna medida, en este punto se centra el drama de los sueños románticos frustrados de las mujeres populares, alimentado por muchas telenovelas, de casarse con hombres de sectores altos y de suponer que con el embarazo se va a formar una unión —suposición que tantas veces resulta en un hijo no reconocido por el padre—. Este tipo de relaciones inter-clase y/o inter-etnia y las diferentes maneras de construir el proyecto de vida entre los sectores medios y altos son factores que inciden en la frecuencia de padres biológicos que no asumen a sus hijos. Entre los hombres de los sectores populares, este desencuentro suele producirse más que nada por la reputación sexual de la mujer: si ella está involucrada en el comercio sexual o tildada como mujer *fácil*, entonces la lógica de la responsabilidad selectiva puede operar.

### 2.3. *Programas y políticas públicas. Promoviendo la responsabilidad paterna de proveer*

Es posible establecer un lazo entre la investigación y las políticas públicas. Tradicionalmente, las leyes de herencia de los hijos legítimos han sido las herramientas legales para regular los derechos de los hijos después de la separación o el divorcio, mientras las pensiones alimenticias han sido utilizadas para forzar a los padres biológicos a mantener los hijos concebidos fuera del matrimonio o la unión conyugal. En el segundo caso, el gambito clásico del padre biológico ha sido no reconocer la paternidad; pero, ahora, con la nueva tecnología de ADN, esta situación está modificándose mucho y existe la posibilidad de forzar a los hombres a reconocer a todos los hijos que

engendren. De este modo, están empezando a cerrarse las válvulas de escape disponibles para los hombres que no querían reconocer a los hijos no deseables por razones de clase, etnia o conducta sexual de la mujer. Esto podría generar cambios drásticos en los arreglos de género vigentes en las sociedades patriarcales, sobre todo en las relaciones entre hombres de sectores medios o altos con mujeres de sectores populares.

También, en algunos países de la región, ha habido reformas en las leyes de herencia para permitir que los hijos concebidos dentro y fuera de un matrimonio o unión estable tengan los mismos derechos a la herencia paterna. Más de una persona ha comentado que estas reformas en las leyes de herencia son la mejor herramienta en contra del acoso sexual tan frecuente de las trabajadoras del hogar

Como medida complementaria, sería importante dirigirse —tal vez por medio de un programa de comunicación masiva y/o programas de educación en sexualidad— a las normas socio-culturales que aceptan un concepto de la responsabilidad tan selectiva de parte del engendrador. Desde el punto de vista comunicacional, es muy importante darse cuenta de que muchos hombres que no han reconocido ni mantenido a sus hijos biológicos no se perciben a sí mismos como *irresponsables*. Aunque en los tres estudios existe un cierto rechazo entre los hombres hacia el irresponsable que *riega hijos por el mundo*, de hecho, cuando un hombre engendra un hijo con una mujer que tiene menos estatus o con dudosa reputación sexual, aparece una condena social mínima si él no asume sus responsabilidades con esta mujer y su hijo. Dirigiéndose a la problemática de las paternidades no-asumidas, habría que adoptar como estrategia de cambio el derrumbe de estas ideas tan discriminatorias hacia las mujeres para que la norma promueva el reconocimiento de responsabilidad paterna en todos los casos. Con programas de educación masiva, habría que enfatizar dos reglas de oro sencillas pero revolucionarias:

1. *Las mujeres deben poder tener acceso al placer sexual —al igual que los hombres— sin que ello conlleve a que se incurra a la falta de respeto hacia ellas y a la falta de responsabilidad hacia sus hijos.*

2. *Las relaciones con mujeres de menor estatus —sea por razones de clase, oficio o de raza/etnia —tienen que seguir las mismas reglas de respeto mutuo y de asumir responsabilidad cuando se engendra un hijo que las relaciones con las mujeres del mismo nivel social.*

Los tres estudios se refirieron a las dificultades financieras entre los padres de los sectores pobres como un factor muy tensionante en el mandato de asumir sus responsabilidades como proveedores. Por un lado, la entrada de las mujeres en el mercado laboral ha sido positiva en muchos casos para ellas y un factor clave en la sobrevivencia de muchas familias pobres; por el otro lado, todos los estudios aludieron a las tensiones que esto produce en muchos hombres mientras se adaptan al nuevo patrón de no ser el único proveedor, o, a veces, no poder contribuir con su parte en el mantenimiento de la familia. En estas situaciones, si el hijo no es del matrimonio o es de una unión o matrimonio previo, evidentemente habrá muchas dificultades para asumir la responsabilidad de proveer su sustento. En los casos en que la pobreza de los padres influye en su incapacidad de asumir su responsabilidad como proveedor, las soluciones son mucho más complejas porque tienen que ver evidentemente con políticas macro-económicas internacionales y nacionales, por un lado, y con políticas gubernamentales para reducir la pobreza, por otro. Mientras el derecho a un nivel de vida adecuado no sea reconocido por todos los gobiernos y agencias como un derecho humano de cada niño y adulto, el problema de la incapacidad de los padres pobres para proveer a todos los hijos biológicos persistirá.

#### 2.4. *La participación de los padres en la crianza*

Las tres investigaciones demuestran, aunque con variaciones, los factores que inciden en la falta de participación masculina en la crianza de los hijos. Ya sabemos que la dicotomía en la división sexual del trabajo que ha fisionado las figuras paterna y materna está al origen

de esta situación. Sin embargo, la tensión en el trabajo, las largas jornadas laborales y los empleos migratorios son factores que imposibilitan la participación masculina y no permiten que se llegue a nuevos arreglos, aun cuando los patrones sociales estén cambiando para incentivar tal participación. Es esencial vincular este tema de *participación masculina* promovido por la Plan de Acción de Beijing a limitaciones estructurales, como las nuevas estructuras y reglas en la fuerza laboral en América Latina. Como mencionó José Olavarría, en Chile, el 36% de la población esta trabajando más de cuarenta y ocho horas semanales, mientras en algunos sectores, como el de la construcción, el caso es aún más dramático con jornadas que llegan a las setenta y dos horas. Chile tiene la jornada laboral más larga del mundo según las estadísticas de la OIT y los otros países de la región están siguiendo este rumbo. Habría que preguntar, entonces, quién está criando a los hijos y las hijas de estos trabajadores y trabajadoras y qué participación de los padres es posible bajo estas condiciones. Es interesante que los sectores que tanto reclaman políticas para fortalecer a las familias (rechazando, por ejemplo, que se promulgue la ley de divorcio en Chile) no prestan mucha atención a estos factores tan desestabilizadores. Sería, entonces, un buen complemento a los estudios que para la publicación final agreguen los datos sobre este tema al analizar el contexto de las paternidades en las países y sub-regiones estudiados.

En la mayoría de los casos, el divorcio y la separación inciden decisivamente en el alejamiento de los varones de la participación en la crianza de los hijos, porque todavía en la región es poco frecuente que el padre reciba la custodia de los hijos y tampoco existe en muchos países la figura legal de custodia compartida.

En las políticas dirigidas a incentivar la participación de hombres en la crianza dentro de la unión conyugal, la mayoría se centra en las etapas del nacimiento y neo-natal. La más comentada es el cambio en las políticas de muchos hospitales para permitir la presencia del padre durante el parto. El próximo paso sería que se den licencias paternas para el nacimiento y la adopción y también, para

hombres y mujeres, para las enfermedades de los hijos. La institución de jornadas flexibles ayuda mucho a los trabajadores, hombres y mujeres, con hijos a equilibrar sus responsabilidades paternas o maternas con las del empleo.

Otra medida que se recomienda bastante pero que se aplica poco es el involucramiento de los padres adolescentes en los programas para madres adolescentes, incentivando su participación y la de su familia en la crianza del hijo. Se debe tomar esta recomendación con mucho cuidado, porque algunos embarazos adolescentes tienen su origen en relaciones abusivas o explotadoras, a veces con hombres mucho mayores. Pero, cuando se trata de un padre del grupo de pares de la madre, muchas veces se puede encontrar maneras de involucrar al padre y a su familia.

## 2.5. *Paternidades autoritarias versus paternidades afectivas*

Algunos aspectos del concepto de responsabilidad paterna en la formación y protección de los hijos e hijas muchas veces se traducen en comportamientos autoritarios y, a menudo, violentos de los padres. Es evidente en las tres investigaciones un creciente cuestionamiento de este aspecto autoritario de los modelos tradicionales de paternidad, aunque ciertos entrevistados mostraron una aceptación plena de prácticas violentas, el discurso de los varones muestra una fuerte conciencia de la necesidad de implementar formas más democráticas de relación entre padre e hijos e hijas. Sin embargo, dadas las metas y la metodología de estas investigaciones, es imposible saber si este cuestionamiento ocurre solo en el discurso o si también tiene consecuencias en la práctica. De todas maneras, es muy significativo que las normas ideales estén transformándose, en general, hacia modalidades más democráticas en la generación más joven. Entre esta, existen también muchos deseos frustrados de mayor cercanía entre padres e hijos que llaman fuertemente la atención.

Las investigaciones tienen un tema común en la tensión entre los deseos de mayor cercanía y el papel del padre como autoridad en

la familia; estas tensiones parecen ser especialmente agudas entre padres y hijos varones. La responsabilidad de formar, de guiar y de asegurar que el hijo siga las pautas de la masculinidad respetable pesa mucho y los padres encuentran mucha dificultad para ser amigos en un momento y autoridad en otro momento. Se puede imaginar que, cuando el padre impone su papel de autoridad por medio de la violencia, la cercanía será más difícil aun.

Un punto que resaltó en el estudio de Chile es que el momento de esperar y tener el primer hijo es de una trascendencia primordial para los entrevistados. Es un momento de mucha emoción y mucha motivación para ser un buen padre. Este hallazgo nos da una pista para diseñar programas que promuevan la participación de los padres en la crianza y una cultura más democrática dentro del hogar. Al esperar el primer hijo o primera hija, el hombre puede estar bastante motivado para participar más en programas de educación en las tareas paternas. Entonces, este es un momento en su vida que puede ser muy apto para involucrarlo en programas de sensibilización y para promover modelos más democráticos de familia. En estos estudios, se evidencia el deseo de los varones de tener una relación más cercana a los hijos y vencer los obstáculos que se les presentan. Entonces, los programas dirigidos a ellos pueden apelar a este deseo y usarlo para trabajar los temas de autoridad, de democracia, de cercanía y de participación masculina en la crianza de los hijos.

### **3. Algunas diferencias**

Existen, también, algunas diferencias en los hallazgos entre los tres estudios. Tomando en cuenta que cualquier ponencia basada en el análisis de investigación cualitativa necesariamente solo refleja una visión parcial del universo de datos recogidos, es difícil saber si los contrastes que saltan a la vista corresponden a diferencias entre los países o si representan opciones de enfoque de la/el investigador/a al momento de escribir la ponencia. Recomiendo que el grupo

revise las diferencias que aparecen, para enriquecer y completar la comparación entre los países. Por ejemplo, el estudio del Perú me dio una sensación de menos transición en los modelos de paternidad que al leer los estudios de Chile y Colombia. También, sería útil ver cuáles son las diferencias entre la participación de la mujer en el mundo laboral en cada uno de los países estudiados.

Los estudios de Chile y Colombia tratan poco de temas como el aborto; tampoco la separación/divorcio son temas fuertes. En ninguno de los estudios se ha tocado el tema del incesto, que sin duda es un tabú del que los entrevistados no hablarían en una investigación de historias de vida, pero es un problema importante.

El aporte importante de estos estudios es evidente y dan muchas pistas para futuras investigaciones. Habría que ver cómo estudiar el vínculo entre el discurso y la práctica, porque los hallazgos presentados aquí muestran modificaciones significativas en las normas sociales, pero el camino desde el cambio en las normas a los cambios en la vivencia dentro de los hogares es complejo e indirecto. Se podría teorizar que estas diferencias en las normas es el primer paso de un proceso de reemplazo, en el cual se crea una disonancia colectiva al ver la contradicción con la realidad, que, a su vez, por un proceso complicado, llega a cambios en el comportamiento.

#### **4. Reflexiones sobre la responsabilidad paterna de proveer desde la experiencia en los Estados Unidos**

Me gustaría compartir con ustedes algunas de las reflexiones hechas en Estados Unidos sobre políticas en el área de paternidad. Al hablar de eso, debo reconocer la deuda con mi colega de la Fundación Ford, Ronald Mincy, cuya investigación y programas se dirigen a la meta de posibilitar y promover mayor involucramiento de los padres de bajos ingresos con sus hijos, y también de combatir políticas contraproducentes y punitivas para las familias en el sistema de bienestar (*Public Welfare*) en ese país.

Hablando primero de respuestas positivas desde la sociedad civil, hay esfuerzos muy diversos para enfrentar la pobreza persistente de un porcentaje significativo de la población en medio de una economía tan fuerte según los indicios macro-económicos. Reconociendo esta pobreza en las vidas de muchas familias en los Estados Unidos, dentro y fuera del movimiento sindical están tomando fuerza las campañas por los *living wages* (los salarios con los que una familia puede vivir) y, por medio de esta estrategia, se intenta impulsar el reconocimiento político de que el sueldo básico no aporta el mínimo necesario para sobrevivir. Estas campañas son importantes en el contexto de una creciente desigualdad en la distribución de riqueza a nivel global.

En dicho país, existen fuertes prejuicios en contra de las personas que reciben ayuda del programa de bienestar *Public Welfare*. La idea que tomó fuerza durante la administración de Franklin Roosevelt, de que las personas tienen derecho a un estándar de vida digna, ha perdido mucho terreno en el plano político actual. Estos prejuicios le han quitado legitimidad al sistema de *Welfare* y han dado lugar a fuertes presiones para reducir el presupuesto para estos programas. Así, nació una campaña para ubicar a los padres biológicos de hijos cuyas madres reciben asistencia pública a fin de forzarlos a mantenerlos. Los que no pagan la manutención van a la cárcel. La desigualdad de esta política es evidente, dado que solamente los hombres pobres van a la cárcel. Las consecuencias nocivas de esta política han caído sobre todo en hombres de minorías étnicas —africano-americanos y latinos—. Para un padre con los recursos financieros necesarios, esta política podría tener un efecto saludable para promover su responsabilidad financiera; pero, cuando cae sobre un hombre pobre que no puede pagar, constituye una violación de sus derechos humanos. Muchas veces, se trata de varones desempleados que no tienen condiciones materiales para apoyar a sus hijos o de un hombre trabajador de bajos ingresos que se ha casado otra vez, sin que su sueldo alcance para dos familias. Cuando ponen al padre en la cárcel, desproveen a la segunda familia, alimentado así el círculo vicioso de la pobreza y la ausencia paterna.

Desde el punto de vista económico, esta política es sumamente ilógica. Si los padres no tienen fondos para contribuir a la pensión alimenticia, ¿qué resuelve ponerlos en la cárcel? Esto solo agrava la situación que esta política punitiva supuestamente resolvería —la carga al Estado por medio de los sistemas de bienestar (*Welfare*) de la manutención del niño y su madre—. La solución más lógica sería ayudar al hombre a ganar más para que pueda asumir sus obligaciones y sustituir la contribución del Estado. Al ponerlo en la cárcel, el Estado tiene que continuar manteniendo a la madre y los hijos e hijas, mantener al hombre que está en prisión y, muchas veces, como consecuencia, tomar a su cargo la familia principal del hombre, ya que, estando en la cárcel, él no puede continuar contribuyendo a la manutención de ellos.

De otro lado, las políticas de bienestar dirigidas a la población femenina han tenido un efecto perverso ya que impiden a las mujeres formar relaciones estables con hombres adultos porque solo una mujer que está sola puede recibir ayuda pública. Si el hombre está en la casa aunque esté desempleado, no reciben la ayuda. Así, a la mujer no le conviene que el varón conviva con ella. En vez de ayudarla a formar una nueva familia, esta política inhibe y, en ocasiones, imposibilita que un varón conviva con sus hijos.

Visto que hay una fuerte tendencia en los Estados Unidos de exportar sus políticas, sería bueno que las personas involucradas en este tema en América Latina tengan plena conciencia de los supuestos y efectos perjudiciales de las políticas estadounidenses dirigidas al problema de los padres ausentes. Se debe tener mucho cuidado con las orientaciones que, con la intención de promover la responsabilidad paterna, discriminan en contra de los padres de bajos recursos o con los programas que apoyan a mujeres jefas de hogar para que no tengan el efecto de hacer imposible para ellas formar una pareja estable.



## Debate de la primera sesión

*Violeta Sara Lafosse*

Un punto que me parece que las tres investigaciones tienen en común, además de la riqueza de información que nos ofrecen, es que, a pesar de que los medios de comunicación nos permiten saber lo que está ocurriendo en otras partes, no ubican el estudio en un mundo más globalizado. Bonnie Shepard nos habla de esta problemática en los Estados Unidos en términos negativos, pero no menciona los cambios que se están produciendo en la paternidad. Hay trabajos que nos hablan de un nuevo tipo de familia, que surge a raíz de la segunda guerra mundial y que ya es suficientemente visible como para ser observada por todos. Estos cambios conllevan, no un malestar masculino, sino un bienestar pleno en ese nuevo rol. Este fenómeno también está ocurriendo en nuestro continente. Por ello, me parece que, si estamos elaborando un conocimiento científico, debemos tomar en cuenta lo anterior. El conocimiento debe irse acumulando para poder comparar y percibir cómo se va avanzando.

En ese sentido, en el Perú, ya hay un primer estudio pionero publicado en el año 1964 que descubre esa nueva forma familiar. En él, se sostiene que existe una familia patriarcal, que es la dominante, pero también se detecta la existencia de una familia compañera y de otras formas familiares como las familias en las que los padres no asumen su responsabilidad de tales. Este fenómeno también aparece en Colombia, donde se habla de familias expulsoras, que destruyen. Los estudios de México sobre el machismo, definido no solamente en términos de mujeres seducidas y abandonadas sino de hombres que forman varios *hogares estables* a los que no provee. Esto también se registra en Chile, donde Guissi nos habla de lo común que resulta el hombre que entrega a su familia un tercio de sus ingresos y lo demás lo gasta con los amigos.

Me parece interesante que se descubra cada vez más esta importancia de la paternidad, pero debe tenerse en cuenta que el patriarcalismo está cediendo paso a medida que las aspiraciones democráticas de las poblaciones aumentan. Son esos mismos hombres los que están viviendo en sociedades crecientemente igualitarias; entonces, es difícil que no perciban que en la familia también es necesaria esa relación democrática.

No estoy de acuerdo en ver al macho como un estadio previo al ser hombre; ese es un punto que deja traslucir el estudio de Norma Fuller y me ha dejado preocupada porque en los estudios sobre el macho se ve que estos siguen siendo machos en su relación de padre, es decir, siguen siendo irresponsables. No es, pues, un estadio previo al de convertirse en hombre. En consecuencia, es un terreno donde existen muchos aspectos para discutir.

*Norma Fuller*

Me parecen perfectamente pertinentes tus observaciones. Por razones de tiempo, la exposición ha cortado toda la parte de contexto y la de literatura previa. Además, estos trabajos se enmarcan en investigaciones más amplias y en este momento estamos enfocando solo un aspecto de ellas. Felizmente, José Olavarría tomó la posta e hizo la parte del contexto, pero todos los proyectos empezaron precisamente con esa parte global a la que te refieres.

Respecto al detalle de ser macho como periodo previo a ser hombre, obviamente no es así y debe ser aclarado. A lo que me refiero es a que el joven se caracteriza por no ser todavía responsable ya que aún no está inserto en la estructura social: todavía está en un periodo liminal, de transición entre el niño dependiente y el adulto responsable. La juventud es el periodo en que los amigos predominan, de estar más en la calle, de las pruebas de virilidad, etc. Lo que sucede es que en términos ideales, estos jóvenes deben convertirse *en hombres cabales*. Eso no quiere decir que todos lo hagan. Precisa-

mente, una variedad masculina que existe entre los varones adultos es el macho que no asume sus obligaciones familiares o laborales. Sin embargo, el ideal es que se conviertan en *hombres cabales*. Esto da lugar a muchos tipos masculinos, que corresponden a las diferentes maneras en que los varones viven estas demandas, digamos divergentes, de ser viril, probarse ante los amigos, continuar circulando sexualmente y, por otro, lado ser un padre responsable, un esposo proveedor, etc.

*Violeta Sara-Lafosse*

Sí, pero puede haber también un buen sector de varones y aun de adolescentes con esa tendencia de macho bastante responsables, mientras que otros no lo son. Entonces, la adolescencia no necesariamente conlleva una irresponsabilidad; a eso me refiero.

*Mara Viveros*

Yo quería también hacer comentarios en relación con la intervención. En primer lugar, creo que los tres ponentes siempre hablamos de sectores medios en un mundo globalizado y de sectores medios expuestos a los discursos de la modernidad, a los mensajes impartidos por los medios masivos de comunicación. Creo que eso fue un elemento común a todos nosotros. En relación con esa aparente secuencia entre ser macho y ser responsable, en otro trabajo previo hablamos de cómo la masculinidad, por ejemplo, en Colombia, se resolvía en la tensión entre ser *quebradores* y *cumplidores*; pero en cada momento del ciclo de la vida, los hombres son a la vez quebradores y cumplidores. Es decir, está presente el ejercicio de la responsabilidad y también está el deseo del riesgo y de mostrar las proezas sexuales. Sin embargo, a medida que se avanza en el ciclo de la vida, sí vemos que se privilegia más lo de ser cumplidores, lo que tiene relación con la responsabilidad y menos lo de las proezas sexuales.

Por último, quería hablar del conocimiento acumulado. Creo que nosotros, al trabajar sobre dos grupos de edad, hombres que nacieron entre 1934 y 1949 y entre 1964 y 1979, estamos captando las situaciones que se han sucedido en esos tres países en los últimos cuarenta años. En ese sentido creo que se recoge parte de lo acumulado. Dije esto simplemente como para dar más información, pero creo que lo que expusimos es una imagen bastante parcial de lo que hemos trabajado a lo largo de las investigaciones.

*José Olavarría*

Quería agregar un par de puntos. Lo que dice Violeta Sara-Lafosse respecto a la acumulación de conocimientos es muy cierto. Nosotros hemos hecho ingentes esfuerzos para conseguir lo que hay sobre paternidad y es poquísimo; más aún, lo existente tiene muy poca difusión. Entonces, es muy difícil lograr material de reflexiones anteriores sobre paternidad desde el punto de vista que lo estamos haciendo nosotros, no del deber ser de la paternidad, sino de sus significados. Efectivamente, lo que se plantea es un problema cierto. ¿Cómo podemos acceder a la reflexión que existe hoy acerca de la paternidad para poder contribuir a la acumulación de conocimientos? Hay unas cuestiones que vienen, no de la intervención de Violeta Sara-Lafosse, sino de las mujeres que trabajan en organismos de mujeres y de los mismos hombres. ¿Están cambiando? ¿Cuánto han cambiado? ¿Cuán responsables son? Debemos tener cuidado con eso porque lo que nosotros hemos encontrado es que es precisamente entre los adolescentes donde los mandatos de la paternidad hegemónica son más enérgicos, porque deben mostrar a sus pares que son fuertes, agresivos, penetradores, conquistadores de mujeres, y una de las responsabilidades del varón es penetrar a una mujer. Entre ellos, la responsabilidad primera es ser hombre heterosexual antes que pensar en las consecuencias de ser padre. Es decir, en ese manejo responsable, según los varones, de poseer mujeres,

nos desligamos de la segunda responsabilidad: que poseer mujeres trae consecuencias, que es como llaman al embarazo de la mujer. Este es quizás el punto más delicado y donde los hombres serían menos responsables. Pese a ser cariñosos, pese a que la modernidad es mucho más fuerte en el sentido de intimidad, etc., las demandas de nuestras responsabilidades para demostrar que somos varones nos lleva exactamente en sentido contrario de la responsabilidad paterna.

Una cuestión muy puntual es la de los grupos de amigos después del trabajo, la cantina. En Chile, ese fenómeno ha dejado de existir hace bastante tiempo. Según nuestra impresión, los hombres pasan muy rara vez por la cantina, van del trabajo a la casa o están buscando trabajo, o están haciéndose los locos, caminando en alguna parte mientras no tienen trabajo, o se sientan delante de una obra, en el caso de los obreros de la construcción, para ver si de repente necesitan un albañil. Pero, ese espacio homosocial de varones, entre la casa y el trabajo, es un fenómeno muy ocasional y no permanente. Claramente no es la imagen de Santiago que podría tener Guissi.

*Teresa Valdés*

Solo quiero reiterar una cuestión: el valor que tiene esta investigación en cuanto a trabajos empíricos. Aquí están hablando los hombres acerca de cómo ellos dan sentido a sus prácticas, sus discursos: no es exactamente lo que hacen, sino lo que dicen que hacen. Y, en ese sentido, es extraordinariamente superior a las impresiones personales que tengamos; incluso un ensayo como el de Jorge Guissi contribuyó mucho en su momento, pero no es una investigación empírica. Lo más valioso que tienen estos trabajos es que se trata de hombres concretos hablando de sí mismos, cómo ellos se presentan frente al mundo. Aquí no aparecen los señores tan modernos que uno quisiera que aparecieran. Con los padres jóvenes pasa igual, no son tan modernos, no aparecen esos señores jóvenes, geniales que

quisiéramos, que están decididos y dedicados a generar condiciones igualitarias. Eso no quiere decir que no estén presentes en el imaginario como un anhelo. Pero, cuando hablan de ellos, hablan de otra manera.

*Gerardo Ayala*

Primero, quiero felicitar el trabajo de investigación, me gustó mucho y, mientras estuve escuchando a las personas que expusieron, me planteé algunas reflexiones más que preguntas concretas sobre su trabajo que quisiera compartir con ustedes. Una de ellas tiene que ver con lo que comentaba Violeta Sara-Lafosse. A mí también me quedó la impresión en algún momento de que cuando se asume esta paternidad responsable con las características que se mencionan, se logra esta noción de hombre cabal. A mí me queda cierta duda porque pensaba en los hombres mexicanos, en algunos que son proveedores, que están en algún momento asumiendo responsabilidades en la crianza de los hijos, que colaboran en algunas tareas domésticas, pero yo no pensaría que podríamos decir de ellos «estos son hombres cabales». Pensaba también que se dan expresiones no equitativas, expresiones autoritarias. Aparecen formas de un machismo diferente, con cierto control, con cierto autoritarismo, ya no físico sino de otras maneras, a través de las miradas, de las actitudes, de los silencios. Entonces, yo diría que hay que explorar qué tanto están avanzando realmente estos hombres. Por otro lado, no sé aquí en Perú cómo se interprete la expresión «hombre cabal» o cómo se entienda la cabalidad. Pero, en México, está muy ligada a una forma de machismo. En consecuencia, habría que matizar estos aspectos.

Otro aspecto que también me impresionó es con relación a la subjetividad y a las prácticas. En un momento dado, se decía que más bien no había una crisis de la identidad masculina sino que las condiciones materiales estaban provocando que hubiera una situa-

ción que los hombres tenían que enfrentar de otra manera. Yo me pregunto cómo es que se construye la subjetividad sino a partir de las condiciones materiales. Entonces, yo sí hablaría de una crisis en la identidad masculina porque, efectivamente, parte de las condiciones materiales en la que nos está tocando vivir y tiene mucha relación con las prácticas, con la forma de ser hombre, de ser papá y que evidentemente está cambiándose, transformándose actualmente.

*Matthew Gutmann*

Quiero regresar un poco al tema de la autoridad paterna, en términos exactamente de normas y prácticas, las diferencias entre ellas y también por qué nos parece importante hablar de los cambios sociales cuando hablamos del pasado. Hay muchas imágenes del pasado que quizás no tengan que ver con el pasado real sino que son imágenes de lo que pensamos que éramos. También me parece relevante enfatizar la autoridad paterna dentro de los hogares en términos de relaciones de áreas. Muchas veces es más complicado que simplemente hablar de un padre autoritario, porque existe la influencia de la mujer no solamente con los hijos sino también con el padre. Me parece muy importante matizar la cuestión de la autoridad. Eso no significa que no existe la autoridad paterna. Pero, no podemos hablar solamente de las normas. Precisamente, las investigaciones etnográficas y muy cualitativas nos permiten aprender algo de cómo se experimenta la vida.

Eso tiene que ver también con las definiciones de padre, madre y de las diferencias entre ambos. Porque si se pregunta qué quiere decir ser padre, en qué es diferente ser padre de ser madre, usualmente van a contestar «bueno, ser madre es esta cosa, ser padre es otra cosa». Es como preguntar cuáles son las diferencias entre ser hombre y ser mujer. Pero, género no es solamente hombre más mujer: equivale a una relación entre hombre y mujer. Hay una relación entre padre y madre y es un poco más complicado que ver el mundo

dividido así como acostumbramos los científicos sociales. Inventamos a veces divisiones mentales que no corresponden necesariamente a la manera en que los padres y las madres entienden sus vidas.

Respecto al cambio social y de cómo ellos lo experimentan en sus vidas, los hombres hablan mucho de eso, no necesariamente en sus casas, pero sí lo hacen en la calle: de los cambios que han experimentado, mentalmente, ideológicamente, pero también en términos de práctica, de cambiar los pañales, de estar en la casa, de tomar allí y no en la cantina y situaciones parecidas. Hablan también de la influencia no solamente de la mamá sino también de la esposa, de la hermana, etc.

*Javier Alatorre*

Pienso que la reunión es un excelente escenario para poder compartir los trabajos y es una necesidad que la región latinoamericana comparta datos, experiencias, preguntas de investigación, hallazgos. Porque me parece que, sobre todo en México, tenemos un diálogo con discursos producidos en contextos históricos y económicos totalmente distintos al nuestro. Creo que una reunión como esta favorece el intercambio y la posibilidad de crear una base teórica y empírica importante. Retomando lo que decía Teresa Valdés, creo que el enorme esfuerzo que se hace para obtener datos empíricos es fundamental porque una característica que nos distingue en este momento de la investigación actual de las ciencias sociales en la región es que no estamos haciendo teorizaciones sin datos; como bromeamos entre los compañeros, a veces se entrevista sin datos. Por ejemplo, México se caracterizó en las décadas anteriores por hablar sobre lo mexicano, sobre el machismo, sin investigación empírica y lo terrible de ello es que heredamos una visión estereotipada e ideologizada de lo que es ser hombre, ser mejicano y ser macho. Eso lleva a los trabajos de Paz y Ramos y todos esos trabajos en México que han causado mucho daño a la investigación.

Por otro lado, pienso que hay que tratar el tema de los tipos. Coincido con Bonnie Shepard en el sentido que o bien existen tipos de padres, como muchos señalaban aquí, o hay un problema en la perspectiva teórica, en la construcción de nuestro objeto de estudio. Es posible postular que hay tipos de padres cuando, a la vez, encontramos en los datos de ustedes y en los míos las contradicciones que hay, las tensiones, la enorme movilidad y dinámica de la paternidad. ¿Esto no nos llevará a ver cambios donde no los hay? ¿Se trata de una cuestión empírica o solamente es un problema del abordaje? Quizás a veces entramos al estudio de la paternidad pensando que hay tipos y después nos encontramos que hay cambios. A lo mejor el objeto de estudio es más complicado, más complejo y no es tan rígido. Por ejemplo, un aspecto que me llama la atención en mi trabajo es que, cuando entrevistamos a los hombres y les preguntamos sobre sus propios padres, encontramos que algunos de estos últimos serían como los nuevos padres que se reportan hoy. En los cuarenta, en los cincuenta, en los sesenta, había buenos padres en el sentido de responsables, de afectuosos. En ese sentido, no sé si es un problema más bien de cómo construimos el objeto de estudio o un problema de cambios sociales. No estoy seguro.

*Carmen Ilizarbe*

Tenía dos preguntas para los tres ponentes. Una aparece en la línea de lo que planteó Matthew Gutmann sobre la necesidad de vincular el estudio de la paternidad con la maternidad. Creo que no es posible entender una sin la otra, están vinculadas y, aun cuando el modelo vaya cambiando, creo son inevitables las referencias al esquema de lo que es la maternidad. Yo preguntaría en qué medida la maternidad plantea limitaciones al ejercicio de un nuevo modelo de paternidad, es decir, en qué medida el hecho de que la mujer domine en el espacio doméstico y que tenga una conexión física insoslayable con el

hijo lleva a que la paternidad se ejerza de manera tal que el vínculo emocional, incluso físico, con el hijo sea menos concreto. Segundo, me parece que es necesario considerar cómo la paternidad se ejerce en el contexto familiar, sobre todo entre las clases medias. En muchos casos, ya no se trata del padre ausente sino del padre distante porque, en muchos matrimonios que se separaron, los padres forman nuevas familias con otros hijos y no es que no quieran asumir su responsabilidad de proveedores o de orientadores o de protectores sino que ya no pueden asumirla cotidianamente. Entonces, ¿cómo se redefine la identidad paterna en esta nueva situación?

*Narda Henríquez*

Voy a tratar de presentar estas ideas que son también preguntas sabiendo lo limitada que ha sido la presentación, pero sabiendo que ustedes tienen trabajo de muchos años. Me parece que buena parte de la discusión gira en torno a los sentidos de la paternidad, como ustedes han dicho, ubicándose también en el espacio familiar. Considero importante esto porque, cuando discutimos paternidad en los contextos contemporáneos, también se discute la maternidad y hasta qué punto la maternidad es parte de la realización personal. Esta pregunta, en cambio, no se plantea para los hombres, ¿o sí? Entonces, quiero poner como parte de la pregunta sobre los varones si su propia autoimagen como varones considera la paternidad como espacio de realización. Este es un tema que uno no cuestiona y que me surge como pregunta.

El comentario iba más bien por el lado de constataciones, son impresiones que uno tiene cuando conversa sobre los jóvenes en nuestros países. Me pareciera que ahí hay un punto que no está dicho o no lo he podido leer pero está en los materiales de investigación y que se refiere la situación de los jóvenes en el Perú con respecto a Chile. ¿Hay, en el caso peruano, menos controles sociales en este momento o no? ¿De qué modo esto actúa? No se ve, en lo que

se ha presentado, que se explique cómo se reafirman en su paternidad o en su relación de pareja o en los cambios que van ocurriendo. De repente, hay material de investigación que no se ha presentado respecto a cuáles pueden ser los elementos que están interviniendo en los cambios. Terminé preguntándoles a qué nos conduce este tipo de problemáticas en términos de políticas sociales.

*José María García*

Deseo abordar dos puntos. Uno trata sobre el cuadro de la investigación de Norma Fuller, donde aparecía que el recurso al castigo físico es más frecuente en los sectores populares que en las clases medias. Se señala en el texto que el padre puede castigar bien con la violencia o quitando un premio. Las clases medias tienen premios que quitar, las clases populares no. Habría que explicitar eso para que no se piense que el padre popular es más violento o maltratador. Habría que ver un padre de clase media que se queda sin nada y está pasando muchos problemas: si, cuando no tiene otro recurso para corregir al hijo, no echa también mano del castigo físico. Si, efectivamente, puede decirle «mira, no vas al cine o no te compro la bicicleta», *pasa piola* porque hay otras formas de punición que no son el castigo. Pero, necesitas explicarlo, porque podría ser que estuviésemos dejando la impresión en el lector de que el padre popular es más violento que el padre de clase media y quizá no sea así necesariamente.

Eso me lleva al otro comentario. No necesariamente las aproximaciones no empíricas están fuera de la realidad; puede haber ensayos que van más al fondo que nuestras investigaciones empíricas porque depende mucho de los datos que escogemos. No tiene la misma fuerza explicativa que se observe cómo gasta su día el padre, si cuida o no del hijo, a se pregunte cuál es el sentido de ser padre. Naturalmente, el discurso es un dato; pero, lo que puede dar en términos de pistas para políticas públicas no es tan fuerte como haber rastreado cómo se construyen las veinticuatro horas del día del pa-

dre. Incluso, se puede cotejar el discurso del entrevistado con un juego de espejos y decirle «bueno, ese es tu sentido de ser padre. ¿Qué crees tú que diría tu esposa de ti como padre, qué diría tu madre de ti como padre, qué diría tu hijo de ti como padre?». Así, se encuentra ante otros espejos que le quitan la coartada monolítica del deber ser que lo tiene muy asumido porque existe lo que es socialmente correcto de la paternidad y te lo puede decir. Entonces, por muy bien que se haya hecho la investigación, se está trabajando sobre discursos y se puede decir «lo mío fue una investigación empírica, lo de Guissi fue un ensayo». Hay veces que hay ensayos mucho más felices porque están más en contacto con la realidad que nuestras investigaciones empíricas. En ese sentido, investigar sobre los discursos puede dar pistas para políticas públicas sobre medios de comunicación que cambien los imaginarios o que refuercen estos modelos. Pero, otras políticas como las que mencionaba Bonnie Shepard, que tienen que ver con lo marcos laborales o los incentivos a las mujeres solas, etc., no van a ser tan fácilmente tomadas de investigaciones que, aunque sean muy empíricas, se centran en los discursos de los varones acerca de su propia paternidad.

*Carmen Lora*

Me parece muy interesante lo que se ha expuesto y quisiera preguntar, para hacer algunas precisiones y sobre la base de una entrevista que le hice a Norma Fuller, sobre una pista que me parece sugerente: ¿qué relación se ha encontrado entre el contexto cultural de cada uno de estos grupos estudiados y sus percepciones con respecto a la imagen de padre? Todos han hablado del padre como proveedor, como un elemento fuerte de esa identidad. Norma Fuller me comentaba una vez que, por ejemplo, en el Cuzco, había sentido que el asunto de proveedor era más compartido, que había contextos culturales que cambiaban un poco esto: No sé si en los otros casos, como en el de Colombia, hay variedades. Creo que en Chile hay una uniformi-

dad más fuerte en ese sentido. Quisiera saber si en ese terreno hay situaciones que pueden ser interesantes para poder seguir indagando.

Un segundo tema, que de algún modo ha sido tocado pero que quizás sería interesante profundizar, es la relación que existe entre, por un lado, el rol de los padres que normalmente son los que dan las certidumbres y las normas y, por otro, una sociedad y un tiempo en el que crece la incertidumbre. Me parece que no solamente es el problema de lo económico o el desempleo, que son evidentemente fuertes, no los quiero minimizar, son importantes; pero, personalmente, quisiera profundizar en esa perspectiva.

En tercer lugar, tengo, más que una pregunta, una breve reflexión. José Olavarría hablaba de la modernidad y la identificaba mucho con el elemento de intimidad y afectos. Teresa Valdés, en algún momento, también hizo un comentario al respecto. Eso me llama la atención porque en qué medida, según lo que se ha estudiado, la experiencia de modernidad está más ligada quizás a un concepto de mayor individuación y de mayor valoración de la privacidad y no necesariamente a una mayor expresión de la afectividad. En todo caso, desde la experiencia peruana, no lo veo así. Quizás en Chile sea así, no lo sé. Por ello, quisiera trabajar un poco en eso.

Finalmente, en relación con la pregunta que hizo Norma Fuller y creo que todos han tenido un poco la misma impresión, simplemente deseo alentar la necesidad de una perspectiva de investigación que tenga en cuenta que el discurso es una parte de la realidad, pero no es toda la realidad. Me parece que hay un elemento en que lo subjetivo está modelado por las condiciones objetivas, pero también lo subjetivo tiene una realidad con una autonomía relativa respecto a esas condiciones objetivas. ¿Cómo se relacionan ambos aspectos?

*Soledad Escalante*

Me han parecido bastante interesantes los temas y el enfoque de los expositores sobre la paternidad. Fundamentalmente, no planteo preguntas porque habría que formularlas más sistemáticamente, sino comentarios referidos a las tres exposiciones. Van generalmente ligados a que yo noto, desde mi perspectiva muy personal, mayores cambios en los discursos que en las prácticas. Yo creo que estamos hablando muy en el ámbito de discursos. La práctica nos demuestra muchas veces que los discursos están fundamentalmente guiados por intereses, por un deber hacer antes que un deber ser.

Con relación a los discursos, hemos escuchado hablar en todo momento de cercanía y distancia. Creo que cuando hablamos de discurso también estamos hablando de oralidad y escrituralidad. Me sonaba un poco como que la madre muchas veces está a un nivel oral, muy en el ámbito de la intimidad, frente a un padre que es normalmente distante, que es normalmente escritura, lo leen, no lo escuchan. En cuanto al padre cercano y al padre distante, cabe decir que él es casi por naturaleza, sin asumir una posición esencialista, distante. En la realidad, es la madre, muchas veces, la que ejerce el orden; por ello, es mayormente cercanía, intimidad, es privacidad. Desde los griegos en adelante, la madre está ligada al *oiko gnomos*. De alguna manera, está sujeta a la administración del hogar. En esa línea, habría que ver cómo, desde entonces en adelante, hay una suerte de *destino*, podríamos decir, de la mujer a ejercer una mayor plasticidad en sus funciones, porque la madre puede ser muchas veces padre, hacer las veces de madre y padre. Normalmente, la madre abandonada, porque casi nunca la mujer abandona al hombre, puede ser padre: no es que cumpla la función del padre supliéndolo, sino que hace las veces de él cuando no está. La maternidad seguiría, entonces, siendo un hecho, en tanto que la paternidad sería una idea, una presunción como decían los romanos.

Por otro lado, pienso que la responsabilidad es una noción relativa. Me parece ver una valoración post-moderna de la responsabili-

dad. Creo que, en general, los padres, hombres y mujeres, asumen en muchos casos la responsabilidad de manera relativa. Es responsable, decía José Olavarría, poseer mujeres, es responsable no tener hijos, es responsable tenerlos y no reconocerlos. ¿De qué dimensión estamos hablando? ¿Cuáles son nuestras dimensiones? Por otro lado, ¿cuándo están los padres verdaderamente preparados para serlo? ¿Cuándo hay una posición óptima para ello? Es decir, planificación ¿en qué sentido?

*Benno de Keijzer*

Este planteamiento así como las apreciaciones de Bonnie Shepard, marcan las diferencias que hay entre las investigaciones. Pero, este énfasis que pone José Olavarría en los obstáculos externos, objetivos, socio-económicos para poder cumplir con la paternidad, me plantea una situación muy dramática para sectores importantes de hombres.

Creo que las diferentes investigaciones permiten establecer un diálogo entre estas diferentes miradas: una más bien desde la antropología, una desde la construcción de la subjetividad. Sobre esta base, quisiera poner en diálogo lo que son estos obstáculos externos con los obstáculos internos, dados por la socialización. Por ejemplo, para poder ir entendiendo un poco esta dinámica tan contradictoria, tan ambivalente del cambio, ¿por dónde se está dando, qué tanto está cambiando, a qué niveles y en qué secuencia se va dando? Yo creo que un primer paso es incorporar un discurso nuevo. Lo dramático es cuando se queda solo en el discurso se convierte en algo perverso. Se convierte en una mascarada. En los discursos que se presentan, obviamente hay cambios; se refleja mucho el deseo, la intención, la aspiración de empezar a desarrollar una paternidad distinta a la que mi papá tuvo conmigo. Eso es muy común en los talleres que desarrollamos con hombres en diferentes niveles. Ese contraste es dramático, sobre todo a nivel afectivo, con lo que fue el papá aunque

él siga siendo un referente central. Existe otro problema que no apareció aquí pero que tiene que ver con el repertorio para relacionarse en concreto con los hijos, del cual carecemos, por ejemplo, para jugar, quizá no tanto con un varón pero sí con una niña: «¿cómo yo hombre, juego, desde dónde voy a jugar yo con una niña pequeña, cuando todavía la socialización de los juegos está tan claramente diferenciada?». Más importante es el repertorio emotivo, el repertorio en relación con la crianza. Hemos platicado con padres que de repente se encuentran con el niño o la niña enferma y no saben qué hacer. Es lo que le pasó a Michael Kimmel con la primera otitis media en un bebé de menos de un año; para él fue una experiencia sumamente angustiante. Uno que ya pasó por eso sabe que una otitis media se cura con buenos antibióticos. En ese sentido, creo que es importante ir viendo cómo se va a dando este cambio y cuáles son las situaciones que se resisten, cómo hay un proceso de negociación interna también, es decir, cómo empezar a negociar con las representaciones que tengo en relación con lo que es ser hombre, lo que sí vale, lo que no vale y qué tanto estoy dispuesto a transgredir. Como esta negociación se da también en las diferentes redes sociales en que nos movemos, creo que esto es importante también. En los talleres que damos Gerardo Ayala y yo, encontramos que muchos hombres salen muy motivados pero se encuentran con la red familiar, con la red de amigos, que todavía tienden a censurar una serie de actitudes. Entonces, mucho de esto sucede en la clandestinidad y creo que las investigaciones ayudan un poquito a sacar estas cuestiones a la luz.

Un contraste que apareció mucho en un taller que dimos hace poco en el que aplicamos una técnica en donde los hombres hablan de los que les gusta y de lo que nos les gusta de su paternidad es que la mayoría parte de las etiquetas que están alrededor del reloj, aludiendo a la cuestión del tiempo. Simultáneamente, en otro salón, las mujeres estaban planteando lo que les gusta y lo que no les gusta de la paternidad de sus parejas con sus hijos y todas las críticas de ellas giran en torno a la comunicación. Todo estaba alrededor de la gar-

ganta, cómo se comunica, cómo le grita, cómo habla o qué no habla. El extremo es el padre que nunca se comunica con el hijo o hija. En otras palabras, los hombres enfocaban la cuestión del tiempo y las mujeres, la de qué hacer con ese tiempo que sí tienen con los hijos. Esto me lleva a una pregunta: yo sé que los estudios que ustedes realizaron son más amplios, ¿está presente también la mirada femenina sobre esa paternidad? Creo que esa contraposición, esa otra mirada, ese control, esa otra forma de ir teniendo información de la paternidad es relevante no solo porque podríamos estar elaborando un discurso muy bonito, sino que, visto desde esa otra mirada, sería muy interesante también saber un poco sobre cómo las mujeres de estos hombres están viendo estas paternidades y por dónde están cambiando.

### *Norma Fuller*

Para comenzar quisiera señalar que estos son estudios exploratorios que, más que respuestas, generan muchas preguntas. De otro lado, existe un tema que ha sido motivo de larga reflexión entre el equipo «Les Hechiceres»: los límites del método, sobre todo porque trabajamos con entrevistas en las que las personas nos van a responder sobre el deber ser, mientras que no tenemos observaciones sobre cuáles son sus prácticas ni las dificultades que puedan tener para cumplir con el ideal de paternidad que describen.

Respecto al desfase entre discurso y práctica, lo que se ha hecho en mi caso y en los de José Olavarría y Mara Viveros, es hacer preguntas de control. Algunos temas se vuelven a preguntar en diferentes partes de la entrevista. Así por ejemplo, preguntamos cuánto tiempo dedican a su trabajo, a sus amigos, a las tareas domésticas y contrastamos estas respuestas con sus declaraciones sobre cuánto debería el padre participar en la crianza o la importancia de compartir con los hijos. Las contradicciones que surgen nos permiten detectar, en alguna medida, la diferencia entre discurso y práctica.

En cuanto a lo del hombre cabal, efectivamente puede ser leído de dos maneras. Una muestra, como ya ha señalado Javier Alatorre, cuán pernicioso ha sido el discurso sobre el macho. Vemos que una expresión como *hombre cabal*, que en un castellano que no sea mexicano quiere decir «verdadero hombre», en México se ha convertido en sinónimo de macho.

La idea de que el varón ya se logró al ser padre no quiere decir que se alcanzó una meta concreta, sino que significa un cambio, una relectura de la identidad, porque están pasando a otro momento del ciclo vital y porque la representación del padre condensa algunas cualidades que se identifican con lo masculino como ideal.

A mí no me gustan mucho las tipologías porque las personas no pueden ser encasilladas y tienden a caer en varios tipos a la vez o a cambiar a lo largo de sus historias personales. Por ello, considero que no es que existan tipos de paternidad, sino maneras de vivir las dificultades planteadas al ejercicio de la misma y las demandas diversas que se le plantean a los padres. Estas sí son bastante uniformes. Por ejemplo, las contradicciones entre el trabajo y la casa, entre los amigos y los hijos, entre ser tierno y ser duro, etc., son comunes a la mayoría de los hombres. Cada varón lidia con estas contradicciones y dificultades a su manera. De otro lado, los hombres están más entrecruzados por demandas divergentes que las mujeres. Las mujeres, para bien y para mal, estamos más asociadas al mundo doméstico, sus identidades son, de alguna manera, menos controvertidas, mientras que los varones se asocian más al mundo externo.

*Teresa Valdés*

Yo tengo una pregunta todavía sobre qué pasa con la familia donde el jefe de hogar es una mujer que tiene que ver directamente con lo que se plantea acá. Desde luego, hay un problema con el concepto de jefe de hogar por muchas razones. En primer lugar, se dice que el jefe de hogar es el que lleva el mayor porcentaje del ingreso. En ese

caso, habría familias, hogares, encabezados por mujeres en que están presentes el padre y la madre. Pero, en general, tenemos la idea de que los hogares encabezados por mujeres son aquellos en que está nada más que uno de los padres. Sin embargo, ustedes saben que las mujeres vivimos más que los varones. Así, hay muchos hogares unipersonales compuestos por señoras solas pero que están viejitas, son abuelitas, y no se trata de una mujer con una serie de niños a su cargo. Sin duda las situaciones de mayor precariedad son las de mujeres con niños chicos, lo que tiene que ver con madres solteras que nunca constituyeron un hogar y que tienen muchas dificultades para llegar a hacerlo por una serie de otras razones. Los porcentajes son variables en América Latina, pero se van acercando en promedio al 25%. Sin embargo, en países como República Dominicana, pueden llegar incluso al 40%. Este fenómeno tiene que ver con la migración de los varones en busca de trabajo y también otras situaciones muy complicadas. El problema es que eso significa que se trata de familias desfavorecidas porque los cálculos económicos dicen que siempre que hay un solo ingreso se deteriora la calidad de vida. Entonces, el conjunto del grupo familiar deteriora sus condiciones de vida cuando el padre se retira. Esta situación ha sido identificada y en ella se focalizan las políticas públicas de combate a la pobreza. Sin embargo, esto no es tan simple porque uno se da cuenta de que existen mujeres pobres que tienen tantas necesidades, como las jefas de hogar, y, aunque tengan un marido al lado, necesitarían el mismo tipo de apoyo. Siempre que se focaliza se está cayendo en algún tipo de discriminación. Hay un modelo que se ha desarrollado en Chile, que incluye los siguientes componentes. Se ofrece apoyo legal, cuando ha habido una situación de abandono y donde debería haber una contribución del padre y del marido. Además, se brinda apoyo psicológico y médico, que incluye, por ejemplo servicio dental, pues, aunque ustedes no lo crean, las mujeres tienen mucha dificultad en Chile para encontrar trabajo en razón de que pierden su dentadura con mucha facilidad y de que el sexismo del mercado laboral es brutal. Es decir, se necesita buena presencia, determinadas

edades, cierta apariencia, capacitación laboral y cuidado infantil para que ingresen al mercado de trabajo. Se trata de un apoyo integral para que esa mujer pueda ingresar al mercado laboral y tener los respaldos básicos y así superar una situación de desventaja. Concretamente, son mujeres que se tienen que apoyar mucho en una red social. En Chile, se han deteriorado mucho las redes sociales en los últimos años. En el resto de América Latina, sé que existen distintos arreglos: hay mujeres que son jefas de hogar que tienen familias integradas en forma más compuesta, que no trabajan pero sí lo hacen otros miembros de la familia, entre otros. El caso de las jefas de familia es una situación bastante extendida y que tiende a aumentar más que a disminuir. No hay ningún país en que hayan disminuido los hogares encabezados por mujeres o los núcleos encabezados por mujeres. Más bien tienden a aumentar y eso es problemático.

*José Olavarría*

Nosotros los hombres no tenemos la capacidad de desarrollar una conceptualización distinta. Yo creo que eso es serio, es complicado. Es decir, me cuesta entender nuevas paternidades, de dónde surgen, qué significa esto. Un poco yendo a los hombres separados y divorciados, uno de ellos que ya tiene otra familia, que tiene hijos de una familia anterior, que ya no es proveedor de sus hijos, que ya no es jefe de hogar de sus hijos, ¿qué hace con esos hijos? ¿Qué hace sin la intimidad ni la crianza? En una de nuestras investigaciones, la mitad de la muestra está compuesta por hombres que no viven con hijos. Ellos declaran: «se me escapan los hijos, siento dolor, no quiero volver a verlos». No todos lo dicen, pero es un tema persistente: «no sé qué hacer, me duele no sé qué hacer».

Norma Fuller y Mara Viveros me aclararon algunas cuestiones, pero hay una que plantea José María García que a mí me parece bastante delicada. Se trata del problema de la relación entre el ensayo y la investigación. Me parece muy delicada en la medida que el ensayo

puede ser una ideologización fundada en lo que una persona piensa o en la práctica terapéutica de algún psicólogo en su consulta. En tanto sea una ideologización —no todos, pero muchos de los ensayos lo son— nos aleja definitivamente de nuestro objeto de estudio. Ya lo hemos planteado Javier Alatorre y yo, basta de ensayos, no porque no debemos hacerlos, sino porque debemos hacer investigación. Todos nosotros sabemos que es muy difícil llevarla a cabo porque no hay financiamiento. Pero, al menos, sí podemos buscar el dato, compararlo y seguir con esta tendencia, quizás positivista, pero que nos permite contrastar y revisar los datos. Yo tengo ese temor con el ensayo, sobre todo en el campo de la intimidad, porque interviene mucho el deber ser, lo que se quisiera que sea. En ese sentido, estas nuevas paternidades producen confusión. Uno se da cuenta que es cuento, es deseo, intención, quisieran que fuera así.

El otro es el asunto de los estudios relacionales. Hoy día, si no hacemos estudios relacionales, no podemos conocer algunas situaciones como el problema de la maternidad y la paternidad adolescente. Ahí los problemas de identidad de género y de relación de género son básicos porque es el lugar más *desenfrenado* ya que los jóvenes se ven compelidos a corresponder al modelo hegemónico que define a su sexualidad como incontrolable y las mujeres están muy identificadas con la necesidad de satisfacer, de gustar a los varones.



## SEGUNDA SESIÓN



## Paternidades y transición de género\*

*Benno de Keijzer*  
*Salud y Género, A.C.*

En este trabajo, se busca un acercamiento al fenómeno de la paternidad desde el reconocimiento de los grandes cambios que están ocurriendo en la actualidad, especialmente en las relaciones de género. Hablamos de *acercamiento* puesto que el tema/problema de la paternidad es relativamente nuevo y ausente incluso en los programas sociales que tienen que ver con niños y, por lo mismo, estamos ante algo escasamente investigado.

Otro objetivo del trabajo es recuperar los aspectos más sobresalientes del Taller sobre Paternidad realizado en México D.F. en diciembre de 1993,<sup>1</sup> en el cual se realizó un balance de esta problemática y se señalaron diversas propuestas para conocer e influir sobre ella en una forma positiva. Se retomará, aquí, algunas de las ideas y propuestas más importantes surgidas de dicho taller. Otro insumo valioso para esta presentación es un informe muy reciente sobre el papel de los hombres en la familia preparado por Patrice Engle para Unicef (1995).

---

\* Reproducido con autorización de EDAMEX y el Population Council. Publicado originalmente en SCHUMUKLER, Beatriz (ed.). «Familias y Relaciones de Género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe».

<sup>1</sup> Dicho taller se realizó en diciembre de 1993 y reunió a investigadores y profesionales de México, Guatemala, Nicaragua, Colombia, Jamaica, Honduras y Estados Unidos. Fue patrocinado por el Population Council, Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM, la Fundación Ford y la Autoridad Sueca para el Desarrollo Internacional.

## 1. Las paternidades

Uno de los descubrimientos hechos al finalizar el Año Internacional de la Familia es que se había reflexionado muy poco sobre el papel que juegan los hombres, en especial los padres, en la familia. Se hizo un tardío reconocimiento de que, sin la participación masculina, no se lograrían las metas propuestas para el año 2000 (Unicef 1995: 1).

El tema de la paternidad se entrecruza con otro más amplio: el de las relaciones de género y, por lo mismo, con el de los procesos de socialización que llevan a la construcción de lo masculino (de Keijzer 1995). El campo de estudios de la masculinidad, en sí mismo, es también novedoso y muy rezagado con respecto a los enormes avances en la reflexión de la construcción de lo femenino (Kimmel 1992). Aunque de desarrollo reciente, ya está aportando elementos importantes y nuevas luces para comprender lo masculino en un mundo rápidamente cambiante. Fenómenos como la paternidad, la sexualidad, la violencia doméstica y el alcoholismo masculinos ya están emergiendo como temas de estudio y de reflexión en grupo de hombres en diversos países.

Una primera observación que podemos hacer es que, más que hablar de *paternidad* como un tipo de relación, universal y predeterminado de los hombres con sus hijos e hijas, habría que hablar de *paternidades*, en plural, porque hay formas bastantes diversas de ejercer la misma (de Keijzer 1995). La paternidad es una posición y función que va cambiando históricamente y tiene variaciones notables de una cultura a otra, así como en las distintas clases sociales y etnias dentro de un mismo país. Tiene, asimismo, especificidades de acuerdo a nuestra particular historia de vida y en el tiempo, significados distintos a lo largo del ciclo de vida de un mismo hombre.

Sobre la base de la información disponible, se puede plantear la hipótesis de que, actualmente, se desarrollan varios procesos simultáneos: algunos apuntan a un fortalecimiento de la paternidad en ciertos sectores de la sociedad, mientras que en otros sectores se observa el debilitamiento de la misma.

El segundo caso, por ejemplo, se presenta como un problema importante y ascendente en muchos países cuando se analiza el escaso involucramiento de los padres en la crianza y en el mantenimiento de sus hijos e hijas. Frank Furstenberg, en un estudio sobre pobreza urbana, encuentra un compromiso económico menor de las madres con sus hijos e hijas (comparado con el de sus padres) y una co-residencia con ellos que descendía dramáticamente hacia sus 4 ó 5 años de edad (Engle y Alatorre 1994). Comparado con madres que también aportan al gasto familiar el aporte de ellas, en porcentaje de lo ganado, siempre tiende a ser mayor.

En cuanto al tiempo dedicado a los hijos, se da un fenómeno similar: estudios hechos en varias sociedades demuestran que, en promedio, los padres dedican un 25% del tiempo que las madres dedican. En la medida que el número de hijos crece, va creciendo el tiempo dedicado por la madre, mientras el tiempo paterno tiende a permanecer igual (Unicef 1995: 13-15).

Aunque también existen señas de alguna transición en otro sentido, se sigue reproduciendo la ideología dominante de que el ámbito del embarazo y el de los hijos, sobre todo pequeños, no compete a los hombres sino que corresponde como terreno *natural* solo a las mujeres como extensión de su función reproductiva y doméstica. Es común, sin embargo, que cuando se da el involucramiento masculino este sea diferencial, es decir, mayor hacia los hijos varones, aunque estas diferenciaciones parecen ir disminuyendo entre las nuevas generaciones de padres jóvenes.

En este trabajo, haremos un recorrido en relación con las distintas situaciones y formas de ejercicio de la paternidad. Las paternidades están íntimamente asociadas a ciertas transiciones que se van dando, a diversos ritmos en nuestras sociedades. Nos referiremos, en especial, a datos de lo que ocurre en México.

## 2. Algunas transiciones

Es evidente que la paternidad se desenvuelve en un contexto de importantes cambios. En las últimas décadas, se ha venido dando en México una serie de procesos socio-económicos y políticos con repercusiones culturales que modifican las relaciones entre los géneros y la estructura de la familia los cuales constituyen factores centrales en una crisis de la masculinidad en general y de la paternidad en particular.<sup>2</sup> Un primer proceso que tiene ya más de dos décadas en México es el del *deterioro del poder adquisitivo* que rompe con el esquema clásico del hombre (padre) como único proveedor. En el censo de 1990, de más de 16 millones de hogares mexicanos, solo el 51% contaba con un solo perceptor de ingresos (INEGI 1990).

Tenemos la influencia del rápido proceso de *urbanización* que se ha dado en América Latina, que en el caso de México, ha hecho que la población urbana aumente de 59% en 1970 a 73% en 1990 (Instituto de la mujer y FLACSO 1995: 28). Se están dando importantes cambios en la *estructura económico-laboral* (con la apertura preferencial de sectores, como la maquila, al empleo femenino). De hecho, de 1970 a 1990 el crecimiento de la población económicamente activa por sexo ha sido mucho mayor para las mujeres: ha crecido 261% para ellas comparado con un 104% para los hombres (Instituto de la mujer y FLACSO 1995: 40). Otro elemento que influye en las posibilidades de desarrollar una paternidad presencial es la enorme *migración*, que es mayoritariamente masculina. Esta es de distintos tipos: hacia diversas zonas del país como jornaleros agrícolas, hacia las ciudades sobre todo en el trabajo de construcción y, principalmente, hacia los Estados Unidos, lo que implica largas ausencias de cientos miles de hombres.

La *estructura familiar* ha cambiado notablemente en los últimos veinte años, sobre todo en el medio urbano, a raíz del impacto de los

<sup>2</sup> Es necesario reflexionar también en sentido inverso: la forma en que cambios en la relación de pareja y de familia van modificando la cultura. Véase Schmukler (1989).

programas de *planificación familiar* disminuyendo sustancialmente el número de hijos por pareja. La fecundidad (hijos por mujer) ha bajado de 6.8 (1950-1955) a 3.2 (1990-1995): menos de la mitad de hijos en cuarenta años (Instituto de la mujer y FLACSO 1995: 26). Aún así, existen grandes diferencias entre la fecundidad en la ciudad y el campo, así como por clase social (medidas a través de variables como la escolaridad de la mujer). El acceso a métodos de anticoncepción ha traído también transformaciones en los patrones de sexualidad entre hombres y mujeres y una mayor independencia de las últimas.

En los sectores medios de nuestra sociedad se agregan, más claramente que en otros sectores, los cambios provenientes del *feminismo* que plantean importantes transformaciones en las relaciones de pareja y familia, así como en la distribución del trabajo doméstico y extradoméstico. Esto se articula con el progresivo *empoderamiento de las mujeres* en una gama creciente de campos y actividades. En el medio urbano-popular y en el rural ya es posible la detección de cambios por parte de la mujer: un trabajo de Soledad González muestra como en un poblado en el Valle de Toluca va en franco aumento la separación por iniciativa de la mujer como una respuesta al alcoholismo, la violencia y/o la *desobligación* de los maridos (González 1994).

Esto podría contrastar con las estadísticas de *divorcio* en México que no muestran un aumento muy notable: 2.7% de matrimonios se divorció en 1940 y el 6% en 1985 (Instituto de la mujer y FLACSO 1995: 33). Esto es engañoso, ya que el matrimonio no es una institución totalmente establecida en toda la población y, aun en parejas casadas, muchas de las separaciones no son oficializadas.

Aunque el terreno ganado por las mujeres es claro, el balance de posibilidades a favor de los hombres es aún muy fuerte. Este empoderamiento femenino está encontrando una escasa y difícil correspondencia dentro del campo masculino que se exprese en las relaciones de pareja y las relaciones familiares. ¿Por qué y cuándo van los hombres a realizar un movimiento similar al que han hecho las mujeres hacia el campo de lo público (más valorado), pero en

sentido inverso, al moverse hacia el campo de lo doméstico tan poco valorado? ¿Qué podemos a ganar los hombres? Esta una pregunta que nos lanza Gloria Careaga del PUEG (UNAM) en un reciente Coloquio sobre Género, organizado por el Comité Nacional de Maternidad sin Riesgos en México.

Estas reflexiones nos llevan a establecer una relación directa y dialéctica entre las relaciones de género, desarrolladas en la pareja y la familia y el ejercicio concreto de la paternidad. Gran parte de la calidad de estas relaciones estará dada por la capacidad, sobre todo de los hombres, de adaptarse a los cambios mencionados y de nuestra apertura a procesos de negociación que lleven a relaciones de mayor equidad y por ende, de mayor riqueza humana.

Habiendo reconocido algunos de los procesos de transición y la articulación de la paternidad con la cultura, nos podemos desplazar hacia una caracterización de las diversas paternidades.

### 3. Una galería de padres

Aceptando el riesgo que supone toda tipología, haremos un recorrido por las diversas formas en las que en México y en otros países de Latinoamérica se ejerce, se impone, se huye o se disfruta de la paternidad. Un primer elemento a recuperar es la diversidad de formas de ejercerla y el hecho de que la paternidad puede tener significados distintos a lo largo del ciclo de vida de un hombre, lo mismo que en los ciclos de vida de sus hijos e hijas.

Uno de los ejes que hemos desarrollado en *Salud y Género*,<sup>3</sup> es precisamente el de la articulación de la condición masculina con ciertos problemas en los campos de la salud y la sexualidad. En esencia,

<sup>3</sup> Salud y Género es un equipo de hombres y mujeres que trabaja sobre problemas de género con población masculina y femenina. Teniendo sedes en Veracruz y Querétaro, ha podido profundizar en la problemática masculina con apoyo de la Fundación Mac Arthur.

intentamos abrir espacios para empezar un análisis de lo masculino, con hombres, desde una perspectiva de género. Hemos podido realizar trabajo de reflexión con diversos grupos de hombres tanto del medio urbano como rural. Es curioso que, a pesar del enorme valor cultural que tiene en México el ser *padre* o *padrote* (hasta de los rivales masculinos), que esta función prácticamente no surja en nuestros diagnósticos participativos con estos hombres cuando se inquiriere sobre las características esenciales de lo que define a un hombre en sus regiones.<sup>4</sup> Esto contrasta con la gran frecuencia de otras características o funciones definidas como *masculinas*:

- el ser jefe
- el ser trabajador y proveedor
- ser fuerte, arriesgado y valiente
- ser mujeriego

Reconociendo este tipo de contradicciones podemos pasar a los tipos de padre. Un primer tipo de padre es el *ausente* o *fugitivo*, que puede haber en varios subtipos y sobre los cuales hay diversos aportes. El porcentaje de hogares (con probable subregistro) con una jefatura y aporte económico único o principal femenino en México ha ido creciendo sostenidamente, de un 13% en 1950 a un 17% en 1990, lo cual supone una ausencia física del padre en uno de cada cinco hogares (Instituto de la mujer y FLACSO 1995: 36). Cabe señalar que estos hogares donde solo hay madre están fuertemente sobre-representados entre las familias con mayores niveles de pobreza. Hay países en donde esto aumenta hasta un 40%, como en Nicaragua, donde la problemática se asocia a un alto desempleo masculino, una iniciación sexual temprana y roles de paternidad poco claros en una cultura en donde la relación del hombre con su propia madre suele ser más sólida que con su pareja e hijos o hijas (Unicef 1995: 8 y 24).

<sup>4</sup> La descripción de la metodología usada con hombres aparecerá próximamente en un volumen sobre salud y sexualidad masculina editado por Mexfam y el Pueg.

En varios países del Caribe, los hogares encabezados por mujeres pueden superar al 50% del total en un contexto conflictivo en el cual los hombres encuentran crecientes dificultades en ser proveedores y en donde roles alternativos para ellos aún no emergen. Janet Brown, al entrevistar a estos hombres catalogados de *irresponsables*, encuentra en ellos mucho dolor, rabia y confusión (Instituto de la mujer y FLACSO 1995: 23).

Tenemos dentro de este tipo al *padre soltero adolescente*, que nunca formó pareja y que salió huyendo ante un embarazo inesperado y no deseado. Es un personaje relativamente desconocido y apenas investigado por los estudiosos de tantos casos de madres adolescentes solteras. Aunque hay datos que apoyan el temprano abandono, esto puede ser también variable. Un estudio longitudinal que cuestiona las generalizaciones, realizado por Javier Alatorre en la ciudad de México, encuentra a estos adolescentes viviendo con la madre adolescente en un 90% durante el nacimiento y en un 75% hasta cuatro años después (Engle y Alatorre 1994: 3).

Al rubro de padres relativamente ausentes hay que agregar las consecuencias de la enorme migración que se va dando en nuestro país, mayoritariamente masculina y frecuentemente a distancias que permiten muy escaso contacto con el núcleo familiar. El *padre migrante*, que frecuentemente es semipresencial, suele tener acceso, por temporadas cortas, a intervenir en la crianza de los hijos, pero se da más una tendencia a la imposición de reglas que espera sigan vigentes durante su ausencia. En rigor, es difícil hablar de una participación y una negociación cotidiana en relación con la crianza infantil.

Además de esto, tenemos la referencia de hombres en estados como Guanajuato y Michoacán quienes, quizás con alguna inocencia, pretendan asegurar la fidelidad de sus esposas a través de embarazos impuestos, frecuentemente anuales. Por otra parte, en la zona de Izúcar de Matamoros hemos observado que, a medida en que la migración se hace permanente, se tiende a llevar a la pareja y a los hijos a los Estados Unidos, lo cual abre un contexto diferente y otras perspectivas para el desarrollo de la pareja y la paternidad.

Un padre potencial o tendencialmente ausente es el *divorciado*. En muchas sociedades, el divorcio es un fenómeno en ascenso al grado de que en Estados Unidos uno de cada cinco hijos vive en familias monoparentales y, de ellos, el 90% lo hacen con la madre. Cuando los hijos están con el padre, tienden a ser los varones y a partir de la pre-adolescencia (Badinter 1993). Esto refuerza nuevamente la idea de que los niños pequeños son de la madre. Beatriz Schmuckler encuentra en sus estudios con familias urbano-populares en Buenos Aires que las madres siguen acudiendo al padre biológico para aspectos y decisiones de la crianza, sobre todo donde cierto grado de disciplina es necesaria (Schmuckler y Di Marco 1995).

Hay casos, sobre todo en el medio urbano, en que se convierten en padres vespertinos o de fin de semana, algo que puede potenciar la relación.<sup>5</sup> Sin embargo, en un seguimiento de padres divorciados realizado en Estados Unidos, más del 50% de ellos tiende a perder contacto con los hijos o hijas, es decir, los ven con una frecuencia menor a la de una vez al mes (Badinter 1993).

Hemos empezado por los padres cuyos lazos tienden a ser deficientes o inexistentes. Hay que señalar aquí la importante distinción entre la *paternidad biológica* y una *paternidad social* que muchos hombres, de hecho, asumen con una buena proporción de estos niños y niñas con padres relativa o totalmente ausentes. Aquí aparecen los abuelos, tíos, hermanos mayores y otros adultos no consanguíneos que, en muchas ocasiones, cumplen con el rol paterno. Esto puede ser parte integral de la cultura, como en ciertos grupos rurales en Botswana en los cuales los padres se ven obligados a migrar hasta por diez meses al año para trabajar en plantaciones y minas. Al ser familias matrilocales durante los primeros años de la pareja, el rol paterno es asumido por el abuelo o un tío materno (Unicef 1995: 19). Otra variante interesante de paternidad social elegida en nuestras sociedades está dada por la *adopción*.

<sup>5</sup> Una crítica a estos padres, sin embargo, es que les toca la parte fácil de la relación mientras la madre asume la batalla cotidiana de la crianza, el espacio doméstico, las tareas, la disciplina, etc.

En muchas regiones y estratos de nuestro país sigue predominando el modelo de lo que ha sido hasta ahora el *padre o patriarca tradicional*. Este padre tradicional es caracterizado por Jim Kavanaugh (1993), quien trabaja con familias hispanas en el sur de los Estados Unidos y quien reflexiona sobre las razones por las que los padres no se acercan a las escuelas de sus hijos o hijas. Este padre tradicional:

- Tiene una identificación primaria con la del proveedor de la familia (el que *gana el pan*).
- Se siente incompetente e incómodo al entrar a terrenos *femeninos* como el cuidado de niños o tareas domésticas.
- Cree que mostrarle cariño a sus hijos o recibir apoyo como padres puede restarle autoridad u hombría.
- No piensa que sea importante involucrarse en el cuidado y desarrollo temprano de su bebé.
- Si se acerca, lo hará porque es varón y solo hasta que haya crecido y pueda comunicarse verbalmente.

Complementemos el panorama del patriarca, diciendo que muchos de estos hombres no son un factor de negociación con la familia, sino un *factor de riesgo* (de Keijzer, por publicar) o de limitación para sus parejas e hijos a través de mecanismos que sólo resumimos aquí brevemente. Uno de ellos es el de la *violencia doméstica* protagonizada por una mayor proporción de hombres hacia mujeres e hijos. Estos son los protagonistas de más del 90% de los casos denunciados de violencia intrafamiliar y se asocia íntimamente con otro factor de riesgo que es el *alcoholismo*.

De acuerdo con la experiencia de Manalive (Estados Unidos) y Coriac (México), los hombres que son educados para ser patriarcas crecen y funcionan con expectativas de autoridad y de servicio de parte de las mujeres y de los hijos. Estas expectativas, cuando no son cumplidas, funcionan como marco de referencia para la agresión a sus familias. Está de sobra decir que, con este tipo de hombre, cabe pensar en subordinación y/o estrategias de resistencia y, en menor

grado, de negociación. Parte de estos padres está en proceso de convertirse en ausentes, para alivio, en muchos casos, de su pareja y familia.

#### 4. El padre nuestro que está en los cielos

Muchos varones en edad productiva (y también reproductiva) constituyen también un factor de riesgo para sí mismos y contribuyen creativa y eficazmente a una mortalidad dos o tres veces mayor que la mortalidad femenina a partir de la adolescencia y durante toda la etapa productiva, hasta los 64 años.

Como muestra de esto, tenemos que las tres principales *causas de muerte masculina* en México durante la etapa adulta son los accidentes, los homicidios y la cirrosis hepática (generalmente por alcohol), lo cual contribuye a la desaparición física anual de más de 45 000 hombres entre los 15 y 64 años, muchos de ellos padres (Secretaría de Salud 1994). En los hombres jóvenes hay que destacar la frecuencia del suicidio y el enorme aumento del sida que ya es tercera causa de muerte de los hombres entre los 25 y 34 años (El Financiero, 15/1/1996, p. 46). Esta tendencia se repite en la mayor parte de los países de América.

La diferencia en la esperanza de vida al nacer entre hombres y mujeres no es nueva: en 1930, la mujer vivía en México un año y medio más que el hombre. La diferencia se ha ampliado a casi siete años en nuestros días. No estamos hablando aquí de un padre fugitivo sino auténtica y definitivamente desaparecido por muerte. Esto apunta al hecho de que los hombres pagamos caro por ciertas ventajas que la sociedad patriarcal nos proporciona (de Keijzer, por publicar).

Otra medida de este proceso la constituye la proporción de viudas en la población mexicana: un 11% de las mujeres en el grupo de 45 a 59 años (contra un 2% de viudos en el mismo grupo). Este porcentaje salta a un 37% en las mayores de 60 años contra un 12% de viudos (Valdés y Gomariz 1995).

Vayamos ahora hacia otro tipo de transiciones: Luis Leñero acuña el término del *neomachismo* para mostrar cambios en las actitudes masculinas ante la planificación familiar. Estos hombres, instalados en una especie de *machismo light* ya no ejercen (o ya no pueden ejercer) el patriarcado como lo hicieron sus padres y abuelos: ya negocian más las decisiones y *permiten* que trabaje la mujer fuera de casa (aunque prefieren que ella no gane más que ellos), pero mantienen un marco de referencia con un claro encuadre machista (Leñero 1994).

Este *neomachismo* parece corresponder muy cercanamente al tipo de familia donde ya se negocia que Schmuckler (1988) describe en las áreas urbanas de Argentina y que uno puede encontrar en áreas similares en ciudades mexicanas. Son hombres que se ven enfrentados con una pareja que ya se ha separado anteriormente, que tiene trabajo remunerado y/o participa en organizaciones sociales. En estas condiciones, el hombre se ve en la necesidad de negociar o de correr el riesgo de perder a su pareja. Las mujeres en estas familias, anota Schmuckler, tienden a seguir manejando el discurso tradicional sobre las relaciones familiares y de género, pero han avanzado hacia una *conciencia práctica* que les permite una mayor cuota de poder y relaciones menos inequitativas comparado con las familias con estructura francamente autoritaria.

Una variante más *progre* del neomachismo es el hombre *machista-leninista*, con un discurso igualitario de avanzada combinada con una práctica de género muy rezagada. Este personaje está muy bien descrito en la exitosa obra de teatro mexicana llamada *Entre Villa y una mujer desnuda* (de Sabina Berman). También está caracterizado en los testimonios en los que mujeres militantes comparten los agudos cambios que se dan en su participación a partir de la aparición de su primer hijo. Su maternidad, inmediatamente, se convierte en obstáculo para mantener participación política, mientras la paternidad para su compañero no es obstáculo alguno.

En este recuento de paternidades es importante mencionar a los *padres que pretenden ser igualitarios...* y a veces lo logran. Equiva-

le a los padres «doblañtes-amorosos» que describe Yablonsky, quienes desarrollan su capacidad de empatía y logran un acercamiento afectivo importante con sus hijos. Este tipo de padre es una especie en construcción en nuestro país y parece venir en aumento en ciertos sectores de nuestra sociedad. Aunque ya ha sido claramente demostrado el efecto benéfico de la relación entre madre e hijo o hija, poco se ha estudiado sobre la influencia paterna. Los escasos estudios hechos demuestran que el involucramiento paterno desde temprana edad favorece aspectos tan distintos como el desarrollo físico, psicológico e intelectual del niño, así como de las distintas habilidades y la autoestima (CIMAQ 1994).

Un problema muy práctico es que la mayoría de los hombres no hemos sido capacitados ni sensibilizados para esta tarea. Creemos como discapacitados para lo doméstico y para el desarrollo de una paternidad con mayor equidad. El hecho de que los hombres seamos unos *discapacitados domésticos* no es un problema genético: estamos biológicamente equipados para desarrollar afectos y habilidades para cuidar niños y compartir tareas domésticas sin menoscabo alguno de nuestra masculinidad.

Los hombres involucrados en la crianza con sus hijos pueden vivirlo como pérdida de tiempo y una contradicción con su trabajo e imagen pública y, simultáneamente, sentir el deseo de mayor cercanía y de enfrentar el reto de aprender los múltiples aspectos de la crianza, sin hablar de lo que este proceso puede significar a nivel del reacomodo de las relaciones de poder en la pareja.

En nuestra cultura, este tipo de padres enfrenta frecuentes críticas y burla de algunas de sus redes sociales más cercanas, pero también situaciones de exclusión a nivel legal. De este hombre, en Centroamérica, se dice que «le canta la gallina» y, en México, que es un «mandilón», frases que reflejan mecanismos de control social para que las cosas no cambien.

En el terreno legal, aun con sus deficiencias, lo poco que hay con respecto al cuidado de los hijos está referido a la mujer. Si para la madre una falta laboral por razones de enfermedad o escolares de

sus hijos puede tener problemas para ser justificada, en el caso del padre esta falta es prácticamente impensable.

En países donde la legislación se encuentra muy avanzada, como en Suecia, se dan quince meses de post-parto a la pareja para que ambos negocien como se alternarán (y cuantos meses cada uno) en el cuidado de su bebé. Aunque se les cubre un 90% del salario, solo uno de cada cinco hombres toma la opción (Badinter 1993). Algunos hombres reconocen que esto es por presión de la empresa en la que trabajan o porque pueden ver su carrera laboral afectada (lo cual sucede también con las mujeres). Esto parece reflejar que una creciente cantidad de hombres europeos acepta compartir tareas con la madre, pero no la inversión de los papeles.

Estudios, también europeos, muestran cómo, para empezar, es creciente el número de *hombres que deciden no tener hijos* aunque formen pareja, como una nueva tendencia también relacionada con la paternidad. Esto, como ha sucedido con muchas mujeres, muestra la posibilidad de ser hombres o de ser mujer con plenitud sin la necesidad de pasar lo la paternidad o maternidad.

Más raros, pero en aumento, aparecen los hombres que están en una situación de *poder invertido*. Un raro ejemplo de estos son los pigmeos Aka en África, quienes son los que brindan cariño y contacto físico a los niños, mientras las madres trabajan afuera y juegan el papel de disciplinadoras de los mismos. Podemos encontrar hombres con una real o relativa subordinación en base a una mayor fortaleza económica o psicológica de la mujer. Robert Bly (1992) critica al llamado «*soft male*» u hombre blando, emparejado con una mujer empoderada y con problemas para ser asertivo por el miedo a aparecer como macho.

Y, como parte del futuro, surgen ya las variantes de paternidad de bebés de probeta y de úteros alquilados. Asimismo, tenemos a las parejas homosexuales con hijos, biológicos o adoptados, que ya suman varios cientos de miles en varios países.

## 5. La paternidad ante los retos de los noventa

En este espacio, avanzaremos sobre algunas reflexiones en torno a la paternidad y sus perspectivas en este fin de milenio. Partiendo de la tipología ya presentada, es importante reconocer que muchos hombres pueden ser una combinación de rasgos de distintos tipos o que pueden ir cambiando a lo largo de su vida o en sus actitudes con sus distintos hijos e hijas. Esto significa que vemos la paternidad (al igual que la relación de pareja) como un campo especialmente ambivalente y contradictorio para muchos hombres.

Isabel Nieves, en un trabajo de grupos focales con hombres en Guatemala, detecta la frecuente contradicción entre discurso y práctica. En ellos, los hombres expresan *un profundo sentido de responsabilidad paterna por sus hijos* como, por ejemplo, hacerse cargo de ellos en el caso de que sus esposas los abandonaran. «Sin embargo, al preguntar sobre sus propias experiencias, resultó que muchos de estos padres habían tenido hijos con quienes no vivían y a quienes habían dejado de mantener» (Engle y Alatorre 1994. 4).

Yablonsky (s/a), en un texto que sistematiza el proceso de la paternidad como se desarrolla en Estados Unidos, analiza la forma en que ella va cambiando a lo largo del ciclo de vida, centrándose a la relación con los hijos varones como un vínculo especialmente conflictivo. Los retos, problemas y goces varían según la edad del hijo: la infancia, la adolescencia y la etapa adulta. A este autor, sin embargo, le falta una etapa sumamente interesante: cuando, hacia la tercera edad del padre, se invierten los roles y los hijos e hijas empiezan a hacerse cargo de sus propios progenitores. Esta inversión de roles se da con ambos, padre y madre, pero suele ser sumamente conflictiva, sobre todo en relación con el primero. La calidad de esta etapa reflejará mucho de la calidad de la relación que se tuvo entre padre e hijos e hijas en las etapas anteriores.

La variedad de formas en que se es padre tiene que ver no solo con el contexto actual sino con los *procesos de socialización* que, como hombres, recorrimos, disfrutamos y/o padecemos. Estos arrancan

desde la familia, la primera *escuela para ser padres* donde observamos y absorbemos intensivamente las relaciones entre los padres y con los otros hermanos o hermanas. Esto se continúa en el contacto con la escuela, la vecindad, las diversas redes sociales, el ámbito del trabajo, los medios de comunicación masiva, el lenguaje, etc.

No es difícil suponer, por ejemplo, que la especialización de juegos en la socialización infantil tenga mucho que ver con las funciones rígidamente diferenciadas de hombres y mujeres. Un largo proceso de sutiles presiones y groseros límites da como resultado diferencias entre ambos que aparecen después como si fuesen naturales. El niño que arrulla a una muñeca, en lugar de ser visto como una práctica para su paternidad, sigue siendo amenazante incluso para padres progresistas ante quienes surge el fantasma de un hijo que no crezca por los caminos de una masculinidad socialmente respetada. «Me lo vas a volver maricón» grita un padre a su pareja cuando, al llegar a casa descubre a su hijo jugando a la comidita. Hay una interesante dialéctica en la que las ventajas que se le dan en la socialización al varón se convierten posteriormente en situaciones de riesgo y causas de enfermedad y muerte como ya señalamos anteriormente.

Es importante reconocer la socialización como proceso que abarca toda la vida. Prueba de esto son los dulces abuelos que más jóvenes fueron padres duros y autoritarios y que, ahora, tratan a sus nietos de una forma mucho más cariñosa y paciente, sin dejar de causar ciertos celos en sus propios hijos. El mismo proceso de crianza *puede* convertirse en una posibilidad de resocializarnos como padres y personas. Siempre se nos abre la opción de repetir la historia o de empezar a modificarla buscando formas alternativas de educar y relacionarse.

Es necesario e importante entonces revisar las formas y contextos en que se desenvuelve la paternidad y las ventajas que se tendrían al hablar de ella al impulsar un mayor involucramiento masculino. Este tipo de iniciativas ya se promueven en países como Suecia, España y Colombia con resultados interesantes. Para esto es necesario reconocer el verdadero subdesarrollo masculino no solo

en la reflexión sobre la paternidad sino, en general, en el campo de los temas de género —un subdesarrollo que en nuestro país apenas se empieza a reconocer y desafiar—. Janice Jackson, de la Universidad de Guyana, propone la *de-generación* de los roles, es decir, desligar a las personas de un género preasignado, dándoles un carácter neutro, humano (Unicef 1995: 25).

Hay que abrir el tema, debatirlo, convocar a los hombres a procesos de reflexión y discusión sobre la paternidad. En talleres en Xalapa (Veracruz, México), lo hemos hecho en al menos dos aristas: nuestra experiencia como hijos y nuestra paternidad actual o, incluso, la futura posibilidad de ser padres. En Colombia, se promueve el *paternar* como parte de los programas gubernamentales. Ni a nuestro sector salud ni a instancias como el DIF se les ha ocurrido diseñar un programa paterno-infantil. ¿Cómo sería? ¿Qué ventajas daría tanto a padres como a hijos e hijas? ¿Que significaría para la paternidad el abrir espacios de participación a los hombres en la atención prenatal y su presencia en la sala de parto?

El logro de una presencia y participación de los hombres en el ámbito familiar no es deseable en abstracto, según se desprende de consideraciones hechas en el Taller de Paternidad y el documento de Unicef. Esta mayor participación puede ser conflictiva también al percibir la mujer la participación masculina como una intromisión en su ámbito tradicional de poder y/o al darse relaciones de competencia (tan comunes entre hombres) en cuanto a la calidad de la crianza o del trabajo doméstico.

La reflexión también se puede (y debe) impulsar desde la adolescencia o la infancia, como la experiencia, desarrollada por Salud y Género, A.C. en Xalapa en la que pedimos a los adolescentes (hombres y mujeres) en una escuela secundaria, que se hicieran cargo de un huevo crudo durante una semana completa. De veinticuatro hijos-huevo entregados solo hubo ocho sobrevivientes: no fue sorprendente que fuesen en seis mujeres y dos hombres. Esta experiencia temprana de *paternidad* y *maternidad* les sirvió a los y las jóvenes para comprender lo que significa el estar al cuidado de alguien a tiem-

po completo (o tener que buscar sustitutos responsables temporales). Estos procesos educativos para jóvenes se complementan con temas relativos a la autoestima, el manejo de sentimientos, la comunicación y el aprendizaje de mecanismos de negociación.

Reflexionar sobre la paternidad apoya el necesario análisis y trabajo *desde ambos géneros* que apunta hacia explicaciones más ricas y complejas de los problemas, analizados desde ambos lados, y a descubrir los factores que crean y reproducen estas desigualdades tanto dentro del campo masculino como del femenino. También permite descubrir que la desigualdad genérica produce enajenación y tiene costos para los hombres y que, a partir de dichos costos, se puede realizar un trabajo preventivo o de cambio con los propios hombres.

El análisis sistémico, por ejemplo, de las relaciones de pareja arroja luces sobre problemas tan complejos como la violencia doméstica (Goldner 1990). Si agregamos a esto la propia perspectiva de los hijos e hijas, el modelo se completa. No es difícil imaginar los efectos positivos de la promoción de una paternidad distinta sobre fenómenos tan dañinos como la violencia doméstica o el alcoholismo.

Estos son algunos aportes para lo que podría constituir un *análisis dialéctico o interactivo* de las problemáticas de género que permitan analizar e impulsar el papel de los hombres en la promoción de una sexualidad, una crianza y un mundo más compartido.

## 6. Recomendaciones para políticas y para la acción

En este capítulo recogemos, en una forma sintética, los elementos propositivos que surgen del Taller sobre Paternidad de diciembre de 1993, mencionado en la introducción (Engle y Alatorre 1994). Estas recomendaciones reflejan la gran riqueza de experiencia de los participantes y de las discusiones que se dieron.

Definitivamente hay que realizar más *investigación* sobre esta problemática, incluyendo evaluaciones de proyectos que buscan impulsar la paternidad y contando con los recursos necesarios. Hace

falta desarrollar vínculos entre investigadores y profesionales, así como entre ONGs y universidades para facilitar esta investigación. Se plantearon algunas preguntas que sirven para pensar en el diseño de programas así como en su evaluación. ¿Cuáles estrategias tienen más probabilidades de generar cambios para los niños y las familias? ¿Qué barreras son las más críticas para limitar la contribución de los padres? ¿Cuáles eran los patrones de paternidad anteriores a la iniciación de los programas que tratan de influir sobre ella? ¿Los programas institucionales y comunitarios consideran el rol del padre y establecen normas para involucrar tanto al padre como a la madre? ¿Existen formas involuntarias de exclusión a los padres de los programas?

A nivel de la *acción* se plantearon varios ejes de trabajo:

1. *El trabajo directo con los hombres respecto a la masculinidad.* Puede tener dos vertientes:
  - Grupos de reflexión de hombres para ayudarles a comprender sus propios patrones emocionales, su sexualidad y su necesidad de control.
  - Desde una visión preventiva, se puede impulsar el trabajo con jóvenes con reflexiones no estereotipadas sobre roles de género y la aceptación de la atención de los niños y las niñas. Un ejemplo puede ser la creación de materiales sobre roles igualitarios para el programa «Niño a Niño», que enseña a los niños mayores a hacerse cargo de sus hermanos menores.
  
2. *El ámbito de la atención a la salud y bienestar social.* Puede desarrollarse actividades como:
  - Alentar el compromiso de los padres con la planificación familiar, las decisiones de amamantar y la atención médica a sus hijos jóvenes.
  - Trabajar con las instituciones y los trabajadores de la salud para ayudarles a atraer a los padres al proceso del nacimiento y la atención infantil. Modificar el nombre de los servicios que se ofrecen a niños pequeños de «Servicios de salud

materno-infantil» a «Servicios de salud familiar e infantil».

- Incluir la mención de la paternidad en los mensajes de salud pública, en documentos tipo «Hechos de Vida» o en la iniciativa del Hospital Amigo de la Madre y el Niño de Unicef.

Algunas de estas ideas ya se aplican en el nivel gubernamental desde el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) al impulsar el *paternar* con padres y otros sectores de la población, apoyándose en varias técnicas educativas y en el uso intensivo de los medios de comunicación. Se enfoca la paternidad (y su disfrute) durante el embarazo, el nacimiento, la crianza y la educación de los niños.

### 3. *En el campo de la educación.* Las actividades pueden ser:

- Aumentar el número de hombres en la actividad docente, sobre todo preescolar.
- Incluir en las clases la discusión de los roles de padres y madres para reducir el estereotipo de roles en las aulas.
- Examinar la *currícula* escolar buscando representaciones de los padres en los materiales y aumentar la frecuencia de la representación de los padres desempeñando roles positivos.
- Desarrollar programas en guarderías y centros de estimulación temprana para atraer tanto a los padres como a las madres y ofrecer educación paterna a grupos de padres exclusivamente.
- Discutir con los adolescentes en las escuelas la sexualidad y los roles de género tradicionales y modernos.

### 4. *Medios masivos y comunicación.* Aquí se necesita:

- Evaluar las imágenes de los padres en los medios masivos y crear nuevas representaciones de padres con hombres aparezcan en roles paternales así como cada vez más mujeres aparecen desempeñando roles en el campo laboral.
- Enseñar a los niños y jóvenes a ver la televisión con una perspectiva crítica, examinando los estereotipos de género.

5. *El sistema legal y político.* Requiere de cambios importantes como:
  - La capacitación a jueces para juzgar casos de custodia con mayor sensibilidad y permitirles tomar decisiones basadas en el caso concreto y no sobre supuestos acerca de los roles materno y paterno.
  - Las leyes de apoyo a la infancia requieren ser revisadas. Cada niño o niña, sin importar la relación marital o de residencia de los padres, debería tener el derecho al ingreso de su padre. Así, la definición de la paternidad debe hacerse menos dependiente de la elección del hombre.
  - La utilidad de las leyes de manutención infantil requiere revisarse, junto con el grado en el que son impuestas y ejecutables.
  
6. *En el trabajo directo con las mujeres.* En este aspecto se consideró que los proyectos de autoestima y viabilidad económica para mujeres también deben incrementar su habilidad para compartir con los padres los roles de cuidado de los niños.
  
7. *A nivel de las empresas.* Se sugirió que estas apoyen la paternidad en programas de empleo, a las licencias de atención infantil para padres y madres y boletines de noticias, la organización de eventos especiales que reúnan a los padres con sus familias.

El grupo concluyó con varias *directrices para la investigación y la intervención*:

- Cualquier programa siempre debería «rescatar lo tradicional» primero, buscando y reforzando aquellos patrones positivos que ya existen antes de instituir nuevas ideas.
- Necesitamos comprender el concepto de masculinidad y los modos como dicho concepto interfiere con o contribuye a la paternidad afectuosa y democrática.

- Deberíamos emplear técnicas de mercadeo social y participación comunitaria para cambiar la percepción y las actitudes hacia los padres.
- Existe la necesidad de programas que trabajen directamente con los padres y que aborden el maltrato de los niños y las mujeres.
- Necesitamos ver la paternidad como parte de relaciones de género y poder profundamente arraigadas. Cualquier proceso de cambio tomará un largo tiempo, pero vivimos un periodo de acelerada adaptación social. Tenemos que tener paciencia, pero también un sentido de urgencia.

## 7. A modo de cierre

Regina Nava, integrante del Seminario de Masculinidad de la UNAM me dio la pauta para cerrar esta reflexión. Rescató un texto de Federico Arana (s/a), en donde recupera todos o, por lo menos muchísimos, de los sentidos que tiene la palabra «padre» usada como adjetivo en el contexto de la cultura mexicana.<sup>6</sup> Veamos el siguiente cuadro:

<sup>6</sup> Es claro el contraste con el uso del adjetivo «madre» cuyas acepciones, en el lenguaje mexicano, son mayoritariamente negativas.

*PADRE*: Bueno, bonito, hermoso, paradigmático, genial, oportuno, notable, entretenido, útil, único, valioso, válido, mono, nítido, delicado, delicioso, cómodo, certero, colosal, gracioso, bonanzoso, virtuoso, sobrehumano, mirífico, deseable, original, grandioso, sin par, singular, milagroso, dichoso, noble, moderno, profundo, pulcro, fantástico, grato, avanzado, afortunado, tranquilo, sutil, inolvidable, resplandeciente, bello, deleitoso, correcto, exquisito, fabuloso, vibrante, sensacional, rico, prolijo, vivaz, tierno, esmerado, ejemplar, chistoso, de buena ley, de marca mayor, llamativo, superior, estupendo, memorable, artístico, bajado del cielo, holgado, amplio, nuevo, suave, estimable, digno, despejado, copioso, maravilloso, lustroso, encomiable, sublime, liberal, magno, estético, distinguido, excelente, cuidado, espléndido, deslumbrante, melifluo, vital, ingenioso, heroico, majo, laudable, jaraño, lindo, magnífico, agradable, atrevido, asombroso, romántico, rutilante, sabroso, primoroso, ideal, conveniente, alabable, flamante, apto, principal, alucinante, fino, glorioso, apetecible, precioso, insuperable, claro, divino, emocionante, divertido, extenso, novísimo, jovial, loable, interesante, apasionante, gentil, ingente, enorme, feliz, festivo, adecuado, perfecto, soberbio, educativo, mejor, lujoso, impecable, peripuesto, conmovedor, irreprochable, apreciable, pasmoso, favorable, airoso, intachable, inmejorable, prodigioso, fascinante, irresistible, actual, plausible, confortable, sensual, agraciado, fastuoso, óptimo, admirable, placentero, ostentoso, victorioso, extraño, atractivo, audaz, portentoso, ameno, primoroso, acicalado, selecto, sedante, edificante, elegante, dulce, sobrenatural, amable, refinado, pulido, reluciente, apacible, regio, excelso, recible, agudo, excitante, encantador, puso, entonado, espiritual.

¿Podremos los hombres, sin ser tan superlativos o mejor, siendo más modestos, acercar con nuestra práctica al sustantivo hacia algunos de los significados más valiosos del adjetivo?

El mundo está cambiando, pero parece que los hombres, en las cuestiones de género y familia, nos estamos quedando atrás. Aún no logramos percibir claramente que el patriarcado también implica costos para nuestra cantidad y calidad de vida. La paternidad, al igual que la relación de pareja, se nos sigue ofreciendo como una excepcional oportunidad para la reflexión, el placer y el cambio.

## Bibliografía

ARANA, Federico

s/a. *Las Jiras*. México, D.F.: Joaquín Mortiz.

BADINTER, Elizabeth

1993 *XY: La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.

BLY, Robert

1992 *Hombres de hierro*. México, D. F.: Planeta.

CIMAQ

1994 «Paternidad». Carpeta para periodistas, borrador. México, D. F.

DE BARBIERI, Teresita

1992 «Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica». *Fin de siglo: género y cambio civilizatorio*, 17, Santiago de Chile, Ediciones de las Mujeres, ISIS Internacional.

DE KEIJZER, Benno

1994 *La salud y la muerte de los hombres*. Documento por publicarse en *Acta Sociológica*, UNAM, México D. F.1995 «Paternidades: el varón como factor de riesgo». En: *Maternidad sin Riesgos en Veracruz: retos y perspectivas*. Comité de Maternidad sin Riesgos en Veracruz, Xalapa.

s/a «El varón como factor de riesgo». Documento por publicarse en PUEG/UNAM y Universidad de Tabasco.

ENGLE, Patrice y Javier ALATORRE

1994 *Taller sobre paternidad responsable*. Documento. International Center for Research on Women, Population Council, mayo.

Fundación Bernard van Leer

1993 «¿A dónde se han ido los papás?». *Boletín Informativo*, 7, La Haya, julio.

GONZÁLEZ, Soledad

- 1994 «Del matrimonio eterno a las mujeres que no aguantan: cambio recientes en familias rurales». En: DÖRING, María Teresa. *La pareja o hasta que la muerte nos separe. ¿Un sueño imposible?* México, D. F.: Fontamara.

GOLDNER, Virginia y otros

- 1990 «Love and violence: gender paradoxes in volatile attachments». *Family Process*, vol. 29, 4, diciembre, pp. 333-364.

HEISE, Lori

- 1994 *Violencia contra la mujer: la carga oculta sobre la salud*. Washington: OPS.

HERNÁNDEZ BRINGAS, Héctor

- 1989 *Las muertes violentas en México*. Cuernavaca: CRIM-UNAM.

HERRERA, P., B. DE KEIJZER y E. REYES

- 1993 «Salud mental y géneros: una experiencia de educación popular en salud con hombres y mujeres». Ponencia presentada en el Coloquio «Género y salud femenina», México D.F., Ciesas e INNSZ, junio.

INEGI

- 1990 *XI Censo General de Población y Vivienda*.

KAUFMAN, Michael

- 1989 *Hombres: placer, poder y cambio*. Santo Domingo: Cipaf.

KAVANAUGH, Jim

- 1993 «Involucrando a papá». *Boletín Informativo*, 7, La Haya, Fundación Bernard van Leer.

KIMMEL, Michael

- 1992 «La produccción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes». *Fin de siglo: género y cambio civilizatorio*, 17, Santiago de Chile, Ediciones de las mujeres, ISIS Internacional.

LEÑERO OTERO, Luis

- 1994 «Los varones ante la planificación familiar». En: ELU, María del Carmen y Ana LANGER (eds.). *Maternidad sin Riesgos*. México D. F.: IMES, AC.

MENÉNDEZ, Eduardo

- 1990 *Morir de alcohol: saber y hegemonía médica*. México, D. F.: CNCA.

Organización Panamericana de la Salud

- 1991 *Las condiciones de salud de las Américas*. Washington, D.C.: OPS.

PORTUGAL, Ana María

- 1990 «Ejercer la paternidad es un derecho». Santiago de Chile: Fempress (citado en *Paternidad*. Carpeta Ejecutiva para Periodistas, borrador).

Secretaría de Salud

- 1994 *Mortalidad 1992*. México, D. F.: Secretaría de Salud.

SCHMUKLER, Beatriz

- 1989 «Negociaciones de género y estrategias femeninas en familias populares». *Revista Paraguaya de Sociología*. Año 26, 74, enero-abril, p. 7-43.

SCHMUKLER, Beatriz y Graciela Di MARCO

- 1995 «Las madres y la democratización en la Argentina de los noventa». Espacios, en prensa.

UNICEF

- 1995 *Men in families: the role of males and fathers in achieving gender equality*. Nueva York.

VALDÉS, Teresa (Coord.)

- 1995 *Mujeres latinoamericanas en cifras*. Santiago de Chile: FLACSO.

YABLONSKY, Lewis

- s/a *Padre e hijo. El Manual Moderno*. México, D. F.

# Significados y prácticas de la paternidad en la ciudad de México

*Javier Alatorre Rico y Rafael Luna*  
*Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM*  
*Facultad de Psicología, UNAM*

## 1. Introducción

La construcción social de la paternidad tiene lugar en el entrecruzamiento de las representaciones culturales, las instituciones y la subjetividad. Las prácticas y significados de las esferas que conforman la paternidad tienen sentido en contextos socio-culturales específicos.

En los últimos años, la paternidad ha recibido una gran atención desde diversos ámbitos, desde la academia, las políticas públicas y los medios masivos. Todos los discursos generados acerca de ella tienen enorme impacto en la vida cotidiana, desde los derechos y responsabilidades, el papel del padre en el desarrollo infantil, etc.

Los procesos de cambio social como el cuestionamiento de las desigualdades de género por las feministas en el ámbito local y mundial, la regulación de la natalidad y, con ello, el descenso en las tasas de fecundidad, así como los cambios económicos, desempleo de los hombres, ingreso masivo al mercado de trabajo de las mujeres, llevan a cuestionar las prácticas y significados bajo los cuales se vive la paternidad en nuestra sociedad. Su estudio y en general la posición de los hombres, en respuesta a las transformaciones sociales, tienden a desconocer la diversidad de las experiencias masculinas, que a veces resultan contradictorias entre hombres y dentro de un mismo hombre a lo largo de su vida (Petersen 1998).

Este trabajo parte de la importancia que la paternidad tiene en la construcción de la masculinidad y la necesidad de enfocarla desde las dimensiones social, cultural y simbólica, a partir de la articula-

ción del género en esas dimensiones y los procesos reproductivos. Se parte, entonces, de que la paternidad se construye a través de los procesos socio-culturales y subjetivos que dan lugar a las prácticas y significaciones en relación con los hijos e hijas. Además, esta relación solo se puede entender tomando en cuenta la relación entre la posición que, tanto varones como mujeres, ocupan con respecto a los hijos e hijas.

### 1.1. *Medios simbólicos*

De acuerdo con la psicología socio-cultural, la construcción del individuo se puede entender a través del involucramiento de los individuos en prácticas definidas dentro de las instituciones, en donde los sujetos asumen posiciones dentro de las actividades y relaciones entre individuos con diferentes jerarquías. Las interacciones entre individuos en ese contexto son posibles gracias a los medios semióticos como el lenguaje. Estos medios simbólicos son la herramienta a través de la cual los individuos construyen la representación de la realidad e interpretan las prácticas en las que se involucran (Cole 1996; Bruner y Haste 1990; Werstch 1993)

La forma en que los individuos piensan, sienten y actúan se construye a partir de las representaciones de la realidad disponibles en determinados momentos históricos en ese grupo socio-cultural. Esas representaciones son múltiples, heterogéneas y, algunas veces, contradictorias. Paradójicamente, posibilitan y definen los límites de los *mundos posibles* dentro de los cuales los individuos se involucran y viven su realidad. La interpretación de la realidad, por parte del individuo, es resultado de la reconstrucción que lleva a cabo de esas representaciones compartidas con su grupo y puede ser tan compleja como aquellas interpretaciones de la realidad de las que pueda participar (Cole 1995; Bruner y Haste 1990; Werstch 1993).

Los medios semióticos no solo son la herramienta para representar la realidad sino que participan en su construcción. Con ellos, los individuos significan la realidad y le dan sentido a su experiencia.

Es decir, en compartir el individuo los medios simbólicos con su grupo socio-cultural tiene lugar la constitución de la subjetividad, que se puede entender como un espacio simbólico, la representación personal a través de la cual se define a sí mismo e interpreta la realidad, desde el nivel consciente como del inconsciente. La subjetividad es de carácter contextual, dinámica y en constante transformación.

La subjetividad, a través de los procesos socio-culturales de naturaleza simbólica, define la forma en que los individuos viven la paternidad, lo cual, a su vez, determina la naturaleza histórica, contextual, heterogénea, dinámica e inacabada de la paternidad (Rotundo 1985).

En el contexto socio-cultural se enfrentan diferentes elaboraciones simbólicas de la paternidad, como la de la iglesia, el código civil, los medios de comunicación, los grupos de derecha, las teorías científicas. De acuerdo con cada contexto, será más valorada una interpretación de la paternidad sobre otra y los individuos se definirán a sí mismos como padres en medio de interpretaciones que se interpelan, posibilitando y acotando la acción y el significado de las prácticas de la paternidad. La competencia entre interpretaciones de esta permite que los individuos redefinan su propia representación y da margen para enfrentar o cuestionar posiciones que le confrontan.

Dentro de las prácticas y significados que conforman el contexto socio-cultural, se construyen las distancias sociales, como las de raza, la clase social y el género, entre otros. Distintas dimensiones definen las distancias sociales. Una muy importante es la del poder a través del cual se definen jerarquías, dominantes y dominados. Todas esas distancias están interrelacionadas y conforman subjetividades particulares; en el caso de las relaciones entre los géneros, se construyen prácticas y significados diferenciales para hombres y mujeres o posiciones diferenciales e inequitativas dentro de prácticas específicas, por ejemplo, en el trabajo (remunerado y doméstico), en la sexualidad y en la reproducción (Petersen 1998; Connell 1995; Cole 1995).

## 1.2. Género y paternidad

El género, considerado como la elaboración socio-cultural de las diferencias sexuales, resulta en una dimensión constitutiva de la subjetividad. La construcción simbólica y la regulación de las prácticas sociales a partir de las diferencias corporales conceptualizadas en el sexo, enmarcan la interpretación de los individuos sobre su realidad (Scott 1996). Es decir, el género no es una *esencia* heredada o adquirida y fijada en la infancia, sino, más bien, la subjetividad y las prácticas que resultan de esa construcción son dinámicas, se redefinen en cada situación y puede ser contradictorias (Conway, Bourque y Scott 1996; Connell 1993).

Lo masculino se construye en las prácticas y las significaciones que establecen las distancias de los hombres respecto a las mujeres, dando lugar a un sistema de relaciones jerárquicas. Los procesos socio-culturales y subjetivos que participan en la construcción de lo masculino y lo femenino dan lugar a diversas expresiones masculinas o masculinidades que compiten en un mismo contexto socio-cultural y en un mismo momento histórico, sin perder de vista que la relación básica que sostiene la masculinidad es de dominación de los hombres sobre las mujeres (Connell 1993; Brittan 1989).

La concepción de masculinidad construida y negociada constantemente por los individuos define la forma en la que los hombres se relacionan con las mujeres y otros hombres, así como las formas de pensar y sentir en la vida cotidiana. Esta concepción de masculinidad y de subjetividad como construcciones simbólicas y de prácticas que responden a las interpretaciones disponibles y a las instituciones que las regulan permite abordar la paternidad como un fenómeno cultural, social y subjetivo, de una enorme diversidad dentro del individuo, entre los individuos de un mismo contexto socio-cultural y en diferentes momentos históricos. La paternidad experimentada por los sujetos como una serie de prácticas y significaciones que definen la relación con los hijos e hijas y que se distingue de la maternidad (Benson 1985).

### 1.3. *Construcción de la paternidad*

Los hombres y mujeres construyen su concepción de paternidad a partir de las representaciones compartidas en los grupos socio-culturales, tales como la escuela, la familia, la religión, los medios masivos, las explicaciones científicas.

De acuerdo con Cole (1995), el individuo nace en medio de una trama de relaciones sociales estructuradas en un conjunto de prácticas que responden a las instituciones construidas en el desarrollo socio-histórico. Los adultos estructuran el desarrollo de ese individuo sobre la base de su propia biografía y las representaciones socio-culturales disponibles para los niños y niñas de ese grupo particular. En la medida que los niños y niñas se apropian de los medios simbólicos, pueden interactuar con los otros y participar en su incorporación a las prácticas y significados de su grupo social. Pero, la incorporación a las prácticas está regulada de acuerdo con las construcciones genéricas. En el caso de la paternidad, los niños llegarán a ser padres y esto representará un logro masculino que le dará sentido a su existencia.

La paternidad es una interpretación del sujeto que lo ubica en relación con los hijos e hijas y comprende una serie de prácticas y significados. La posición respecto a ellos comienza mucho antes de que estos nazcan y se transforma desde que se proyecta el hijo o hija, ante el embarazo, el nacimiento del primer hijo y siguen los cambios con el nacimiento de los subsecuentes. Los individuos afrontan el nexo de forma distinta dependiendo del tipo de relación de pareja, si esta es un encuentro ocasional, si son novios, si están casados, en una relación extramarital; también, de su situación laboral y económica y de su proyecto respecto a la escuela.

Como indica Benson (1985), en la mayoría de las culturas, a los hombres se les enseña a ser padres y la mayoría de ellos lo logra; gran parte vive con la mujer y sus hijos e hijas; generalmente, las mujeres se encargan de la crianza y cuidados de los estos; por su parte, los hombres, ampliamente, tienen la función de proveedor para

su familia, tienen mayor poder en la toma de decisiones, no sin la posibilidad de cuestionamiento de la mujer, y, mantienen vínculos muy fuertes con los hijos e hijas a lo largo de su vida. Sin embargo, también se observa que en la mayoría de las culturas hay divergencias y se puede encontrar hombres que no están tan motivados a tener hijos, que no viven en arreglos familiares de madre-hijos-padre; también, se descubre, como en México, que en muchos hogares gran parte de las mujeres hacen aportaciones económicas (Pedrero 1990); hay hombres que se hacen cargo del cuidado y crianza de los hijos; otros no proveen para su mantenimiento; existen muchos hombres que ejercen violencia sobre las hijas e hijos.

De acuerdo con los datos de nupcialidad en México, la mayor parte de los adultos se encuentran en algún tipo de unión conyugal y aunque se observa una tendencia en el incremento de las disoluciones conyugales, la mayor parte de hombres y mujeres permanecen unidos (Quilodrán 1990). Esto contrasta notablemente con la situación que se observa en los países industrializados; por ejemplo, en los Estados Unidos, más de la mitad de los niños que nacen actualmente pasarán parte de su niñez, o toda, sin el padre (Garbarino 1993).

La paternidad y la maternidad son estructuradas, definidas e interpretadas en ese contexto socio-cultural con sus distancias sociales y dimensiones, en la interrelación de la cultura, las instituciones y la subjetividad. Para entender cómo se define la paternidad en un contexto determinado, se tiene que considerar lo que comparte y lo que distingue a los diferentes grupos humanos, con distintos orígenes sociales, étnicos, raciales, a hombres y mujeres. No podemos dar por sentado que las prácticas y significados de la paternidad son homogéneos y universales, es necesario reconocer la multiplicidad de representaciones, prácticas e interpretaciones. El interés del presente estudio es conocer las prácticas y significados que definen la paternidad en diferentes grupos de la Ciudad de México.

## 2. Método

### 2.1. Población

La muestra estuvo conformada por treinta y un personas, dieciséis mujeres y quince hombres, todas ellas residentes en el Distrito Federal. La población fue obtenida mediante informantes, que apoyaron con la búsqueda de posibles participantes entre amigos y familiares, a quienes les comunicaban acerca de la investigación y les preguntaban si estaban dispuestos a participar. En caso afirmativo, se estableció contacto con las personas mediante llamadas telefónicas o visitas domiciliarias. En este primer contacto, se procedía a clarificar los objetivos del trabajo subrayando la importancia de su participación. Se resaltó que esta era voluntaria y que el manejo de la información suponía absoluta confidencialidad, sin riesgo alguno para los participantes. Si los sujetos confirmaban su participación, se establecían fechas para dos sesiones de entrevista.

Se predefinieron dos grupos de acuerdo con la clase social, caracterizada por la posición en el empleo, de acuerdo con lo propuesto por Muñoz, Oliveira y Stern (1977). La clase social así definida se deriva del estrato ocupacional, el cual se refiere a la posición relativa que ocupan los individuos en la sociedad. De acuerdo con estos autores, esta posición resulta de la combinación de la ocupación con otros criterios como la propiedad de bienes de trabajo, el empleo y la cantidad de personal remunerado o bajo órdenes. En el grupo de clase media, se incluyó los estratos ocupacionales 1, 2 y 3 de la taxonomía propuesta por estos autores, que reúnen a los profesionistas, el personal directivo y trabajadores administrativos con gente a su cargo. En el grupo de clase baja, se incluyó los estratos 5, 6 y 7, que comprenden a los trabajadores calificados de los servicios, vendedores al menudeo, choferes no propietarios, obreros, y artesanos semicalificados de la construcción.

Los dos grupos se subdividían en *residentes* (hombres que viven con su pareja, hijos e hijas) y *no-residentes* (hombres que no viven con

sus hijos, hijas y mujer; mujeres que viven solo con sus hijos). A su vez, los dos grupos de residentes se subdividían en un grupo en donde solo el hombre contribuía económicamente y en un grupo en donde mujeres y hombres aportaban. El grupo de no-residentes se subdividió en los hombres que aportan dinero para sus hijos e hijas (*con vínculo*) y los que no aportan dinero (*sin vínculo*). En el caso de los residentes, la clase social se determinó considerando las características del empleo del hombre. En el caso de los no-residentes, la clase social se determinó sobre la base de las características de empleo de hombres y mujeres participantes.

Las áreas exploradas fueron: formación de familia, toma de decisiones reproductivas, relación con hijos e hijas, trabajo remunerado y trabajo doméstico

## 2.2. Características socio-demográficas

La edad promedio de la muestra fue de 33 años, con un rango de 23 a 40 años, mientras que la edad promedio del primer hijo o hija fue de 6.9 años, con un rango entre 3 y 11 años. Asimismo, el número máximo de hijos fue de 4 y el mínimo de 1, con un promedio aproximado de dos hijos. En cuanto al tiempo de separación de los hombres y mujeres en los grupos no-residentes, la media fue de aproximadamente 4 años, con un rango entre 2 y 8 años.

Con respecto a la escolaridad por grupos, se encontró que más del 90% del grupo de clase media estudió bachillerato o más, en comparación con el grupo de clase baja en donde cerca del 80% estudió secundaria o menos. El ingreso medio mensual del grupo de clase baja fue de dos salarios mínimos, en comparación al ingreso medio mensual del grupo de clase media, que fue de once salarios mínimos. Respecto al estado civil, se observó un mayor número de uniones consensuales y separaciones en el grupo de clase baja, en contraste con una mayor frecuencia de casamientos y divorcios en el grupo de clase media. Finalmente, la propiedad de la vivienda en ambos grupos contrastó en el sentido de que en el grupo de clase media la mayoría tiene casa propia, mientras que en la clase baja la mayoría renta.

### 2.3. *Análisis*

La unidad de análisis se definió como elementos textuales que expresaban un pensamiento completo (palabras, oraciones, frases, párrafos o páginas) comunicado por el entrevistado. Se buscaba ideas discretas, unitarias, relevantes a la paternidad. Los conceptos utilizados debían ser lo suficientemente descriptivos y capturar la esencia del significado contenido, y podían ser las propias palabras del sujeto o conceptos incorporados por el investigador, siempre con la intención de no separarse del discurso de los sujetos.

Después de transcribir las entrevistas, se procedió a su revisión, identificando en ellas las unidades de significado (US); estos elementos constituyeron la base para el análisis posterior. Un código que representaba los aspectos cualitativos de la US se añadía a un costado del protocolo. Este proceso se llevó a cabo de acuerdo con método de comparaciones constantes (Strauss y Corbin 1990). En él, los primeros ejemplos de las US sirven como prototipo contra el cual los códigos y US posteriores son comparados.

A medida que se avanzaba en la identificación de unidades de significado, los códigos se agrupaban en categorías conceptuales de acuerdo con las similitudes en contenido. En esta fase de categorización, se continuó con la comparación constante entre las categorías existentes y las emergentes, y el criterio utilizado fue determinar si las categorías existentes podrían incluir los nuevos significados o si estos requerían nuevas categorías. Paralelamente al proceso de codificación y agrupamiento en categorías conceptuales, se elaboraron notas (Rennie, Philips y Quartaro 1988) teóricas, las cuales contenían un resumen de los conceptos incluidos en las categorías, así como posibles interpretaciones, preguntas, líneas de análisis, relación con la literatura, etc. En estos memos, se integraban las categorías que emergían en cada entrevista y en el total de entrevistas.

A partir del análisis de los memos teóricos, el equipo revisaba las categorías conceptuales con la intención de identificar conexiones entre ellas. Las categorías se arreglaron jerárquicamente en ca-

tegorías superordinadas (Frontman y Kunkel, 1994), cada una con criterios explícitos y diferenciados. El equipo debía justificar cómo las categorías podían ser significativamente reagrupadas de acuerdo con los criterios definidos y establecer subcategorías cuando fuese necesario. Las anomalías y contradicciones hacían que la categorización se modificara cuantas veces fuera necesario. Finalmente, las categorías conceptuales y superordinadas se integraron en un intento para develar el fenómeno central, cómo piensan y actúan los padres su paternidad.

### 3. Resultados

#### 3.1. *Contexto en que se llega a ser padre*

Para los hombres de este estudio, se es padre en el contexto más amplio de la interacción de un conjunto de condiciones que delimitan su posibilidad, de cuándo y cómo ser padre. Estas condiciones son: la formación de familia, el afecto por la pareja, la relación con el padre de origen, la convivencia con los hijos y la cuestión económica. Las diversas configuraciones resultantes del interjuego de estas condiciones dan sentidos diferentes a la experiencia paterna y ofrecen la imagen de la paternidad como un flujo, como significados y prácticas que cambian, antes que como algo estático. El contexto se interpreta aquí tanto en su dimensión práctica como en su dimensión simbólica.

##### 3.1.1. *La formación de familia*

Un hallazgo importante de este estudio es la relevancia que para los hombres entrevistados, tiene la formación de familia, ya que constituye un evento significativo en el desarrollo masculino.

De acuerdo con los hombres y mujeres de esta muestra, el hombre busca vivir bajo algún tipo de unión y generalmente son quienes proponen a la mujer vivir unidos. Ellos parecen responder

al calendario social que comparte con su grupo y esto representa un paso para la madurez frente al grupo social al que se pertenece, y como una fase más del desarrollo personal. Esto implica que el deseo de los hombres para tener hijos, se piensa en el contexto de la familia; es decir, no se piensan los hijos aislados de una mujer y de un espacio físico compartido. Por lo tanto, el hecho de que decidan o no tener hijos, se relaciona de manera directa a la formación de familia.

Cuando el hombre anticipa que puede vivir con la pareja o cuando ya vive con ella, entonces está dispuesto a tener hijos e hijas; de otra manera, cuando no considera todavía la posibilidad de unión con una mujer determinada, puede buscar tener relaciones sexuales pero sin aceptar el embarazo. Si se compara con las mujeres, ellas pueden desear tener hijos e hijas aun antes de tener una pareja o contemplan la posibilidad de ser madres sin importar que el hombre lo acepte y decida permanecer con ellas. También, el tener hijos e hijas puede representar una necesidad, una condición para ser mujer.

Cuando los hombres planean vivir con su pareja (en unión o matrimonio), o ya están en unión, la llegada de los hijos puede ocurrir bajo alguna de las siguientes condiciones: que sea el hombre el que propone tener hijos, que el hombre acepte tener hijos ante la propuesta de la mujer o bien, ante un embarazo no deseado, que ambos estén dispuestos al nacimiento del hijo.

Los hombres no buscan la paternidad *per se*, sino que es concebida dentro de las condiciones reales tanto afectivas como materiales. La paternidad no es un impulso descontextualizado. Los hombres pueden representar la familia como su espacio de dominación, de jefatura en el sentido del derecho romano de *pater familia* (Delaisi de Parseval y Hurste, 1986); con los hijos tiene una responsabilidad que le da sentido a su vida adulta y trascendencia o continuidad biológica y espiritual.

### 3.1.2. *Afecto por la pareja*

La calidad del vínculo emocional que los hombres establecen con sus parejas es una condición muy importante para la formación de familia y para decidir tener hijos o no. Desde el noviazgo, este vínculo afectivo empieza a establecerse y llega a consolidarse con la unión o el matrimonio y la llegada de los hijos, de acuerdo con lo reportado, en general, por los hombres residentes y sus compañeras. En el caso de los hombres no-residentes, es notable considerar que este vínculo no es tan firme, lo cual puede propiciar la ruptura de la pareja y, en ciertos casos, que el hombre no asuma la paternidad. Sin embargo, no debe considerarse en este punto que la ruptura de la pareja se deba fundamentalmente a un débil vínculo emocional; también, entran en juego algunas características de los hombres, como el tomar alcohol en exceso, el no aportar consistentemente o la infidelidad.

### 3.1.3. *Relación con el propio padre*

La forma en que los sujetos asumen la paternidad refiere a su experiencia como hijo. Por ello, intentan relacionarse como padre mejorando o repitiendo la relación que establecieron con sus propio padres.

En aquellos casos en que el padre de origen fue evaluado negativamente (autoritario, violento, sin vínculo emocional con los hijos, irresponsable), se produjo en estos hombres un rechazo hacia esas características y un deseo de no repetir con sus hijos lo que habían vivido en su infancia. De manera inversa, una valoración positiva del padre de origen fomentó en estos hombres practicar con los hijos lo que el padre dio en la infancia. Resultados similares han sido reportados por Daly (1993) en los Estados Unidos, quien trabajó con una muestra de treinta y dos padres de familias intactas, con por lo menos un hijo de 6 años o menos, y por White (1994), con una muestra de once padres canadienses. Esto nos indica que la relación que se haya tenido con el padre de origen constituye un referente obligado en la construcción de la propia paternidad; esta relación in-

cluye los casos en los que el padre de origen estuvo ausente, pues la ausencia misma es ya un evento que caracteriza un cierto tipo de relación.

#### 3.1.4. *Convivencia con los hijos*

La convivencia con hijos, hijas y esposa es un aspecto más que los entrevistados consideran importante en la realización de la paternidad. Esta convivencia puede manifestarse bajo una serie de actividades como jugar, platicar, llevar a los hijos al parque, comer juntos, ver la televisión o salir de paseo. La importancia radica en que estas actividades se relacionan con otros significados de la paternidad como la relación afectiva, la educación, la comunicación, el conocimiento y la confianza de los hijos. En términos generales, los hombres residentes de este estudio reportan que realizan algunas de estas actividades con sus hijos, con cierta constancia, lo cual les provoca satisfacción. Esto contrasta con lo reportado por los hombres no-residentes, particularmente aquellos que no tienen vínculo con sus hijos, ya que, ante la imposibilidad de convivir con ellos, reportan sentimientos de tristeza y culpabilidad.

#### 3.1.5. *Economía*

Otra condición que el hombre toma en cuenta para posponer la paternidad, para ser padres o para dejar de tener más hijos e hijas, es su capacidad económica, la cual está asociada a la adjudicación al hombre de la responsabilidad financiera de los hijos e hijas.

La condición de pareja y la capacidad económica del hombre influyen en la decisión y aceptación de la paternidad. La situación más favorable para aceptar la paternidad es dentro de algún tipo de unión y que cuente con recursos económicos. El rechazo o posposición de la paternidad acontece en relaciones informales en las que no se anticipe una unión futura, como es el caso de relaciones sexuales fuera de una unión afectiva o en relaciones extramaritales. De la

misma forma, cuando los hombres no tienen trabajo o consideran que con su ingreso no pueden *darles lo mejor* a los hijos e hijas, entonces se oponen a tener hijos. Prácticamente, la mayoría de los entrevistados manifestó su deseo de tener solo dos hijos, argumentando que debido a las dificultades económicas, no les resultaría posible mantener un número mayor.

### 3.2. *Interpretaciones de la paternidad*

Una vez que los hombres llegan a ser padres, la relación con los hijos e hijas es interpretada como la necesidad de establecer relaciones con ellos de diversos tipos. Si bien existe una tendencia a asociar preferentemente el papel del padre a lo económico, para los hombres y mujeres de este estudio, la paternidad es vista como algo más que únicamente traer dinero al hogar, lo cual origina diversas formas de interpretar y de involucrarse en la relación con hijas e hijos.

Las prácticas y la interpretaciones sobre la paternidad, son complejas y cambiantes. Las interpretaciones que se describen a continuación no son excluyentes y pueden coexistir en la relación de cada hombre frente a sus hijos e hijas. Además, no son fijas y la relación puede moverse en distintas interpretaciones.

#### 3.2.1. *La relación material-económica*

Una interpretación fundamental del hombre como padre, en los grupos entrevistados, es aportar lo necesario para el mantenimiento de los hijos. Las mujeres y hombres coinciden en que el padre tiene la obligación de proveer a sus hijos. Si las mujeres o alguna otra persona que no es el padre biológico asumen la responsabilidad económica, se considera que están ocupando el lugar del padre. Es decir, se asume que el padre trabaje y aporte para el mantenimiento de las hijas e hijos.

Los padres no-residentes se llegan a sentir mal si no pueden cumplir con el proveer para sus hijos e hijas. Existen sentimientos

de culpa porque ellos aceptan que ese es su papel. Cuando los hombres tienen hijos con diferentes mujeres, pueden estar cumpliendo este papel con unos pero no con otros, o no en la misma magnitud.

En otros países, también se considera que el papel de proveedor económico es del padre. Por ejemplo, en Jamaica (Brown, Anderson y Chevannes 1992) y en Estados Unidos (Walters y Elam 1985; Hawkins 1993). Sin embargo, de acuerdo con las y los participantes en el estudio, el papel de proveedor es necesario, pero no suficiente. No basta con cubrir solo las necesidades materiales para ser un *buen padre*; además, se deben cubrir otros aspectos de la paternidad, como el cuidado, el afecto, el dedicar tiempo a los hijos para compartir una serie de actividades, la comunicación y el respeto.

### 3.2.1.1. Participación Económica de la Mujer

Ante las transformaciones macro-económicas y sociales, un mayor número de mujeres contribuye económicamente al mantenimiento de los hijos e hijas. Katzman (1991) menciona que, actualmente, el hombre no cumple con el rol de proveedor único; y que existe un debilitamiento de la imagen paterna por la acción de los medios y por el impulso de corrientes ideológicas de igualdad entre los sexos. Entonces, ¿cómo se interpreta la participación de la mujer?

Para los informantes de este estudio, cuando la mujer y el hombre contribuyen al mantenimiento de los hijos e hijas, la participación de ella es concebida por ambos como una *ayuda* al hombre. Si tiene toda la responsabilidad económica de los hijos, entonces se considera que está desempeñando el papel del hombre, pero no se considera como una contribución con el mismo estatus que la del padre. En el otro extremo, cuando el hombre realiza el trabajo doméstico, se piensa que es un papel que le corresponde a la mujer. Tanto hombres como mujeres comparten esta interpretación.

La mujer llega a participar económicamente cuando hay necesidad, cuando los hijos enfrentan limitaciones materiales, el hombre no gana suficiente o utiliza el dinero en gastos personales (alcohol,

mujeres) o en otras actividades extra-domésticas (diversiones). También, ante la ausencia del hombre, la mujer generalmente tiene que trabajar y mantener a las hijas e hijos o depender del apoyo económico de su familia de origen.

Como hombres y mujeres comparten la idea de que el mantenimiento económico le corresponde al hombre, también ambos coinciden en que ella no debería hacerlo, y, cuando están en algún tipo de unión y la situación económica puede ser sostenida por el hombre o por las exigencias domésticas, hombres y mujeres acuerdan que ellas regresen al hogar, que *no está bien* que trabajen y la situación ideal es que el padre mantenga a las mujeres, hijas e hijos.

Sin embargo, no hay que olvidar la existencia de otras mujeres que conciben el trabajo como una parte sustancial de su vida, y que, esta transformación es paulatina y tiene lugar entre mujeres que han estado expuestas a experiencias en donde se elaboran especialmente las diferencias de género.

### 3.2.2. *Relación doméstica*

Para los hombres y mujeres entrevistados, la función de la mujer es encargarse de mantener el espacio doméstico habitable y atender a los hijos e hijas. Los hombres llegan a pedir a las mujeres que dejen su trabajo para hacerse cargo de los hijos y la casa.

Según los participantes, a la mamá le corresponde la limpieza, lavar, planchar, preparar y servir la comida, cuidar a los hijos. Las mujeres consideran que está bien, aunque no dejan de reconocer que el trabajo doméstico es muy pesado y no es agradable.

Como se considera las labores del hogar y el cuidado de los hijos generalmente una responsabilidad materna, el hombre participa limitadamente; cuando lo llega a hacer, considera que *es una ayuda* a la mujer, que es la encargada, o bien, piensa que está desempeñando un papel de madre que a él no le corresponde. Solo en muy pocos casos, los hombres reportaron participar en lo doméstico y cuidado de hijos como una actividad que también les corresponde a ellos.

En general, se comparte una imagen naturalizada, ya que tanto mujeres como hombres consideran que «ya lo traen dentro», que ellas están capacitadas para atender a los hijos de forma *natural*. Es de llamar la atención que, en esta interpretación de la mujer responsable del hogar y cuidado de hijas e hijos, la biologización vaya más allá de la maternidad, incluyendo también el trabajo doméstico.

La investigación realizada en otros países acerca de la paternidad muestra que, a pesar de los planes igualitarios de esposos y esposas para compartir el mundo doméstico, cuando llega el hijo, las madres toman una gran proporción del trabajo familiar y los padres reorientan tiempo y energías en los propósitos ocupacionales. Por ejemplo, Hawkins y Roberts (1992) reportan que los hombres que se ven a sí mismos primordialmente como proveedores estarán menos motivados para involucrarse con los hijos.

Además, el cuidado de los infantes por los padres está limitado por la confluencia de diversos factores: lactancia, actividad del niño, arreglos de empleo/cuidado, economía de salarios desiguales y ambivalencia de algunas mujeres acerca de la participación masculina en lo doméstico. Existen reportes recientes (Hall 1994; White 1994) en el sentido de que una mayor participación del hombre en el trabajo doméstico algunas veces lleva a un mayor conflicto y puede decrecer la satisfacción marital. La negociación de quién hace qué, cuándo y cómo, provee de tierra fértil para el desacuerdo y conflicto (Hawkins, Christiansen, Sargent y Hill 1993). En Jamaica, igualmente se ha encontrado que los hombres consideran el trabajo doméstico como esencialmente femenino (Brown, Anderson y Chevannes 1992).

### *3.2.3. Relación formativo-educativa*

Tanto hombres como mujeres en este estudio consideran que el hombre como padre debe ser guía moral, enseñar lo bueno y lo malo, inculcar el respeto por los otros, ser responsables y cómo comportarse en la calle. El padre tiene la responsabilidad de la educación moral de los hijos e hijas y deben brindarles ejemplo, ser un modelo para ellos.

En otras sociedades, por ejemplo la jamaicana, también se ha encontrado que los hombres sienten la responsabilidad de inculcar valores morales a los hijos, dar consejos y ser un modelo para ellos (Brown, Anderson y Chevannes 1992). En Norteamérica, Marsiglio (1993) señala cómo el papel de proveedor se ha complementado en varios momentos con prácticas asociadas como «vigilante moral», «modelo de rol sexual» y «criador».

En nuestro estudio, hombres y mujeres consideran que el padre tiene una responsabilidad en la educación de hijas e hijos. Identificamos tres formas de participación: como aporte económico directo para los gastos que implica la asistencia a la escuela, como apoyo en las tareas escolares y como enseñanza del mundo en general.

El padre provee los recursos económicos para comprar los materiales y uniformes escolares; en otros casos, también para las cuotas escolares. Esto no quiere decir que muchas mujeres no participen también económicamente en lo que tiene que ver con la escuela de los hijos, pero se espera que el hombre cubra esta responsabilidad. Esto puede estar relacionado a la otra función mencionada inicialmente que se refiere al padre como proveedor.

Los padres también apoyan a los hijos e hijas en las tareas escolares, las resuelven o les explican temas escolares, o promueven el desarrollo de habilidades. Esto puede relacionarse con la búsqueda de realización a través de los y las hijas, además de mejores condiciones para estos que las que ellos mismos tuvieron cuando vivían con su padre.

También los padres asumen la enseñanza directa de habilidades extra-escolares, por ejemplo, les enseñan a caminar, a hablar o a realizar reparaciones de la casa.

En general, los hombres reconocen, en alguna de las modalidades anteriores, que tienen una responsabilidad en la educación de los hijos, y las mujeres esperan que ellos se comprometan en esas tareas. El involucramiento de los padres es muy diverso: hay quien asume todas las modalidades, lo hace constantemente, hasta aquellos que no lo hacen bajo ninguna forma (por ejemplo, los padres no

residentes que no ven a sus hijos e hijas), pero lo importante es que sí es considerada una función paterna.

### 3.2.4. *Relación lúdica*

La convivencia es una condición necesaria para vincularse con los hijos e hijas; es a través de ella que el padre los puede conocer, que puede compartir, transmitirle sus valores, guiarlos, expresar sus sentimientos y establecer una relación de amor que es diferente a otras relaciones afectivas.

Para estos padres, existen diversas formas de vinculación además del aporte económico y, en algunos casos, en lugar del aporte económico. Las actividades de cuidado de los hijos e hijas, bañarlos, darles de comer, dormirlos, etc., son realizadas por algunos hombres entrevistados esporádica o temporalmente, generalmente solo los fines de semana.

Las actividades recreativas son otra forma de vinculación: los hombres entrevistados reportaron jugar, ir de paseo, salir a espectáculos, viajar. También el establecer comunicación es una de las actividades que el hombre muchas veces lleva a cabo.

Las mujeres, a pesar de que reconocen que el cuidado y atención de los hijos e hijas es su responsabilidad, esperan que los padres se vinculen más con ellos, tal vez no en la misma medida, pero sí desean que participen más en ese tipo de actividades en compañía de hijas e hijos.

La participación del padre en este tipo de actividades se puede ver obstaculizada por la disponibilidad de tiempo, jornadas de trabajo muy extensas o por el tipo de trabajo, por ejemplo, si este implica viajar.

Este tipo de prácticas paternas se observa también en otros países. Por ejemplo, en Estados Unidos, ha habido incrementos en el grado de involucramiento paternal; sin embargo, las madres continúan pasando más tiempo y toman más responsabilidades en el cuidado diario de los hijos e hijas, independientemente de su estatus en el empleo (Ishii-Kuntz 1994).

### 3.2.5. *Relación afectiva*

El importante significado otorgado por los padres y madres en este estudio a la convivencia de padre e hijos es que posibilita, entre otras cosas, el establecimiento de vínculos afectivos. Este tema, poco señalado en la literatura sobre paternidad, es recurrente para los hombres y mujeres entrevistados. Por una parte, reconocen que los padres tienen una relación afectiva estrecha con sus hijas e hijos declaran que quieren mucho a sus hijas e hijos, que les demuestran su amor abiertamente, los besan, los abrazan, les dicen palabras amorosas, les compran lo que quieren, en fin, que son cariñosos con ellos. Por otra, hombres y mujeres concuerdan en que el padre ideal debe dar mucho amor, dar lo emocional, comprender a los hijos, que es su responsabilidad darles afecto. El afecto parece estar relacionado a la convivencia cotidiana, ya que si el padre no comparte actividades con los hijos es difícil que se construya la relación afectiva. Si, por el contrario, sí comparte las actividades cotidianas de cuidado y diversión, las consecuencias serán claramente positivas para las hijas, hijos y los mismos hombres. Primero, los hijos e hijas se sentirán a gusto viviendo con el padre, tendrán amor por él, logran conocerlo, aprenderán cómo acercarse a él y le tendrán confianza. Segundo, el padre se sentirá bien cuando los hijos le muestren afecto y lo busquen para estar con él, de modo que pueden conocer sus características personales.

Cuando el padre no convive con los hijos e hijas no se construye un vínculo afectivo entre ellos. Los hijos e hijas no saben como acercarse al padre, como ganarse su confianza, no lo conocen. Si él, además de ser distante cotidianamente, es violento, ellos le tienen miedo, desean no vivir con él, generan rencor y resentimiento. Si el hombre se ausenta constantemente o se separa definitivamente de los hijos e hijas, estos llegan a formar una imagen negativa del padre.

El padre, por su parte, al no convivir con las hijas y los hijos no llegará a quererlos, a conocerlos y tendrá dificultades para acercarse y responder a sus necesidades. También, afectivamente se podrán

sentir mal por no estar cerca y tener dificultades para vincularse después.

De su lado, la mujer está mediando la relación afectiva entre el padre y las hijas e hijos, puede contribuir a la construcción de esa relación de diversas formas: fomenta las actividades conjuntas; cuando el padre no está, ella platica con la hija o hijo sobre el padre o, si están separados, puede fomentar su convivencia.

### 3.2.6. *Relación de autoridad*

Otra categoría importante y sobresaliente en el discurso de hombres y mujeres al reflexionar sobre el significado de la paternidad, resultó ser la *autoridad del padre*, pues en ella se articulan las relaciones entre los géneros codificadas en la cultura. Esto se ha reportado en la literatura. Por ejemplo, Ruddik (1992) señala que aun cuando el padre no tenga tiempo para cumplir con una doble jornada, tendrá que encontrarlo por lo menos para servir como juez controlador de las vidas de sus hijos. Las tentaciones paternas hacia el control excesivo y enjuiciador serán exacerbadas por su sentido de que él como padre está autorizado para regir sobre las mujeres y los niños, un derecho que le otorga el contrato social-sexual implícito en las interpretaciones políticas de las democracias al estilo occidental. Otro ejemplo lo constituye el estudio de White (1994), en el cual se reporta que la jerarquía genérica de las posiciones sociales en las familias de los hombres entrevistados, permanecía intacta, de acuerdo con las explicaciones dadas por los hombres mismos. En el contexto latinoamericano, el ejercicio de la autoridad del padre no se ve afectado por el debilitamiento de su función de proveedor del grupo familiar. No se establece una relación directa entre su función económica y su autoridad.

Los hombres y mujeres entrevistados indican que el padre tiene la autoridad sobre los hijos, hijas y sobre las mujeres; consideran que tiene «el primer lugar», que «no existe otra autoridad que se le enfrente». El punto de partida de esta adjudicación de autoridad es la

representación compartida de la inferioridad de las mujeres y, por tanto, de la superioridad de los hombres. Se considera a los padres como independientes en comparación a la dependencia y vulnerabilidad de las mujeres.

En la familia, mujeres y hombres reconocen y aceptan que el padre tenga la autoridad y se le considera una necesidad. La mujer, hijas e hijos obtienen el respeto (estatus) entre su grupo social por el respaldo que les da el hombre.

Algunas mujeres pueden necesitar la figura de autoridad paterna para mantener el control sobre los hijos y el respeto y reconocimiento social, pues, de acuerdo con la identidad de género, ellas no son portadoras de autoridad. Así, cuando están con el padre de sus hijos o hijas, hacen todo por permanecer con él. Si se separan, recurren a la figura del compañero o a otros hombres (el abuelo de los hijos e hijas, a los hermanos o a otra pareja). En el último de los casos, ellas toman la autoridad pero emulando la figura masculina.

### 3.2.6.1. Fuentes de autoridad

Se considera que la autoridad del padre emana de diferentes fuentes. La básica, que articula las demás, es la identidad de género, la desigualdad aceptada entre hombres y mujeres, la fortaleza-debilidad, independencia-dependencia, inteligencia-ignorancia, es decir, se reconoce la autoridad del padre solo por ser hombre: «Es el más grande, como jefe, como esposo y como hombre».

Hombres y mujeres conciben que el padre tiene la autoridad sobre todos los miembros de la familia por diversas condiciones: la que parece más importante es por tener la responsabilidad económica de la familia, por ser más fuerte físicamente, por su conocimiento, y, en casos extremos, por la violencia.

- *Autoridad por aporte.* Hombres y mujeres consideran que el hombre tiene la autoridad cuando es el único que aporta dinero al hogar, cuando hace el aporte más significativo o constante, o

solo porque aporta. Si el hombre contribuye económicamente, justifica su autoridad. En algunos casos, solo porque el padre aporte dinero al hogar, aunque esté ausente, es suficiente para que la mujer le reconozca autoridad y promueva su reconocimiento en los hijos.

Como una consecuencia de reconocer la autoridad en el hombre por su contribución económica, las mujeres que no aportan ocupan un lugar subordinado porque el hombre establece esa jerarquía y porque ella la acepta y le justifica: «Ocupo el último lugar porque no aportó económicamente».

- *Autoridad y Fortaleza.* El reconocimiento de autoridad en el padre puede provenir de la imagen de mayor fuerza física y emocional. Los hombres cuidan su autoridad siendo reservados, fríos, controlando sus emociones y haciendo alarde de su fuerza física. Esta imagen de fuerza, a su vez, puede estar relacionada a la de protector. Ante este reconocimiento de mayor fortaleza, los otros miembros de la familia pueden aceptar la superioridad y, por tanto, la autoridad del hombre. Esta fuente de autoridad se puede relacionar con el ejercicio de la violencia sobre mujeres, hijas e hijos como se verá más adelante.
- *Autoridad y Conocimiento.* En la medida que el hombre se presenta y es reconocido como el que sabe, el inteligente, el informado, aquel que posee conocimientos, al que le piden explicaciones, al que recurren para resolver problemas, se le confiere autoridad. Los hombres mismos consideran que los otros aprenden de él, ellos sienten la responsabilidad de dar el ejemplo, de enseñar a la esposa, hijos e hijas. A su vez, los otros ven en el padre mayor experiencia, lo que justifica que esté al frente de la familia.

Cuando el hombre está presente en el hogar, conviviendo con los hijos e hijas, puede conocer sus necesidades y estar más apto para brindar ayuda. También, tiene mayor oportunidad de

mostrar lo que sabe y puede intervenir en diversas actividades cotidianas.

- *Autoridad y violencia.* El padre, por tanto, construye y usa su autoridad de distintas formas. La más conflictiva y costosa es el uso de la violencia, tanto sobre la mujer como sobre los hijos. Algunos padres entrevistados consideran que tienen el derecho de golpear, amenazar e insultar a los hijos si es necesario para conseguir la obediencia. Aunque muchos también sufrieron la violencia del padre, consideran válido el uso de ella con sus propios hijos e hijas. Es posible que la violencia en esta generación no sea tan devastadora como la que usaron los padres de estos hombres y mujeres, pero la siguen usando.

El uso de la violencia sobre los hijos trae como consecuencia, por un lado, la obediencia, pero, por otro, el temor, el distanciamiento afectivo, el deseo de separarse del padre. En algunas ocasiones también, el padre siente culpa por usar la violencia. Sin embargo, no deberá pensarse que todos los hombres entrevistados son violentos con sus hijos, algunos hombres manifestaron no golpear a sus hijos y estar en desacuerdo con quienes lo hacen (incluidas sus parejas).

La mujer no considera adecuado que el hombre utilice la violencia con los hijos. Cuando es muy violento, ella defiende a los hijos e hijas. Esto no quiere decir que ellas no recurran a la violencia contra estos; también, ellas la usan, tal vez, porque con los hijos e hijas también la mujer se atribuye la autoridad y con ello el derecho de obtener su obediencia.

La violencia del hombre no se restringe a los hijos e hijas, sino también la utiliza, en algunos casos, para conseguir la obediencia de la mujer. El hombre investido de autoridad se atribuye el derecho de exigir a la mujer que cumpla lo que él considere sus deberes, por ejemplo, cuidado de los hijos e hijas, las tareas domésticas, y su disposición sexual. Aun separados, el hombre logra controlar, en algunos casos, a las mujeres a través de la violencia.

Cuando los hombres utilizan la violencia en la casa, las mujeres intentan resolver los problemas, negocian con ellos, pero generalmente acceden, aceptan sus decisiones e imposiciones, para mantener la tranquilidad y armonía en el hogar, para no disolver la unión. Sin embargo, comienzan a alejarse afectivamente del hombre y, cuando se separan, pueden tener la necesidad de buscar otro para el mantenimiento de los hijos y tener una imagen para sí y para los demás de una «autoridad que las respalde».

### 3.2.6.2. Privilegios de la autoridad

Como se ha mencionado, todos los miembros de la familia reconocen la autoridad paterna y, gracias a esa atribución de poder, el hombre obtiene obediencia y respeto por parte de la mujer, hijos e hijas, además de una serie de privilegios. Podemos decir, inicialmente, que él llega a formar familia con una construcción genérica de superioridad; el proceso se ha iniciado desde la infancia, a través de la influencia socializadora de una serie de instituciones como la familia de origen, la escuela, la iglesia y los medios de comunicación masiva. En este sentido, la dominación masculina se reproduce en la familia, espacio en donde el hombre concentra su poder, cuya legitimidad descansa en los símbolos sociales interiorizados por hombres y mujeres. Así, la familia se convierte en un espacio de reproducción social de la feminidad y la masculinidad (Montesinos 1996). Algunos de los privilegios que los hombres obtienen a través de su autoridad son:

- *Obediencia.* Por parte de los hijos e hijas el hombre consigue obediencia, ellos hacen lo que el padre quiere. Para el hombre es muy importante el respeto, que implica el reconocimiento de su autoridad: «Busca la obediencia ciega de los hijos». Por parte de las mujeres, el hombre también quiere obediencia, exige que la mujer cumpla con sus tareas y obligaciones. Frente a las exigencias e imposiciones del hombre, la mujer puede estar en desacuerdo con él y, ante una explicación, acepta y

hasta lo considera una enseñanza. Las mujeres prefieren ceder, no discutir para evitar problemas con el hombre y así mantienen una *buena* relación.

En el ámbito del trabajo remunerado, aunque las mujeres entrevistadas no lo consideran una actividad que les corresponda, el hombre concede el permiso de trabajar o decide cuando la mujer regresa al hogar para cuidar a los hijos, y estas aceptan. Es decir, prefieren someterse a las decisiones de los hombres aunque no siempre estén de acuerdo. También, de forma preventiva, prefieren atender al hombre y mantenerlo satisfecho en lo íntimo y en lo cotidiano y evitar problemas. No obstante, algunas entrevistadas señalaron poseer estrategias de oposición y resistencia; es decir, no todas las mujeres consienten dócilmente a los deseos de los hombres.

Algunas mujeres pueden participar activamente en la construcción en los hijos de la figura de autoridad del padre. Esto puede ayudar a entender por qué aceptan la subordinación al padre: para que las hijas y los hijos lo respeten, ellas también lo respetan, pero, además, les piden a los hijos e hijas que respeten al hombre por ser su padre, les piden que respeten lo que dicen y hacen los padres, aún sus fallas (alcoholismo, infidelidad, ausencias, etc.). Las mujeres apoyan las decisiones del hombre y, en algunos casos, aun cuando ya no viven con él, le consultan para tomar decisiones sobre el hijo o la hija.

De la misma forma, cuando los padres se separan de los hijos, la mujer intenta mantener la figura paterna, su autoridad. Ellas están dispuestas a continuar la relación con el hombre porque es el padre de sus hijos.

- *Control de recursos.* El hombre controla los recursos familiares, llega a utilizarlos en actividades personales (como beber alcohol, salir con mujeres, etc.), limita el dinero para los otros. Establece jerarquías en la familia, puede colocar a los hijos por encima de la mujer, pero él siempre estará en el lugar más alto. Goza

de libertad para realizar actividades y tener las amistades que prefiera, sin tener que consultar a la mujer e hijos. También impone sus decisiones, organiza la vida familiar e impone las normas a los hijos e hijas.

Esto podría ser una finalidad de los hombres para tener una familia: tiene quien le sirva, quien le obedezca, realización masculina en el sentido de obtener poder, de dominar sobre otros.

- *Control Reproductivo.* Es de especial importancia el papel que juega el padre en las decisiones reproductivas, ya que determinan las condiciones en las que se tienen a los hijos y cuántos se tienen.

Lo que señalan hombres y mujeres de este estudio es que el hombre tiene el control o intenta por lo menos regular las decisiones reproductivas. No necesariamente las decisiones del hombre van en un solo sentido, pues no siempre quieren hijos o no siempre se oponen a tenerlos; no siempre usan anticonceptivos y no siempre le solicitan a la mujer que los use; es más complejo. Pero, el resultado que se observa es que siempre quieren decidir sobre el curso de la reproducción como en todos los otros ámbitos que tiene que ver con la paternidad. Así, se puede observar el intento de control masculino sobre la reproducción:

- *Cuando los hombres quieren tener hijos y las mujeres no.* Ellos impiden que las mujeres usen algún anticonceptivo y rechazan el aborto si la mujer lo propone. En el caso de que se opongan a la anticoncepción y las mujeres no quieren hijos, ellas tienen que controlarse *a escondidas* del hombre; ellos no usan condón aunque ella lo desee.
- *Cuando los hombres ya no quieren tener hijos e hijas y las mujeres podrían aceptar otro embarazo.* Los hombres les piden o les *dan permiso* para que usen algún anticonceptivo. Ante la renuencia de la mujer a controlarse ellos lo usan.

Frente a la propuesta de adoptar otro hijo, él se llega a negar. Decide posponer hijos subsecuentes.

- *Cuando el hombre y la mujer no quieren tener más hijos.* Ella es quien se controla definitivamente. En menor medida, el hombre se vasectomiza; esto lo reportaron algunos hombres sobre todo, si por cuestiones de salud, la mujer no podía ser operada.

En resumen, el hombre intenta controlar los eventos reproductivos a partir de sus deseos y de su propia evaluación de las condiciones de pareja y económicas. No siempre la mujer acepta las decisiones del hombre, pero eso la obliga a tomar riesgos ocultando sus acciones. Por ejemplo, en algunos casos, la mujer *engaña* a su pareja para quedar embarazada (se quita el dispositivo, no se toma las pastillas o le dice que no está en sus días fértiles), logrando con esto su objetivo.

### 3.2.7. *Relación de protección*

La figura paterna, como una protección para la familia, es otra forma en la que los hombres pueden relacionarse con sus hijos e hijas. Para hombres y mujeres, la presencia del padre se considera necesaria porque proporciona seguridad en diversos ámbitos de la vida familiar: el hombre es el encargado de hacer frente a cualquier evento externo que atente contra la integridad de su familia, trátese de violencia física o emocional, o cualquier otra amenaza potencial. Por ejemplo, la protección puede estar referida a cuestiones de violencia física por parte de otros, es decir, el hombre funciona como una contención ante la posibilidad de que otros niños o adultos puedan golpear a los propios hijos. Además, puede referirse también a la violencia verbal, como impedir que otros les digan groserías a los hijos o les falten al respeto. La protección también es interpretada por algunos de los entrevistados como estar atento a cuestiones de salud o educación, por ejemplo, resolviendo problemas de la vida para ellos.

#### 4. Conclusiones

Es necesario recordar que los resultados del presente estudio recogen la experiencia de hombres y mujeres acerca de la paternidad; ellas y ellos fueron elegidos porque representaban diversas condiciones que, de acuerdo con la literatura, son relevantes para el ejercicio de la paternidad, es decir, nivel socio-económico, trabajo remunerado masculino y femenino, unión conyugal y separación, edad de los hijos.

La paternidad, para hombres y mujeres, representa responsabilidad económica de los hijos, compromiso de brindar afecto, servir como modelo y guía moral, apoyar en la educación escolar y extraescolar, así como participar en actividades cotidianas, que incluyen la comunicación, la diversión y también, pero en menor medida que la mujer, en el cuidado de los hijos e hijas.

La responsabilidad económica es fundamental, pues, en la medida que la asuma, el padre será valorado por todos los miembros de la familia y le reconocerán autoridad. Pero el aporte económico no es suficiente; es necesario que, además, el padre fomente una relación afectiva. Todos reconocen que la falta de afecto del padre obstaculiza cualquier relación con los hijos. Esto redundaría en el alejamiento de los niños, desconocimiento mutuo y, sobre todo, en el desarrollo emocional de los hijos.

Es importante resaltar la importancia que le dan hombres y mujeres a la relación emocional entre el padre y los hijos e hijas, pues puede acompañar al aporte económico y, ante las limitaciones económicas, puede tomar mayor relevancia. Esto reta el discurso dominante, aun en el ámbito académico acerca de la restricción emocional de los hombres. La relación con los hijos es considerada como un tipo de relación amorosa duradera e incuestionable.

Respecto al trabajo doméstico y cuidado de los hijos, los hombres participan en alguna medida en estas actividades. Al parecer, esto no atenta contra su identidad de género si se considera la identidad como flexible y que se transforma de acuerdo con el contexto.

Sin embargo, estas actividades son consideradas todavía responsabilidad fundamental de la mujer. De forma paralela, ella puede contribuir económicamente al hogar, pero considera que eso es responsabilidad del hombre.

En este sentido, para tener una mejor comprensión de la redefinición de la paternidad, se debe considerar el contexto familiar, que incluye las demandas de la esposa, las necesidades de hijas e hijos, la distribución de tareas en la casa, la carga laboral, las redes de apoyo social, el contexto cultural, así como las propias expectativas de los hombres. Se requiere analizar más profundamente el involucramiento paterno con los hijos, no solo considerando la cantidad de tiempo que pasa con ellos, sino la calidad de la interacción, las diversas formas de relación (afectiva, cuidado, juego, recreación, educación) y el tipo de significados negociados en las parejas respecto a estas actividades.

Los hombres están dispuestos a ser padres cuando se cumplen dos condiciones: la posibilidad de vivir en pareja y la disponibilidad de recursos económicos. La paternidad se concibe como una meta adyacente a la vida en pareja, como parte constitutiva del individuo que representa un paso a la vida adulta del sujeto masculino.

Todos en la familia participan en la reproducción de la diferencia genérica. El hombre y la mujer asumen posiciones diferentes y concuerdan en los rasgos de género que se atribuyen a los hombres y mujeres respectivamente. Él acepta ser la autoridad y hace todo por conseguirla; ella negocia, pero a partir de una posición subordinada. El hombre y la mujer llevan a las hijas y los hijos a aceptar la autoridad del primero, a justificar la división de las actividades entre hombres y mujeres. La interpretación de la relación con los hijos e hijas y con la familia en general apela a las representaciones disponibles en el grupo y muchas veces son contradictorias, pero no dejan de ser su referente. La paternidad raramente es concebida por los hombres como una elección. Más bien, es una etapa inevitable y natural en su relación de pareja y parte de su desarrollo adulto.

Por otro lado, es necesario tomar en cuenta el papel que desempeña el hombre en las decisiones reproductivas, ya que la sexua-

lidad y reproducción se viven dentro de relaciones desiguales entre hombres y mujeres, en donde él pretende tener el control. En general, este determina o por lo menos interviene en el uso de anticonceptivos, cuándo usarlos y cuándo dejar de usarlos. Respecto al embarazo, lo evita directa o indirectamente, se opone a él, lo niega cuando no lo desea o impone la decisión de llevarlo a cabo. Todas estas acciones parten de su propio cálculo y deseo.

En resumen, se puede concluir que *la paternidad es compleja y dinámica*; el sujeto puede interpretar de distintas formas su paternidad, de acuerdo con el contexto y este puede cambiar según la relación de pareja, el número de hijos, el número de parejas, el estatus marital, la edad de los hijos, el tipo y condiciones de trabajo remunerado.

*La paternidad es negociada* en contextos específicos. Los cambios simbólicos y materiales retan la relación y posición del hombre ante sus hijos y lo obligan a negociar.

La vivencia de la paternidad se estructura en el interjuego entre los discursos circundantes y el contexto específico. Por ejemplo, la naturalización de la relación con los hijos se transmuta en posesión, lo que coloca *al padre en una posición de autoridad* de facto.

En *la paternidad se construye y naturalizan las relaciones entre los géneros* estableciendo una distancia social inequitativa entre los sexos, en las prácticas y significados alrededor de la reproducción.

## Bibliografía

BENSON, L.

1985 «Theoretical perspectives». *American Behavioral Scientist*, vol. 29, 1, pp. 25-40.

BRITTAN, A.

1989 *Masculinity and Power*. Oxford: Basil Blackwell.

BROWN, J., ANDERSON, P. y B. CHEVANNES

- 1992 *The contribution of Caribbean men to the family*. Kinston: The Caribbean Child Development Center School of continuing studies, UWI Mona.

BRUNER, J. y H. HASTE

- 1990 *La elaboración del sentido. La Construcción del Mundo por el Niño*. Barcelona: Paidós.

COLE, M.

- 1995 «Culture and Cognitive Development: From Cross-Cultural Research to creating systems of cultural mediation». *Culture & Psychology*, vol. 1, 1, pp. 25-54.

- 1996 *Cultural Psychology. A Once and Future Discipline*. Cambridge, Massachussets: The Belknap Press of Harvard University Press.

CONNELL, R. W.

- 1995 *Masculinities*. Sydney: Allen & Unwin.

- 1993 «The big picture: Masculinities in recent World History». *Theory and Society*, vol. 22, 5, 597-623.

CONWAY, J. K., S. C. BOURQUE S. C. y J. W. SCOTT

- 1996 «El concepto de género». En: LAMAS, M. (comp.). *El Género: La construcción cultural de la diferencia sexual*. México, D.F.: PUEG, Grupo Editorial Miguel Angel Porrúa.

DALY, K.

- 1993 «Reshaping Fatherhood». *Journal of Family Issues*, vol. 14, 4, pp. 510-530.

DELAISI DE PARSEVAL, G. y F. HURSTEL

- 1986 «La Paternidad «a la francesa». En: *Les Temps Modernes*, 482, 51-93, París. [Traducido en *Cuadernos de Psicología*, vol. 12, 1-2, pp. 93-138, 1992].

FRONTMAN, K. C. y M. A. KUNKEL

- 1994 «A grounded Theory of counselor's construal of success in the initial session». *Journal of Counseling Psychology*, vol. 41, 4, pp. 492-499.

GARBARINO, J.

- 1993 «Reinventing Fatherhood Families in Society». *The journal of Contemporary Human Services*, vol. 74, 1, pp. 51-54.

HALL, W. A.

- 1994 «New Fatherhood: Myths and Realities». *Public Health Nursing*, vol. 11, 4, pp. 219-228.

HAWKINS, A. J. y T. ROBERTS

- 1992 «Designing a primary intervention to help dual-earner couples share Housework and Child Care». *Family Relations*, 41, 169-177.

HAWKINS, A. J., S. L. CHRISTIANSEN, K. P. SARGENT y E. J. HILL

- 1993 «Rethinking fathers' involvement in child care». *Journal of Family Issues*, vol. 14, 4, 531-549.

ISHII-KUNTZ, M.

- 1994 «Paternal involvement and perception toward father's roles». *Journal of Family Issues*, vol. 15, 1, pp. 30-48.

KATZMAN, R.

- 1991 *¿Por qué los hombres son tan irresponsables?* Taller de trabajo «Familia, desarrollo y dinámica de población en América Latina y el caribe» CEPAL CELADE, Santiago de Chile, 27-29 noviembre de 1991.

MARSIGLIO, W.

- 1993 «Contemporary scholarship on Fatherhood». *Journal of Family Issues*, vol. 14, 4, pp. 484-509.

MONTESINOS, R.

- 1996 «Vida cotidiana, familia y masculinidad». *Sociológica*, año 11, 31, pp. 185-203.

MUÑOZ GARCÍA, H., O. DE OLIVEIRA y C. STERN

- 1977 *Migración y desigualdad social en la ciudad de México*. México, D.F.: El Colegio de México.

PEDRERO, M.

- 1990 «Evolución de la participación económica femenina en los ochentas». *Revista Mexicana de Sociología*, año LII, 1, IIS-Universidad Nacional Autónoma de México.

PETERSEN, A.

- 1998 *Unmasking the Masculine*. Londres: Sage Publications.

QUILODRÁN, J.

- 1990 «Variaciones, niveles y tendencias de la nupcialidad». En: *Memorias de la IV Reunión Internacional de Investigación Demográfica*. México, D. F.: Inegi-Somede.

RENNIE, D. L., PHILIPS J. R. y G. K. QUARTARO

- s/a «Grounded Theory: A promising Approach to Conceptualization in Psychology?» *Canadian Psychology/Psychologie Canadienne*, vol. 29, 2.

ROTUNDO, A.

- 1985 «American Fatherhood. A Historical Perspective». *American Behavioral Scientist*, vol. 29, 1, pp. 7-23.

RUDDICK, S

- 1992 «Pensando en los padres». *Debate Feminista*, año 3, vol. 6, pp. 142-158.

SCOTT, J. W.

- 1996 «El género: Una categoría útil para el análisis histórico». En: LAMAS, M. (comp.). *El Género: La construcción cultural de la diferencia sexual*. México, D.F.: PUEG, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.

STRAUSS, A. y J. CORBIN

1990 *Basics of Qualitative Research: Grounded Theory Procedures and Techniques*. Newbury Park, CA: Sage.

WALTERS, L. H. y A. W. ELAM

1985 «The father and the Law». *American Behavioral Scientist*, vol. 29, 1, pp. 78-111.

WERTSCH, J.

1993 *Voces de la Mente. Un Enfoque Socio-cultural para el estudio de la Acción Mediada. Aprendizaje*. Madrid: Visor.

WHITE, N. R.

1994 «About fathers: Masculinity and the Social Construction of Fatherhood». *Australian and New Zealand Journal of Sociology*, vol. 30, 2, pp. 119-131.



# Comentarios a las ponencias de Benno de Keijzer, de Javier Alatorre y Rafael Luna

*Patricia Ruiz Bravo*  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*

En primer lugar, quisiera agradecer a Norma Fuller por haberme invitado a comentar estas dos ponencias y poder establecer un diálogo con tan reconocidos autores. He dividido mi comentario en tres partes. En la primera, hago una aproximación general al tema para presentar, posteriormente, comentarios específicos a los trabajos de Benno de Keijzer y de Javier Alatorre y Rafael Luna. Concluyo con unas reflexiones finales planteando algunas preguntas a futuro.

## 1. La paternidad: ¿un tema desconocido?

La pregunta sobre la paternidad es compleja pues involucra razones y sentimientos. Además de ser un tema de interés académico y de relevancia social, es una experiencia personal frente a la cual tenemos un conjunto de imágenes y representaciones. Pero no son estas las únicas razones que explican las dificultades en abordar este tema. De hecho, aun cuando las experiencias y los significados de la paternidad han sido poco estudiados desde los varones, se cuenta con un conjunto de investigaciones realizadas que dan cuenta de la paternidad desde la mirada de las mujeres y de los niños. Así, a pesar de no haber sido tema de estudio en sí mismo, la paternidad es conocida a través de las prácticas cotidianas de los varones y de los efectos que ellas tienen tanto en los hijos e hijas cómo en la pareja y en la familia en general. Gracias a las investigaciones realizadas sobre derechos de las mujeres y los niños, sabemos de padres violentos que pegan a sus hijos e hijas, que los violan o que simplemente los niegan o abandonan. Estamos al tanto también de padres separados, divorciados o

que han abandonado a la pareja y no cumplen con la manutención de sus hijos.<sup>1</sup>

De otro lado, un importante número de investigaciones ha focalizado su atención en el rol del varón en los procesos reproductivos (Figuerola y Liendro s/a; Díaz y otros 1992; Bartra 1994; Cordero y otros 1996). En ellos se ha analizado tanto el control o no que el hombre ejerce sobre la sexualidad y la fecundidad de la mujer como también el papel que desempeña durante el proceso de gestación y parto. En general, los resultados muestran que, en sectores populares, el varón cumple un papel central en la decisión de usar o no métodos anticonceptivos y, por lo tanto, en la decisión de tener o no hijos. No obstante, sucede que, en no pocos casos, los padres no asumen la paternidad una vez concebido el niño o la niña.

En resumen, a pesar de no haber sido tema de estudio específico en varones, contamos con información sobre la manera en que se ejerce la paternidad a partir de estudios parciales elaborados desde la mirada de las mujeres y los niños. He hecho esta pequeña introducción para hacer notar que nuestro acercamiento al tema de la paternidad no es neutro ni ingenuo. Partimos de ciertos conocimientos que nos muestran tal vez solo una faceta de la compleja trama que conforma la paternidad pero con los cuales tenemos que dialogar. En este sentido, los trabajos que se presentan en el seminario tienen la virtud de abordar el tema de la paternidad desde los varones progenitores. El darles a ellos la palabra nos permitirá descubrir dimensiones antes desconocidas del significado de ser padre que pueden matizar la imagen parcial y problemática que tenemos de la paternidad en nuestros países. Con este marco de referencia, pasaré a comentar los trabajos

---

<sup>1</sup> Al respecto, véase los estudios realizados por DEMUS. En ellos se puede constatar que el mayor porcentaje de demandas hechas por mujeres es por alimentos. Este es un tema recurrente en las madres separadas o abandonadas y es la razón de que, en muchos casos, la mujer prefiere no separarse pues teme —con razón, a juzgar por las cifras— que el varón se desentienda de sus deberes de padre (tanto económicos como de afecto y protección).

de de Keijzer, Alatorre y Luna destacando que en ambos casos las ponencias introducen importantes aportes al debate.

## 2. Abandonando una imagen homogénea de la paternidad

Uno de los aportes más interesantes del trabajo de Benno de Keijzer es la elaboración de una tipología de paternidades que da cuenta de la diversidad de formas de ser y ejercer la paternidad en nuestros países. La tipología, además de mostrar una saludable heterogeneidad de situaciones, nos alerta sobre el peligro de los esencialismos y las imágenes maniqueas elaboradas sobre los varones en nuestras sociedades. Se pasa, así, a hablar de las paternidades, en plural.

Un segundo punto a destacar es la relación que se establece entre tipos de paternidad y lo que el autor denomina «transiciones de género». Se analiza, así, los cambios en las paternidades con relación a las transformaciones ocurridas en los contextos y en las relaciones de género. Él parte preguntándose sobre la manera en que la paternidad puede haberse visto afectada por diversos fenómenos como pueden ser la creciente incorporación de la mujer en el ámbito público, la disminución de las tasas de fecundidad, las migraciones y los discursos y prácticas feministas y de empoderamiento de las mujeres. Es este el escenario desde el cual el autor plantea sus preguntas y analiza los cambios de las paternidades en lo que él conceptualiza como transiciones de género, concepto que nos permite tener la idea de un proceso contradictorio, dinámico e inacabado de (re)definición de las paternidades.

El hecho de que, al ser interrogados sobre los rasgos que definen la masculinidad, los varones no mencionen el *ser padre* es un dato por demás revelador en el estudio que comentamos. A diferencia de las mujeres, donde la identidad femenina tiene en la maternidad un eje central de articulación, la masculinidad no parece pasar por la experiencia paterna, no al menos en primera instancia (Fuller 1993; Santistebán Fryné 1985).

Al respecto quisiera plantear algunas preguntas a Benno de Keijzer a fin de indagar sobre las razones que sustentan tal afirmación por parte de los varones entrevistados. ¿Existen algunas diferencias según la edad de los entrevistados? El hecho de no mencionar la paternidad como una dimensión básica de la masculinidad, ¿implicaría una desvalorización del rol paterno en el grupo de varones? ¿O será tal vez por el hecho de que la maternidad se asocia a lo femenino que el varón tiende a negar su paternidad para privilegiar su rol de proveedor económico? Este tema abre muchas interrogantes que requieren estudios más en profundidad que permitan aproximarnos a los contenidos que se asocian a la paternidad y a su significado no solo en el ámbito personal sino también social. No deja de ser cuestionado el hecho de que, para los varones, la experiencia de la paternidad no tenga un rol central en su definición como varón. Esta disociación podría ser una pista para comprender los casos de abandono paterno, violencia infantil, distancia afectiva, etc.

Para terminar, quisiera también preguntar sobre las relaciones que existen entre los diferentes tipos de padre y las variables de generación, sector social y cambios en la ubicación de la mujer que él menciona al inicio de su trabajo. Valdría la pena saber si el padre más tradicional o el padre fugitivo se asocian a ciertos grupos étnicos o a sectores socio-económicos específicos o si, por el contrario, los tipos de padres identificados pueden encontrarse de manera similar en los distintos grupos.

### **3. Las contradicciones de la paternidad: el rol económico y la demanda de afecto**

En la ponencia que aborda los significados y prácticas de la paternidad en la ciudad de México, Alatorre y Luna encuentran que un hecho central en la definición de la paternidad es el rol de proveedor económico. Este argumento es esgrimido por hombres y mujeres señalándose incluso que, cuando los padres no pueden cumplir con

mantener el hogar o cumplir este rol, los invade un sentimiento de culpa. Al respecto, cabe preguntarse si la afirmación del deber ser del varón como padre es realmente una práctica o se refieren, más bien, a los significados socialmente esperados. Esto es, si bien todos coinciden en afirmar la centralidad del rol proveedor, haría falta observar cuántos de ellos realmente logran cumplir con esta exigencia y cuántos de ellos se sienten mal por no hacerlo. Este es un tema candente en el momento actual de las economías latinoamericanas pues, con las altas tasas de desempleos y los despidos masivos, muchos varones han tenido que dejar su trabajo y se encuentran sin posibilidad de cumplir con este rol. Algunos estudios realizados en España (López 1990, 1995) con varones desempleados señalan como hipótesis que el no contar con trabajo y el no poder cumplir con el rol de provisión económica puede ser uno de los factores que influyen en la crisis de las masculinidades. En la medida que los ingresos son aportados por hombres y mujeres, siendo ellas en algunos casos quienes más aportan al hogar, surgen sentimientos de inseguridad que afectan las identidades masculinas, lo cual produce efectos diversos, que van desde la inacción hasta la más abierta violencia.

Es en este marco que puede ser leída la manera en que los entrevistados y entrevistadas de este estudio se refieren a la participación económica de la mujer. Según señalan, cuando hombres y mujeres trabajan y aportan económicamente al mantenimiento de los hijos, la participación de ella es entendida como ayuda. Aún más, hombres y mujeres, en la medida que consideran que el mantenimiento económico le corresponde al hombre, coinciden en que ella no debería hacerlo y, bien sea por bonanza económica o exigencias domésticas, ambos coinciden en que ellas regresen al hogar, que no está bien que trabajen y la situación ideal es que el padre mantenga a los hijos y a la esposa.

Esta es una afirmación que merece un estudio posterior pues, como los mismos autores señalan, existen otras investigaciones que muestran que el trabajo para las mujeres de algunos grupos se ha convertido en parte sustancial de su vida y se reivindica como un

derecho. Tal vez habría que ver los factores que inciden en ello. Puede ser que las dieciséis mujeres de la muestra tengan ciertos rasgos específicos que expliquen esta respuesta. Es más, justamente uno de los cambios más importantes es el ingreso de la mujer al mercado laboral.

Un segundo comentario apunta a las opiniones vertidas respecto al trabajo doméstico y al cuidado de hijos e hijas. Para los hombres y mujeres entrevistados, la función de la mujer es encargarse de mantener el espacio doméstico habitable y atender a los hijos e hijas. Los hombres llegan a pedirles que dejen su trabajo para hacerse cargo de los hijos y la casa. Al respecto, vale preguntarse por qué sucede así. ¿Qué explica el comportamiento del varón? ¿Es realmente la casa y los hijos?

Los estudios hechos sobre sectores populares muestran que cuando los hombres presionan para que la mujer deje de trabajar y se dedique a las tareas domésticas, en realidad están expresando el ejercicio de poder (Barrig 1982; Oliart 1991; Tamayo y García 1990). Se trata de que la mujer esté recluida, que no tenga acceso al mundo público y a la independencia. Es una estrategia para mantener a las mujeres como dependientes.

En el estudio fueron muy pocos los varones que señalaron que el trabajo doméstico y el cuidado de los niños era una actividad que les correspondía a ellos. Según señalan los autores «se comparte una imagen naturalizada, ya que tanto mujeres como hombres consideran que “ya lo traen dentro”, que ellas están capacitadas para atender a los hijos de forma *natural*». Es de llamar la atención que, en esta interpretación de la mujer responsable del hogar y cuidado de hijas e hijos, la biologización vaya más allá de la maternidad, incluyendo también el trabajo doméstico.

A lo largo del texto, los autores destacan que además del rol de provisión económica el padre debe cumplir con ser guía moral y responsable por la educación moral de los hijos. Participa, además, en otros espacios como las diversiones y los deportes. No obstante, entre los deseos y las prácticas concretas, existen aún muchas barreras

que franquear: falta de tiempo, jornadas de trabajo extensas, tipo de trabajo (itinerantes, viajeros), etc. En este contexto, las mujeres reclaman una mayor presencia del varón en la casa y en el cuidado de los hijos.

Otro elemento mencionado como importante en la construcción de la paternidad y en la manera e que los padres se vinculan con sus hijos es la propia experiencia como hijo. Cuando el padre de origen fue evaluado negativamente por autoritario, sin vínculo emocional o irresponsable, se produjo un rechazo hacia esas características y el deseo de no repetir el mismo comportamiento con sus hijos. Por el contrario, cuando habían tenido una experiencia grata buscaban repetir la experiencia con sus propios hijos. Sin embargo, esto no siempre sucede. De hecho, los estudios sobre violencia en el hogar muestran que niños que viven en un ambiente violento se ven afectados en su desarrollo y es posible que repitan comportamientos similares en sus propias familias (Kauffman y otros 1989; Pimentel 1988).

Otro tema interesante es la relación entre paternidad y autoridad, la cual a su vez se asocia a la fuerza, al aporte económico y al conocimiento. De estas tres fuentes de las que emana la autoridad paterna, vale la pena reflexionar sobre la importancia que el saber y el estar informado tienen en el reconocimiento social y en el ejercicio de la autoridad. Es el varón el que sabe y, por ello, debe ser obedecido y respetado. No es casual, en consecuencia, que las mujeres valoren mucho los espacios de aprendizaje pues las habilita para sus negociaciones con los varones. Es en este contexto donde adquiere importancia radical el trabajo de educación y capacitación con mujeres, pues, como se ha dicho en muchas experiencias de promoción y educación, uno de los aspectos más apreciados por ellas al finalizar los programas es el conocimiento adquirido. Esto llama la atención, además, sobre la importancia de la educación y del seguimiento a las niñas y mujeres del área rural pues es un factor de discriminación que aún no se logra revertir. «Saber es poder» reza un antiguo refrán y, en estos casos, ese parece ser una arma para mantener y legitimar relaciones de poder e inequidad entre los géneros.

Antes de terminar, quisiera preguntarles a los autores sobre las diferencias encontradas en la muestra compuesta por quince hombres y dieciséis mujeres de grupos socio-económicos y niveles educativos diferentes. Me parece que sería importante profundizar en cada uno de los grupos seleccionados a fin de identificar algunas tendencias. Pienso, por ejemplo, en la imagen del padre como proveedor y la madre como complemento así como en la importancia del cuidado del hogar con relación al trabajo remunerado. Me pregunto si no existen diferencias entre grupos de mujeres tanto por sector socioeconómico como por edad y experiencia laboral previa. En los estudios realizados en América Latina, se encuentra que, al lado de los casos señalados por Alatorre y Luna, existen otros ejemplos de mujeres que valoran mucho su trabajo y que no estarían dispuestas a dejarlo como se señala en la ponencia que se comenta. Con respecto al reconocimiento del varón como autoridad por ser varón, los resultados contrastan con investigaciones realizadas en Lima sobre sectores medios, en los cuales los jóvenes señalan que la autoridad se comparte entre ambos y donde el discurso de la equidad de género dentro de la familia está mucho más desarrollado. Por otro lado, vale la pena también preguntarse por las diferencias que pueden existir entre los propios varones respecto al uso de la violencia como forma de ejercer la autoridad según grupo generacional, experiencia familiar previa, educación y sector socio-económico. Se sabe que la violencia es una práctica presente en diferentes grupos sociales, pero lo que llama la atención en los resultados presentados por Alatorre y Luna es que tanto varones como mujeres expresen públicamente e incluso justifiquen el uso de la violencia como forma de hacer *respetar la autoridad*.

Sería importante considerar estos aspectos a fin de matizar y complejizar algunas de las características de la paternidad que aparecen muy poco flexibles a lo largo del texto. Habría también que considerar las brechas existentes entre los discursos y las prácticas.

#### 4. Reflexiones finales

Tratando de sistematizar los resultados de los estudios comentados, quisiera señalar algunos puntos de cambio y reflexión a manera de conclusiones. Uno de los cambios más importantes es el que se refiere a la dicotomía entre madre-afecto y padre-razón-autoridad. Tanto de Keijzer como Alatorre y Luna tienen evidencias que señalan, al menos en lo que al discurso se refiere, que los varones entrevistados reivindican como parte esencial de su ser padre el dar afecto y establecer relaciones cercanas con los hijos e hijas. Se estaría cuestionando así la oposición entre madre consentidora y padre castigador, oposición que toma su sustento de la dicotomía madre ley del mundo privado, padre ley del mundo público.

Sin embargo, la identificación del padre como proveedor y responsable económico se mantiene en el imaginario aun cuando la realidad muestre un gran número de mujeres a cargo de la responsabilidad financiera y sostenimiento de la unidad familiar. Esta es un tema que merece ser profundizado para poder analizar los cambios asociados a la creciente participación de la mujer en la esfera pública y los problemas que enfrentan los hombres en su identidad masculina en situaciones económicas de recesión y desempleo como las que estamos viviendo hoy en el Perú. De hecho, muchos jóvenes ven con incertidumbre su futuro y el hecho de no contar con un trabajo provoca en ellos una falta de sentido y pertenencia que afecta tanto su mundo personal como el orden social.

En ambos trabajos se enfatiza también la calidad relacional de la paternidad. Ser padre se define con relación a ser madre y a la manera en que la pareja se distribuye los roles y el poder, pero también en función del ciclo de vida y a su ubicación bien sea como hijo o padre. El considerar esta dimensión relacional es de suma importancia pues, como se ha señalado en las intervenciones, en la socialización del varón es difícil encontrar modelos y mensajes alternativos a una paternidad tradicional. Este es un proceso de cambio social que reclama tiempo y que implica enfrentar un conjunto de barreras y convic-

ciones difíciles de quebrar. Ello se debe a que la paternidad debe ser vista dentro de un orden de género que es, a su vez, parte constitutiva de un orden social que legitima formas de masculinidad hegemónicas que imponen modelos de paternidad y maternidad socialmente deseables. Por ello, el buscar nuevos caminos para la paternidad es parte de un proyecto más amplio, aquel que involucra el cuestionamiento de la inequidad actualmente existente en las relaciones de género. Los nuevos padres y las nuevas madres solo son posibles en este nuevo escenario.

## Bibliografía

BARRIG, Maruja

1982 *Convivir. La pareja en la pobreza*. Lima: Mosca Azul.

BARTRA, Marcos

1994 Articulación de la salud reproductiva y masculinidad. Aspectos básicos para una Teoría y Práctica. Documento.

CORDERO, Marisol y otros

1996 Más allá de la intimidad. Cinco estudios en sexualidad, salud sexual y reproductiva. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

DÍAZ, Margarita y otros

1992 Participación del hombre y de la mujer en la Planificación Familiar en América Latina. Documento.

FIGUEROA PEREA, Juan Guillermo y Eduardo LIENDRO

s/a Apuntes sobre la presencia del varón en la toma de decisiones reproductivas. Documento.

FULLER, Norma

1993 *Dilemas de la femineidad. Mujeres de clase media en el Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

KAUFFMAN, Michael y otros

1989 *Hombres: Placer, Poder y Cambio*. Santo Domingo.

LÓPEZ, María Angela

1990 «El Desempleo Juvenil». *Cuadernos aragoneses de economía*, 15.

1995 «La violencia Juvenil. Su cultivo en la sociogénesis del varón». *Razón y Fe. Revista Hispanoamericana de Cultura*, 1160, junio.

OLIART, Patricia

1991 «Candadito de oro fino, llavecita filigrana. Dominación social y autoestima femenina en las clases populares». *Márgenes*, 7, Lima: Casa de Estudios del Socialismo SUR.

PIMENTEL, Carmen

1988 *Familia y Violencia en la barriada*. Lima: TIPAOM.

SANTISTEBAN, P. Fryné

1985 «Ser madre en un contexto de opresión». En: LORA, Carmen y otros. *Mujer: Víctima de opresión, portadora de liberación*. Lima: Instituto Bartolomé de las Casas.

TAMAYO, Giulia y José María GARCÍA

1990 *Mujer y varón. Vida cotidiana, violencia y justicia*. Lima: Tarea, SEA.



## Debate de la segunda sesión

*Benno de Keijzer*

En este momento se está planteando la necesidad de construir la posibilidad de una masculinidad sustentable puesto que para los varones las relaciones de trabajo y de pareja han empezado a cambiar. En el caso del Perú, yo he tenido el honor de participar en el programa de *Reprosalud* y son las mujeres las que empiezan a plantear que también se les hable, se trabaje y se les ofrezca cursos a los esposos. La respuesta ha sido masiva, al grado que los capacitadores no se dan abasto. Es interesante, pero es curioso que, una vez que se abre la puerta para trabajar este tipo de temas, la respuesta es mayor de lo que uno podría esperar.

*Javier Alatorre*

Existen una serie de elementos que, junto con el embarazo adolescente, me hacen replantear la manera de entender la paternidad. Una situación semejante ocurrió con el estudio del embarazo temprano desde los setenta en Estados Unidos que después irradió a Latinoamérica. Veinte años después, el iniciador de este programa planteó que su enfoque tenía un problema pues se trabajó el embarazo adolescente desde una visión médica y estrecha. Después de eso, se pasó a la madre y al hijo, después al compañero y se fue ampliando. Creo que una experiencia semejante nos podría ocurrir en el área tanto de la masculinidad como de la paternidad cuando intentamos entenderlas de manera aislada, descontextualizada, separada de otras categorías importantes de naturaleza socio-cultural que no solamente

se relacionan con ellas como variables intervinientes sino que son partes constitutivas de la paternidad y la masculinidad. Entonces, este trabajo intenta integrar y, por otro lado, presentar algunos de los datos de la investigación. Mis preguntas han sido ¿qué es la paternidad?, ¿de qué estamos hablando cuando tratamos de la paternidad?, ¿por qué?, ¿paternidad es la que ejerce un hombre cuando vive con su hijo, un hombre cuando ya dejó de vivir con su hijo y lo sigue viendo, o un hombre que ya no vive con el hijo pero lo sigue pensando, sufriendo, extrañando, sintiendo culpa?, ¿la paternidad es la compañera de la madre que hace de papá cuando son parejas de lesbianas?, ¿de qué estamos hablando cuando hablamos de paternidad?, ¿hablamos solamente de los varones y los hijos?, ¿de qué hablamos? Me parece que necesitamos definir un objeto de estudio mucho más amplio, que nos permita darle sentido a todo lo que hemos escuchado esta mañana y a otros trabajos de este tipo. Entonces, yo pienso en la paternidad como una relación entre sujeto masculino y los hijos y las hijas. No digo el varón, me estoy cuidando de decir el varón, estoy pensando en alguien que asume una posición particular en relación con los hijos. Como se señalaba en la mañana, es muy importante que al construir la paternidad se haga en relación con la maternidad y distinguiéndose de ella. Porque en otros espacios donde se construyen las relaciones de género se da en ese sentido relacional completo, integrado y no como distinto.

Por otro lado, ¿cuál es la materia, la *carnita* de la paternidad? Ella incluye o abarca tantos significados como prácticas. No solamente es una concepción simbólica sino también un conjunto de prácticas o arreglos particulares. Teniendo en cuenta que esta relación se construye en distintos ámbitos, se debe tener en cuenta la cuestión histórica. ¿Es distinta la paternidad que se vivía a principios de siglo o es semejante a la que se vive ahora? ¿Lo que se vivía en épocas pre-hispánicas, en la Colonia, antes de la revolución y después de la revolución en México es la misma paternidad? Hay una serie de procesos históricos que pueden afectar el cuestionamiento de los hombres o del sujeto masculino frente a los hijos y las hijas.

La paternidad supone un diálogo entre la generación que está arriba y los hijos, los «invisibilizados» como decía Patricia Ruiz Bravo. Pero esos niños y niñas existen. Existe paternidad porque existen niños y niñas; los invisibilizamos porque la relación paterna es jerárquica como lo es la de género. Actualmente, se está dando una globalización de los ideales de equidad en ambas direcciones y abarca, por tanto, a lo que es ser padre o lo que es ser madre o lo que es el fin de la familia, si es que se mantiene o no se mantiene. En este contexto, el horizonte del sentido de ser padre es ayudar a que las niñas y los niños construyan una ciudadanía de mejor calidad que la nuestra. Por ello, se debe ponerla sobre el tapete y se debe canalizar las investigaciones también por ahí y escuchar la voz de las niñas y los niños ¿Qué piensan respecto de que es ser padre? ¿Qué esperan que les aporte el padre, la madre o los padres y las madres con relación a la construcción de su ciudadanía?

Una cuestión interesante que me pareció escucharle a Javier Alatorre es que la paternidad es la relación del sujeto masculino con los hijos e hijas, probablemente hay más de un sujeto masculino, a veces el abuelo, un hermano mayor, a veces la suegra cumple este rol. Entonces, esas paternidades están ahí y todas ellas, creo, están atravesadas por relaciones de género y de generación y los estudios sobre paternidad deberían también rescatar estas mismas relaciones. Yo creo que no en vano la declaración de los derechos humanos tuvo dos instrumentos complementarios: el que recoge el movimiento de igualdad de género y la Convención de los Derechos de las niñas y los niños, que rescata justamente la importancia de que alguien vele por la equidad en las relaciones con nosotros los adultos. Como decía Javier Alatorre, si la paternidad es negociada, es decir, relacional, se tiene que negociar con la filialidad, no hay paternidad ni maternidad sin filialidad, a la vez que con la maternidad y con otras posibles paternidades o maternidades. Quería resaltar, entonces, que la filialidad debería ser trabajada en este polo del estudio de las paternidades o de la maternidad.

*Violeta Sara Lafosse*

Me he identificado con la ponencia de Benno de Keijzer, quizá porque también estoy trabajando con talleres donde participan madres o padres, pero la mayor parte son parejas. Indudablemente, nosotros mismos reconocemos que son parejas motivadas las que asisten a esto. Al mismo tiempo, en la medida en que van asegurando que lo que están haciendo es valioso, van a seguir. Lo que más estimulamos en ellos es que no se asusten frente a los apelativos de *mandilones*, aquí los peruanos los llaman los «saco largos», y que sean capaces de reafirmarse, de no achicarse, de valorarse en lo que hacen. En el Perú, ayuda mucho el hecho de que tengamos una legislación sobre la familia, que a veces las mismas feministas no la conocemos que prácticamente perfila un tipo de familia igualitaria, con equidad total. Para estas parejas, conocer eso es una novedad que les da seguridad, al mismo tiempo, de que ellos pueden exigir esos derechos y de que lo que había antes, ese tipo de familia patriarcal de la que ustedes hablan, ya fue derogado, ya es del pasado. Entonces, ellos están en su derecho de reclamar un tipo de relación; esto contribuye a darles garantía para emprender la aventura en la cual están, de crear nuevas relaciones. Estamos hablando de sectores populares, no de sectores medios, para evitar que se piense que solamente los sectores medios están en vías de construir una nueva situación.

He escuchado con mucha atención la ponencia de Javier Alatorre y no sé si pueda ser muy antiguo un trabajo de una mexicana que ha hecho un estudio de la ciudad de México, Larissa Lomnitz, en el cual habla de un tipo de paternidad en que es el hermano de la madre el que se ocupa de los hijos y, así, el que es el marido se ocupa de los hijos de su hermana. Es decir, la relación avuncular que se da curiosamente dentro de una barriada en México. No sé si es muy extraño o es común en México. También, quisiera más información sobre el contexto biográfico. Se propone que cuando el padre es un ser distante, digamos agresivo, negativo, el hijo va a tender a ser lo contrario. Sin embargo, curiosamente en los estudios que se realizan aquí

en el Perú, que son los que conozco, tanto en psicología social como en psiquiatría social, nos hablan de lo contrario: los hijos de estos padres distantes, agresivos, violentos, cuando viven con el padre lo rechazan. Pero, de adultos, van a repetir el modelo, no lo van a contradecir. Otro dato que me parece bueno señalar es que en los casos en que aparece un buen padre, en una buena relación con los hijos, generalmente se trata de un hombre que tiene apoyo conyugal. Si la buena relación con la pareja es la que le permite una buena relación con los hijos, eso muestra que no es posible entender la paternidad aislada de la conyugalidad porque se influyen mutuamente.

*José Olavarría*

Me resultaron interesantes las dos exposiciones, la de Benno de Keijzer, que planteaba esa diversidad de paternidades o de sentidos que pueden convivir en un mismo hombre, y lo que presentó Javier Alatorre, que manifestaba que la paternidad así como la masculinidad son construcciones sociales. Yo recuerdo que, cuando comenzamos esta última investigación sobre paternidad, lo primero que nos planteamos es la necesidad de aclarar que no hay una sola forma de familia y que, tanto histórica como longitudinalmente, hay distintas paternidades. Es importante recordar que es una construcción cultural que se configuró históricamente y que conviven muchos tipos de paternidades. Lo segundo, planteado también por Javier Alatorre, es que, en esa construcción, hay unas formas de paternidad que se identifican con lo natural y llevan a decir que *los padres son así* y que *los hombres son así*. Esa forma de cristalización es la que hace reproducir lo que decía Patricia Ruiz Bravo, los sistemas de sexo y género. Estos, efectivamente, son construcciones socio-culturales pero son construcciones cristalizadas. Mi gran pregunta es si las tensiones que hoy día se viven tanto en este ámbito de la paternidad como en el de la masculinidad están demostrándonos que hay un tránsito, es decir, que los recursos de poder que tienen los hombres con relación a sus hijos y sus mujeres están disminuyendo, están cambiando

y, por lo tanto, las distintas formas de ejercer o sentir la paternidad están modificándose. La pregunta es ¿qué es la paternidad hoy día? ¿En qué punto estamos? ¿Cómo cambia la paternidad? Es decir, ¿están cambiando efectivamente los recursos disponibles de los varones en cuanto a ejercer el poder como padres, tanto con su pareja como con sus hijos? Si observamos la historia, constatamos que hay un reconocimiento creciente, después de muchas luchas, de los derechos de la mujer. Así, por ejemplo, la revolución francesa reconoció a la mujer como sujeto de derecho y estableció una mediación entre el pater familia y la mujer a través del Estado que se convirtió en el mediador de esta relación.

*Gerardo Ayala*

Yo quiero plantear como duda o reflexión colectiva el asunto de los afectos. Hoy se vuelve a tocar la parte de relación amorosa, la relación afectiva que existe o que puede existir entre padre e hijo o padre e hija, pero no se profundiza mucho el tema. Por ejemplo, Benno de Keijzer mencionaba los recursos personales con los que contamos como hombres adultos para relacionarnos con los hijos y las dificultades operativas y prácticas con las que nos enfrentamos, para cargarlos, cambiarles de pañal, bañarlos, etc. Esa parte afectiva está bloqueada o limitada y no hay muchos trabajos al respecto. Yo creo que allí aparece un potencial enorme. Finalmente, cambiar pañales se aprende rápidamente, no nos cuesta mucho trabajo, pero relacionarnos afectivamente con los hijos y las hijas, creo, se convierte un asunto más de fondo y más complejo todavía. Me da la impresión de que puede ser un disparador muy interesante para entender las relaciones no solo con los hijos e hijas sino también con otros hombres y con las mujeres. No tengo muy claro cómo expresar esta parte pero creo que es importante reflexionarlo. Yo, por ejemplo, parto mucho de una situación que vivo personalmente en la relación con mis hijos y cómo veo la relación de mi pareja con mis hijos. A mí se me dificulta muchísimo la convivencia y veo que para ella es muy fácil y exis-

ten como conexiones, acuerdos tácitos, no hablados, para los que no necesita diálogo verbal. Es un aspecto que se debe explorar más y esto es un llamado a los psicólogos; a lo mejor los sociólogos tienen otra mirada y nosotros deberíamos aportar en ese sentido.

*Norma Fuller*

Mi pregunta no se dirige directamente a lo que ustedes han hecho sino a la experiencia que tiene Benno de Keijzer en la acción y Javier Alatorre en la investigación. Es la cuestión de los afectos, lo que yo estoy notando, en mi propio trabajo, es que es bastante común que sea la madre la que forma los afectos. La relación con esta suele ser muy intensa y muy amorosa y, por lo general, si hay problemas en la pareja, el hijo se identifica con ella y reprocha al padre. En la mayoría de casos, la madre desplaza su queja en el hijo, que va a tomar partido por ella. Es decir, muchas veces no se trata de que el hijo tenga una mala relación con el padre, sino que está resentido porque se coloca en el lugar de la madre. Yo pregunto si ustedes han observado esto. De otro lado, si la madre es la que forma los afectos y hay una relación tan intensa con ella, ¿por qué la afectividad masculina se bloquea más tarde? Este es un tema que me intriga y quisiera traerlo a este debate.

*Felipe Yanés*

Creo que en principio tengo que agradecer porque voy a hablar como padre más que como sociólogo o como docente. Una de las experiencias que nunca me voy a olvidar es que cuando tuve 16 años me hicieron una pregunta: «¿qué es lo que quieres llegar a hacer cuando seas grande?» Mi respuesta fue «quiero ser padre de familia». Cuando me casé, decidimos no tener hijos durante seis años. Me acuerdo que un amigo me decía «*Ají no moto*, porque da gusto pero no llena». Luego, cuando nació mi hijo, uno de los conflictos más fuertes que

tuve con mi suegra —una mujer brillante, inteligente, excelente suegra— fue cuando le dije «déjame ser padre». Eso significaba levantarme a las tres o cuatro de la mañana para lavar pañales. Ahora que ya estoy casi en más de la mitad de la vida, mi preocupación es qué hacemos con las nuevas generaciones. Al respecto, retomando lo que decía José María García respecto a una nueva visión y cultura de vida, debemos prepararlos para ser padres de familia, para buscar realmente la consolidación de la paternidad, pero una que se dirija a la consecución de nuevas propuestas y nuevas alternativas de lo que es gozar, asumirla desde la fecundación programada, deseada, esperada, para convertirse en nuevos agentes de socialización.

Es sumamente importante que tanto hombres como mujeres, especialmente ellas, asuman lo que es la responsabilidad del machismo. Mucho se nos achaca a los hombres, pero evidentemente las mujeres son responsables, yo diría en el 90%, de la transmisión de los valores de la masculinidad y la paternidad. Por ejemplo, el día viernes, un grupo de alumnos me preguntaba «profesor, ¿qué pasa si a los niños se les enseña a jugar con muñecas?». Les dije «bestial, me parece excelente. ¿Por qué negarle a los niños varones la posibilidad de jugar con muñecas?». Ellos decían «¿no es que usted ya los está mandando para el otro lado?». Les respondí «¿por qué no cambiamos el discurso sobre el juego con muñecas y les decimos “sabes que, cuando tú eras bebida o bebito, yo te cambiaba los pañales y a partir de esa relación física y de transmisión de amor te iba dando lo que era mi derecho como hombre, el calor, la ternura y la devoción para que tú sintieras que yo era tu padre”». En otras palabras, se trata de una serie de aspectos de la paternidad que hemos dejado a otros espacios, a otras personas. Evidentemente, la propia socialización nos ha ido aislando y ha presionado para que la participación de los varones vaya retrocediendo. En ese sentido, hay un aspecto que yo recogía a partir de la experiencia de Benno de Keijzer: podríamos plantear que existan no solo estas escuelas de padres, sino escuelas de adolescentes y de socialización para pre-púberes.

Voy a narrar otra experiencia. Cuando mi hijo mayor estaba en segundo o tercero de primaria, me dijo: «qué tal raza, en el colegio siempre celebran el día de la madre, y el día del padre ¿qué?». La pregunta es qué hacemos para reconstruir socialmente, a partir de las instituciones, lo que es el padre. Porque, lo que nos dan permanentemente los agentes de socialización, hablo en este caso de la televisión, los diarios, las revistas, es una perspectiva sesgada. Le respondí «habla con tu profesora». Ella le dijo a Alejandro: «¿quién te trajo al mundo?». «Mi mamá porque mi papá le exigió». «¿Quién te da de lactar?». «Mi papá se levantaba y me ponía la teta, porque mi mamá seguía durmiendo». «¿Quién te cambiaba los pañales?». «Mi papá». «¿Quién te daba la medicina?». «Mi papá». Es decir, el agente de socialización, en este caso el adulto mujer, cuestionaba el hecho y el derecho a que él, como niño, incluyera un elemento que él consideraba vital. Yo quería presentar estas perspectivas, quizás un poco aisladas y tal vez no muy integradas pero que permiten entrever que hay muchos factores que están sobre el tapete cuando se trata de la paternidad.

*Miguel Ramos*

Yo quería comentar sobre este tema de los afectos y sobre lo que decía Gerardo Ayala. ¿Hasta qué punto las tareas domésticas, ya sea cambiar pañales, ya sea barrer o lavar unos platos, en la práctica, es fácil de desarrollar? Más complicado es el tema de aprender a ser afectuoso. Yo no parto de una investigación, pero mi percepción es que muchas veces el aspecto ideológico, la carga ideológica, es sumamente fuerte en términos de las tareas domésticas. Se inutiliza al varón a pesar de que se trata de una actividad sumamente fácil. En términos de la afectividad, todo el aprendizaje que desarrollamos fundamentalmente con la madre es un aspecto que poseemos y que poco a poco hemos ido reprimiendo. A medida que han ido desarrollándose, a través de los medios de comunicación, nuevos modelos

de paternidad, donde se presentan padres cariñosos, amorosos, etc., se hace mucho más fácil que esa carga reprimida salga a la luz. Yo pregunto hasta qué punto ahora es más fácil que veamos a padres cariñosos, amorosos, pero que, a la vez, no asumen una serie de tareas domésticas y que van arrebatando a la madre el poder de los afectos. ¿Ese mundo que daba a las mujeres una posibilidad de resistencia no estará siendo invadido por los padres sin que por eso se haya cambiado lo esencial de las relaciones de género? Es decir, ¿hasta qué punto esos cambios afectivos van acompañados también de cambios profundos en todo lo que son roles tradicionales paternos y maternos y cómo lo están viviendo las mujeres? ¿Hasta qué punto se ven invadidas en un mundo que era el mundo de su poder a cambio de nada? ¿Cómo se está viviendo la lucha por los afectos entre hombres y mujeres? Son preguntas que yo lanzo a los expositores.

*Fernando Bolaños*

Quiero hacer un par de comentarios sobre lo que he escuchado y sobre lo que hemos estado conversando esta tarde. El primero es que me parece interesante que se haya podido juntar diversas aproximaciones al tema de la paternidad desde enfoques que puedan avanzar más los aspectos teórico-conceptuales, así como experiencias muy concretas de trabajo y de promoción en este campo. Porque creo que uno de los problemas que encontramos aquí es no solamente la vaguedad conceptual sino también lo que algunos lingüistas como Barthes llaman las «figuras». Por ejemplo, a mí me gustó mucho ese slide que presentó Benno de Keijzer sobre el padre sentado en el sillón que se ve su gorro y su taza, es decir lo que nos falta.

Como también decía Miguel Ramos, creo que las imágenes de padres amorosos que están con sus hijos han entrado mucho más en el discurso público, en la imaginería social, en los medios de comunicación; en la propaganda se difunden imágenes un poco más afables de padre. Pero, el problema es que aún no sabemos y no hemos desa-

rollado imágenes, figuras poderosas sobre lo que es la paternidad en estos tiempos cambiantes y es necesario avanzar no solamente por el lado conceptual sino investigar cómo se van construyendo nuevas representaciones, cuáles son las figuras que muestran los cambios que están sufriendo la masculinidad y la paternidad concretamente, tanto a nivel conceptual como en el imaginario de las personas.

El otro tema que me pareció muy interesante es lo que mencionó Javier Alatorre: la necesidad de insistir en la paternidad como relación y también como relación negociada en el sentido de que, de repente, habría que leer también la paternidad desde la clave de los cambios de la maternidad. Yo tengo una hija, es mi primera hija, tiene seis semanas, y ciertamente creo que ser papá empieza desde que el niño está en la barriga, desde que nace. Yo tuve la suerte de estar en el parto, ahí uno comienza a construir esa relación con esa persona que de repente al principio parece nueva. Tenía muchas ganas de ver su cara, cómo era, porque la había visto en ecografía pero quería verla en persona. Pero, al construir esa relación, de repente algunas actividades que me parecían difíciles, que nunca había hecho, como cambiar pañales o limpiarle, no han sido tan complicadas. Pero otras sí, no solamente en relación conmigo o con mi hija sino en relación con mi esposa, su madre. Es decir, estoy aprendiendo la paternidad, negociando con mi hija y negociando con mi esposa, su madre. En este tiempo sobre todo por estas cuestiones que mencionó José Olavarría, en un contexto que me impone a mí seguir trabajando, ¿cómo construyo una paternidad aprovechando el hecho de que mi esposa está más presente, que puede acompañarla y que yo tengo que ver cómo realizo menos actividades en este tiempo especial? ¿Cómo vamos a negociar en ese otro tiempo nuestra relación con nuestra hija? Yo no sé cómo se construyen este tipo de relaciones, pero creo que sobre esa clave de negociación, de relación negociada, es posible ir fundando esta concepción de paternidad ligada a maternidad y puede ser una pista interesante para seguir reflexionando y pensando.

*Pilar Campana*

¿Y qué piensan los niños y las niñas sobre la paternidad? En la mañana, escuché que había una discusión sobre qué piensan las mujeres, las esposas, sobre el ejercicio de la paternidad y me parecía importante retomar lo que expuso Benno de Keijzer en los slides mostrados. ¿Qué piensan los hijos e hijas? Porque existen padres en función a la existencia de un hecho real y concreto, a la existencia de niños y niñas, hijos, hijas. Me parecía importante a propósito de esas dos imágenes muy fuertes, la ya citada del sombrero y el café y la otra donde hay una imagen de fortaleza, el padre grande que puede ser obrero de construcción civil, policía o arquitecto. Pero yo lo concibo como alguien fuerte y grande que me protege, en todo caso parece importante. En sentido, ¿qué piensan? Sería necesario hacer un estudio sobre lo que opinan los niños y las niñas en este país sobre el ejercicio de la paternidad.

*Benno de Keijzer*

Quería empezar desde los comentarios de Patricia Ruiz Bravo, ¿por qué en las entrevistas y en los talleres que hacemos no se presenta el tema de paternidad? ¿Por qué no aparece como una de las primeras representaciones? En la mañana, ya nos aclararon que los estudios son bastante más amplios y en este momento enfocaron solo el tema de la paternidad. Una de las diapositivas que no mostré era una del hombre de la publicidad de Marlboro. ¿Es padre de familia el hombre Marlboro? Yo no sé, eso no es importante. Lo importante es su cara, el trabajo que hace, el cigarro que fuma, la soledad. ¿Julio César tuvo hijos? No sé. ¿Napoleón tuvo hijos? Sí. Con respecto a otras características de la masculinidad, la paternidad aparentemente es una característica secundaria, aun cuando dentro del hogar el padre ocupe todavía un lugar entronado.

Dos veces apareció la idea de la nueva paternidad o el nuevo hombre, la nueva masculinidad. Yo creo que hay que tener mucho

cuidado con eso. Si bien puede servir para el mercadeo, es decir, «yo estoy en la vieja, pues», puede *mover el piso*, como decimos en México, y plantea la posibilidad de cambiar, el riesgo es que sea una nueva paternidad como en *paquetito*, instantánea: «yo ya me separé de los otros y estoy en la nueva paternidad y los otros que me siguen están en la vieja». Creo que ahí hay un elemento riesgoso. En *Salud y Género*, no tenemos un modelo de paternidad, tenemos un modelo de trabajo con hombres para empezar a hacernos preguntas y ubicarnos en un mundo muy diverso. La paternidad o las relaciones de género aparecen de la misma manera que la sexualidad: no es que exista una nueva sino nuevas actitudes ante una muy polimorfa. Creo que también estamos poniéndonos en contacto con los hombres más motivados y con cierto tipo de hombres que por su historia de vida o su situación de crisis pueden responder a un taller a pesar de una serie de resistencias. Respecto a ellas, hay todo un imaginario alrededor del título de un taller de masculinidad. La gente no sabe si es un taller para gays, o para hombres que no tienen masculinidad bien desarrollada. Han llamado preguntando si es un taller de fisicoculturismo o si te enseñan a caminar y a hablar como hombre, a comportarte como tal. Entonces, mandas a tu hermano porque hay dudas en la familia. En el mercadeo, no hemos logrado transmitir claramente de qué se trata esto, suena como extraño todavía en nuestro medio.

Estoy de acuerdo también en que no necesariamente haber tenido un padre violento, autoritario, conduce a lo contrario, sino que media un proceso de real reflexión donde se trabaja eso. Aunque es frecuente, tampoco es una regla que se repita la misma historia. En este punto, el psicoanálisis nos puede dar muchas claves sobre por qué se repite, porque muchos de los padres, y de los hombres violentos han sido violentados o testigos de violencia cuando eran chicos. En el caso de los violadores, también muchos de ellos también sufrieron abuso sexual. Entonces, ¿por qué se vuelve a repetir una historia desagradable? Se debe trabajar mucho en este aspecto. ¿Cuáles hombres pueden construir una historia distinta y por qué? También me parece interesante aclarar que así como se critica ese idea

mecánica de irse a lo opuesto, no se puede suponer que una buena relación con los hijos implica una buena relación conyugal, no necesariamente. Incluso, un conflicto con mi pareja me puede llevar a fortalecer la relación con mis hijos. Si vemos a la familia como un sistema, puede ocurrir que, precisamente porque tengo problemas con ella, fortalezco mi relación con dos o tres de los hijos, si tengo varios, o con la hija o con el varón en un proceso como de alianzas en oposición a la pareja. También en este punto habría que ver las diferentes historias que pueden ir apareciendo en las relaciones de pareja. Obviamente, una buena conyugalidad puede predisponer a una buena relación con los hijos, pero no necesariamente.

Creo que lo que planteaba José María García sobre la relación entre género y generación nos vuelve a recordar que la paternidad y la maternidad son ambas una relación de poder y es importantísimo no olvidar esa dimensión, la relación de pareja también, no con la connotación necesariamente negativa de poder, pero siempre está el poder ahí presente.

Otro comentario que quisiera hacer se refiere a la emotividad. En *Salud y Género*, hemos estado reflexionando mucho sobre lo que implicaría trabajar únicamente paternidad y que esto nos sirva para empezar a cuestionar otras áreas de la masculinidad. Pensamos que puede ser un punto de entrada. Hemos podido hacerlo a veces y nos ha sorprendido la respuesta. Ya lo hemos hecho en dos ocasiones en la ciudad de México, fuimos convocados por maestras de pre-escolar y trabajamos con cincuenta papás de 9 a 12 de la mañana en días de la semana. Este es el primer momento donde ellos empiezan a compartir, sin estar alcoholizados, hablando en primera persona, sobre su vivencia de la paternidad, en vez de estar intercambiando tarjetas de trabajo y hablando de fútbol. Allí hablan sobre lo que les gusta y lo que no les gusta de ser padres. Pensamos que puede ser un punto de entrada para empezar a reflexionar sobre otras relaciones, por ejemplo la relación de pareja y, entre otras cosas, puede ser un punto de partida para empezar a reflexionar sobre la emotividad. En *Salud y Género*, llegamos al trabajo de género con hombres trabajando preci-

samente lo que es salud mental y ese núcleo de la emotividad, que vemos como un elemento central para poder entender no solo la paternidad sino la violencia en las relaciones de pareja y entre hombres, muchos de los problemas que aparecen en el campo de la sexualidad y la reproducción y el fenómeno del alcoholismo, que también permea mucho las relaciones familiares. Actualmente, estamos haciendo un esfuerzo por entender mucho más este campo de los afectos, que aparecía como opuesto a la inteligencia, a lo racional. Hoy existen instrumentos para entender eso. Alguien tuvo el acierto de empezar a hablar de la inteligencia emocional y de empezar a unir los dos aspectos. Supuestamente, la mujer representa los afectos y el hombre la racionalidad: eso es un estereotipo. Se trata de empezar a decir «yo puedo empezar a reconocer mis afectos», empezar a entenderlos, de dónde vienen y por qué ocurren así, expresarlos, desarrollar la apertura y empatía suficiente para entender los afectos de las otras personas y los efectos de míos sobre otra persona y así empezar a entender este tipo de situaciones.

Creo que para muchos de nosotros, yo me incluyo, gran parte de la imagen del padre es una imagen refleja, es un reflejo vía la mamá. Considero fundamental este campo de los afectos y, en lo que hemos ido trabajando, vemos que, si bien es un campo femenino, muy tempranamente irrumpen también otros elementos, los maestros, las maestras, los abuelos, los compañeros. En el caso de la escuela, le doy un valor mayor, más que a los maestros, a los pares que empiezan a censurar, a imitar la forma de vestir, la forma de comportarse, la forma de mostrar sentimientos. Por ejemplo, esta receta de que *los niños no lloran* es un mandato impresionante, igual que *las niñas no se enojan*. Cuando mi hija menor tenía dos años ocho meses, una de sus maestras le dijo: «Eva Luz, las niñas bonitas no se enojan» y ella le contestó «sí, pero yo soy preciosa». Yo sentí un gran orgullo como socializador de género y mi pareja estaba por los cielos porque ella tuvo la capacidad y la autoestima como para decirle a la maestra, a la autoridad: «sí, yo puedo ser preciosa y enojarme al mismo tiempo». Hay algunas regiones en México en donde se encuentra la no-

ción de que el hombre se puede hacer homosexual si se le muestra mucha ternura. Entonces, desde los dos, tres años hay que tomar un poquito de distancia con el varoncito porque se puede ir al otro lado. Por ello, debemos profundizar la emotividad, es un terreno arriesgado pero es absolutamente básico para entender algunos aspectos fundamentales en estos procesos psico-sociales.

*Javier Alatorre*

La cuestión de la violencia apareció en mi estudio. Lo reportaron los mismos hombres y mujeres y es una parte de la vivencia de los padres. Yo pienso que tiene que ver con la autoridad, que es un recurso para construirla en la familia. Encontré otros aspectos como la autoridad a través del conocimiento, de la fuerza, pero a través de la violencia también. Creo que, en ese sentido, es importante atender la opinión de las mujeres sobre la paternidad. En la investigación, escuchamos a los hombres decir «le doy una nalgadita, no soy un violento, a veces cuando me desespera». A pesar de que ellos intentan atenuar su violencia, lo más interesante es la elaboración que hacen alrededor de esta porque hay una naturalización de la misma, la dan por hecho, eso es lo interesante.

Sí, hay diferencias entre clases sociales, entre hombres que viven con los hijos y que no viven con ellos, hay diferencias entre hombres y mujeres, solo que si hubiera entrado a ese detalle, no habríamos acabado. Por ejemplo, nos llamó la atención que en la clase media, no en todos, pero en la mayoría de los casos, planeaban los hijos. A veces fallaba el anticonceptivo, había errores o problemas, pero planeaban los hijos, hay quien decía a los dos años de estar casado, a los cinco años de estar casado, a los tres años. Es decir, había una coincidencia con los discursos anti-natalistas, neo-liberales, modernizadores, post-modernizadores. Ellos dicen «claro, cuando tenga dinero suficiente, cuando la situación esté bien, mi trabajo es importante». La importancia que tiene el trabajo para los hombres

es fundamental en la constitución de ellos como sujetos. Este es un buen ejemplo de cómo las categorías y las construcciones sociales están interconectadas y, por eso, no es posible entender un fenómeno como la paternidad de manera aislada. Durante las entrevistas, les pedíamos que nos hicieran un dibujo, ellos hacía un círculo, lo dividían como un pastel y todos ponían a la mitad, trabajo de un lado y familia del otro. Y decían «si es que no tengo trabajo, no puedo atender a mi familia». Este elemento aparece como una cuestión fundamental. Sin embargo, en la clase media, es visto como un aspecto donde se realiza el hombre; mientras, en la clase baja, es una obligación, es una carga, es terrible; si uno pudiera, no trabajaría. Como se labora con la fuerza física, sujeto a otros, hay muy poca o ninguna realización allí. Pero creo que la importancia que tiene el trabajo en la vida de los hombres hace que se interprete de una manera particular la paternidad. Este es un buen ejemplo para ver la relación que hay entre paternidad y otros aspectos.

Pienso que hay que distinguir la acción política del entendimiento científico. Necesitamos usar la investigación científica para promover cambios, para apoyar políticas. Ya nadie cree literalmente en las consignas positivistas de mantenerse frío, objetivo. Sin embargo, es necesario reconocer las posiciones políticas para que no se crucen y sean nuestras conclusiones, para no tenerlas antes de haber hecho el estudio.

Coincido con Benno de Keijzer en el sentido de que la relación entre la manera de ser padre y la del propio padre no es mecánica, no sucede el esquema «él era malo, yo soy bueno; él era violento, yo no soy violento». No es así. Tuvimos todos los casos. Uno decía «él era violento y por eso lo odio y mis hijos van a tener lo mejor, lo que yo no tuve», otro decía «mi padre nos golpeaba, era terrible y yo creo que estuvo bien. Por eso, soy como soy, soy respetable, soy fuerte, gracias a él». Por consiguiente, yo creo que no es una relación mecánica.

Sí pienso, y por eso lo pongo como una de las dimensiones de la paternidad, que la relación de pareja es fundamental. Si hay una buena relación de pareja se posibilita la relación con los hijos. Tampoco

es automática; pero, si hay una mala relación, donde él dice «ya no quiero vivir con esta mujer», hay conflictos. Entonces, ellos se comienzan a plantear no tener más hijos o cómo relacionarse con los hijos.

Sobre si está cambiando la paternidad, creo que mi exposición anterior empezó con esa incomodidad que sentía cuando la gente opinaba sobre la nueva paternidad. Me incomodaba mucho porque si uno revisa la historia, en otras generaciones o en otros momentos históricos, han existido esos nuevos padres. Entonces, ¿son nuevos padres retro —no sé cómo decirles—? El problema viene a veces de la perspectiva disciplinaria. La visión disciplinaria, como dice Foucault, limita pero también produce. Entonces, vamos a alcanzar a observar aquello que nuestra disciplina o nuestra formación nos permita ver, y yo creo que la masculinidad y la paternidad son mucho más complejas. Yo soy psicólogo pero, a pesar de que quiero entender la experiencia personal y la subjetividad, necesito dialogar con el nivel socio-cultural. Puedo hacerlo desde la psicología; sin embargo, tengo que tomar en cuenta las otras disciplinas o los otros ámbitos. Esto lo digo porque una preocupación que tenemos en el programa de estudios de género es que a veces hacemos recomendaciones demasiado elementales: hace uno grandes reuniones y las políticas públicas son de sentido común. No tengo nada contra el sentido común, pero uno podría haberse ahorrado unos miles de dólares en reuniones. Pienso que es muy complejo, yo puedo estudiar la subjetividad y puedo pensar en los individuos, pero hay otros procesos macro que también son importantes. Y, si pienso en los procesos macros, también tengo que pensar en las cuestiones subjetivas.

## TERCERA SESIÓN



# Impases de la paternidad: la reproducción desde la perspectiva masculina

*Ondina Fachel Leal\**

El objetivo del presente trabajo es presentar y discutir algunos datos provenientes de dos investigaciones previas enfocando lo masculino, específicamente la paternidad: sus representaciones sociales y las estrategias y arreglos sociales que la posibilitan o la impiden. Tiene como base los resultados de dos investigaciones muy amplias que enfocaron la temática de la sexualidad y las prácticas reproductivas y anticonceptivas. Ambos proyectos abordaron la misma población, aunque no trabajaron con los mismos sujetos; los dos se caracterizan por trabajar con varones como con mujeres. Se trata de una población urbana de bajos recursos de una región periférica de la ciudad de Puerto Alegre, Río Grande del Sur, Brasil, que de manera intencionadamente imprecisa, podemos identificar, socio-antropológicamente, como perteneciente a las *clases populares*.

La primera investigación llamada *Sexuality and Reproduction: A Study of Social Representations* recibió apoyo financiero del *Special Programme of Research, Development and Research Training in Human Reproduction* de la Organización Mundial de la Salud (1993-1996). El aporte original de esta investigación fue el hecho de incluir *hombres* (aunque no se centró exclusivamente en ellos) dentro de la temática de la salud reproductiva. También tuvo la peculiaridad metodológica de combinar trabajo etnográfico y técnicas estadísticas, trabajar con un universo numéricamente amplio para un estudio etnográfico, y preocuparse de sistematizar la recolección de los datos de manera que en todos los casos se recogiera la misma información (Fachel

---

\* Una versión distinta de este trabajo, escrita en co-autoría con Jandyra M. G. Fachel (1998), fue originalmente publicada en Lerner (1998). Partes del presente análisis fue también presentado en Leal (1998).

Leal y Fachel 1994).<sup>1</sup> La segunda investigación, que complementa los datos de forma más cualitativa y profundizada, aunque con un universo numéricamente más restringido, fue una pesquisa de tipo aplicado, en la cual se trabajó con la técnica de *grupos focales* y donde varios de los temas de la primera investigación fueron retomados. Esta investigación intitulada *Sexualidade Reprodução* contó con el soporte financiero de la Ford Foundation del Brasil y se desarrolló entre los años 1996 y 1998.<sup>2</sup>

Es importante observar que en nuestras diferentes investigaciones, el material más rico sobre la vivencia de la paternidad es aquel que, en el relato retrospectivo de los entrevistados, se refiere a la confrontación con la posibilidad o con el evento concreto de un embarazo, deseado o no. Dicho de otra forma, es en el material proveniente del relato de sus trayectorias de vida y de sus impases donde aparecen los datos más reveladores sobre los significados de la paternidad. En sentido contrario, las declaraciones explícitas sobre esta, aquellas que provienen de la sección de las entrevistas que se refieren directamente a este tema son extremadamente estereotipadas y repiten juicios de valor y enunciados de sentido común de forma tan homogénea que nos conducen a dudar de su relevancia. Parecería que los entrevistados repiten la opinión legítima y socialmente esperada sobre lo que es ser *un buen padre* y no se refieren a la experiencia misma y los impases de la paternidad. Este tipo de datos, que no será retomado en este trabajo, nos dice mucho sobre lo que la paternidad debería ser pero muy poco sobre cómo se vive.

<sup>1</sup> Se trabajó con una total de doscientas entrevistas etnográficas, cien hombres y cien mujeres en edad reproductiva. La metodología de investigación rescata básicamente la interrelación de los datos cualitativos etnográficos, y su sistematización, cuantificación y análisis. Para una discusión metodológica respecto de esta investigación, véase Leal y Fachel (1994).

<sup>2</sup> *Sexualidade Reprodução: Proyecto de Intervençãõ y atuação conjunta con Postos de Saúde junto à população de Baixa-renda*, Proyecto Ford 965-0984 (1996-1998). Véase el informe final de este proyecto, documento, octubre de 1998. Véase también Leal y De los Anjos (1999).

Estas representaciones legítimas sobre paternidad, pueden ser organizados en dos ejes. Primero, *ser buen padre* significa ante todo proveer, asumir la paternidad atendiendo a las necesidades materiales de la prole y, en tanto hombre, desempeñar esa función con alguna visibilidad pública. La función paterna coloca al varón como responsable por la moral del núcleo doméstico, lo que implica también un efectivo ejercicio de poder. Segundo, *buen madre* es aquella que *da cariño, que cuida, que se desvela*. Estas dimensiones afectivas y cotidianas presuponen un sujeto materno definido por la capacidad de dar de sí, de ser disponible.

La preocupación por enfocar a la población masculina no es reciente en nuestro trabajo, de hecho, estas pesquisas fueron precedidas por investigaciones, en otras áreas geográficas que tuvieron como tema la masculinidad (Fachel Leal 1984, 1989, 1993). Así, nuestro ingreso, por llamarlo así, en el campo de la salud reproductiva, se dio con una perspectiva que ya estaba comprometida con la trayectoria poco común (por lo menos en aquel momento) de estudios sobre varones. En otro trabajo (Fachel Leal y Boff 1996) intentamos reseñar los datos de estas pesquisas y discutimos la especificidad de los estudios sobre masculinidad en el contexto de los *estudios de género*. Allí llamábamos la atención sobre el hecho de que temáticas tales como la *reproducción* se estructuraron, solidificaron y cristalizaron con la ausencia de lo masculino. Indagábamos, si en tanto investigadores, no habríamos *taked for granted* que el espacio social de la reproducción se restringe al ámbito doméstico, al espacio social familiar y la percibíamos como esencialmente femenina, como si la reproducción ocurriese a pesar de, o contra los hombres. Observábamos también que, cuando empezaron a surgir los estudios sobre varones que enfatizaban la identidad de género, el foco fue la sexualidad y no la reproducción y nos preguntábamos si este era un problema nuestro (de los investigadores/as) o algo que nuestros objetos de observación nos imponían: ¿la sexualidad sería para el varón lo que la reproducción para la mujer? ¿Cómo pensar estos temas (sexualidad y reproducción) desde una perspectiva relacional si toda la cien-

cia social que construimos ya las consagró como categorías estancas y autónomas?

El material que presento aquí pertenece a proyectos de investigación que fueron pensados precisamente como un esfuerzo para corregir estos problemas. En este sentido, las investigaciones no dejaron de lado lo masculino como universo de análisis, por el contrario, lo trajeron a la escena. En segundo lugar, buscaron abordar al *género* como relación, o mejor dicho, como un sistema de relaciones y no simplemente como masculinidades o feminidades, como esferas separadas, esencializadas, disociadas y sin relación mutua.

## 1. Cuerpos, sexo y reproducción

Aun cuando este artículo enfoca el punto de vista masculino con respecto a las prácticas, creencias y valores tanto sexuales como reproductivas —aquello que podríamos llamar «cultura sexual»—, es importante tener en cuenta que este material y su análisis tienen sentido sólo con relación al mismo tipo de material, recogido en similares circunstancias, sobre el punto de vista femenino. Además de concebir este dominio —el de la sexualidad y la reproducción— como un recurso analítico dentro de una perspectiva de género, es necesario trabajar los datos desde una perspectiva comparativa. Señalamos que este tipo de datos sobre sexualidad y sobre el modo en que tienen lugar las elecciones reproductivas solo adquiere sentido en el contexto social más amplio, en la especificidad de la situación socioeconómica precaria de los grupos populares urbanos y de los arreglos complejos de alianzas dentro de un sistema de familia extensa, con reglas de residencia orientadas hacia la matrilocalidad.

Tanto en la primera investigación mencionada (1986) como en la segunda (1998), se trató de reproducir las representaciones sobre los cuerpos femenino y masculino de estas poblaciones a través, tanto de las declaraciones de los sujetos, como del material gráfico recogido (dibujos). A partir de este y su explicación narrativa, es posible

verificar una marcada diferencia según el género en la forma de concebir el cuerpo femenino. Los dibujos masculinos enfatizan los órganos sexuales (vagina), sus partes visibles (pelos púbicos) y, a pesar de que se había solicitado que dibujen los órganos sexuales y reproductivos, prestan mucha atención a los senos, la boca, la nariz, los ojos (el rostro) y el cabello. Los dibujos de las mujeres, de su lado, tienden a enfatizar, los órganos reproductores. Su mirada atraviesa lo que sería *visible* en los cuerpos y se centra en su interioridad (útero); las trompas son gráficamente redimensionadas y no es raro que el feto sea representado gráficamente dentro del útero. Cabe aquí preguntarse si esta notoria disociación por género podría ser considerada como expresión de la existencia de distintos (*engendered*) mapas cognitivos respecto a la corporalidad, el sexo y el género.<sup>3</sup>

Otro dato importante sobre las representaciones del cuerpo y sus funciones reproductivas y sexuales de estas poblaciones, que se aparta de los datos recogidos en trabajos anteriores (Fachel Leal 1995; Victora 1991), es que la mayoría piensa (tanto los hombres como las mujeres) que el período menstrual es el momento en que el cuerpo femenino está más apto para procrear:<sup>4</sup> el 59% de los entrevistados creen que el momento de la fecundación tiene lugar durante el período menstrual, o inmediatamente antes o inmediatamente después de este. A esto se suma el 16% que cree que la fecundación puede ocurrir en cualquier momento del ciclo o que depende de otros factores externos al funcionamiento biológico del cuerpo y el 8% (la casi absoluta mayoría de ellos son hombres) que declaran que no lo saben. Tenemos, de hecho, apenas un 15% (la gran mayoría mujeres) que manejan conocimientos que corresponden a la biomedicina

<sup>3</sup> Ceres Victora (1996) analiza este material de forma detallada. Para una discusión fundamental sobre las nociones de asumir la paternidad trabajando con esta misma población, véase Victora (1991).

<sup>4</sup> Siempre que se presenten datos numéricos en el presente artículo, la referencia es a la investigación que tuvo apoyo de la OMS (1993-1996). Las tendencias de estas informaciones son confirmadas por los datos eminentemente cualitativos de la investigación posterior (1996-1998).

sobre la fecundación. Esto, evidentemente, tiene efectos directos sobre la elección y las formas de utilización de métodos anticonceptivos.

Es interesante observar que son las mujeres jóvenes y con mayor escolaridad las que tienden a identificar *correctamente* el periodo fértil. Nuestra impresión es que, incluso en este grupo minoritario, existe una marcada diferencia entre lo que ellas consideran que deben responder y su sistema efectivo de creencias y representaciones corporales. De acuerdo con nuestra evaluación, las entrevistadas tienden a responder de manera *correcta* porque sienten que están siendo examinadas como en una *prueba escolar*, pero, en la práctica no aplican esta información. Los hombres, de su lado, consideran que temas tales como la fecundidad no son, legítimamente, de su incumbencia.

En otros trabajos, ya fue analizada con mas atención la lógica que ordena las representaciones sobre el cuerpo, sus fluidos y la procreación de estas poblaciones. En primer lugar, la sangre menstrual se representa como vehículo y sustancia constitutiva del embrión. De ello se concluye que, en primer lugar, la concepción se percibe como un proceso físico de consubstanciación de la sangre y el semen. En segundo lugar, en este modelo, estados corporales, tales como la temperatura y la humedad, tienen un papel importante ya que son condiciones previas para la fecundación. Finalmente, la circulación de fluidos corporales se regula según una lógica binaria de acuerdo a la cual el cuerpo se abre y se cierra. En conclusión, la dinámica de los fluidos femeninos y masculinos es un mecanismo a través del cual el mundo interior, íntimo, fisiológico, establece conexiones *de tipo íntimo* con el mundo exterior, el mundo social. Además, se constató que este modelo de concepción corresponde a una *lógica situacional*, que pertenece al orden de la contingencia de los encuentros íntimos y sus cualidades. En este sentido, para que una relación sexual sea fecunda, circunstancias tales como la hora y el lugar en los que ocurre el acto sexual, la intensidad y la calidad de la relación sexual, entre otros, son muy importantes.

Una homología entre el semen y la sangre menstrual fue mencionada arriba. Según esta, la concepción se define como una combinación de sustancias de géneros diferentes u opuestos, pero que comparten la misma naturaleza y vienen en cantidades diferentes. En condiciones adecuadas, para que una relación sexual resulte en un embarazo, es preciso que exista una efervescencia emocional y sexual en común (la noción de *gozar juntos* o la idea de que el orgasmo femenino sería un factor que propicia la fecundación en una relación sexual). Finalmente, puede decirse que la concepción se percibe como un proceso de fusión entre lo femenino y lo masculino, donde predomina la semejanza y la participación sincronizada de los estados afectivos. Esta representación indica que el sistema de creencias sobre la fecundación humana de estas poblaciones está regido por una lógica relacional y una dinámica de las cualidades.

Sin duda, la equivalencia entre la sangre menstrual femenina y semen masculino es un tema clásico en la antropología. La novedad aquí es la relevancia estadística de este dato en el caso de una población urbana, culturalmente acompañada con la *modernidad* y ostensiblemente medicalizada, ya que, aun cuando sea extremadamente pobre, tiene acceso a servicios públicos de salud y de planeamiento familiar.

## 2. Concepción y contracepción

Nuestros datos indican que el uso de métodos anticonceptivos clínicos en esta población no difiere significativamente de los datos generales para Río Grande del Sur.<sup>5</sup> Cerca de 50% de las mujeres en edad reproductiva emplean algún método anticonceptivo oral, DIU (dispositivo intra-uterino) o esterilización quirúrgica. Sin embargo, se registran quejas recurrentes sobre la eficacia de los métodos que

<sup>5</sup> Para datos epidemiológicos sobre el uso de métodos anticonceptivos para esta población específica, véase Takeda (1993).

incluyen una serie de relatos sobre embarazos ocurridos durante el periodo menstrual (cuando paran de tomar la píldora) o durante uso del DIU. Estas historias indican un posible mal uso del método y su relativa ineficacia. No obstante, los relatos —por ser tan comunes— nos revelan que existe una efectiva falta de confianza en los métodos anticonceptivos clínicos. Estos datos se comprenden mejor si tenemos en cuenta las representaciones locales sobre el ciclo fértil. Para las entrevistadas, estos métodos son un contrasentido, entre otros, porque hay que parar de tomar la píldora exactamente para el que flujo menstrual ocurra. Además de esto, el uso de anticonceptivos hormonales disminuye la cantidad de flujo menstrual, lo cual también se identifica como un problema pues «guarda dentro la sangre que tenía que salir», e interrumpe la circulación de fluidos corporales vitales y produce una serie de efectos colaterales y consecuencias indeseadas. Dentro de esta lógica, la prescripción médica de uso de anticonceptivos orales con regularidad diaria carece de sentido y, precisamente porque la ingieren de manera irregular, su efecto disminuye. Su alegada ineficacia, finalmente, acaba comprometiendo definitivamente su credibilidad como método anticonceptivo en este medio social.

Los hombres se oponen a que sus parejas usen el DIU porque generalmente causa periodos menstruales más largos, más abundantes y eventuales sangramientos fuera del periodo menstrual. EL DIU se percibe con desconfianza sobre la base de dos tipos de argumentos, no necesariamente sustentados por la misma persona. El primero se funda en la pregunta «¿cómo puede el DIU evitar el embarazo si produce más sangramiento?», siendo la sangre menstrual categorizada como un fluido fértil por excelencia. El segundo se apoya en la noción bastante difundida (nos parece que en esta población es más común que entre los grupos de clase media) de que el DIU es un dispositivo, de hecho, abortivo. Este argumento procede desde el punto de vista clínico (a pesar de que los servicios médicos generalmente no lo divulgan): su efecto es impedir que el óvulo fecundado se instale en el cuello del útero. Es notoria la complejidad de moti-

vos y razones envueltos en la resistencia al uso de este método, ya que el segundo argumento (digamos, de naturaleza científica) acaba reforzando, de forma un tanto confusa, al primero, referente a la sangre y la fertilidad, que es del orden del sentido común. Además de las razones expuestas, se vincula la sangre vaginal con nociones sobre fertilidad y polución que conducen a que los varones eviten el contacto sexual vaginal con mujeres que usan el DIU durante periodos más largos. La asociación entre sangre menstrual y polución («sangre sucia», «sangre que limpió el cuerpo», «asqueroso», «resto», «fluido que puede causar la impotencia masculina», etc.) es extremadamente difundida. Más aún, esta creencia ha sido redimensionada y reforzada recientemente porque la sangre es un vehículo de transmisión del virus del SIDA y esto ha sido masivamente divulgado por los servicios de salud y los medios de comunicación.

Entretanto, el flujo menstrual o el temor masculino a la menstruación puede llevar a los varones a buscar formas de contacto sexual no vaginal que son percibidas como violentas por las mujeres. Este dato no debe ser subestimado como factor que llevaría a las mujeres a no optar por el uso del DIU.

El embarazo también se percibe como un riesgo, que puede ocurrir o no, incluido en el universo de los eventos aleatorios. Con relación a la idea de riesgo, no es una mera coincidencia que el término usado para *embarazarse*, a saber, *pegar filho* (agarrar un hijo), sea el mismo que *pegar uma doença* («agarrar una enfermedad») o ser víctima de una enfermedad. La fertilización se percibe como una forma de contagio donde los fluidos corporales entran en contacto unos con los otros. La inclusión del aborto inducido entre las alternativas anticonceptivas debe ser comprendida a partir de la lógica del *evento aleatorio*, se trataría de una especie de elección racional *nativa* o *émica*, para usar la jerga antropológica. Aquí aparece claramente una evaluación costo-beneficio: si todos los métodos tienen algún problema (y *muchos* problemas cuando son mal usados), ¿por qué no correr el riesgo de un embarazo en lugar de tomar un medicamento que puede hacer daño para evitar un embarazo hipotético? ¿Por qué no to-

mar el remedio *si* ocurre el embarazo, y solamente después de que sean consideradas, es claro, todas las implicaciones de un posible embarazo: el establecimiento de una unión, la estabilización de un matrimonio, la posibilidad de ayuda futura, la perspectiva de movilización de alianzas y de recursos económicos y simbólicos en un proyecto individual de ascenso social?

Los datos recogidos muestran también que los hombres sobrestiman el número de mujeres que usa métodos anticonceptivos. Ellos indican con mayor frecuencia que el anticonceptivo oral es el método escogido por su pareja; entretanto, más mujeres que varones afirman que no están usando ningún método. Puede lanzarse la hipótesis de que algunos varones estén siendo mal informados por sus parejas. Si es así, el embarazo puede ser entendido, como un indicador del espacio de negociación femenina sobre las gestaciones.

A pesar de que falta más información de la contraparte masculina, un porcentaje insignificante de los hombres (1,5%) afirmaron que no sabían cuál era el método usado por su pareja. En general, los hombres manejan conocimientos sobre los métodos anticonceptivos y creen que tienen cierto control sobre las decisiones anticonceptivas de sus parejas. La participación masculina en la elección del método no es poco relevante ya que muchos indican no solo el anticonceptivo oral (*píldora*) sino el nombre farmacéutico de la medicación y conocen la historia de los cambios de métodos anticonceptivos y/o de las marcas de los anticonceptivos orales usados por sus compañeras.<sup>6</sup>

El uso de métodos anticonceptivos se asocia claramente con la dinámica de movilidad social de las personas. Categorizando *a posteriori* el material narrativo que obtuvimos con las entrevistas, o sea *cerrando* los datos a partir de su codificación en variables y utilizando técnicas estadísticas para el análisis de datos categóricos,<sup>7</sup> una

<sup>6</sup> En esta investigación hombres y mujeres son muestras independientes; no se trata, por lo tanto, de parejas. Estos datos solo son válidos de una manera aleatoria, no son, en este sentido, generalizables.

<sup>7</sup> La técnica estadística empleada fue el *análisis factorial de correspondencia*;

trayectoria de vida que puede ser considerada como *ascendente* (teniendo en cuenta por cierto, la relatividad del ascenso social) se correlaciona con la elección de métodos anticonceptivos médicos y reversibles (oral); en tanto que las trayectorias de vida *descendientes* lo están con la esterilización quirúrgica femenina y aquellos con trayectoria de vida *regular* se relacionan con el no-uso de dispositivos anticonceptivos o al uso de métodos tradicionales. Estos datos confirman algunas de nuestras hipótesis relacionadas a la reproducción como una estrategia para ascender en la jerarquía social, sea porque el estatus de *casado* es más prestigioso socialmente o porque una cierta unión representa una efectiva mejora de la situación de vida o, más aún, porque para una unidad productiva, sumar una o más personas (hijos y progenitores) a la unidad doméstica y a la red familiar (por alianza o consanguinidad) también puede significar un aumento de la renta familiar y/o del espacio y recursos de la vivienda.

### 3. Aborto

En el abanico de elecciones anticonceptivas, tal vez los datos que más muestran una tensión entre lo masculino y lo femenino son aquellos referentes a las prácticas abortivas ( Fachel Leal y Lewgoy 1995, 1998; Fachel Leal y Fachel 1998).<sup>8</sup> En lo referente a las opiniones sobre aborto, en el universo estudiando (100 hombres y 100 mujeres), los hombres son claramente menos favorables al aborto que las mujeres. Estamos hablando aquí de ser favorable al aborto *en determinadas condiciones* (el que incluye que la mujer no desee el embarazo). Es decir, 53% de los hombres entrevistados están de acuerdo

---

para una detallada discusión de la metodología empleada en esta investigación, véase Leal y Fachel (1994).

<sup>8</sup> Reproduzco aquí algunos de los datos y argumentos presentes en dichos textos. La discusión que sustenta nuestra reflexión respecto al aborto y la noción de persona tiene como referencia los trabajos de Duarte (1986, 1992) y Fagot-Largeault y Parseval (1989).

al aborto, en tanto que, entre las mujeres, este índice es de 70%. Es interesante observar que surgió también en las declaraciones masculinas —y solamente en las declaraciones masculinas— la posibilidad de «dar [el hijo] para criar» como una alternativa al aborto.

De hecho, las opiniones acerca del aborto son mucho menos conservadoras de lo que parecen ser a primera vista, esto es, cuando solamente consideramos la respuesta a la pregunta objetiva «¿estás en favor o en contra de la legalización del aborto?», los comentarios de los informantes sobre el asunto presentan argumentos relativizadores sobre las condiciones o situaciones en las cuales el aborto es aceptable o, incluso, en las cuales debe ser llevado a cabo. Analizando estas sutilezas discursivas, tenemos que 61% del total cree que el aborto es aceptable *en determinadas circunstancias*. Entre estos argumentos relativizadores, están la falta de condiciones para criar al niño o niña o la falta de alguien que asuma al niño o niña dentro de la red ampliada de la familia, vecinos y amigos.

Estimamos que, en la población estudiada, existe un índice de 34% de *abortos inducidos*, o sea, el 34% de la población en edad reproductiva ha realizado uno o más abortos. Se construyó este índice considerando tanto las declaraciones femeninas como las masculinas (lo que no es un procedimiento demográfico usual cuando se trata de cuestiones de salud reproductiva). La pregunta planteada a los entrevistados y entrevistadas se refería a si habían tenido uno o más abortos inducidos en su historia reproductiva. En el caso de los hombres, se buscó igualmente esta retrospectiva acumulativa, pero el aborto pudo haberle ocurrido a más de una mujer de sus diferentes relaciones. Si consideramos solo las respuestas de las mujeres, la incidencia de abortos sería mayor (43% de las mujeres en edad reproductiva ya habrían recurrido, por lo menos una vez, a estos procedimientos). Se optó por mantener el índice más conservador y la muestra más amplia, esto es, sumar las declaraciones masculinas y femeninas, y tomar este número como un estimado.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Véase nota 7.

Entretanto, tomando en cuenta el total de las declaraciones masculinas y femeninas, es necesario explicitar que sólo el 15% declaró que sí había abortado, entre los restantes, en el 19% de los casos quedó claro, a partir de sus relatos, que sí habían abortado (entendido aquí como la interrupción voluntaria de un embarazo), a pesar de que la persona entrevistada no identificaba una determinada práctica abortiva como tal (o su estado embarazo).<sup>10</sup> Es el caso del uso de infusiones abortivas tradicionales (*chapoairadas*), incluso cuando esas infusiones se combinan con el medicamento prostaglandina (comercialmente el *cytotec*, de reconocido efecto abortivo). Otros procedimientos abortivos, como lavados con *gotas* (de diferentes químicos), o el uso del *cytotec* vaginalmente, o la auto introducción vaginal de objetos, no fueron necesariamente identificados como *aborto* (o «sacar al niño», para usar el término local), sino como procedimientos para «hacer bajar la regla». Reside ahí la dificultad de los datos y, ciertamente, la riqueza de matices en la definición de lo que es o no un aborto. Puede considerarse que el nivel de información masculina respecto a los abortos considerados como tal es grande, la diferencia reside en aquellos abortos que no son considerados como tales y que son procedimientos que generalmente se restringen a la esfera muy íntima de la autoinducción.

De hecho, la diversidad de prácticas abortivas usadas entre las clases populares representa un desafío para la reflexión antropológica, porque hay una serie de situaciones que conllevan no solo un gran peso dramático para los sujetos envueltos sino, también, un alto nivel de complejidad en su circunscripción analítica. Estas son situaciones que muestran la necesidad de relativizar nociones tales como aborto y embarazo, hasta ahora tratadas como unívocas y naturaliza-

<sup>10</sup> Aquí también no se tomó solo las declaraciones femeninas; la distribución es diferenciada: 18% de las mujeres declaran que ya practicaron algún aborto y 25% no identifican como aborto los procedimientos la que se sometieron. En el caso de los hombres, 13% declaran que alguna vez en su vida una de sus parejas abortó y 13% relata que usó procedimientos abortivos, pero no los identifican como tales por ejemplo: «No, ella nunca hizo un aborto, solo tomó esos tés con comprimidos».

das. La problemática aquí abordada señala la necesidad de desarrollar conocimientos más matizados sobre los valores y las prácticas que las poblaciones estudiadas accionan cuando lidian con la reproducción. Evidentemente, no pretendemos negar la realidad de la regularidad natural de los procesos de concepción y embarazo, sino destacar que, tanto estos como el propio aborto, se vivencian e interpretan de manera múltiple y variada. Esto nos autoriza a introducir distinciones entre el embarazo como un estado natural y el embarazo como un estado social.

Las poblaciones estudiadas se caracterizan por adjudicar un enorme valor cultural al embarazo, y esto independientemente de los matices observados en las declaraciones masculinas y femeninas. Esta valorización posiblemente no sea una novedad, toda la literatura antropológica señala este hecho. No obstante, presenta ciertas particularidades (sobre todo en el primer embarazo), que nos permiten lanzar la hipótesis de que, para las clases populares urbanas, inmersas, como ya fue mencionado, en el contexto más amplio de la modernidad (aun cuando la comunión con estos valores ocurra de forma desigual y ambigua), hace mucho que la virginidad dejó de ser un valor (inclusive en el mercado matrimonial) y el embarazo ha pasado a ocupar este espacio como indicador concreto de compromiso afectivo. Mejor sería decir que la valorización del embarazo ha sido redimensionada o resignificada, no funciona ya en términos de esencialidad de identidad de lo femenino, sino en términos de elemento fundamental en una red de arreglos domésticos, de consanguinidades, de afinidades, papeles y prestigios sociales.<sup>11</sup>

El grupo de mujeres más jóvenes, sin pareja o unidad doméstica constituida, sin una situación de trabajo o empleo estable, en fin, *sin condiciones*, es también el que menos recurre a métodos anticonceptivos preventivos. Puede tomarse estos datos como evidencia de que

---

<sup>11</sup> Se trata, posiblemente, de un fenómeno global y en no exclusivo de las clases populares brasileñas. En general, todos los datos, en Brasil y en países desarrollados, apuntan hacia el aumento (relativo) del embarazo en la adolescencia.

el *riesgo de embarazo* (tomando *riesgo* como una noción émica), o el estado biológico del embarazo, son elementos fundamentales como estrategias matrimoniales, constitutivas de diferentes identidades de género, alianzas y redes sociales. En cuanto estrategia, compete a los actores accionarla, pero si la evaluación situacional de los indicios biológicos de gestación no tuviera la posibilidad de una buena respuesta en términos de las redes y alianzas sociales de la gestante, no solo se tolera sino que las expectativas tácitas son que *la madre no asuma*.

Es importante dejar claro (precisamente porque no corresponde al prejuicio mas o menos generalizado sobre las clases populares) que la organización familiar de este grupo, que vive en una situación extremadamente precaria, en pueblos jóvenes y asentamientos humanos (vilas y favelas), puede ser considerada *sólida*, en el sentido que es una estructura ampliada de familia que tiene un papel fundamental y permanente en este tipo de organización social. En otras palabras, el *parentesco*, como tiene mostrado la literatura antropológica, es el principio fundamental de ordenamiento de los grupos populares urbanos. Este es un contexto social de permanente incertidumbre, inestabilidad e *ilegalidad* en la posesión del espacio de vivienda. Es precisamente porque las condiciones socio-económicas son muy precarias (falta de empleo estable, ingresos inciertos, posesión ilegal del terreno, precariedad de la vivienda) que la familia, en su organización ampliada, pasa a tener un papel fundamental. En este contexto, las decisiones acerca de la reproducción se toman guiadas por arreglos complejos de alianzas matrimoniales, en un sistema de parentesco cognático, de familia extensa con orientación matrilocal.

Las unidades domésticas se establecen con mayor frecuencia en la vivienda o en el terreno de la familia de la mujer. Lo importante aquí es enfatizar la acentuada orientación femenina de la unidad doméstica: generalmente, viven en un mismo lugar, además de los padres de la mujer, los abuelos maternos u otros familiares de la madre de la mujer. Fue posible observar, a partir de las historias de vida, un movimiento de virilocalidad (vivir en la casa o terreno del hombre),

que funciona como una estrategia de alianza y un modo de legitimar socialmente una nueva unión consensual. Es común, en otras palabras, que en el primer momento de una nueva alianza, o para hacer público el hecho de que existe una nueva unión, el lugar de residencia de la pareja se establezca junto a la casa de la familia del hombre o en una extensión (*puxado*) ligada físicamente a esta. En general, después del nacimiento del primer hijo, la pareja se establece en la unidad doméstica o terreno de los padres de la mujer.

La estrategia de alianza para la constitución de una nueva unión está claramente asociada al tipo de estructura familiar, el que, a su vez, tiene un efecto directo sobre el uso de métodos anticonceptivos y sobre las prácticas abortivas. Los papeles sociales están siempre en juego y el momento de la reproducción es también el punto en que estos papeles son redefinidos. Utilizando el material de las historias de vida de esta población, tratamos de identificar diferentes *estrategias de alianza*: (1) se casaron porque ella estaba embarazada; (2) virginidad, en una definición ampliada, significa que *la mujer no estaba embarazada cuando los dos se casaron*; (3) se escaparon de la casa.

Insistimos en que la concepción y la anticoncepción tienen que ser entendidos en el contexto de la *familia extensa* definida por la alianza y la consanguinidad, arreglos familiares diversos y redes de parentesco ampliadas y que la dimensión de género es aquí fundamental. La primera *estrategia*, casarse debido al embarazo, concentra la gran mayoría de los casos y está claramente asociada (tanto etnográfica como estadísticamente) con el patrón de matrilocidad, aunque puede ser precedido de una virilocalidad provisional, inmediata al momento de la unión. La asociación entre la neolocalidad y el matrimonio sin embarazo pre-nupcial es también clara. El patrón es que la pareja mantiene una relación duradera y un proyecto en común de constituir una alianza y tener una casa propia. Es todavía visible la asociación entre *huir de casa* y la virilocalidad, esto es, de establecer la vivienda en el lugar de residencia del hombre.

El embarazo emerge como una estrategia de alianza especialmente entre las adolescentes; esto, sin embargo, no es claro en el

grupo masculino. Cabe recalcar que en este contexto, contrariamente a la definición de la medicina-clínica, el embarazo en la adolescencia no se percibe como un *problema*. Una vez que ocurre, se establece una intensa negociación en torno a quién potencialmente (y socialmente) *asumirá* o *reconocerá* al niño/embarazo: esta persona puede ser cualquier pariente del niño que se responsabilice por él; puede ser el propio padre del niño o niña, la madre o también los abuelos maternos del niño o niña. Como ya fue señalado, en el momento de demarcación de la *alianza*, el hecho de vivir en la residencia del hombre tiende a ser temporal, hasta que haya un reconocimiento tácito y público de la existencia de esta nueva unión. Tal situación marca el reconocimiento por parte del hombre de su paternidad, de apoyo su (y/o de su familia) a la pareja y/o al hijo o hija.

La *huida de casa* significa que la mujer dejó la casa de sus padres para constituir una nueva alianza; aparentemente tal *fuga* supone que la familia *de ella* no acepta la unión, pero, en realidad, este es un patrón establecido culturalmente, una estrategia tácita para legitimar la nueva alianza. La pareja vive durante poco tiempo en la casa de amigos o familiares (del marido) y después regresa al hogar de la mujer, generalmente cuando esta queda encinta. En el caso de adolescentes, la fuga de la casa legitima la unión, una vez que se vuelve público el hecho de que la pareja de jóvenes tiene relaciones sexuales.

Una característica distintiva de la organización doméstica de este grupo es la *circulación de niños*, un sistema informal de adopción en el que estos permanecen dentro de una red social ampliada de la familia y de los vecinos; unidos por lazos que se superponen, el niño o niña representa un lazo de gran importancia para esta red. En el grupo estudiado, el 11% *tomó para criar* uno o más niños y niñas mientras que el 19% *dio para criar* un niño o niña o más a otra persona o familia.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Si tomamos en cuenta que aquellos que dieron hijos para criar no son los mismos que tomaron niños para criar, tenemos que el 30% de las unidades familiares de

Cabe notar que la alternativa de «dar [al niño o niña] para criar» en el caso de un embarazo no deseado, contrariamente al aborto, surgió espontáneamente, solo en el *discurso masculino*, en un número razonable de casos (en torno a 20%). Esto coincide con la literatura antropológica existente sobre patrones de organización familiar de grupos urbanos de clase popular que enfatizan al grupo familiar extenso. La *circulación de niños*, en este contexto de familia extensa, tiene un papel importante en la organización doméstica del grupo. La opción de *dar para criar* como alternativa al aborto, se presenta para las mujeres embarazadas que no tienen una pareja y para las cuales el embarazo no ha sido ocasión para constituir una unión. Ella puede optar por darlo a la familia del padre biológico (y puede haber presión masculina en este sentido), estableciendo, así, un lazo entre el hombre y la familia de este (que a su vez fue posiblemente constituida con una orientación matrifocal). Tal decisión femenina es fundamental en la definición del lugar de residencia del hombre.<sup>13</sup> Es importante llamar la atención también sobre el hecho de que, sorprendentemente, la incidencia de prácticas abortivas no presentó ninguna correlación significativa con otras variables, tales como *condiciones de vivienda* o *trayectoria de vida*, tomadas como indicadores socio-económicos para esta población homogéneamente muy pobre. Más aún, otras variables más finas como *práctica religiosa*, *origen étnico* u *origen social (rural o urbana)* no presentaron correlación con la variable *prácticas abortivas*. Reside ahí precisamente la novedad de estos datos. El hecho de que no sea posible establecer una correlación entre la variable *aborto* y variables, que podrían ser tomadas como indicadores de instituciones o tradiciones culturales que prescriben las reglas de conducta, da soporte a nuestra línea de argumen-

---

este universo de investigación está envuelto en la práctica de *circulación de niños*. Es decir, en 200 familias diferentes, treinta y cuatro niños fueron entregados para ser criados y treinta y ocho fueron adoptados; esto hace un total de setenta y dos niños que circularon.

<sup>13</sup> Para la discusión sobre circulación de niños en grupos populares, véase Fonseca (1994).

tación que busca en variables más etnográficas, tales como las representaciones sobre el proceso reproductivo y la organización social, elementos para entender cómo se concibe el aborto y cuándo se opta por este en las poblaciones estudiadas.

Tanto desde la perspectiva masculina como de la femenina, el embarazo o su posibilidad es un elemento fundamental de la organización familiar y del contexto cultural de este grupo. Esto convierte a su opuesto (la interrupción del embarazo), como fue ya indicado, en una posibilidad igualmente legítima, o mejor dicho, diferencialmente legitimable, según la circunstancia y la evaluación estratégica de las contingencias de cada situación concreta.

La negociación entre lo femenino y lo masculino, la definición de papeles sociales, se mide fundamentalmente a través del proyecto de tener un hijo o de concebir. El reconocimiento mismo del hecho de «estar embarazada» depende de una intensa negociación entre la pareja y la familia extensa. Es solamente *después* de este proceso que la concepción puede ser reconocida (o no) como tal. Si el embarazo, se acepta puede funcionar como una estrategia de alianza, especialmente femenina. Queda claro el poder que la mujer (o su familia) puede ejercer sobre el hombre a través del embarazo, en el sentido de presionarlo a unirse a la madre, sea en una nueva unión (consensual o oficial) o en la reestructuración de una unión ya existente. El embarazo, cuando es reconocido, establece, a su vez, otra intensa negociación sobre quién asumirá el proyecto de llevar adelante la gestación o de tener un hijo. Un embarazo no reconocido como tal abre la posibilidad de realizar un aborto, pero este será llevado a cabo, en este caso, como un método anticonceptivo, un recurso que puede ser empleado una vez concluida la negociación. El aborto auto-inducido (a través de procedimientos orales combinados con el uso del medicamento *cytotec*), como fue mencionado, no se identifica como un *aborto*, sino como un procedimiento *para bajar la regla*, esto es, como parte de la rutina anticonceptiva.

El aborto, la *interrupción del proceso de concepción*, es siempre el resultado de una discusión social, establecida en términos de una

negociación de género entre lo masculino y lo femenino. La negociación envuelve la noción de *asumir*, necesariamente correlativa a la de concepción. Dicho de otro modo, el contexto social ampliado, que envuelve o puede envolver la reproducción biológica, es un factor determinante en el modo en que se reconoce inicialmente la existencia de un ser humano en el útero materno. Este factor es el más importante porque se sobrepone incluso a la lectura de las diferentes señales dispersas en el cuerpo de la mujer en el momento en que se define si está o no gestando. En un universo en que la maternidad es tan valorizada, el embarazo se presenta como un momento crucial desde el punto de vista sociológico. Cuando es reconocido como tal, envuelve la producción social de por lo menos dos personas, el *hijo* y la *madre*; no menos importante, aunque con menor frecuencia, la producción de un *padre*. Este proceso, pues, tiene enormes consecuencias en la reproducción social del grupo.

En la esfera de la reproducción, en las prácticas vividas y pensadas sobre lo que es la paternidad y la maternidad, se evidencia una dimensión importante y a veces conflictiva, que indica que tanto en la reproducción como en la sexualidad se produce socialmente al ser femenino y al ser masculino sobre bases diferenciadas y que los valores que rigen las relaciones sexuales y la producción de hijos no están desligados de los modos sociales de producción de los géneros.

## Bibliografía

BOURDIEU, Pierre

- 1990 «Da la Regra às Estrategias». En: BOURDIEU, Pierre. *Coisas Ditas*. Sao Paulo: Brasiliense.

DUARTE, Luiz Fernando

- 1986 *De la Vida Nervosa em las Classes Trabalhadoras Urbanas*. Río de Janeiro: CNPQ.

- 1992 «Horizontes del Individuo y de la Ética en el Crepúsculo de la Familia». Trabajo presentado en el Seminario organizado por la Fundación Juan XXIII. Río de Janeiro.

FACHEL LEAL, Ondina

- 1984 *Duelos verbais y outros desafios: representações masculinas de sexo y poder en el Brasil*. Trabajo presentado en la reunión de la Asociación Brasileña de Antropología, Curitiba.
- 1989 *The Gauchos: Male Culture and Identity in the Pampa*. Tesis para optar el Ph.D. Department of Anthropology, University of California, Berkeley.
- 1992 «Benzedeiras y Bruxas: Sexo, Género y Sistema de Cura Tradicional». *Cadernos de Antropologia*. Porto Alegre: PPGAS, UFRGS.
- 1993 «El mito de la Salamandra del Jarau». *Cuadernos de Antropologia*, 7. Porto Alegre: PPGAS-UFRGS.
- 1998 «Hombres: Cultura Reproductiva y Sexualidad». *Revista Estudios Feministas*, octubre, Río de Janeiro.

FACHEL LEAL Ondina y Adriane BOFF DE MELLO

- 1996 «Insultos, queixas, sedução y sexualidad: fragmentos de identidade masculina en una perspectiva relacional». En: PARKER, Richard y BARBOSA (ed.). *Sexualidades Brasileiras*. Río de Janeiro: Relume Dumará.

FACHEL LEAL, Ondina y DE LOS ANJOS

- 1999 «Cidadania de Quem? Possibilidades y Limites de la Antropologia». *Horizontes Antropológicos*, 10. Porto Alegre: PPGAS-UFRGS.

FACHEL LEAL, Ondina y Jandyra FACHEL M. G.

- 1994a «Antropología del Cuerpo y Pesquisa sobre Sexualidad: Datos Qualitativos y Tratamiento Estadístico, uma Proposta Metodológica». Trabajo presentado en el Grupo de trabajo «Pessoa, Corpo

e Doença», XVIII Encontro Anual de la ANPOCS, Caxambú, Minas Gerais, noviembre.

1994b *Body, Sexuality and Reproduction: A Study of Social Representations. Final Report*. Informe final de investigación, documento. Special Programme of Research, Development and Research Training in Human Reproduction, Organización Mundial de la Salud.

1999 «Aborto: tensión y negociación entre lo femenino y lo masculino». En: LERNER, Susana (ed.). *Varones, Sexualidad y Reproducción*. México: El Colegio de México, Sociedad Mexicana de Demografía.

FACHEL LEAL, Ondina y Bernardo LEWGOY

1995a «Persona, Aborto y Contracepção». En: FACHEL LEAL, Ondina (ed.). *Corpo e Significado: Ensaio de Antropologia Social*. Porto Alegre: Editora de la Universidad Federal de Río Grande del Sur.

1995b «Sangue, Fertilidade e Práticas Contraceptivas». En: FACHEL LEAL, Ondina (ed.). *Corpo e Significado: Ensaio de Antropologia Social*. Porto Alegre: Editora de la Universidad Federal de Río Grande del Sur.

1998 «Aborto: Uma Contribuição Antropológica à Discussão». *Filosofia Política*, Nueva Serie, vol. 2, pp. 173-195.

FAGOT-LARGEAULT, L. y G. PARSEVAL

1989 «Qu'est-ce un Embrion?». *Esprit*, 151, junio, pp. 89-120.

FONSECA, Claudia

1994 «Children and Social Inequality in Brazil: A Look at Children Circulation in the Working Class». En: RIZZINI (org.) *Children in Brazil Today: The Challenge for the Third Millenium*. Río de Janeiro: Editora Universitaria Santa Úrsula.

TAKEDA, S

1993 «Avaliação das Modificações nos Indicadores de Saúde e Qualidade da Atenção (Seis anos após da implantação de unidade de Postos de Saúde)». Tesis de Maestría en Epidemiología, Universidad Federal de Pelotas.

VICTORA, Ceres

1991 «Mulher, Sexualidade Reprodução: Representações do Corpo em uma Vila de Classes Populares em Porto Alegre». Tesis de Maestría presentada al PPGAS-UFRGS, Porto Alegre.

1996 «Images of the Body: Lay and Biomedical Views of the Reproductive System in Britain and Brazil». Tesis para optar el Ph.D. en Antropología. Department of Human Sciences, Brunel University, Londres.



# Mamitis y los traumas del desarrollo en una colonia popular de la ciudad de México\*

*Matthew C. Gutmann\*\**  
*Brown University*

## 1. Lecciones para un padre neófito

En el barrio de clase obrera de Santo Domingo, México D.F., se dice que los niños y, aún más, los bebés pueden sufrir de mamitis cuando se les separa de sus madres físicamente durante demasiado tiempo. La mamitis afecta a los niños cuando los carga otra persona que no sea su madre, esté o no esté ella a la vista. La expresión mamitis es generalmente usada de manera burlona, muchas veces con una sonrisa por parte de quien la usa. Aunque es un diagnóstico *folklórico-popular*, la mamitis refleja la influencia de las ideas biomédicas que califican como *natural* la unión de los niños con sus madres y la necesidad de éstos de estar en contacto con ella. Así es que, aunque el término se utiliza en tono de broma, sería un descuido no tomar en cuenta la seriedad con que se percibe esta enfermedad ya que el sentido del humor se puede usar para contrarrestar la angustia psicológica causada por circunstancias desagradables.

---

\* Reimpreso con autorización de la University of California Press. Publicado originalmente como «Mamitis and the Traumas of Development in a Colonia Popular of Mexico City» en Nancy Scheper-Hughes y Carolyn Sargent (ed.) *Small Wars: The Cultural Politics of Childhood*, pp. 130-148, Berkeley, University of California Press, 1998. Traducido por Elena García.

\*\* Agradezco a Stanley Brandes, Daniel Cazés, Teresita de Barbieri, Benno de Keijzer, Orlandina de Oliveira, Mary Goldsmith, Tanya Luhmann, Nelson Minello, Eduardo Nivón, Carolyn Sargent, Irma Saucedo y Nancy Scheper-Hughes por sus comentarios que me han ayudado a clarificar el argumento del presente ensayo. Quisiera darle las gracias también a Norma Fuller, pionera en los estudios antropológicos sobre la masculinidad, por haberme invitado a participar en la conferencia sobre paternidad en la Pontificia Universidad Católica del Perú en junio de 1999.

Los ataques de mamitis generalmente duran poco tiempo y se manifiestan en la inquietud del niño o de la niña por haber sido separado o separada de su madre. A veces, la gente también hace referencia a niños que sufren de este problema de manera crónica. Estos últimos casos, especialmente, reflejan de manera más precisa cómo la mamitis se conecta subjetivamente, en la imaginación de la gente, con los cambios en las obligaciones de la mujer con respecto al cuidado de los niños; obligaciones que también están asociadas con transformaciones socio-económicas recientes en México. Entonces, la mamitis está íntimamente conectada con la internalización, por parte de los sujetos, de un cambio social, de amplias proporciones y muchas veces conflictivo, con respecto a las identidades y las relaciones de género.

Este trabajo se pregunta por qué la frecuencia de la mamitis parece haber incrementado en la ciudad de México, y en qué medida este trauma, netamente psicológico, se relaciona tanto con factores socioeconómicos como con factores subjetivos. Mis estudios sobre el cambio social en México, y particularmente, sobre cambios en las relaciones de género entre hombres y mujeres, y entre hombres en la capital de este país, me han llevado implacablemente hacia el estudio de temas psicológicos relacionados con las identidades de género, las relaciones de género, la familia, la crianza, el cuidado de los niños y la conciencia entendida como acciones que tienen una motivación y siguen un propósito. Aquí, quisiera analizar lo que muchos padres en una colonia popular, pobre pero estable, de la ciudad de México, piensan sobre los traumas psicológicos de sus niños. Especialmente, me interesa ver cómo estos padres asocian estos traumas con transformaciones modernas más amplias, como la participación de las mujeres en movimientos sociales, y el trabajo de las mujeres fuera del hogar. Este es un estudio sobre la interconexión de los traumas del desarrollo infantil y del desarrollo social en la capital de México al principio de la década de los noventa.

En cuanto a la aflicción llamada mamitis, ¿cómo entendemos este fenómeno en términos de desarrollo humano y de cambio social?

¿Cuál es su etiología? ¿A quién afecta la mamitis? Por ejemplo, ¿es realmente una condición psicológica de la cual sufren primordialmente los niños o podría tener que ver más con el estado mental de los adultos? ¿Cuándo es más frecuente la mamitis? Y, no incidentalmente, ¿por qué no existen casos de *papitis*?

«¿Por qué, realmente?» me preguntaba yo en 1992, durante mi trabajo de campo en la Colonia de Santo Domingo en la ciudad de México.<sup>1</sup> Llegué al barrio con mi esposa y con nuestra hija, Liliana, en ese entonces de siete semanas. Siendo un padre nuevo, el estudio de la crianza entre nuestros vecinos en la colonia fue mucho más que un ejercicio académico. Durante este tiempo, cuando entrevistaba a madres y padres de diferentes edades, grababa muchas historias de vidas, participaba en fiestas de familias y del barrio, y tomaba miles de fotos, y mientras sacaba la basura o iba al mercado, no solo era el gringo, no solo era el antropólogo, era también el padre de la gordita peloncita que vivía frente a la tortillería. Como padres nuevos, nos caían sugerencias y comentarios sobre cómo ser buenos padres; comentarios frecuentes, que venían generalmente sin que los pidiéramos, pero siempre de todo corazón.

Cuando hacía entrevistas entre mujeres y hombres en Santo Domingo, frecuentemente cargaba a Liliana. Una mañana al entrar a la tienda de la esquina con ella, el señor César, un vecino de edad avanzada, me preguntó: «¿No extraña a su mamá?». Eugenia, que atendía la tienda a esa hora, asintió con la cabeza. Intenté explicarles que si bien su madre pasaba mucho tiempo con Liliana, también lo

<sup>1</sup> El trabajo de campo etnográfico, 1992-1993, fue realizado con becas de Fulbright-Hays DDRA, Wenner-Gren Foundation, National Science Foundation, Institute for Intercultural Studies, UC MEXUS, y el Centro de Estudios Latinoamericanos y el Departamento de Antropología de la Universidad de California, Berkeley. La investigación continuó de 1993 a 1995 con una beca del National Institute for Mental Health. Quedo agradecido también con el Centro de Estudios Sociológicos y al Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, de El Colegio de México, y al Departamento de Antropología, de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, por su apoyo institucional durante mi estadía en la ciudad de México.

hacia yo, y que en mi opinión la cercanía era un factor determinante en los vínculos que un niño pequeño podía desarrollar con los demás. Para ellos, esto no venía al caso, pues existía un vínculo natural y físicamente irresistible en la dependencia mutua entre una madre y su hijo, que precedía a todos los demás; una relación cualitativa que no podía ser desplazada por ninguna cantidad de tiempo que pasara conmigo.<sup>2</sup>

Durante tres décadas, después de la advertencia de Robert Redfield (1944) sobre el «debilitamiento de la organización familiar» en México —debido al advenimiento de relaciones sociales urbanas modernas que llevarían a la desorganización, secularización e individualización mientras la gente pasaba por *el continuo folk-rural-urbano*—, los antropólogos y otros investigadores sociales, trabajando en México, prestaron mucha atención a las prácticas de crianza de los niños, especialmente en las áreas rurales. Por ejemplo, como parte del proyecto sobre relaciones entre madres y padres y sus hijos en la investigación *Seis Culturas* de Beatrice Whiting (1963), Kimball y Romaine Romney (1963), en su estudio del pueblo mixtec de Juxtlahuaca, Oaxaca, enfatizaron la importancia de la división del trabajo entre los padres con respecto al cuidado de los hijos. «Está bastante claro», escribieron entonces, «que las madres, en realidad, asumen más responsabilidades en la crianza de sus hijas que de sus hijos, y que los padres asumen más responsabilidades por los hijos varones». Este tipo de resultados es una fuente importante de comparación para la investigación sobre la división del trabajo paterno/materno en la ciudad de México actualmente. Con respecto al fenómeno de la mamitis, por ejemplo, está claro que hoy en la ciudad de México, las madres toman la mayor parte de las responsabilidades en la crianza

<sup>2</sup> Para información sobre teorías que argumentan que la vinculación es impulsada más por biología y basada menos en historia y cultura, véase a Harlow (1971) y Bowlby (1953, 1969). Para una discusión reciente de «actitudes claramente negativas sobre el parto y la crianza de niños» entre mujeres en una comunidad rural de Oaxaca, véase a Browner (1986). Para una crítica general y minuciosa de teorías feministas culturales y psicológicas sobre los lazos innatos de madre-hijo, véase a Scheper-Hughes (1997).

de sus hijas y de sus hijos, y que los padres varones asumen, a veces sí y a veces no, tareas regulares en la crianza. Entonces, puede ser que los ataques de mamitis se reporten más frecuentemente hoy, por la mayor —no menor— cantidad de trabajo en la crianza de parte de las mujeres.

Las relaciones de los padres con sus hijos fueron estudiadas de manera más consistente por antropólogos en los cincuenta y sesenta. Erich Fromm y Michael Maccoby (1973), en su investigación de un pueblo mexicano, argumentan que «la ruptura del lazo primordial con la madre [por hijos]... depende más de factores socio-económicos, que psico-sexuales». George Foster (1972) enfatiza que en Tzintzuntzan, Michoacán, las hijas, más que los hijos, «son mucho más cariñosas con sus padres, en desmedro de las relaciones cercanas con sus madres». Pero, fuera de algunas aventuras ocasionales en el campo de la crianza de niños (véase, por ejemplo, Miles 1994), en las investigaciones antropológicas sobre México de las últimas dos décadas, el estudio de la crianza y la socialización no es bien recibido, como tampoco lo es en la disciplina antropológica en general. Aunque recientemente algunos antropólogos han realizado estudios interesantes sobre el género y la socialización, estos han sido demasiado marginales a los debates metodológicos y teóricos de hoy. Mi propio trabajo, entonces, está diseñado en parte para rearticular preguntas sobre la familia, la crianza y la endoculturación en nuestros estudios sobre cultura y cambio cultural.

Esto se hace más fácil y más oportuno a causa de la reciente investigación feminista sobre el trabajo de la mujer, la reproducción social, y el hogar en México, y en otras partes (véase González de la Rocha 1986; Chant 1991; Benería y Roldán 1992; García y Oliveira 1994; Ginsburg y Rapp 1995). Estas y otras investigaciones se preguntan cada vez más cuestiones como qué deben y qué no deben hacer las mujeres y los hombres en México al criar a sus hijos, cómo es que los padres perciben que sus opciones se amplían y/o limitan por factores externos como el trabajo y la educación, y por las responsabilidades personales y políticas que la gente tiene dentro y fuera de su barrio.

## 2. La crianza (del padre) en la ciudad de México

Hasta el día de hoy, nuestra investigación se ha limitado primordialmente a la parte sur de la ciudad de México en la colonia popular de Santo Domingo, un área poblada por colonos *paracaidistas* desde septiembre de 1971. Actualmente, hay más de cien mil personas viviendo en la colonia Santo Domingo, y solo una fracción de ellas puede conseguir trabajo en la colonia. Desde la invasión de terrenos en 1971, los colonos han construido las calles, han traído electricidad y canales de agua, y, más recientemente, han ayudado a colocar las tuberías de desagüe. En muchos aspectos, Santo Domingo es una colonia típica de la capital mexicana, ya que está poblada mayormente por hombres y mujeres viviendo cercanamente, compartiendo y peleando por todo lo que tienen. Hoy, la mayoría de mexicanos vive en ciudades de más de diez mil personas. Sin embargo, en otros aspectos, Santo Domingo es un barrio poco común, por su historia particular, especialmente la historia de las mujeres como organizadoras y líderes en la construcción física y moral del área.

Precisamente por estas experiencias pasadas, los comentarios de Antonio Gramsci (1981-1984) sobre la consciencia contradictoria se pueden aplicar a las opiniones y significados de muchos pobladores en la colonia sobre los cambios recientes en las relaciones y roles de género en la sociedad mexicana. El concepto de conciencia contradictoria de Gramsci enfoca el pensamiento sorprendentemente ambiguo, que caracteriza a quienes simultáneamente mantienen, de manera no-crítica, ideas y prácticas adquiridas en el pasado, mientras que estos mismos también desarrollan nuevas maneras de pensar y de actuar, basadas en las transformaciones prácticas del mundo en el que están inmersos. Entonces, también en Santo Domingo, las tradiciones de las generaciones pasadas actúan como un contrapeso sobre quienes hoy tratan de crear nuevas relaciones e identidades, incluyendo temas centrales como los que involucran el ser padres y criar a los niños.

Aunque existen todavía ideologías culturales que consideran a los padres como los que ganan el pan y a las madres como las que dan cariño, para muchos, ser padre de confianza e involucrado es tan central a ser hombre, como la potencia sexual o cualquier otro componente. De manera similar, aunque el énfasis reciente de investigadoras feministas de México y América Latina haya sido provechoso para documentar y explicar muchos problemas, desde la participación de mujeres en movimientos sociales hasta el trabajo remunerado, todavía no se da el caso de que las relaciones entre mujeres y hombres y entre padres e hijos en la familia y en el hogar sean problemas resueltos. Al estudiar al hombre en su rol como padre, podemos documentar transformaciones y continuidades en las actitudes y comportamientos de los hombres en el contexto de un desarrollo socio-cultural que involucra a las mujeres, como se ve cuando los roles culturales —ya ampliados— de la mujer, enfrentan de manera directa a las identidades masculinas en Santo Domingo y en otras comunidades en las últimas dos décadas.

Para citar un ejemplo, con respecto al trabajo doméstico, parece haber poca duda de que han habido cambios, ya que ahora los hombres participan más en él de lo que sus propios padres lo hacían antes. Esto está relacionado, y no en poca medida, a que actualmente gran número de las mujeres tienen trabajos fuera de casa; en la ciudad de México, más del 40 por ciento de las mujeres entre 20 y 44 años de edad trabajan a cambio de una remuneración. Adicionalmente, en términos educativos, en esta ciudad existe equidad en la asistencia de niños y niñas a la escuela secundaria —incluso es posible que haya más mujeres que varones—. Estos son solo algunos de los factores demográficos que afectan directamente los conceptos sobre la crianza. La percepción de la gente sobre cómo los niños sufren ataques de mamitis, no solamente reflejan cambios demográficos. Existe ambigüedad, confusión, y contradicción en los significados de *ser padre* y en las prácticas de los padres en esta dizque tierra del machismo.

### 3. Mamitis

Implícito en el término *mamitis* —comúnmente usado para indicar el deseo especial y los sentimientos de abandono que sienten los niños que han sido separados de sus madres durante periodos muy largos— está el hecho de que si un hombre es un padre bueno o malo es un problema secundario para determinar la salud mental de los hijos o las hijas. Precisamente porque las mujeres en México en los noventa están trabajando fuera de la casa en números no antes vistos y porque en las ciudades trabajan fuera por periodos más largos que en el campo, en la colonia de Santo Domingo, se considera que la participación de las mujeres en el campo laboral ha tenido un impacto directo sobre la sensibilidad de los niños, especialmente sobre sus sentimientos de privación física y emocional.<sup>3</sup>

A pesar de que en México la fertilidad está descendiendo —en los últimos veinticinco años, ha bajado casi a la mitad— y, aunque esto sin duda ha llevado a cambios en las nociones de la identidad de género de las mujeres, la reducción de la opción de recurrir a la ayuda de las abuelas y la disminución del tamaño de las familias en general han significado que se cuente con menos apoyo para el cuidado de los niños. Por ejemplo, con menos abuelas y hermanas o hermanos mayores viviendo en las casas, ha subido la necesidad de contar con personas adultas, normalmente mujeres, que cuiden a los niños.<sup>4</sup>

Sin embargo, aquí surgen otras interrogantes. Además de aquellas presentadas por el impacto del trabajo remunerado de las mujeres y la caída del porcentaje de nacimientos, porque en el barrio de Santo Domingo, formado por invasores de terrenos a principios de los

<sup>3</sup> Para cifras y análisis sobre el impacto del trabajo remunerado de la mujer en las relaciones de género en la ciudad de México, véase Gutmann (1998, capítulo 6).

<sup>4</sup> Posiblemente este análisis no sea tan exacto, porque, según regularmente me comentan y a veces se quejan muchos de mis amigos hombres mayores en Santo Domingo, ellos pasan mucho más tiempo ahora con sus nietos de lo que pasarán antes con sus propios hijos.

años setenta, muchas mujeres han estado involucradas con los esfuerzos populares para traer servicios sociales a sus comunidades. Al principio, esto significaba defender sus terrenos durante el día; desde entonces, se ha necesitado organizar faenas para construir la infraestructura de la comunidad y otras necesidades.

El rol de la mujer en el trabajo remunerado y en los movimientos sociales ha traído cambios en los significados y prácticas asociadas con el cuidado de la madre y del padre en todo México. La investigación de Carole Browner (1986) en el municipio, de habla chinantec-español, de San Francisco (Oaxaca) a principios de los ochenta, representa uno entre los pocos proyectos antropológicos desde los sesenta que hayan observado las relaciones madre e hijo en México. Ella tuvo que explicar el «hallazgo inesperado» de que «las mujeres en San Francisco expresaron actitudes muy negativas sobre el parto y la crianza de los niños». Los significados y prácticas recientes chocan frecuentemente con las creencias persistentes y penetrantes sobre los requisitos propios y necesarios de la crianza y, por esta razón, hasta el estudio de movimientos sociales populares debe de incluir el examen de cómo las fantasías y metas personales son transformadas en prácticas, si no en rutinas.

Aquí podemos encontrar los ecos de un debate sociológico de larga duración, pues fue el mismo Talcot Parsons (Parsons y Bales 1955) quien anunció el incremento progresivo de la división social de trabajo como consecuencia de la modernidad, incluyendo a la familia. El apogeo de estas crecientemente diferenciadas responsabilidades familiares iba a ser una época en la cual las madres iban a poder, finalmente, especializarse en su labor universal y natural como es la crianza. Aunque las mujeres en Colonia Santo Domingo sí tienen algunas habilidades que los hombres no comparten —la mayoría de las mujeres en la colonia dan el pecho a sus bebés durante un año más o menos antes de empezar a usar el biberón más exclusivamente—, la influencia de las sugerencias *expertas* sociológicas y de otro tipo ha sido considerable en la autodefinición de las mujeres.

En dicha colonia, muchas mujeres (y hombres) son bastante receptivas a las nociones *expertas* sobre lo que una (buena) madre

hace, ideas que son diseminadas ampliamente en cuadernos escolares en la secundaria, la televisión, la iglesia y otros recursos educativos e informáticos. Mucho de lo que parece ser tradicional en las ideas de la gente sobre las diferentes responsabilidades en la crianza, en realidad, refleja la intervención de creencias y prácticas bastante modernas; lo que puede parecer muy *moderno* podría ser, realmente, bastante *tradicional*. Por ejemplo, Oscar Lewis escribió sobre el área rural de Morelos en los años cuarenta (*no* en los noventa):

El padre asume un papel importante en la vida del hijo cuando ha crecido lo suficiente para ir al campo. La mayor parte de los niños disfrutaban del trabajo en el campo en compañía de sus padres y esperan estas ocasiones con gran placer. Los padres, por su lado, se muestran orgullosos de llevar a sus descendientes al campo por vez primera y con frecuencia muestran gran paciencia para enseñarles. (Lewis 1968: 139)

Los traumas socioeconómicos de la modernización pueden llevar con ellos cargas adicionales para muchas madres que diariamente tratan de proveer sustento para sus hijos. Una tarde, Berta describió su propia angustia de madre, la cual revela el núcleo de lo que la gente popularmente y medio en broma llama mamitis. «Descuida uno a sus hijos por irse a trabajar. Yo los descuidé mucho en la cuestión del alimento». Y añadió que «los menores a veces sufrían de lo que nosotros llamamos mamitis». Pero las preocupaciones de Berta no se reducen a las de solo una más de esas madres llenas de culpabilidad por el trabajo. No todas las mujeres que participan en el campo laboral remunerado comparten las mismas ansiedades, ya que el descuido puede tomar muchas formas. A los hijos de Berta nunca les ha faltado cariño. Ella continuó: «Porque, cuando me iba a trabajar, mi marido se ponía a cocerles los frijoles o lo que le dejaba. Como él trabajaba de noche, pues, él se dedicaba de llevar a la muchachita a la escuela, a traerla, a darle lo que les dejaba de comer, una sopa, frijoles. Ya que me pagaban, les llegaba con leche, con fruta. Pues, sí, porque yo decía “qué les va a nutrir, están estudiando y luego la

escuela y puros frijoles y sopa". Llegaba yo en la noche y les decía "Miren, les traje leche, fruta, pan y ahí les dejo esa fruta para mañana"».

Las discusiones familiares sobre si la mujer debe trabajar por una remuneración son muy comunes y, a veces, feroces en Santo Domingo. Mientras que en muchas familias, las esposas deben discutir con sus parejas para que se les *permita* trabajar fuera del hogar, también hay casos, como el de Berta, donde las relaciones de producción moderna han causado en muchas mujeres (y en algunos hombres) un gran temor hacia la falta de responsabilidad en la crianza de sus hijos.

La condición de mamitis puede ser usada como argumento suficiente para que la mujer renuncie a su trabajo remunerado y regrese al trabajo casero, especialmente al cuidado de sus hijos. Después de estudiar durante casi un año para trabajar en una agencia de viajes, mi amiga Sara acababa de empezar a trabajar cuando su esposo, Vicente, empezó a quejarse de que su pequeña hija estaba descuidada. La niña, según él dijo, estaba sufriendo de una variedad de mamitis, que en su caso causaba rabieta y mal comportamiento en la guardería en las mañanas y en las tardes cuando la madre de Sara la cuidaba. Era injusto para la niña tener que sufrir por la falta de su mamá.

En realidad, la condición de mamitis parece estar ligada especialmente a un desarrollo socio-económico aquí ya descrito. El apego y el anhelo de los niños aparecen, sin duda, como más que un producto histórico; se relaciona también a estadios del desarrollo infantil y a la personalidad individual. En México, podría hablarse de su particular cualidad *genérica*. En la imaginación popular de Santo Domingo, la mamitis involucra un apego explícito, no solo hacia un adulto que es la madre, sino a la madre y *no hacia el padre*. Es decir, su aparición ahora está ligada a una época histórica en la cual gran cantidad de mujeres ha empezado a trabajar fuera de casa; de esta manera, representa una oposición popular y parcial hacia este tipo de transformaciones históricas modernas.

En el debate sobre la fijación en las madres y sobre las orientaciones centradas en los padres en la zona rural de Morelos en los

sesenta, Fromm y Maccoby (1973) no mencionan la enfermedad conocida como mamitis. Tampoco lo hacen Romney y Romney (1963), Foster (1972) o Lewis (1964, 1968). En cambio, Fromm y Maccoby toman lo que ellos ven como el lazo axiomático, universal y primordial del niño con la madre y lo contrastan con el amor más condicional del padre. Es precisamente debido a la influencia de discursos de este tipo de psicología experta que algunos estudios sobre el impacto de la modernidad en las relaciones *tradicionales* de la familia mexicana han constituido una fuente real, aunque a veces indirecta, de las mismas ideas que expertos más recientes *descubren* en gran número de personas en México. Significativamente, y añadiendo a la suposición de que el término se ha generalizado más o menos recientemente, la palabra *mamitis* no aparece en el «influyente» *Diccionario de mejicanismos* de Francisco Santamaría (1959).<sup>5</sup>

Las maneras en que esta información está diseminada en las colonias populares de la ciudad de México son múltiples. Ciertas nociones vigentes sobre los instintos maternos se aceptan como naturales tanto por las mujeres como por los hombres en la colonia y, por tanto, sin controversia. Estos son algunos de los productos y reflexiones de la doctrina católica oficial, que fomenta la domesticidad femenina, al igual que revistas populares como *Selecciones*, difunden las últimas teorías científicas sobre los lazos biológicos entre madre e hijos. A través de programas en la televisión nacional como el de *Cristina* de Miami, o *Entre Nos* aquí en el Perú, las mujeres jóvenes y sus madres son influenciadas por las ahora clásicas teorías psicológicas como las de John Bowlby (1969) y Donald Winnicott (1987). El trabajo más reciente de Marshall Klaus, John Kennell y Phyllis Klaus (1995) acerca del impacto que tienen las madres que trabajan fuera de casa sobre el desarrollo emocional saludable de sus hijos ha adquirido influencia al ser difundido por los medios populares de comunicación. El pediatra *gringo* T. Berry Brazelton es una

<sup>5</sup> Tampoco parece en el reciente *Diccionario del español usual en México* (El Colegio de México, 1996).

guía de referencia común para los padres jóvenes de las clases medias altas de México.

Más aún, el rol de la doctrina oficial de la Iglesia, al igual que la influencia de varias sectas protestantes, evangelistas o católicos —como son interpretadas en las pequeñas iglesias de los barrios alrededor de México—, es enorme al delinear los límites y parámetros adecuados para la crianza de los niños. También influyen, aunque en menor grado, los estudios antropológicos sobre lo que las personas *típicas* y *normales* piensan y hacen en México, estudios que leen profesores y alumnos, y que incluyen cómo los mexicanos crían a sus hijos. Estoy pensando aquí especialmente en Oscar Lewis, a quien leen los estudiantes de secundaria.<sup>6</sup>

Entonces, mientras que la causa de la mamitis puede ser que las madres no estén físicamente con sus hijos de la manera constante en la que *deben* estar, en realidad, es una aflicción que sufren algunas madres y algunos padres y no tanto los niños. Puede ser usada por los hombres como una excusa, como cuando Vicente obligó a su esposa a que renunciara a su trabajo para que se quedara en casa con su hija. También puede ser utilizada por mujeres que no quieren trabajar fuera de casa y demandan que sus esposos ganen más dinero para apoyar a la familia, para que ellas puedan quedarse en casa con sus hijos.

Al poner en un lugar central las contradicciones y ambivalencias emocionales —en este caso, aquellas relacionadas con el trabajo remunerado de la mujer frente a las actividades relacionadas con la crianza de niños—, podemos comprender mejor la complejidad del diagnóstico de mamitis por parte de las mujeres y los hombres en colonia Santo Domingo.<sup>7</sup> De esta manera, podemos explorar las com-

<sup>6</sup> Para más información sobre Oscar Lewis y su influencia sobre la antropología del machismo mexicano, véase Gutmann (1995).

<sup>7</sup> A veces, claro, las razones sobre por qué los niños se enferman son, según dicen, sin duda culpa de las fallas e imperfecciones maternas. En su libro reciente sobre la historia de una mujer mexicana de edad media, Behar (1993: 96) incluye

plicaciones, contradicciones y las ambigüedades de la emoción y la motivación con relación a la crianza de niños por parte de sus madres. Aunque pocas mujeres en Santo Domingo trabajan fuera del hogar por algún deseo abstracto de mejorarse como mujeres e individuos (trabajan por una remuneración, porque sus familias muchas veces necesitan dinero), muchas preferirían trabajar aunque sea a medio tiempo a ser amas de casa todo el tiempo. Esto da pie a sentimientos contradictorios y confusos sobre sus responsabilidades con la crianza de sus niños que no son simplemente sentimientos de culpa por haber abandonado sus responsabilidades naturales. Es más, para las mujeres y hombres, este periodo histórico en México está, ahora más que nunca, caracterizado por la ambigüedad, la reflexividad y la confusión en las relaciones de género (Arizpe 1975, 1989; Chiñas 1975; Taggart 1979, 1992; Stephen 1991, 1997; y Gutmann 1996).

#### 4. Desafíos para los hombres

Nada de lo dicho debe presuponer que solo los hombres acusan a las mujeres que trabajan fuera de casa o participan en movimientos populares urbanos en la ciudad de México de irresponsabilidad maternal. Las prácticas culturales emergentes (Williams 1980) que han empujado a las mujeres hacia relaciones nuevas e innovadoras entre ellas y con los hombres han sido constantemente rechazadas por muchas de ellas, al igual que por muchos hombres. Sin embargo, estos patrones sí presentan retos *particulares* para los hombres como padres y como esposos.

Estos retos se relacionan a diferencias de clase en los modelos de crianza de los niños por parte de los padres, que a su vez se relacionan con la frecuencia de la mamitis. Puede parecer una conse-

---

este comentario de Esperanza sobre uno de sus hijos: «El niño había sido bautizado, pero era enfermizo. Tenía diarrea, fiebres, vómito. ¿Qué podrías esperar con mi coraje?».

cuencia rara que los hombres de Santo Domingo se sientan menos desafiados por los cambios recientes con respecto a las mujeres que los hombres de niveles sociales más altos. El porqué de esto es que el cuidado de niños en las clases altas es responsabilidad, en general, de las empleadas. De esta manera, la mamitis es una enfermedad de las clases populares.

En los eventos patrocinados por el Centro Cultural de Coyoacán, en una pintoresca comunidad de clase media alta en México, pocas veces asisten niños. ¿Quién si no un forastero de un tipo u otro llevaría un niño a un evento social a una distracción en potencia cuando lo podía haber dejado en casa con la muchacha, y todos estarían mucho más contentos? No obstante, en Santo Domingo sería inconcebible que no hubiera niños en una ocasión así. Ahí, durante las reuniones de la comunidad, como las juntas de jefes de manzana que se llevan a cabo dos veces por semana o las reuniones de animadores de las Comunidades Eclesiales de Base, los niños siempre están presentes, pastoreados por madres, padres, hermanos y hermanas, moviéndose entre las piernas del papá o dibujando absortos en el pizarrón, cerca de un primo mayor.

La forma específica de trauma emocional al que se refiere la mamitis revela nociones sobre el desarrollo humano que se basa en la creencia en que los niños *naturalmente* desean a sus madres cuando ellas no estén presentes. Pero la participación de las mujeres, muchas de ellas madres, en movimientos populares urbanos y otras formas de actividad política ha recalcado, de manera más abierta, el conflicto en muchas partes de México sobre lo que son las normas sociales *apropiadas*. Estas contingencias históricas son ingredientes críticos de lo que Whiting y otros (1966), en la *Guía de campo para un estudio de socialización*, enfatizaron como las inestabilidades inherentes en el análisis de patrones de prácticas de crianza y procesos de endoculturación en general.

## 5. Pegándoles a los niños y a las esposas

La mayoría de hombres que viven en Santo Domingo solo pueden conseguir trabajo fuera de la colonia, así que muchos padres no están en ella durante la mayor parte del día y su participación en la crianza de sus hijos está, muchas veces, limitada a las noches y fines de semana. Además, las mujeres son las principales cuidadoras de los niños, especialmente de los bebés. Y las madres, más que los padres, son quienes les pegan a los hijos.

Como en otras partes de México, en la colonia de Santo Domingo, la violencia doméstica generalmente se presenta de dos maneras: los esposos les pegan a sus mujeres y las madres les pegan a sus hijos. Esta no es una característica de todas las familias en Santo Domingo, pero los golpes de las madres hacia los hijos es un peligro en muchas casas y, de esta manera, constituyen una fuente de abuso emocional y físico para los niños de la colonia.

Al tratar de darles sentido a memorias dolorosas, un amigo describió un episodio de su niñez con su madre. Rolando todavía estaba muy enojado con ella: «Fueron situaciones muy difíciles que yo recuerdo y, en lo personal, fueron difíciles para mí por la pobreza que teníamos y el carácter de mi mamá. Era muy agresiva. Mi mamá muchas veces nos golpeó por travesuras de niño. En ocasiones, tenía razón; en ocasiones no. Pero era muy fuerte». Le pregunté a Rolando con qué acostumbraba golpearlo su mamá. «Con lo que se pudiese, con cables, varas, cinturones o lazo mojado para que doliera más. Tengo una experiencia que no he olvidado y no sé si la podré olvidar. Tenía como cuatro o cinco años. El techo de la casa era de cartón. Yo estaba jugando fútbol y la pelota voló al techo. No cayó. Entonces, me subí y, como había vigas y tablas, sobre ellas iba caminando. Pero en una resbalé y rompí la lámina. Me bajé. Dejé la pelota. Me puse a llorar pensando que mi mamá me iba a pegar». A pesar de que un tío intervino cuando ella lo pescó, «me agarró de los cabellos y me empezó a pegar en la cara. Yo sangraba de la nariz, de la boca y llegamos a la casa. Fue la golpiza más fuerte que he recibido

en mi vida. Me bañó para que no se viera la sangre, cubrió todo para que mi padre no preguntara nada. No lo entiendo ni le doy una justificación a mi madre por lo que hizo, pero sí me pongo a pensar que quizá era la presión de tener que darnos de comer a quince, vestir a quince. Era difícil para ella. En ese día, recuerdo que me pegó cinco veces y a diferentes horas. Ya pasó todo. Por fin se calmó y me dijo: "Si le dices algo a tu padre, mañana te vuelvo a pegar". Procuré que mi padre no me viera en todo el día, para que no viera lo inflamada que tenía la boca, los ojos morados».

En Santo Domingo, a veces los hombres dicen que sí le han pegado a sus hijos y que ellos también fueron golpeados por sus propios padres. Pero son mucho más comunes los relatos de hombres y mujeres sobre los castigos violentos de las madres hacia los niños.

Lo que es más real y particular sobre el trauma de los golpes en la niñez hoy es su cualidad de género. Al hablar con mis amigos en Santo Domingo sobre los padres que les pegan a sus hijos, la mayoría de la gente considera que los golpes son situaciones comunes, siempre ha sido así. Pero mis amigos creen que en generaciones previas, los padres, tanto como las madres, eran quienes golpeaban a los niños. Así que, al igual que con la incidencia de casos reportados de mamitis, el castigo con golpe tiene una historia específica en los barrios de la ciudad de México. En las generaciones contemporáneas de madres y padres, las mujeres de hoy están identificadas más exclusivamente como quienes *causan* estos traumas.<sup>8</sup>

No se puede explicar el patrón según el cual los hombres golpean a las mujeres y las madres (más que los padres) golpean a sus hijos simplemente por el hecho de que los esposos son más grandes y fuertes que sus esposas, o que las mujeres suelen pasar más tiem-

<sup>8</sup> El estudio de Romanucci-Ross (1973: 66) sobre el área rural de Morelos es excepcional al notar que la disciplina es autoritaria y severa y que generalmente está bajo el control de la madre. Aunque inclinado a la sobregeneralización sobre muchos otros puntos, el estudio psicológico reciente de Bar Din (1991) sobre la infancia en un barrio cerca a Santo Domingo, con su conclusión de que los esposos les pegan a sus esposas mientras que las madres les pegan a sus hijos, me parece etnográficamente muy confiable.

po que los hombres con los niños, sobre todo con los más pequeños.<sup>9</sup> Muchas mujeres golpeadas por sus esposos son tan grandes y fuertes como ellos, y muchas mujeres no golpean a sus hijos y pasan muchas horas con ellos cada día. Para comprender la violencia doméstica, las cuestiones de poder y control son más pertinentes que las diferencias de dimorfismo sexual y el tiempo que se pasa con los niños.

## 6. El abandono

En algunas familias de la colonia, las distinciones entre los hijos y las hijas se mantienen —como cuando a todos los hombres de la casa, sin importar la edad, se les sirve antes que a las mujeres— pero esta ya no es una práctica tan común en la mayoría de familias. En cambio, como me dijo una tarde Justo, un vigilante de carros en un centro comercial fuera de Santo Domingo, ahora es poco probable que a los hijos y a las hijas se les trate de manera diferente, como antes. Hablándome sobre el rancho donde creció en el estado de Hidalgo, Justo me comentó que, en el campo, los niños se van con sus padres o sus madres (u otros adultos) mientras que, en la ciudad, antes de tener edad para ir a la escuela, los niños deben quedarse en casa, lo cual quiere decir, generalmente, quedarse con sus madres. Justo me insistió que, según él, esta situación es causa de dificultades emocionales para todos los miembros de la familia porque no da oportunidad para que padres e hijos pasen tiempo el uno con el otro y porque recarga a las madres con casi toda la responsabilidad de la crianza de los niños. Para Justo y otros padres, esta separación regular de los niños de sus padres durante periodos largos es más que trágica; es

<sup>9</sup> Acerca de la cercana colonia de Santa Úrsula, Bar Din (1991: 66) escribe: «Los maridos llegan a casa y tandean a la esposa. Sin embargo, no golpean a los niños. Solo cinco madres informaron acerca de tundas “ocasionales” de los niños (por parte de los hombres), pero nunca con palos. Estos quedaban reservados para las mujeres».

una causa de angustia y sufrimiento a largo plazo para cada uno de los miembros de familia —es decir, la causa de un trauma psicológico constante—.

Algunos niños están casi permanentemente separados de sus padres porque estos se niegan a aceptar responsabilidades paternales. Para estos niños, no es común sufrir de mamitis: el carácter de género en la crianza de los niños es más asumido que discutido o debatido. No existen estadísticas confiables sobre el número de hogares en México o en la colonia Santo Domingo en que las mujeres crían a sus hijos sin la presencia de los padres u otros hombres adultos.<sup>10</sup> Aunque algunas de las madres que postulan al DIF (Desarrollo Integral de la Familia) para recibir ayuda con la crianza de sus hijos, mienten y dicen que son madres solteras —ya que es más fácil que sus hijos sean recibidos de esa manera—, cada año hay más postulantes recibidas por el DIF. Esto indica que el abandono masculino de sus familias está incrementando anualmente.

Ya que el DIF le da preferencia a los niños de hogares monoparentales, también existen algunos padres sin esposas que usan el DIF.<sup>11</sup> Algunos asistentes sociales me explicaron que el abandono por parte de mujeres tanto como de hombres corresponde al empeoramiento de la situación económica en México. Aunque sin duda es cierto que la gran mayoría de los padres de los niños son madres solteras, eso enfatiza el impacto desigual según el género en que la

<sup>10</sup> Para un informe reciente sobre la madre soltera, véase Pieza Martínez y de Dios Punte (1992).

<sup>11</sup> Las maestras usaban la expresión *hombres solteros* y, porque usualmente se usa la palabra *soltero* en este contexto con respecto a mujeres (madres solteras), fue difícil no sonreírse por el chistoso sonido de la expresión. Al mismo tiempo, me parece interesante notar que la etnografía más famosa sobre la vida de la clase popular en la capital mexicana es *Los hijos de Sánchez*, y que este libro se centra en una familia cuya jefe es más o menos un padre soltero. *La responsabilidad* no cuenta para todo. También, la película clásica de 1947, *Nosotros los pobres*, se enfoca en la relación entre un padre-tío soltero, honrado y totalmente responsable —desempeñado por Pedro Infante— y su hija-sobrina.

crisis económica afecta a la población; en este caso también se relaciona con el impacto de la fragmentación social moderna sobre los niños y las familias.

Hoy en día en la colonia de Santo Domingo, como en otras partes de México, hay hombres que siguen abandonando a sus familias, algunos por un tiempo y otros permanentemente. Cuando lo hacían en el pasado, eran regañados y acusados de ser irresponsables y muchas veces fueron aislados por los miembros de sus comunidades. Pero también se consideraba este comportamiento más como el resultado lógico y natural de *hombres actuando como hombres*. El adulterio, el abandono de esposas y niños, era, en este sentido, parte de las creencias y prácticas (Lewis 1968; Fromm y Maccoby 1973; Romanucci-Ross 1973).

Este tipo de sentimientos es bastante contradictorio. Mientras que la explicación de las actividades de los hombres en términos de voluntad personal y no como la expresión de instintos naturales puede ser más común hoy para algunos en la colonia, todavía es común que se apele a *deseos naturales*. Según algunos de mis amigos en la colonia, la base para el cambio de los hombres con respecto a sus responsabilidades familiares no se debe solamente al reconocimiento de la desigualdad sufrida por las mujeres y al arrepentimiento culpable de los hombres por sus actividades pasadas, sino que involucra otra cualidad *natural*, la cual ellos ven como irrefutable e intrínseca a las cualidades masculinas —es decir, el sentimiento natural de amor paternal—. En otras palabras, varias personas continúan su búsqueda hacia un regreso a las esencias naturales de un tipo u otro —por ejemplo, la relación entre madre y niño, inherente en las concepciones populares de la mamitis— en vez de una simple aceptación de suposiciones culturales que tienen que ver con las relaciones, valores y responsabilidades familiares modernas.

Una vez, cuando dejaba a Liliana, entonces de 3 meses, con su abuela Ángela una tarde en noviembre, Ángela me interrogaba: «¿Es el amor más grande que nunca has sentido?». Le respondí que ciertamente era un amor de tipo nuevo lo que sentía por Liliana y

también mencioné una idea sobre la existencia de diferentes tipos de amor, una observación *clásica, griega*, que alguien en su gran sabiduría me había enseñado cuando yo era joven. Ángela continuó «Sí, pero ¿no es el amor más profundo?». Le respondí, honestamente, que amaba a Liliana más y más cada día, pero que no me había acostumbrado totalmente a ser padre y que todavía esperaba que alguien me viniera a decir que tenía que regresarla. Al escuchar esto, Ángela indicó que de cierta manera me entendía, pero demostró también una clara desilusión (o horror) hacia lo que debía haber sido, para ella, crueldad de mi parte.

Para ella y algunos otros en Santo Domingo, la división de trabajo familiar en cualquier momento histórico particular, representa en parte las maneras efímeras con las que la gente trata de arreglarse con las exigencias traumáticas de la historia. Para ellos, el factor motivador y guía principal en el cuidado de niños es, o debe ser, la aceptación de los sentimientos innatos de amor paternal, que son asumidos por personas para quienes la muerte infantil es hoy una tragedia personal rara y una memoria guardada por las generaciones anteriores.

Pero, nuevamente, algunos madres y padres jóvenes me aclararon varias veces que, para ellos, no se sabe cómo ser un buen padre solamente de manera innata, razón por la cual uno puede terminar siendo un buen o un mal padre antes que un punto intermedio. La crianza, para ellos, es más un proceso de aprendizaje, que el descubrimiento de cualidades esenciales ya presentes en cada uno de nosotros. En otras palabras, uno podía escoger, y era su responsabilidad como padres con experiencia, llevarme a mí, un padre nuevo, hacia el camino correcto para que trate de minimizar los traumas que causa esta vida sobre mis hijos. En mis intentos de trazar la vigencia de estereotipos sobre las identidades masculinas mexicanas entre la gente de Santo Domingo, generalmente me caían sugerencias sutiles sobre lo que los hombres, como padres, deben asumir como responsabilidades paternas.

Me percaté de esto cuando un día, al empezar la primavera, fui a la carnicería en la calle Huehuetzin a comprar carne para Liliana.

Aunque ahí la carne es un poco más cara que en el supermercado, vale la pena pues Guillermo y su hermano siempre la muelen dos veces cuando saben que es para un niño pequeño. Al salir, me despedí de Guillermo y le comenté que iba a preparar la carne con un poco de pasta. Antes de que pudiera agregar «y verduras», me interrumpió para decirme que no le diera pasta, pues sólo haría engordar a la niña: «¿Sabes? El padre no solo los engendra sino también tiene que atender a su alimentación». Guillermo sentía que tenía el derecho y la responsabilidad de darme consejos cuando fuera necesario, pues yo era un padre primerizo. Al expresar su preocupación en términos de amor y cuidados paternos y no en términos de la conocida imagen del *Hombre procreador*, Guillermo se estaba situando, quizás conscientemente, en una posición contraria a la historia, o al menos a una de las historias, de los hombres mexicanos.

Existe resistencia por parte de muchos hombres en la ciudad de México hacia los cambios iniciados por las mujeres, incluyendo aquellos que involucran la crianza de los niños. Esto es reforzado por los persistentes testimonios y sermones de los expertos sobre el descuido de los niños<sup>12</sup> que han creado preocupación y culpa entre las madres y los padres en México. Donde existe todavía la idea de que la crianza es el dominio exclusivo de la mujer, casi siempre la mamitis es una experiencia que los adultos describen como un trauma de niñez y, de ese modo, es diferente en su etiología de muchos de los otros traumas de la niñez aquí comentados, como el castigo y el abandono físico. De esta manera, la mamitis representa una forma de malestar político entre los adultos como respuesta a *la familia moderna* ya que es señal de una aflicción somática y emocional de los niños. Es una manifestación psicológica del impacto de cambios socio-económicos sobre los individuos y sobre la socialización de los niños, y, entonces, solo puede entenderse con relación al desarrollo humano y al cambio social.

<sup>12</sup> Para un examen reciente sobre «la culpabilidad de la madre» en los Estados Unidos, véase Eyer (1996).

Erik Erikson (1973) una vez decía que *los psiquiatras tienden a culpar a la madre*. Él hablaba de problemas en los Estados Unidos como el de *la personalidad esquizoide* y las *disociaciones psicóticas de la realidad*. Sin embargo, culpar a la madre por estas razones es no entender, objetó Erikson, porque *la mamá* es solo «una caricatura estereotipada de las contradicciones existentes que surgen debido a cambios intensos, rápidos y desintegrados en la historia americana». De esta misma manera, yo diría, debemos entender que la mamitis es solo una caricatura estereotipada que manifiesta las relaciones contradictorias inherentes al desarrollo humano y al cambio social en el México urbano.

## Bibliografía

ARIZPE, Lourdes

1975 *Indígenas en la ciudad: El caso de las «Marías»*. México, D. F.: SEP.

1989 *Cultura y desarrollo: Una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana*. México, D. F.: Porrúa.

BAR DIN, Anne

1991 *Los niños de Santa Úrsula: Un estudio psicosocial de la infancia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

BEHAR, Ruth

1993 *Translated Woman: Crossing the Border with Esperanza's Story*. Boston: Beacon.

BENERÍA, Lourdes y Martha ROLDÁN

1992 *Las encrucijadas de clase y género: Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*. México, D. F.: El Colegio de México.

BOWLBY, John

1953 *Child Care and the Growth of Love*. Londres: Pelican.1969 *Attachment*. 2 vols. Londres: Pelican.

BROWNER, Carole

1986 «The Politics of Reproduction in a Mexican Village». *Signs*, vol. 11, 4, pp. 710-24.

CHANT, Sylvia

1991 *Women and Survival in Mexican Cities: Perspectives on Gender, Labour Markets and Low-Income Households*. Manchester: Manchester University Press.

CHIÑAS, Beverly

1975 *Mujeres de San Juan: La mujer zapoteca del Istmo en la economía*. México, D. F.: SEP.

El Colegio de México

1996 *Diccionario del español usual en México*. México: El Colegio de México.

ERIKSON, Erik

1973 *Infancia y sociedad*. Buenos Aires: Hormé.

EYER, Diane

1996 *Motherguilt: How Our Culture Blames Mothers for What's Wrong with Society*. Nueva York: Times Books, Random House.

FOSTER, George

1972 *Tzintzuntzan: Los campesinos mexicanos en un mundo en cambio*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

FROMM, Erich y Michael MACCOBY

1973 *Sociopsicoanálisis del campesino: Estudio de la economía y la psicología de una comunidad rural*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

- GARCÍA, Brígida y Orlandina DE OLIVEIRA  
1994 *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México, D. F.: El Colegio de México.
- GINSBURG, Faye D. y Rayna RAPP, (ed.)  
1995 *Conceiving the New World Order: The Global Politics of Reproduction*. Berkeley: University of California Press.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes  
1986 *Los recursos de la pobreza: Familias de bajos ingresos de Guadalajara*. Guadalajara: Colegio de Jalisco, CIESAS.
- GRAMSCI, Antonio  
1981 *Cuadernos de la cárcel*. México, D. F.: Era.
- GUTMANN, Matthew C.  
1995 «Los hijos de Lewis: La sensibilidad antropológica y el caso de los pobres machos». *Alteridades*, vol. 4, 7, pp. 9-19.  
1998 *Ser hombre de verdad en la ciudad de México: Ni macho ni mandilón*. México, D. F.: El Colegio de México, Paidós.
- HARLOW, Harry  
1971 *Learning to Love*. Nueva York: Ballantine.
- KLAUS, Marshall H., KENNEL John H. y Phyllis KLAUS  
1995 *Bonding: Building the Foundations of Secure Attachment and Independence*. Reading, Massachusetts: Addison-Wesley.
- LEWIS, Óscar  
1968 *Los hijos de Sánchez: Autobiografía de una familia mexicana*. México, D. F.: Joaquín Mortiz.  
1968 *Tepoztlán: Un pueblo de México*. México, D. F.: Joaquín Mortiz.
- MILES, Ann  
1994 «Helping Out at Home: Gender Socialization, Moral Development, and Devil Stories in Cuenca, Ecuador». *Ethos*, vol. 22, 2, pp. 132-57.

PARSONS, Talcott y Robert F. BALES

- 1955 *Family, Socialization and Interaction Process*. Nueva York: Free Press.

PIEZA Martínez, Guadalupe y Delia Selene DE DIOS PUENTE

- 1992 «La madre soltera en la vida mexicana». En: GALEANA, P. (ed.). *La condición de la mujer mexicana*. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, Gobierno del Estado de Puebla. Vol. 1, pp. 63-70.

REDFIELD, Robert

- 1944 *Yucatán: Una cultura en transición*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

ROMANUCCI-ROSS, Lola

- 1973 *Conflict, Violence, and Morality in a Mexican Village*. Palo Alto: National Press Books.

ROMNEY, Kimball y Romaine ROMNEY

- 1963 «The Mixtecos of Juxtahuaca, Mexico». En: WHITING, B. (ed.). *Six Cultures: Studies in Child Rearing*. Nueva York: Wiley, pp. 541-691.

SANTAMARÍA, Francisco J.

- 1959 *Diccionario de mejicanismos*. México, D. F.: Porrúa.

SCHEPER-HUGHES, Nancy

- 1997 *La muerte sin llanto: Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Ariel.

SCHEPER-HUGHES, Nancy y Carolyn SARGENT (ed.)

- 1998 *Small Wars: The Cultural Politics of Childhood*. Berkeley: University of California Press.

STEPHEN, Lynn

- 1991 *Zapotec Women*. Austin, Texas: University of Texas Press.

- 1997 *Women and Social Movements in Latin America: Power from Below*. Austin, Texas: University of Texas Press.

TAGGART, James M

- 1979 «Men's Changing Image of Women in Nahuatl Oral Tradition». *American Ethnologist*, vol. 6, 4, pp. 723-41.

- 1992 «Fathering and the Cultural Construction of Brothers in Two Hispanic Societies». En: *Ethos*, vol. 20, 4, pp. 421-52.

WHITING, Beatrice B. (ed.)

- 1963 *Six Cultures: Studies in Child Rearing*. Nueva York: Wiley.

WILLIAMS, Raymond

- 1980 *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

WINNICOTT, Donald W.

- 1987 *Babies and Their Mothers*. Reading, Massachusetts: Addison-Wesley.



## Comentarios a las ponencias de Ondina Fachel Leal y Matthew Gutmann

*Teresa Valdés*  
*Instituto de la Mujer, FLACSO-Chile*

De las presentes investigaciones y presentaciones podemos concluir que la paternidad es una relación social que se actualiza en prácticas sociales que son significativas a nivel individual y a nivel colectivo. La paternidad parte de los hijos; puede ser un hecho biológico, puede ser un hecho social, que significa tal como lo planteó Ondina Fachel Leal, insertarse en redes sociales, cargadas de significados. Se trata, entonces, de una relación social que involucra al individuo, a la pareja, padre y madre, a la familia de ambos genitores, a la que se forma a partir de la existencia del hijo, y la comunidad.

La paternidad es una relación social con todo lo que ello significa, es decir, pone en relación a un conjunto de personas. Se trata de un vínculo socialmente estructurado y estructurante, que está cargado socialmente de sentidos y se constituye en un campo de poder. Consecuentemente, debemos distinguirla de la función de la crianza paternal que podría ser cumplida por otros, el abuelo, los tíos, los hermanos mayores, los padrastros.

También pusimos atención a una diversidad de prácticas que pueden alimentar el mismo significado. Así, cuando hablamos de responsabilidad nos referimos a la responsabilidad de tener hijos, de no tener hijos, de quedarse con los hijos, de abandonar a los hijos. Todos estos significados estaban incluidos en el término responsabilidad. También vimos que la paternidad supone tensiones subjetivas y objetivas y que se trata de una institución en tránsito debido al impacto de fuertes cambios económicos, culturales y sociales. Entre estos el más dramático es el cambio del estatus y de roles sociales de la mujer.

## 1. Impases de la paternidad

Cuando uno piensa en impases, se debe enfatizar los obstáculos con que se enfrenta la práctica, la *no realización de*, la negación de un proyecto de paternidad, tal como se la define en cada contexto. Esta se puede dar en distintos planos: la negación biológica del hijo, la del otro en la relación padre-madre, negar a la madre, una función social, una tarea social, a los hijos en cuanto seres plenos y autónomos. Se trata pues de un conjunto de negaciones posibles que podríamos considerar como impases. Los trabajos de Ondina Fachel Leal y de Matthew Gutmann aportan elementos ricos para mirar la paternidad desde este ángulo, cómo se ejercen las negaciones.

Se ve en estos trabajos que aparecen varios impases o negaciones de la paternidad. La primera es la negación en su forma física, la del embarazo como hecho biológico básico que da origen a la paternidad, como un hecho que implica a hombre y mujer. Entonces, el aborto lo entendemos aquí como una práctica de negación de la paternidad o maternidad. En el caso presentado por Ondina Fachel Leal, el aborto es el resultado de una evaluación estratégica de las posibilidades de materializar la pater-maternidad. Se trata de una práctica cultural por la cual no se otorga estatuto de persona al hijo o hija si no es reconocido por el padre o madre. La aceptabilidad del aborto está relacionada con el reconocimiento del niño como un hecho social no solo biológico. Sin embargo, está de por medio que la mujer considere que están dadas las condiciones estratégicas para que se realice este hecho social que es la paternidad y maternidad.

Si observamos el fenómeno del aborto en América Latina como negación de la paternidad, nos puede aportar una mirada nueva, porque en una cierta proporción de casos el aborto corresponde a decisiones conjuntas de hombres y mujeres, pero mayoritariamente corresponde a las decisiones de la mujer por las mismas razones que presenta el estudio de Ondina Fachel Leal, la incapacidad de asumir a un hijo por falta de apoyo sea de la pareja, sea de la familia de ambos genitores. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, la deci-

sión de abortar ocurre sin el soporte cultural que hay en el caso descrito por Ondina, es decir, sin la tácita aceptación del mismo cuando los padres o las redes de apoyo de estos no pueden asumir a un niño.

La mayoría de los países de América Latina considera el aborto como una transgresión abierta a la ley, a la religión y a la cultura hegemónica. Solo en Cuba existe el aborto legalmente aceptado a demanda de la mujer; el resto lo prohíbe y lo persigue. La única excepción es el aborto terapéutico que está extendido en muchos países de la región o cuando el embarazo es resultado de violación o incesto. Chile no tiene ningún tipo de aborto permitido legalmente y tiene las tasas más altas de aborto de toda la región. Uno de cada tres embarazos termina en un aborto en Chile. México, Brasil y Bolivia tienen también tasas muy altas.

Es decir, estamos ante un fenómeno extendido de negación de la paternidad o maternidad. Estoy tratando de insistir en la primera porque siempre hemos mirado el aborto desde las mujeres y deberíamos hacer un esfuerzo de mirarlo como negación de la paternidad. Tenemos que mirar la otra cara de la medalla, porque existe la negación de la paternidad ejercida por el hombre, lo que las feministas han llamado el *aborto masculino*. Este es el abandono de la mujer embarazada o de la mujer con hijos, el no-reconocimiento del hijo por parte del varón. Muchas veces, el aborto femenino sigue a un aborto masculino, es decir, la mujer se da cuenta de que ese embarazo será solitario y por lo tanto se provoca un aborto. Pero existe un aborto específicamente masculino: negar al ser engendrado la condición de persona y rehusarse a asumir el conjunto de tareas sociales que representa la paternidad. No tiene la misma sanción legal que tiene el aborto femenino pero es también un fenómeno muy extendido en nuestros países

Ha ido desapareciendo la distinción entre hijos legítimos e hijos ilegítimos, pero hasta hace poco tiempo tuvo una sanción legal y todavía en Chile no entra en vigencia la ley que lo modifica. Eso quiere decir que los hijos nacidos fuera del matrimonio legal son castigados en una serie de sentidos. Por ejemplo, los hijos ilegítimos no tienen

abuelos: si quedan solos, no pueden recurrir a los abuelos para que los mantengan. En nuestros códigos civiles, cuando queda un niño huérfano, legalmente los abuelos son los responsables. En el caso de los hijos ilegítimos, no hay nadie que se haga cargo de ellos.

El otro fenómeno que da cuenta del aborto masculino son las mujeres jefas de hogar con hijos. Aquí se suele producir una confusión cuando se dan las cifras de jefaturas de hogar femeninas porque se incluye los hogares de mujeres solas; hay muchas mujeres viudas, muchas mujeres en distinta situación. Sin embargo, existe un fenómeno que no es recogido en los censos ni en las estadísticas habituales, estas son las mujeres con hijos que siguen viviendo con su familia de origen o con distintos parientes, muy similar a la situación que plantea Ondina Fachel Leal. Si sumamos los unos y los otros, se trata de cifras bastante altas de mujeres con hijos. No tanto como en los países centroamericanos y en República Dominicana, pero pueden representar un cuarto de las familias con hijos. Estas pueden estar constituidas por mujeres que han sufrido el abandono del genitor.

### 2.1. *Paternidad y poder*

Otro nivel de esta negación puede situarse en el hecho de vivir la paternidad como una relación de poder, como fuente de poder. Cuando ser padre significa ejercer autoridad sobre la pareja, de género, y sobre la familia, generacional. Yo pensaba que era importante situarnos históricamente para ver esta dimensión. Los significados y las prácticas que observamos corresponden a una estructuración de la paternidad como relación social y como campo de poder que se derivan del sistema de géneros y de la familia tradicional ya que presupone el control del padre sobre la mujer y sobre los hijos e hijas.

En el trabajo que presentó José Olavarría, se encuentra una referencia a los estudios de Elias, que describen los cambios que ocurrieron en Europa en el ejercicio del poder del padre sobre los hijos y del esposo sobre la mujer. De acuerdo con Elias, este poder se ha visto reducido y recortado al generarse espacios que protegían tanto a

los hijos como a las mujeres del poder omnímodo del padre. En la medida en que la sociedad se fue civilizando, se redujo el uso de la fuerza física del padre sobre la mujer y los hijos. Muchos comportamientos que antes eran aceptados socialmente se transformaron en delitos que hoy son penados. En la actualidad, las esposas y los hijos reciben la protección de la sociedad a través del Estado. Este, entonces, se interpone en el campo de dominio del padre. Pero se trata de una transformación paulatina. Así, por ejemplo, el código napoleónico al que ayer hacía referencia José Olavarría tiene muchísimas limitaciones porque sitúa a la mujer en una condición similar a la de los hijos, ambos debían obediencia al padre. Sin embargo, constituyó un avance enorme porque definió los deberes y derechos de los padres, los deberes y derechos de los hijos y convirtió el matrimonio en un contrato civil con un conjunto de reglas para ambas partes.

La legislación ha avanzado en América Latina; ha habido modificaciones que, si las miramos en perspectiva temporal, son impresionantes. Por ejemplo, en Chile, las mujeres dejamos de deberle obediencia al marido en el año 1989. Hasta entonces, se debía hacerlo y debíamos fijar residencia y seguirlo adonde él decidiera; en otras palabras, se violaba los derechos humanos de las mujeres en forma sistemática. Sin embargo, la mayoría de los países de América Latina sigue teniendo el código napoleónico como fundamento legal de la familia.

El caso que nos ha presentado Gutmann es muy interesante porque observa cómo en una sociedad en transformación, enfrentada a procesos de cambio social en los cuales las mujeres tienen un rol fundamental, aparecen formas de resistencia a la emancipación de la mujer. La mamitis, una enfermedad psicológica que sufrirían los hijos cuando se separan por largas horas de la madre, traduce una sutil manipulación sobre la mujer que la fuerza a entrar dentro del molde de conducta tradicional. Este discurso se apoya en instituciones como la escuela, la iglesia y todos los aparatos ideológicos. Esta nueva versión de la buena madre complota para que se vuelva a ejercer la potestad marital.

Otras manifestaciones de este poder son las experiencias de maternidad forzada. Tenemos una cantidad impresionante de embarazos forzados por el hombre como una forma de control sobre el cuerpo de la mujer. En sentido contrario, es común que los hombres nieguen su paternidad cuando no controlan el cuerpo de la mujer, cuando no hay control de las relaciones sexuales que la mujer pueda tener.

La violencia ejercida contra los hijos es más o menos extendida. Existe la idea de que el hijo debe obediencia. Otra dimensión de ello es la imposición en la educación que prohíbe al hijo o hija ciertos estudios y los fuerza a escoger ciertas profesiones, por ejemplo, el retiro de hijas de la escuela en comunidades indígenas porque los padres consideran que no tiene caso si finalmente va a ser esposa y puede aprender igual en la casa, etc. Tenemos el caso de la entrega en matrimonio de hijas mujeres a terceros e incesto como práctica nunca suficientemente documentada por ser tabú, pero sabemos que hay zonas donde es bastante frecuente. Entonces, se presenta también aquí esta negación de lo que podría ser la paternidad a través de este ejercicio del poder.

### **3. La maternidad como fuente de poder**

Hay un tercer ámbito que es la maternidad como fuente de poder. Así, el embarazo puede ser una manera de establecer un vínculo social, de insertarse a una red y es la mujer la que tiene la iniciativa y provoca la condición para ello. De eso, tenemos una buena cantidad de testimonios y es una experiencia vivida por muchos hombres en forma traumática. También existe la maternidad como una posibilidad de ejercer poder a través de la exigencia de recursos: se puede encontrar juicios por pensiones alimenticias. Asimismo, tenemos la definición de programas y políticas públicas para mujeres jefas de hogar, lo que significa que la condición de jefa de hogar da acceso a recursos a través de lo que antes llamábamos «aborto masculino»;

pero puede ser una manera de acceder a programas de ayuda.

Otra manera de ejercer poder es la lucha por la tuición los hijos, cuando ya tenemos declarado un conflicto, ellos se transforman en una posibilidad de manipulación de la pareja o del padre. En el caso de Chile, los jueces fallan masivamente en contra de los hombres. Parten de la base de que ellos no son de fiar, que no son personas que vayan a ejercer la paternidad como debe ser debido al alcoholismo, la violencia, etc. Eso es lo que ha dado origen al movimiento de hombres llamados «papás por siempre» altamente resentidos a los que las mujeres les niegan la posibilidad, incluso ver a sus hijos.

Finalmente, también la maternidad es una relación de poder respecto de los hijos. En el trabajo de Matthew Gutmann se registra la violencia ejercida por las mujeres sobre los hijos. Es en condiciones de pobreza y otras bastante difíciles donde el recurso de la violencia de alguna manera se legitima.

En suma, estas reflexiones presentan este planteamiento de cómo la paternidad puede ser una negación de las personas, de la autonomía de la mujer, de la de los hijos, una negación de una función social y que estas son dinámicas simultáneas que los cambios culturales y sociales incentivan y refuerzan.



## Debate de la tercera sesión

*Norma Fuller*

Me voy a dirigir a cada uno. En realidad, más que preguntas, son reflexiones sobre las implicancias de los trabajos de ustedes para el estudio de temas de género, de paternidad, reproducción y salud. En el caso de Ondina Fachel Leal, lo que más me llama la atención de su trabajo es la importancia de resaltar cómo el proceso de embarazo implica la activación de una red relaciones. Creo que es tremendamente importante mostrar que el mismo hecho de reconocer una gestación ya es un proceso social y que no se trata únicamente de dos jóvenes adolescentes o de una pareja sino de una red familiar. Esto cubre desde el afecto y el apoyo hasta consideraciones materiales. Me parece que es una pista riquísima y que debe ser tomada en cuenta tanto en los programas sobre paternidad como en las futuras investigaciones. No quiero redundar más en eso porque el trabajo de Ondina Fachel Leal es muy claro, lo que quiero es remarcar su importancia.

Lo mismo sucede con el de Matthew Gutmann que me parece un trabajo muy fino. Lo que es interesante remarcar, es cómo existe un entrelazamiento entre las nociones psicológicas que manejamos tales como género, maternidad, paternidad, que se refieren a temas que son profundamente subjetivos y los cambios sociales. Así la mamitis no es únicamente una vivencia infantil sino un dispositivo para regular la manera en que las mujeres se relacionan con sus hijos y una manera de elaborar la protesta masculina cuando ellas entran al mercado laboral o cuando salen de su dominio. Ello muestra que nuestras vivencias personales, los traumas infantiles, etc, no son simples manifestaciones de nuestra vida interna sino que son moldeadas y definidas por el contexto social.

Respecto a la mamitis, a mí también me llama mucho la atención esta capacidad de ir articulando lo personal con el trabajo antropológico que tú haces. Precisamente, eso es un aporte interesante porque uno se reconoce como diferente, pero además tiene la capacidad de incorporar las miradas de las personas, de darse cuenta de cómo también se es objeto de estudio de esa comunidad en la que estás viviendo y cómo utilizar esa información a tu favor. Creo que eso es un elemento especial y le da mucha agudeza a tu trabajo. Hasta que leí tu trabajo, no había reflexionado sobre esta cuestión de la mamitis, la he escuchado desde la adolescencia y he visto escenas también frecuentes, con bebés de ocho o nueve meses que reaccionan cuando reconocen que están en brazos ajenos, a los que no están acostumbrados. Entonces, surge ese diagnóstico de mamitis con el humor o sorna que lo acompaña. Esta hipótesis de que la mamitis endémica está pasando a epidémica me parece muy interesante.

Otra cuestión que me sorprendió cuando Gutmann iba leyendo su texto y no sé si lo encontró en Santo Domingo es la de los *chipiles*, el síndrome de los niños cuando se ponen *chipi*. A veces hay que destetar al bebé que está todavía lactando porque le cae mal la leche o porque la mamá está embarazada nuevamente. Entonces, ese niño al que todavía le están dando teta o que tenía mucha cercanía con la mamá, cuando otros adultos se hacen cargo de él, entra en tristeza, llantos, berrinches, incluso presenta síntomas físicos. A eso se le denomina *chipilesques*. Entonces, dicen que el niño anda *chipil*. Actualmente se da, no en relación con el embarazo, sino con la inserción laboral de esas mujeres.

Un punto que quisiera traer de la discusión de ayer es esta cuestión de la calidad del contacto. Es interesante el testimonio de la mujer que trae los productos de su trabajo: trae pan, fruta. Ella está hablando como un proveedor, como un papá: con proveer ya es suficiente. Pero, creo que tiene que ver mucho con la calidad de contacto que logramos tener estos papás que empezamos a ocupar un lugar

en lo doméstico, a veces a regañadientes, a veces medio forzados, y que *algo* a nivel afectivo, a nivel de contacto, está faltando. Es una parte faltante en esta otra mitad de la revolución que no se está dando tan plenamente, que los hombres participemos más en lo doméstico.

Un último elemento que quisiera señalar que el trabajo deja muy claro es que se trata de formas de control social. No sé si se detecta, no lo escuché claramente en el texto, el papel que juegan las abuelas. Por ejemplo, cuando mi pareja y yo tenemos que salir ambos a dar algún taller y se quedan las niñas con la abuela, allí se transmiten mensajes bastante fuertes de censura, sobre todo a la mamá. Esa ausencia que quizá la niña o el niño no sentía, se va incorporando a partir de la mirada crítica, en espejo, de la abuela, «es que tu mamá por qué trabaja tanto, yo siempre cuidé a tu mamá pero tu mamá ahora no». Creo que esto quizá a más de una persona aquí le suene porque se da no solo en Santo Domingo, se da por todos lados, esta censura a través de la suegra o de la mamá de la mujer. La compañera que estaba aquí junto a mí también me hablaba de cómo ella comparte con su pareja, pero los berrinches se los hacen a ella cuando sale a trabajar, a pesar de que ambos tienen la auto representación de que está totalmente compartido.

*Carmen Lora*

Una pregunta que le quería hacer a Ondina Fachel Leal sobre un tema que me parecía muy lleno de posibilidades futuras, que es esta percepción distinta de los médicos con respecto al embarazo del adolescente como problema y de la forma en que esto puede ser asumido por ellos, como una estrategia para constituir una pareja. Quisiera preguntar si en el caso de las chicas sobre todo, se ha podido encontrar en las entrevistas algún tipo de relación entre lo que ese embarazo implica en su conformación de identidad de género, es decir, cómo es una estrategia que resuelve un problema de ansiedad en un

determinado momento frente a determinada opción de roles. Si hay alguna información sobre eso, me interesa.

Con relación a la ponencia Matthew Gutmann, me gustaría preguntar cómo es que definen el concepto de vínculo. Cuando trabajó la mamitis, Gutmann habló además de una persona como Erickson. ¿Cómo se incorpora o cómo se explica la angustia de separación? ¿Se da entre hijos y madres solamente, entre hijos y padres? ¿Cómo la interpretación de la mamitis tiene que ver con esto o no? En el Perú, he escuchado un poco también de papitis, me parece que también se alude a eso. Entonces, ¿cómo es que se interpreta para ustedes en la antropología la angustia de la separación en los niños con respecto de sus progenitores? Y quizás también ¿cuál es el tiempo histórico en que se puede modificar un vínculo? Se ha trabajado el tema de las abuelas y la modificación en las formas en que uno vive las identificaciones. ¿Qué tiempo pueden demorar en cambiar? Estamos asistiendo a transformaciones y me parece muy interesante la relación entre mamitis y cambios en los roles de las mujeres. Una última cuestión que, más que una pregunta, es resaltar la noción de humor, que me parece muy interesante, el tono de broma, que se usa cuando se alude a la mamitis. ¿Hay alguna reflexión sobre eso?

*Javier Alatorre*

Matthew Gutmann, al hablar sobre mamitis, me hizo pensar si esto sucede no necesariamente asociado al cambio social que plantea, porque también me hizo pensar en el trabajo de Winnicott sobre el apego. El apego es bueno, es parte del proceso de desarrollo de los niños, este vínculo con el cuidador principal que puede ser una respuesta construida en la socialización de la angustia, de la separación del cuidador. No sé si necesariamente esa expresión de la mamitis pueda estar asociada a cambios sociales o, como decía Mara Viveros, si está asociado pero más bien resignificado porque ya existía antes. De todos modos, estuviera o no asociado, me parece que la intuición

es muy brillante, me gusta mucho la manera que se tomó un detalle que parece tan irrelevante, cotidiano y que uno no repara en ello. Eso me gustó muchísimo porque, ya sea que los niños la tengan o no, lo importante es la resignificación que hacen los otros sobre las respuestas de los niños. Jala un hilo de la elaboración de significados, de las prácticas respecto a la reproducción y al cuidado de los niños. Creo que sí hay una naturalización de la relación con el hijo y la madre que excluye ideológicamente al padre. Me parece que en ese sentido sí es muy fino, es muy brillante tomar un hecho que puede ser irrelevante para los que estamos inmersos en la cultura y que de pronto nos abre como una ventanita.

Respecto a lo que decía Ondina Fachel Leal, también me parece ilustrativo. Me llamaba la atención que uno de los hallazgos en el trabajo que yo he realizado es el papel del hombre en el control reproductivo. En el caso del aborto, después de entrevistar a muchos hombres y mujeres, mis datos se disparaban hacia un lado y hacia otro, y no tomaban sentido. Pero, de pronto, me llamaba la atención que lo que le daba sentido a eso tan diverso era que el hombre es el que controlaba: Si el hombre quería aborto, presionaba, no necesariamente lo conseguía, pero presionaba a la mujer. Si el hombre quería el hijo, evitaba que ella tuviera el aborto, la obstaculizaba. Entonces me parece que lo interesante es resaltar el control del hombre sobre el proceso reproductivo.

*Mara Viveros*

Voy a hacer dos pequeños comentarios sobre las intervenciones. En primer lugar, a pesar de que a Ondina Fachel Leal la he escuchado comentar esos datos de muchas maneras siempre me impresiona, me parece maravillosa la riqueza de los datos de su investigación, además siempre insiste en subrayar el aporte cuantitativo, pero me gusta también la fineza del análisis y su capacidad de articularlo en una problemática antropológica. Simplemente hice un pequeño co-

mentario en relación con las mujeres que estaban en mayores condiciones de precariedad y eran las que utilizaban menos métodos anticonceptivos, es decir las que estaban más expuestas a un embarazo. En ese sentido, estaba pensando en lo que les decía ayer en relación con esa posibilidad que han utilizado las mujeres y las mujeres adolescentes de construir un porvenir en torno al embarazo como una estrategia consciente de tener futuro. Digamos una estrategia de la que no disponen tal vez los hombres en el sentido de que ellos definen menos su identidad en torno a un proyecto paterno. Eso me pareció interesante, aunque también creo que para muchos jóvenes adolescentes la paternidad empieza a aparecer como un proyecto constitutivo de futuro y eso lo digo a partir de estudios que se han hecho sobre pandillas, en que se ve que justamente que los que salen adelante son los que son padres. Es decir, eso que se ha planteado como problema, lo del embarazo adolescente, también podría ser una salida, y habría que pensarlo de una manera más compleja. Enfocar no solamente los aspectos negativos sino también los aspectos positivos que pueden abrir puertas.

Cuando escuché a Matthew Gutmann, pensaba en que tiene la capacidad de hablar de una situación que parece pequeña e irrelevante, es decir, lo importante en la vida a veces son esos pequeños gestos o pequeños pliegues que uno abre y a partir de ahí descubre que de un punto aparecen ideas muy interesantes. Eso me pareció un aporte de su trabajo. En Colombia también se habla de mamitis, pero nunca habría hablado de un síndrome ni de un trauma, lo hubiera tomado como una broma sin importancia. Entonces, es interesante cómo la visibilización, la problematización de lo que se considera banal nos permite entender muchos aspectos. Yo me estaba preguntando al oír sobre los usos sociales de la mamitis, qué tanto las mujeres también pueden utilizarla a su favor, es decir, si es que se puede banalizar la mamitis. En ese sentido, también las mujeres podrían jugar con ese aspecto y pensar que va a pasar, o es cuestión de dos días, de acostumbrarse, pero finalmente no es una enfermedad. En otras palabras, se puede jugar con la idea de que es medio broma,

que no es realmente una enfermedad y también las mujeres podrían defenderse. En el caso de la mujer que llega y dice «traigo la fruta y todo», no sé qué reacción tendría frente a la mamitis descrita por el padre y por las personas que rodean al hijo. Yo quería saber un poco sobre los usos sociales de la mamitis por parte de las mujeres.

*Gerardo Ayala*

También quiero felicitar por su trabajo a las dos personas y en el caso de Ondina Fachel Leal es la primera vez que veo números y tablas estadísticas que, al escuchar el discurso, me seduce lo que dicen; otras veces me dormía generalmente. Me gustó mucho porque he estado peleando desde mis estudios con los métodos cuantitativos que para mí fueron razones para alejarme bastante de mi formación como psicólogo y ahora que escucho esto pienso que no debería estar tan peleado con eso pues sí se pueden hacer trabajos tan interesantes.

Yo quisiera ver si se puede ampliar un poquito más esta explicación del embarazo adolescente como una estrategia de las mujeres para construir una alianza y hablaría un poco de los adolescentes varones, retomando lo que decía Mara Viveros, en el sentido de que también en los hombres jóvenes —es una situación que empiezo a observar—, al haber una dificultad para ser proveedor, por lo menos en México, por la situación de crisis económica, tiene que haber otros aspectos en los que yo pueda demostrar mi ser hombre o pueda ir reafirmando mi masculinidad; una es el trabajo y otra es la reproducción, es decir, embarazar; quizás no el ser padre pero sí el embarazar.

Otro comentario que yo quisiera hacer es retomar la mamitis —que a mí me remontó a mi cultura, a mi infancia y a mis vivencias personales— y quizás también la papitis, que es menos frecuente, pero existe, incluso yo la he vivido, me han dicho «tu hijo tiene papitis». Trataría de ver los lados positivos de la mamitis y a la papitis. En la parte positiva, veo la necesidad de afecto, la necesidad de acer-

camiento y de contacto. Frente a tiene mamitis o tiene papitis, mi respuesta es un abrazo, me acerco físicamente, aquí estoy yo para suavizarle su problema. No hay necesidad de verlo como problema sino como a lo mejor una situación que se puede auto modular.

Ya en concreto, sobre las dos exposiciones, me pareció que se puso en la mesa del debate el conflicto en las relaciones de poder que se expresa en la pregunta «¿de quién son los hijos o las hijas?», y aparece como uno de los conflictos o el conflicto más importante entre los hombres y las mujeres, la propiedad o posesión de los hijos. Física, material y simbólicamente también, ¿de quién son los hijos o las hijas?

*Jeaninne Anderson*

Yo quería felicitar y celebrar la mirada al entorno más amplio que este triangulito de madre y padre, hijos o hijas y señalar la importancia de tomar esto en cuenta. Creo que uno tiene que distinguir los varios planos que se han presentado, uno que tiene que ver con prácticas de crianza y cuidado y otro que tiene que ver con discursos y organización social.

Un plano estructural que creo es lo que me impactó en la presentación de Ondina Fachel Leal es haber hecho ese puente entre el tener hijos, su existencia y la organización social mayor de una comunidad equis, pero voy primero a lo de crianza y el cuidado. Yo creo que una de las grandes mentiras de la antropología es la que dice «los niños humanos son socializados por adultos». Yo creo que, cuando pensamos en cuidado, socialización y crianza, deberíamos tener enfrente la imagen arquetípica de la niña o el niño de seis, siete y ocho años con su hermano menor en la espalda, con otros niños de once o doce años por ahí vigilando esta situación, interviniendo cuando hay necesidad y luego una cadena hasta llegar a la madre y el padre cuyo rol en este cuento es más de sentar los grandes parámetros y ejercer el control final. Creo que es importante corregir esta visión de «¿qué

es lo que hace la madre?». No hablemos todavía de lo que hace el padre, porque tratar de pensar en cómo los hombres podrían replantear su rol frente a la paternidad, cuidado crianza, socialización, es colocar una vara enormemente alta, plantearles que si quieren cumplir su papel con la misma calidad que la madre van a tener que pasar horas en contacto directo y ser únicamente responsables de sus hijos y toda una serie de tareas que tampoco las hacen las madres. Porque creo que es *natural* que los niños mayores críen, cuiden y socialicen, que actúen como una suerte de correa de transmisión entre los adultos que son incomprensibles para los muy pequeños y los muy pequeños son incomprensibles también para nosotros. Pero estas sucesivas etapas de niños entre edades intermedias logran que más o menos nos entendamos y ellos finalmente se conviertan en adultos y adultas también.

Quiero pasar al tema de las redes que tocó Ondina Fachel Leal, las redes sociales que se irradian a partir de una pareja, del hecho de un embarazo. Ahí apelo a un estudio que hicimos en la Universidad Católica del Perú hace un par de años sobre la muerte materna, donde reconstruimos lo que había sido la red de la mujer fallecida en cuatro momentos: la red anti-embarazo de la mujer, la red durante el embarazo, la red en el momento de la crisis de la muerte, quiénes se activaban, y luego cómo quedó la red después. En la primera red, donde todos hubiéramos pensado que habría una ampliación y mucha gente que pone atención y que están ahí para ayudar, ahí había una *bajón* enorme, las redes se achicaban muchísimo. Creo que cuando miramos eso, vemos una situación de negociación del hecho social de ese embarazo no deseado en que no se ejerció la posibilidad de aborto femenino en la ventanita adecuada porque se dejó hasta el último minuto la posibilidad de abortar y no funcionó o no se pudo. En algunos casos, cuando todo había fallado en el camino y siguió el embarazo, el niño que estaba por nacer siguió siendo un hecho social imposible de admitir y de asumir. Conforme iba la negociación entre la pareja y las personas más cercanamente implicadas en lo que iba a ser luego el cuidado y la crianza de ese niño, se llegaba a una situa-

ción donde se hacía tal vez una suerte de aborto de madre con niño. Había una notable falta de entusiasmo frente al parto, frente al puerperio, frente a los recursos que alguien estaba dispuesto a poner en el hecho del nacimiento, y así, hasta que la madre moría llevándose a ese hecho que no tenía engarce. Y, por cierto, era más frecuente en las mujeres más jóvenes, sin pareja, con situaciones familiares precarias y entre mujeres mayores que ya tenían hijos grandes.

*José Olavarría*

Realmente me parecieron excelentes las intervenciones, en cuanto a las negaciones que ella planteaba. Con relación a lo de Matthew Gutmann, me parece muy importante la visibilización de aquellas situaciones que parecen tan naturales. Claramente, la mamitis, al definir ese vínculo natural madre-hijo, está llevando a que la madre se tenga que preocupar del hijo; por lo tanto, el padre ejerce poder sobre esa madre. Si podemos empezar a descifrar aquella cantidad de otras situaciones tipo mamitis, chalecos, etc., que giran en torno a la formación de lo que es la maternidad, podremos empezar a reconocer los mecanismos a través de los cuales los vínculos se transforman en naturaleza.

En lo segundo, en lo que plantea Ondina Fachel Leal, hay una cuestión muy puntual pero muy interesante. Cuando dicen «los hombres suponen que la pareja usa mucho más anticonceptivos de lo que efectivamente sucede y las mujeres suponen...», hay dos respuestas que son complementarias. Eso me pareció como para dejarlo presente pues también nos explica por qué los hombres nos llevamos sorpresas a veces con los embarazos porque suponíamos que la mujer se cuidaba. Otro aspecto en la ponencia de Ondina Fachel Leal es el embarazo adolescente como problema. En el caso de lo que nosotros hemos visto en entrevistas con adolescentes padres que viven y no viven con los hijos, se repite exactamente lo mismo en los padres de sectores populares, es una estrategia de los varones para poder

constituir familia. ¿Por qué? Porque las mujeres para los varones, especialmente de los sectores populares son quienes estructuran la vida, fundamentalmente. Cuando la madre ha estado presente, la vida de los varones fue estructurada por ella; el padre muchas veces no está presente. El periodo en que el joven empieza a salir del control de la madre, el de la calle, es una etapa de mucho movimiento y de mucho riesgo, de mucho peligro en el Chile de hoy, con mayor razón en sectores populares, donde está el riesgo del alcoholismo, de la droga y de la delincuencia como una cuestión muy patente, muy presente. Volver al ámbito de la mujer, establecer una pareja, es muy importante y de allí que se busca la paternidad. Esta y el embarazo son buscados como formas de mantener y establecer un vínculo permanente. En ese sentido, las redes, tal cual lo estaba planteando Ondina Fachel Leal, como la casa de ella o el traspaso, ese pasaje de casas que hay para lograr al final establecerse —allá en Chile se llama los «allegados»— realmente se han establecido en una estructura que permite que se active esta estrategia de paternidad que, desde el punto de vista de los hombres, estructura la vida. No obstante, sucede todo lo contrario en los sectores medios, donde un embarazo adolescente destruye el proyecto de vida de los genitores. Pero también hay una estructura familiar, como bien dice Ondina Fachel Leal, que se activa y son los padres, muchas veces de ella o de él, básicamente los de él, los que insinúan el aborto o financian el aborto. El tercer punto para terminar con Ondina Fachel Leal es que parece muy importante el debate sobre la esencia, es decir, en qué momento de esta negociación —que son las dos o tres primeras semanas del embarazo, que son las semanas más delicadas—, tenemos o no tenemos el hijo, en el caso que haya diálogo en una pareja que se quiere. En ese punto del embrión, como ella bien dice, no es persona; por lo tanto, podemos hacer el aborto. Cuando ya definimos que vamos a aceptarlo realmente, el aborto no es posible y ahí constituimos el resto. Pero ese momento de definición donde todavía no es naturaleza nos permite ir por otro camino; mientras no haya sensibilización, todavía puede haber negociación.

*Gonzalo Portocarrero*

Tenía una pregunta muy puntual para Ondina Fachel Leal y otra que es más un comentario sobre lo expuesto. Respecto a la exposición de Ondina Fachel Leal, me llamó la atención el hecho de que las entrevistas duraran veinte horas. ¿Realmente era necesario ese tiempo? ¿Cuál era la guía de entrevista, la metodología? Respecto a la exposición de Matthew Gutmann, donde aparece el concepto de conciencia contradictoria, que le sirve para explicar o comentar cómo pueden coexistir discursos de diferentes épocas, prácticas de diferentes épocas en la misma persona, en la misma subjetividad, creo que se trata de un concepto que constata este hecho pero que quizá no lo problematiza lo suficiente porque, efectivamente, la conciencia contradictoria, esta coexistencia de situaciones aparentemente excluyentes, nos puede llevar a la destrucción de la subjetividad pues se piensa esta simplemente como un campo por donde circulan instrucciones contradictorias porque nada las unifica. Me parece que en el límite este concepto destruye la idea de agencia, la idea de moralidad, la idea de racionalidad. Creo que habría que pensar en las fuerzas que unifican la subjetividad como son la racionalidad que puede desarrollar la persona, la moralidad, para referirnos a factores individuales. Pero también hay factores sociales como la tolerancia. ¿Cuánta ambigüedad se considera normal? ¿Cuánta ambigüedad están dispuestas a tolerar las personas en un mundo social? Y digo esto porque también me he chocado con la misma realidad examinando la recepción del discurso de la equidad de género en jóvenes y viendo cómo ellos manejan diversos discursos, diversas prácticas y, evidentemente, hay ambigüedad y contradicción pero también toma de conciencia. Se ocultan ciertos discursos, se ponen al frente otros, ello implica que hay una intención de adecuarse a una moralidad pública. Me parece que la coexistencia de representaciones, discursos y prácticas aparentemente contradictorias en la misma subjetividad tiene que trabajarse. En síntesis, creo que el concepto de conciencia contradictoria simplemente registra un hecho sin problematizar su significación, sus alcances, sus límites.

*Miguel Ramos*

Las dos presentaciones me parecieron muy importantes y sugerentes, también los comentarios de Teresa Valdés. Creo que la importancia de estas ponencias, además de su contenido, es la capacidad que tienen para suscitar preguntas y pistas de investigación. Mientras las escuchaba, me surgían unas inquietudes. Una de ellas se relaciona con lo que decía Teresa Valdés respecto a los impases de la paternidad. Uno de los impases que yo veo está en lo que me parece que es una etapa importante de la paternidad que es el embarazo. ¿Cuál es la vivencia de la paternidad en esa etapa? Al parecer es sumamente contradictoria que es posible que para muchos varones no sea una experiencia positiva. Según indicios de investigaciones, en ese periodo hay un sentimiento de rechazo donde se agudiza la violencia del varón contra la mujer. Entonces, ¿qué está sucediendo, cuál es la vivencia de los varones? Yo considero que es un impase porque en realidad cuando nosotros nos referimos al embarazo, no nos referimos a nosotros mismos como padres, siempre hablamos «mi esposa se embarazó», «voy a esperar un hijo», «voy a ser padre», «¡mi esposa va a dar a luz!». Es decir, siempre hacia el futuro y no hacia el presente. Alguna vez escuché a alguien decir que cuando no existe una palabra para caracterizar una etapa o una situación, en el caso de los varones para decir «me embaracé», es como si la situación no existiese. En ese sentido, una de las preocupaciones que me suscita al escuchar esto es cómo los varones podemos vivir nuestra paternidad, cómo estamos viviendo esa etapa importante de la paternidad.

*Ondina Fachel Leal*

Con relación a la observación de Miguel Ramos, comenté con Mara Viveros que en verdad tenemos que cambiar la lengua para poder cambiar el patriarcado, es una posición feminista. Una cuestión que

es muy puntual pero en verdad muy larga para contestar es la de Gonzalo Portocarrero con relación a la metodología. Creo que cualquier metodología que hace la triangulación cualitativa-cuantitativa es muy complicada. Entonces, se tiene que trabajar con un número de casos suficiente y analizarlo a profundidad; si no, es mejor hacer un *survey*. Este modelo metodológico creo que fue muy radical, hay una gran cantidad de material y puedo hacer muchos cruces de variables según el tema que me planteo. Fue una experiencia metodológica muy exitosa porque incluía análisis de relaciones. Las entrevistas estaban divididas por temas, el primero era la historia de vida, la historia de trabajo, la sexualidad, eran como cinco encuentros de dos horas. El hecho de que se tomara mucho tiempo permitió también construir la relación, volver a encontrarse, hacer observación etnográfica directa de situaciones de sociabilidad. Se trata, entonces, de un instrumento muy sofisticado. Por eso, es una oportunidad que se tiene una vez en la vida y después la cargas para siempre porque recoges muchísimo material.

Una cuestión interesante, que comentó Jeaninne Anderson, es que una pareja crea una red social, pero, en verdad, creo que fue uno de mis puntos, no instala una sino que esos dos egos ya están instalados dentro de una red y lo importante es cómo ellos la movilizan. En ese sentido, el comentario se parece mucho a lo que hicimos. Además de esas veinte horas de charla, acompañamos algunos casos. La situación más dramática fue la de una niña de trece años. Pasé con ella seis meses: en la primera entrevista, no estaba embarazada y era virgen; en la segunda entrevista, estaba embarazada; en la tercera entrevista, murió de aborto. Entonces, eso fue muy complicado, muy doloroso, pero muy rico desde el punto de vista analítico. Toda la negociación que se estableció entre ella, el padre y la familia. Ella era una niña de trece años; el niño quería el hijo pero la madre de ella no lo quería; la madre hizo el aborto y la hizo negar que lo había hecho. Vinieron complicaciones, pero no buscó al médico porque la madre tenía la culpa y eso la denunciaría. Finalmente, murió de infección. Fue una situación extremadamente dramática. En ella,

vemos cómo el ego era la niña: no quería hacer absolutamente nada y buscaba la preñez, peor la madre se oponía. La conclusión es que las redes son anteriores a los sujetos sociales y que la paternidad es una relación social más que todo.

Un dato que me he olvidado de presentar es sobre la circulación de niños. No tengo datos cuantitativos para hacer afirmaciones, pero hay circulación en los sectores populares y sigue patrones más o menos establecidos. El niño tiene un valor increíble como mercadería, como producto de intercambio, como trabajo, para ayudar a construir la casa o para ayudar en las tareas. Sobre doscientas familias, tuvimos cerca de setenta casos de niños que circularon, treinta y dos niños eran adoptados y treinta y cuatro fueron dados en adopción. Eso no es un problema, no es una excepción, eso es una forma de estructura social muy legítima.

Hay otra cuestión que planteó José Olavarría y es la concepción desde el punto de vista del varón. La identidad de él no se va a deteriorar si su familia asume al hijo. Existen arreglos sociales en los que un tío, un abuelo, etc., asume al hijo.



## CONCLUSIONES



## Conclusiones de la Conferencia Regional «Paternidades en América»

En dos días de intenso trabajo conjunto, los participantes en la conferencia «Paternidades en América» presentaron los resultados de diferentes investigaciones y reflexiones sobre el tema de la paternidad en el Perú, Colombia, Chile, Brasil y México. Sobre la base de los debates e interrogantes que surgieron en este diálogo, hemos tratado de elaborar algunas reflexiones que, más que conclusiones sobre este tema tan vasto, constituyen un resumen de los resultados obtenidos, las interrogantes surgidas y las tareas a futuro. Estas se pueden sintetizar en los siguientes puntos.

### 1. Resultados

Los resultados en las diferentes investigaciones muestran que, si bien existen grandes diferencias en las prácticas de la paternidad, todos los casos estudiados comparten la misma definición de paternidad ideal. El padre es aquel que protege, provee, forma, educa y representa a la autoridad. Por otro lado, la paternidad es un lugar donde se construye y se reproduce la masculinidad, y donde, estructuralmente, los hombres se colocan en una situación de poder y control sobre los hijos y sobre la mujer.

Asimismo, en todas las poblaciones investigadas, aparece un nuevo mandato moral que se resume en dos grandes demandas: diálogo horizontal entre padres e hijos o hijas y mayor participación del padre en la crianza de los hijos. No hemos llegado a un consenso sobre si realmente estas demandas se han traducido en cambios en la manera en que se vive la paternidad, pero sí detectamos la existencia bastante clara de este mandato moral. Esto no significa que

no haya existido en el pasado padres cercanos y que participaban en la crianza, sino que los varones de hoy día, sobre todo los jóvenes, se contrastan claramente con un modelo de paternidad más distante y reclaman mayor cercanía y compromiso del padre.

Estos cambios en los mandatos del padre muy probablemente se relacionan con las tensiones y transformaciones en el ámbito económico, social y cultural que caracterizan el pasaje de las sociedades tradicionales y jerárquicas hacia las modernas. Las más importantes de ellas son la creciente urbanización; cambios a nivel de la intimidad relacionados con una mayor tendencia a la reflexión y la subjetivización de las personas; la revisión crítica de las relaciones de género, de la familia y de la masculinidad, ocasionadas por el impacto del movimiento de mujeres y la creciente participación femenina en el mercado de trabajo, y, finalmente, la expansión de las formas de organización y de los valores democráticos por lo menos en los ámbitos urbanos. Todas estas transformaciones conducen a la revisión de las bases jerárquicas y patriarcales en que se funda la representación de paternidad tradicional.

Otro punto en el cual ha habido acuerdo es que, según las poblaciones estudiadas, la *responsabilidad* es uno de los núcleos que construye la paternidad. Así, no es lo mismo ser reproductor o genitor que ser padre. Lo que vuelve a un hombre padre es la *responsabilidad* que asume públicamente de proveer, formar y proteger. Sin embargo, la definición de esta noción puede ser muy variada y se presta a la implementación de diferentes estrategias en las que influyen muchos factores, como el momento del ciclo vital, la clase, la etnicidad, la situación laboral o la relación de pareja. Por lo tanto, es precisamente en este tema donde se refractan y expresan los impases y los dilemas de la paternidad. Es así que muy comúnmente la paternidad es vivida de manera difícil o ambivalente o simplemente no vivida, en el sentido de no pasar por el proceso de asumirla.

En el mundo actual, es muy importante resaltar, especialmente en el caso de los sectores populares, el papel que juegan las redes sociales de los varones y mujeres en el proceso de asumir la paterni-

dad. Estas van desde afecto y cuidado hasta asegurar las condiciones materiales y morales para sostener a una niño o niña. Es tremendamente importante tener en cuenta que el mismo hecho de reconocer una gestación ya es un proceso social y que no se trata únicamente de dos jóvenes adolescentes o de una pareja sino de una red familiar.

En términos de la identidad masculina misma, punto de partida de estas investigaciones, la paternidad es un eje central de la masculinidad. Ser padre marca el punto en que se cierra el periodo juvenil, significa un reordenamiento de la vida del varón, su inserción en una nueva unidad doméstica y la obtención de reconocimiento social pleno de parte de sus pares. Es el punto en que se convierte en un adulto. Es así que, generalmente, la paternidad va de la mano con la entrada en el espacio laboral. La inserción o no-inserción laboral abre, entonces, toda una serie de estrategias y de problemas de cara a la paternidad.

Es importante señalar el hecho de que convertirse en padre signifique un reordenamiento de la vida se relaciona con ciertos rasgos del periodo juvenil como son la exposición al riesgo, la transgresión y la búsqueda de afirmación sexual. Precisamente, observamos que los jóvenes en situación de riesgo pueden buscar ser padres como un medio de ordenar sus vidas o también como una manera de construirse un futuro. Este tema es muy importante entre los jóvenes adolescentes de los sectores más pobres o con pocas expectativas para quienes la paternidad puede ser un proyecto constitutivo de futuro. De ese modo, el embarazo adolescente puede ser no simplemente un problema sino una salida. No obstante, sucede todo lo contrario en los sectores medios, donde un embarazo adolescente destruye el proyecto de vida del joven.

## 2. Interrogantes

Respecto a las dificultades e interrogantes que plantea la paternidad, estas son por supuesto muchísimo más numerosas que las conclu-

siones. Un primer escollo es la necesidad de enfocar a la familia de una manera más diversificada: primero, porque hay muchos estilos de familia donde nuevamente se entrelazan las variables ya mencionadas de clase, raza, etnia y edad, y, segundo, porque hay una tendencia a la segmentación y a la diversificación en las sociedades urbanas que lleva a que se constituyan diferentes sub-culturas y, por tanto, estilos de familias y de paternidades.

El tema de la creciente segmentación y diversificación de las culturas urbanas se relaciona con la problemática de los padres separados de sus hijos y con la demanda de las minorías sexuales de establecer relaciones de familia y filiación. Estas dos cuestiones tocan dos puntos esenciales de la paternidad que se refiere al tipo de vínculo entre padre e hijos o hijas. Por un lado, en el caso de los separados, existe la pregunta de cómo mantener la relación con los hijos cuando no conviven con ellos y cómo se redefine el rol de padre en estas situaciones. Por otro, el caso de los padres de minorías sexuales, en los cuales la figura del padre o madre no corresponden a las identidades de género tradicionales, hace evidente que la paternidad no es un hecho biológico, sino un hecho simbólico que se establece y se construye a nivel individual, a nivel social y a nivel cultural.

Asimismo, es imperioso estudiar con más detalle cómo se movilizan las redes sociales que se activan durante el proceso de negociación y consolidación de paternidades específicas. Las presentes investigaciones, que en su mayoría trabajan representaciones sociales acerca de lo que los varones dicen que debe ser un padre, dan cuenta de forma muy tangencial del entramado de relaciones en que se vive la paternidad y de los conflictos y dilemas de ser padre.

Otro punto a trabajar con mayor precisión y detalle es el tema de la *negligencia*. Adoptamos este término que en griego significa «negación del vínculo» porque resume la problemática del abandono, del descuido y las variadas maneras de no asumir la relación con los hijos e hijas.

De otro lado, resalta el papel primordial que otras instituciones juegan en la construcción de la paternidad. Este no es un fenó-

meno que ocurre exclusivamente dentro del ámbito de la familia o la parentela. La escuela, los medios de comunicación, las iglesias y el estado juegan roles cruciales ya que son los productores de discursos y representaciones sobre lo que es ser padre, son también vehículos de políticas dirigidas a propiciar o reprimir formas de relación paterno filial.

Además, es necesario esforzarse por entender la paternidad en términos relacionales. La paternidad y la maternidad no son hechos que ocurren aisladamente sino relaciones que deberían ser tratadas en términos dialógicos. De hecho, una interrogante que nos planteamos es hasta qué punto hemos manejado una representación de padre ideal que es en realidad una proyección de la imagen de madre ideal. Es decir, cuando los varones estudiados definen al padre ideal como amoroso cercano y participando en la crianza, podrían estar sumando al padre ideal las características de la madre. Ello supondría colocar exigencias imposibles de cumplir a los padres de hoy. De otro lado, la madre es un modelo social e históricamente construido que corresponde a la mujer encargada de los afectos, especializada en el cuidado de la familia, etc., pero que ya no corresponde a los cambios que están ocurriendo en la situación de la población femenina. Precisamente, uno de los frentes de lucha de las mujeres es salir del encasillamiento de los roles domésticos. Así, es importante establecer una distancia crítica frente a las nuevas exigencias que se le plantean a los padres y contrastarlas con las posibilidades reales de los actores. No se trata de sumarle al padre tradicional las cualidades de la madre, sino de revisar las relaciones de género tradicionales.

Esto se conecta con otro aspecto pendiente en la agenda de investigación: el vínculo de poder implícito en la paternidad. Ser padre también es una marca de autoridad, que se hace presente en el poder que tienen sobre la madre, tal como en todos los aspectos en los que está incluido el género. La misma representación de padre ideal condensa precisamente las cualidades ideales de la masculinidad: autoridad, saber, control de recursos y reconocimiento social. El padre no es solo una figura sino la personificación del patriarca.

Un tema siempre en debate, pero poco estudiado sistemáticamente, es el caso de las paternidades en situaciones críticas: los padres separados, los padres en condición de pobreza, los padres involucrados en situaciones delincuenciales, las relaciones de paternidades entre parejas con una gran distancia inter-clase o inter-étnica, el incesto, las relaciones con padrastros. Todos estos temas están codificados como cruciales por el sentido común pero necesitan ser estudiados y desarrollados sistemáticamente.

En la identificación de temas a investigar, siempre está presente el de la paternidad y la maternidad adolescente. Se ha enfocado bastante la segunda pero se conoce mal y poco la primera.

Una cuestión más general inquiere acerca de qué es lo que está cambiando en la práctica y representación de la paternidad, cuáles son los rasgos más importantes en este clima de constante crítica a la imagen del padre tradicional. Ya hemos mencionado el impacto de la urbanización, la democratización, la degeneración, etc., pero es necesario trabajar estos temas de manera más sistemática. Los estudios cualitativos deben entrar en diálogo con trabajos macro que permitan establecer con más precisión cómo se relacionan estos temas.

También ha sido señalado el hecho de que en la actualidad los vínculos paterno y materno enfatizan el lazo filial y sanguíneo del padre con los hijos y la madre con los hijos. Aparentemente está ocurriendo un cambio desde una manera de vivir el vínculo padre-hijos y madre-hijos como una alianza, es decir, como la constitución de una parentela que une a las familias de origen de ambos padres y de la cual los hijos pasan a formar parte, para poner el acento en la relación que el padre tiene con los hijos. Así, la relación conyugal con la esposa y de afinidad con los cuñados, suegros etc., están perdiendo énfasis a favor del lazo filial entre padres e hijos. Si este fuera el caso, significaría cambios drásticos en la estructura familiar y social de las sociedades latinoamericanas.

### 3. Tareas

En lo referente a las tareas que se nos plantean, ellas están asociadas a políticas públicas. Sin embargo, las sugerencias que presentamos sobre estas últimas vienen con una señal de alerta ya que, en el estado de conocimientos y de investigación actuales, se puede correr el riesgo de generalizar sentidos comunes expertos que son tan sesgados como cualquier otro sentido común. Por tanto, si bien se plantea la necesidad de hacer recomendaciones para la acción, se debe tener en cuenta que son ideas aún muy preliminares.

Una primera tarea que se desprende de las líneas y estrategias trabajadas es proponer cambios a nivel legislativo. Por ejemplo, se puede desarrollar el tema de la custodia compartida o negociada, el cuidado infantil no solo desde una perspectiva que penalice a los padres sino desde los servicios que pueden ser ofrecidos, del apoyo a nuevas formas de paternidad y paternidad y de facilitar la presencia de los varones en el parto, la crianza y la vida de los hijos

Un segundo tema a trabajar consiste en la revisión de la imagen de padre que se transmite en los medios de comunicación y preguntarse en qué medida está apoyando mensajes nuevos o está reciclando la imagen tradicional. La aparición de nuevas representaciones donde se muestran padres cariñosos, amorosos, no necesariamente implica cambios profundos en los roles paternos y maternos. Así, por ejemplo, un padre cariñoso no necesariamente toma parte de las tareas domésticas y puede establecer relaciones autoritarias con la esposa y los hijos. Es relevante interrogarse sobre el papel que los investigadores están jugando como transmisores de estos mensajes.

Otro punto importante es revisar los sesgos sexistas hacia los varones en los programas de salud y educación dirigidos a las mujeres. Si bien los planes de apoyo a las mujeres resuelven necesidades inmediatas, a largo plazo han tendido a incentivar la deserción masculina y la hostilidad entre varones y mujeres. Por ejemplo, los programas de salud reproductiva y cuidados maternos dirigidos solo a la

población femenina a menudo refuerzan la indiferencia o falta de participación del varón. Entonces, se torna cada vez más importante trabajar con el padre y la madre desde una perspectiva de género de manera que la paternidad se viva como una relación que se construye en común.

Por todas estas consideraciones, se aprecia que las investigaciones están en una etapa inicial. Muchos temas han sido puestos al descubierto, pero resta aún llevar a cabo investigaciones empíricas que examinen a profundidad las maneras concretas en las paternidades y las maternidades son vividas y el complejo mundo de relaciones en las que están inmersas.

## PLENARIA PÚBLICA



## Plenaria pública

*Bonnie Shepard*

Voy a responder a la pregunta de cómo abordar la paternidad en parejas homosexuales. Realmente solo puedo tratar este tema desde mi experiencia personal con personas que conozco en Estados Unidos, es decir, no lo he estudiado de manera académica. Hay bastante controversia en trabajos escritos y en los medios de comunicación, sobre todo en ese país, y es muy frecuente que parejas de lesbianas adopten niños o ese país por inseminación artificial. En mi ciudad, hay muchísimos niños que son hijos de parejas lesbianas y la verdad es que todos los estudios sobre estos niños y estas familias no muestran ninguna diferencia en el bienestar de los hijos. Claro que en muchos ambientes es una idea todavía controvertida, pero hay una creciente aceptación de esta variedad. Primero, se dio que una mujer al separarse del marido y obtener la custodia de los hijos se enamoró y formó pareja con otra mujer. Luego, entre mujeres más jóvenes, surgió la idea, después de tener una pareja estable por varios años, de formar familia y tener hijos. Entonces, es un hecho abordado en el movimiento gay como un derecho de las personas a la paternidad sin discriminación por orientación sexual. Es menos frecuente, por razones de prejuicios, encontrar este caso en parejas de hombres, porque hay estereotipos del hombre violento o violador. Los varones gay obviamente no son más abusivos que los hombres heterosexuales, pero es generalmente por la vía de la adopción que se forma la familia constituida por dos hombres.

Esta pregunta se refiere al tema de las madres adolescentes en el ámbito de América Latina y del Perú. Ustedes saben que la fecundidad de las niñas adolescentes se mantiene alta, incluso ha crecido un poco, dentro del total de nacimientos un porcentaje bastante significativo está compuesto por madres adolescentes. Frente a esto hay distintas perspectivas. Una es la biomédica que lo considera como un problema de salud porque el embarazo adolescente es riesgoso. De otro lado, es un problema social debido a la falta de condiciones de los jóvenes de asumir la carga familiar, etc. Sin embargo, lo que nosotros hemos visto desde la experiencia y de las necesidades concretas de mujeres, particularmente en sectores pobres, es que la maternidad es una manera de construir futuro, es una manera de tener un proyecto de vida. Entonces, el tema del embarazo adolescente, si bien es una realidad extendida y tiene muchas consecuencias en distintos planos, merece ser analizado y estudiado en una forma más integral. Aquí hemos tenido la oportunidad de conocer algunos resultados de investigación muy interesantes. Es totalmente distinto cómo se recibe el embarazo adolescente en sectores medios y medios altos de cómo se vive en sectores populares. En los primeros, altos más bien, hay un rechazo, se busca entregar el hijo en adopción o se presiona por un aborto, se trata de no asumir esa realidad.

Estos son temas que han aparecido, por eso los hemos puesto como parte de la agenda, nos parece extraordinariamente importante analizarlos. Sin duda los datos muestran que, cuando se produce este embarazo, se interrumpe lo que podría ser una carrera profesional, completar los estudios de las niñas en los colegios y eso tiene consecuencias. Sin embargo, no se puede estudiar solo desde ahí; hay que mirar el conjunto de factores que están interviniendo en el hecho de que se produzcan los embarazos adolescentes.

No obstante, los estudios se han centrado más bien en madres adolescentes y no se han centrado en lo que son los padres adoles-

centes, que son los padres, en una proporción importante, de los hijos de esas madres adolescentes. En estos casos, hay también una construcción de un proyecto de vida, de completar una masculinidad, de construir un futuro también a partir de ese hijo.

*Javier Alatorre*

Aquí hay una pregunta sobre cómo se vive la paternidad y cómo los padres se están involucrando más en la crianza y la formación de los hijos. En algunos de los trabajos que se presentaron, en esta reunión y en mi propio trabajo, encontrábamos que los padres se relacionan con los hijos de maneras muy diversas y a veces contradictorias. Fundamentalmente, la cuestión de la autoridad organiza la relación con los hijos, que normalmente es jerárquica y que puede llegar hasta expresiones de violencia. También aparece la forma de ser padre como proveedor, mantener, cuidar del mantenimiento de los hijos en forma material, como protector, también a través de relaciones amorosas, afectivas con los hijos, de relaciones lúdicas, de poder jugar y compartir con ellos la vida cotidiana. Aunque no es muy generalizado, también hemos encontrado, dependiendo del contexto particular, de la relación y del arreglo familiar, situaciones en que los hombres llegan a hacerse cargo, de los hijos, del baño, del alimento, de la escuela, etc. Otra forma de relacionarse con los hijos es a través de la formación, de la educación, de la transmisión de valores, de ser un modelo, de apoyarlos en la escuela. Una de las cuestiones más o menos polémicas que se discutieron aquí en la reunión fue si se está cambiando o no se está cambiando, o si todavía no se ha estudiado bastante y no sabemos si hay una diversidad en la forma en que se vive la paternidad o si era de una manera y ahora es de otra manera. Al respecto, yo creo que falta investigación todavía es un poco problemática.

*José Olavarría*

Para responder la pregunta de qué proporción de los investigados son varones y cuántos son mujeres, cabe señalar que, en general, los estudios realizados en Perú, en Colombia y en Chile, que se realizaron en el mismo año, fueron hechos con varones pero en las muestras de cada país hay diferencias en los grupos de edad y en la condición socio-económica. En algunos casos, estudiamos sectores medios, en otros estudiamos varones de sectores populares. En el caso de México, Javier Alatorre ha estudiado hombres y mujeres en paralelo. Pero, también quienes trabajaron en Perú, Colombia y Chile han realizado investigaciones con mujeres o han tenido material de investigaciones de mujeres para ser compartidos.

*Benno de Keijzer*

Recibí una pregunta interesante que tiene que ver con una de las situaciones de paternidad que son cada vez más frecuentes, sobre todo en la ciudad, aunque también se empieza a ver en algunas zonas rurales. Dice «¿de qué forma un padre puede continuar su rol sin perjudicar la formación de sus hijos ante una situación de padres separados conflictivamente?» Aquí subrayé dos o tres veces el tema de la separación conflictiva; lo subrayé porque es frecuente que los hijos se conviertan en botín en el momento de la separación de la pareja. A veces, los padres intentan establecer alianzas y a los pequeños o adolescentes se los pone en situación de tener que escoger aliarse con papá o con mamá. Este conflicto es fuerte y es bastante frecuente. Desde una perspectiva un poco más amplia de lo que es la masculinidad, gran parte del conflicto tiene que ver con la forma en que rompemos con la pareja. Tengo la impresión de que aquí, por lo menos en el ámbito de lo que es el Perú urbano, también sucede que los hombres tendemos a romper cuando ya estamos iniciando una relación de pareja con otra mujer. Entonces, lo digo medio en broma

pero bastante en serio, *pasamos de la prójima a la próxima*. Gran parte del conflicto viene de no poder plantear una separación tajante cuando yo ya no se desea vivir con el otro, si vivo en soledad un tiempo para después formar pareja, sino que ya se está con un pie en otra relación. Hay muchos estudios que muestran cómo la relación con los hijos de la pareja anterior se va debilitando progresivamente, ese es uno de los grandes problemas. ¿Cómo continuar este rol paterno? Yo creo que en ese proceso de separación es necesario plantearse seriamente que el vínculo con la pareja puede ser temporal pero que la paternidad es permanente, es un vínculo que mantendremos aun siendo padres ausentes de esos niños o niñas. Muchos en el momento del conflicto sienten mucho temor de perder el vínculo con los hijos, pero si uno se mantiene ahí, de parte esos niños, esas niñas, si hubo un lazo anterior, eso va a ser importante y se puede ir recuperando paulatinamente. Pienso que la palabra clave aquí es la negociación, el desarrollo de la capacidad de negociar esa nueva situación y retomaría lo que se había dicho hace rato, de buscar fórmulas de custodia compartida, incluso en el ámbito legal en nuestros países en donde algunas legislaciones plantean juicios muy fuertes si se queda con la mamá o con el papá, o tienden a favorecer a la mamá por razones supuestamente biológicas: se presume que la mamá, por ser mujer, va a cuidar mejor a los hijos. Tendencialmente es cierto, pero no es así en todos los casos. Entonces, deberíamos buscar fórmulas de custodia compartida de los hijos que permitan renegociar la relación. La custodia compartida en muchos casos se negocia de tal forma que los niños están con la mamá entre semana, están con el papá el fin de semana y en vacaciones; pero eso se presta también a una serie de problemas porque los hijos tienden a glorificar a ese papá que los lleva al cine, les compra regalos, los lleva al parque y la mamá es la que está en la friega diaria de levantarlos, llevarlos a la escuela, levanta tu ropa, es la desfavorecida. Como se ve, se dan situaciones también bastante conflictivas. Bonnie Shepard nos hablaba de otras formas de compartirlo realmente media semana y media semana, para que también a los papás nos toque esa otra parte de la crianza.

*Ondina Fachel Leal*

Lo que preguntan aquí es cómo se puede integrar estas concepciones de sexualidad, paternidad y equidad de género con las creencias religiosas. En primer lugar, creo que depende de la concepción religiosa, sabemos muy bien que existen varias. Pero aquí se refieren a la iglesia católica. Ahora bien, dentro del catolicismo existen diferentes posiciones al respecto, por ejemplo la teoría de la liberación es mucho más próxima a los movimientos populares y, en el caso de Brasil, hay avances increíbles con relación a la incorporación de una propuesta de equidad de género. Claro, es muy difícil que estos movimientos de base modifiquen a las jerarquías de la propia Iglesia donde no existe equidad de género y tiene una visión más bien rígida de las diferencias entre los varones y mujeres. Pero corresponde a los fieles de cada una de las diferentes religiones plantear eso dentro del ámbito de sus propias creencias, debatirlo y combatirlo, si es necesario, dentro de su propia fe.

*Mara Viveros*

Recibí dos preguntas. Voy a comenzar por la segunda que inquiría si la construcción social de paternidad puede ser entendida también por las raíces culturales en las que se forma la familia. Como está dirigida a «Mara Viveros de Colombia», respondo en relación con lo que conozco de Colombia. Efectivamente, en ese país, con la nueva constitución de 1991, se hizo un reconocimiento explícito de que se trata de un país multicultural, pluri-étnico y ya hace un buen rato que dejamos de hablar de una sola forma familiar. Es decir, hablamos de forma familiares diversas, se habla más o menos de cinco culturas regionales, por supuesto hay más, pero se distinguen cinco grandes áreas culturales. En cada una de ellas, existen formas familiares predominantes. Cuando se habla por ejemplo de la zona del Pacífico y las familias negras se habla de familias matricentradas, aunque tam-

bién esto está en discusión. Una de las reflexiones que presenté en esta reunión fue la necesidad de ir modificando ese lugar de padre ausente que se le ha asignado al hombre negro en Colombia. También existen familias como la santanderiana, en la cual la ideología de la virilidad es muy fuerte y el honor y la virginidad son temas importantes. En cambio, esos mismos temas tienen poco valor en las culturas caribeñas y del Pacífico. La zona andina, de su lado, tiene sus propias particularidades. Estos son ejemplos que muestran que, efectivamente, las formas familiares tienen una relación directa con la construcción social de la paternidad y la masculinidad.

La otra pregunta es más general: «¿por qué el tema de género se ve como una confrontación y por qué no se toma en cuenta el aspecto relacional?». Creo que podría responder sencillamente que eso tiene que ver con la forma en que se ha mediatizado el tema. Durante mucho tiempo; entendimos género como femenino, es decir cuando se hablaba de perspectiva de género simplemente pensábamos que bastaba con incluir a las mujeres y, en general, cuando se pensaba en las mujeres se pensaba en la mujer en singular, lo que las mujeres tenían en común, es decir su situación de dominadas, de oprimidas por los hombres. Eso da lugar a enfatizar el aspecto de confrontación. Yo creo que eso ha sido superado y que ahora se acentúa más las diferencias entre las mujeres que lo que tienen en común. Aunque es cierto que comparten mucho, también son bastante distintas entre sí. Además, se acentúa mucho, por supuesto, el aspecto relacional del concepto de género. En otras palabras, lo femenino con lo masculino y la paternidad con la maternidad, están íntimamente ligados y creo que también eso ha sido como uno de los temas recurrentes en esta conferencia.

*Teresa Valdés*

Intentaré responder una pregunta muy relacionada con esa que dice «¿en qué país en el ámbito latinoamericano se ha podido observar

mayores problemas a nivel de género?». Lo primero que tengo que decir es que existe una tremenda heterogeneidad y que las situaciones son muy particulares según clases, sectores urbano o rural, etnias, generaciones; hay tremendas diferencias. Sin embargo, hay algunas tendencias comunes que es pertinente rescatar como es el caso de la inserción de las mujeres en el mercado laboral, donde las diferencias en la calidad y el tipo de empleo. Lo que hacemos las mujeres está tremendamente marcado por las definiciones tradicionales del ser mujer y ser hombre y se traduce también en la parte más dolorosa, en las diferencias salariales. En todos los países de América Latina, si las mujeres llegamos a ganar el 70% de lo que gana un hombre por el mismo trabajo en las mismas condiciones, es mucho. Existen diferencias que se agudizan a medida que asciende el nivel educativo. Las mujeres vamos mejorando los niveles educacionales en toda la región, en todos los países; pero eso no se refleja en los salarios, a mayor es el número de años de escolaridad de hombres y mujeres, mayor es la diferencia entre salarios. A nivel educativo, vemos cada vez mayor igualdad con los varones, las matrículas son muy parecidas a nivel básico, secundario y a nivel universitario se están homogeneizando mucho, incluso en algunos casos hay más matrícula femenina que masculina. No obstante, cuando uno analiza qué estudian las mujeres, cómo se define y qué estudian los hombres, vemos que todavía hay tremendas diferencias que se traducen después en la inserción en el mercado laboral y, por lo tanto, en las remuneraciones. Otro aspecto tremendamente discriminatorio tiene que ver con la no presencia de mujeres en puestos de decisión y eso es sistemático, las variaciones entre países no son muy significativas. Ha habido acción y eso sí es común en América Latina: la acción organizada de las mujeres que va permitiendo disminuir esas diferencias. Concretamente se ha dado la ley de cuotas. El caso más exitoso ha sido el de Argentina, porque ha significado más que duplicar la presencia de mujeres en la Cámara de Diputados; pero, incluso en una sociedad en que las mujeres son casi el 40% de la fuerza de trabajo urbana, si las mujeres llegan a un 20% en puestos de deci-

sión, es mucho. Eso significa un déficit enorme en lo que es el aporte de las mujeres y en su ciudadanía plena. Eso es común para todos los países; sin embargo, cuando miramos situaciones particulares, no es lo mismo nacer india en un país como Chile donde se ha desconocido que existe la población indígena, que nacer en un centro urbano, nacer en Lima, nacer en Sao Paulo o nacer en Buenos Aires; son experiencias de vida extraordinariamente distintas. Por ejemplo, si bien todas las mujeres han disminuido su fecundidad, las que más la han disminuido son las que viven en sectores urbanos y todavía tenemos mujeres que están teniendo cinco o siete hijos. Eso significa que sus posibilidades de desarrollar una vida más allá de la maternidad están limitadas. Esa sería una respuesta hiper sintética.

*Matthew Gutmann*

Aquí tengo una pregunta «habiendo leído algunos artículos tuyos, la cuestión del machismo sigue vigente en nuestros países, México, Santa Domingo, Perú, entonces ¿cómo replantear las relaciones de género en este aspecto?»

Me parece importante decir que la palabra machismo es muy interesante porque se usa en todas partes del mundo hoy en día para designar desigualdad de género. Eso no quiere decir que la cultura latinoamericana tiene influencia en todas partes, pues la desigualdad entre hombres y mujeres existe en cualquier lugar del mundo. Me parece importante porque a veces es muy fácil pensar que el machismo y la desigualdad provienen de una cultura muy antigua de América Latina, que llegó a América Latina con los españoles, según algunos los de Andalucía, hace quinientos años. Me parece importante matizar al asunto porque no es porque se nace en un continente en particular que los hombres van a tener algo genético que tiene que ver con relaciones de desigualdad. Me parece importante enfatizar otra vez que resolver los problemas de desigualdad tiene que ver con todo lo que está pasando aquí en esta conferencia, con todos los

que están estudiando y trabajando sobre los asuntos de masculinidad entre otras cuestiones para aprender lo que está pasando en casos particulares, específicos, en términos de clases, grupos étnicos, etc., y para desarrollar proyectos para cambiar la situación.

*Benno de Keijzer*

A mí me llegaron preguntas que prácticamente serían temas para próximas conferencias, porque una es «¿qué significa ser macho en una sociedad globalizada, segmentada?». Esto va muy en relación con lo que ya adelantó Matthew Gutmann. Yo coincido con él. No lo mencionó en este momento pero él muestra en sus estudios, y lo hemos visto también en México, creador y exportador a través del cine y de la música de la imagen del macho, que el macho es una figura que tiende a ir en retirada incluso entre los hombres. Aunque existe como una posibilidad, existe como un anhelo, como un otro yo, un número creciente de grupos de hombres van tomando distancia con respecto a esta noción clásica del macho como una forma de ser hombre, especialmente grosero, borracho, parrandero y jugador. Aun así, hay autores que rescatan todavía niveles importantes de desigualdad en las relaciones entre hombres y mujeres.

Realmente no entiendo totalmente la pregunta «¿qué significa ser macho en una sociedad globalizada?». Lo que planteamos, por lo menos alguna de las gentes que trabajamos sobre esta dimensión, es que no se trata de crear un modelo nuevo de ser hombre, no tenemos ese modelo pre-concebido, de *útese y estrénese* en la próxima vez que veamos a nuestra pareja, a nuestra familia. Planteamos la posibilidad de la reflexión, la necesidad de que los hombres empecemos a reflexionar sobre cómo somos, la necesidad de la construcción de relaciones de equidad, no solo con las mujeres sino también entre los hombres y la flexibilización de nuestras relaciones, el acceso hacia lo humano; empezar a cuestionar todos estos aspectos que van desde los tornillos y las tuercas hasta los astros en donde todo

está clasificado en masculino y femenino, y retomar toda una serie de cuestiones que se nos han negado también a los hombres (aunque la negación ha sido más fuerte hacia las mujeres).

La siguiente pregunta, que también sería tema para una conferencia, es «¿cómo rescatar lo tradicional en América Latina con respecto al enfoque de género?». No creo que esto venga de las conclusiones porque no se habló en estos dos días de cómo rescatar lo tradicional. Por lo menos desde nuestra experiencia de trabajo en educación popular, se habla mucho de la recuperación crítica de lo tradicional, de no pasar por encima de lo tradicional ciegamente y acabarlo con una modernidad así cabalgante que arrasa con todo. Pero tampoco se trata de la recuperación romántica de todo lo tradicional. ¿Queremos recuperar ciertas formas autoritarias, ciertas formas de violencia que se dan mucho también aquí en la región andina como conductas tradicionales? Se habló en la mañana, por ejemplo, de la participación de los hombres en el parto y de cómo los servicios de salud van expandiendo su capacidad de atender a la población y, al hacerlo, dado que son capaces de atender a las madres de una forma más técnica, van desplazando a los padres. Dentro de veinte años vamos a estar inventando programas de participación masculina en el parto en el medio rural cuando es una situación que tenemos en este momento y que la modernidad, la expansión de los servicios de salud, está empezando a hacer a un lado. Entonces, la recuperación de lo tradicional debe ser pensado bastante bien. Finalmente, no somos los expertos los que decidimos eso sino es un proceso de reflexión participativa en donde las diferentes comunidades también van a ir rescatando, recuperando, reinterpretando, reinventando lo tradicional a su manera.

*Matthew Gutmann*

No quiero entrar en la competencia en cuanto al machismo global pero en tanto uno de los gringos aquí presentes me toca enfatizar

que hoy en día ya no es Jorge Negrete el personaje importante en cuanto al machismo global sino alguien como Rambo y no lo encontramos solamente en las películas sino en el mismo gobierno *gringo*. Ningún gobierno en la historia del mundo ha lanzado tantos bombardeos contra el resto del mundo en comparación con los Estados Unidos. Entonces, tiene una reputación bien ganada.

*Javier Alatorre*

Yo solo quisiera plantear dos o tres ideas más que creo que compartimos en la reunión y que es importante dejar claras cuando uno habla de paternidad y de masculinidad. Una, que es muy importante, es que la paternidad no es natural, no es un hecho biológico. La paternidad es un hecho simbólico que se establece y se construye a nivel individual, a nivel social y a nivel cultural. No es engendrar, se tiene que construir a través de un acto simbólico. Porque naturalizarla, el decir que la paternidad es natural trae muchos problemas, justifica muchas desigualdades, muchas iniquidades y justifica la violencia, la autoridad, etc. Por otro lado, la relación entre paternidad y masculinidad para mí es especialmente importante porque creo que ninguna existe por fuera de lo que hacemos, de lo que sentimos y de lo que pensamos cotidianamente en cualquiera de nuestros espacios. Creo que la paternidad es un lugar donde se construye y se reproduce la masculinidad, se reproducen las iniquidades y donde, estructuralmente, los hombres mantenemos una situación de poder y control sobre los demás. Por último, me parece que una acción en el sentido de la transformación que es una de los puntos que nos ocupaban en la reunión. Es, como decía Benno de Keijzer, que no tenemos un nuevo modelo de paternidad que estemos diseñando y que va a tener características ya definidas. Pienso que es importante intentar borrar las fronteras que hay entre hombres y mujeres, entre padres y madres. Eso nos permitirá negociar y transformar las relaciones en los espacios cotidianos.

Una de las cuestiones que conversamos y que fue ampliamente debatida, no solo con relación a los hombres jóvenes sino a las diferencias que podía haber entre los hombres, fue la de si es real que los hombres jóvenes 25 a 39 años que son padres juegan su rol de modo diferente que aquellos mayores. En primer lugar, en general entendemos por hombres jóvenes hasta los 24 años o hasta 29 años. Ya los hombres de más de 29 años se consideran adultos. Si nos situamos en el ámbito de los hombres jóvenes adolescentes y hombres jóvenes, cómo bien decía Norma Fuller en las conclusiones, encontramos que, en general, en estos como en todos los varones, las representaciones de lo que es el *deber ser* de padres, lo que es la paternidad, son muy parecidas a las de los adultos. Pero es en este grupo donde se expresan con más fuerza estas nuevas demandas de la paternidad como son la cercanía, la intimidad, la relación horizontal. Lo que sí hemos aprendido es que entre los hombres en general y también entre los hombres jóvenes hay una gran diversidad. Es decir, no todos somos iguales y los hombres iguales no son todos iguales. Hay diferentes formas vivir la paternidad y no necesariamente tener hijos lleva a sentirse padre. De otro lado la paternidad, especialmente entre los jóvenes y adolescentes, está muy asociada a esta forma de masculinidad que hemos denominado la del macho que trata de exacerbar cualidades asociadas al dominio, la violencia, etc. Entre los más jóvenes, muchas veces ser varón se asocia con poseer mujeres, penetrar mujeres. Así, a menudo los jóvenes se convierten, queriendo o no queriendo, en padres. Este es un tema muy importante que será también motivo de otra conferencia como bien dice Benno de Keijzer, qué es la paternidad entre los adolescentes y los varones jóvenes. Es un ámbito que requiere mucho más estudio. Asimismo, en esa edad es más posible plantear cuestionamientos a las formas que han sido hasta ahora de mayor ejercicio de poder de los hombres hacia las mujeres y de los padres hacia sus hijos.

*Norma Fuller*

Yo me quedo con una pregunta que corresponde al Perú: «¿por qué en nuestro país no se cumple la ley en cuanto a la paternidad responsable como en otros países en que hay una trabajadora social que verifica que los padres cumplan en darles a los hijos una calidad de vida, por lo menos en lo más esencial, alimentación, salud, vestido, educación y si no lo hacen se los quitan y el estado se hace cargo? ¿Por qué se consciente que el Estado permita estos abusos?»

Esta es una pregunta que tiene muchas puntas. Las respuestas más concretas son que nosotros no tenemos un sistema de seguridad social que pueda cubrir dichas necesidades porque no existen recursos suficientes para montar un seguimiento casi personalizado de los niños y de los ciudadanos y que en el aparato Estatal no existe suficiente conciencia o suficiente sensibilidad frente a esta dificultad. Creo que este es un tema extremadamente problemático en términos físicos y morales porque los sistemas que se proponen perseguir y castigar a los padres que no asumen a sus hijos suponen una tremenda vigilancia policial sobre las personas y ese es un tema éticamente controvertido. Por ejemplo, Ronald Mincy ha estudiado esta problemática en los Estados Unidos y muestra que los padres que no cumplen con sus funciones paternas a menudo viven en condiciones de pobreza y no tienen posibilidades de cumplir con su deber de proveedores. Este problema es común entre las minorías afro-americanas y latinas que ya viven en condiciones muy difíciles. Por ejemplo, la tercera parte de los jóvenes negros urbanos ya ha pasado por la cárcel. Si se va a seguir penalizando a estas poblaciones vamos a caer en sistemas tremendamente punitivos y no vamos a resolver el problema de la falta de asistencia a los hijos. Lo que se está tratando de hacer es crear programas que ayuden a los padres a proveer o a revertir conductas inadecuadas. Yo creo que en esa dirección debe ir una política de género, no se trata de crear víctimas y bandidos sino de atacar la raíz del problema y trabajarlo de una manera relacional.

Para concluir quiero señalar que les hemos respondido a estas preguntas pero supongo que muchas otras seguirán bullendo en sus cabezas, así que concluiremos diciendo que la paternidad y la masculinidad son buenas para pensar. Muchas gracias por todo.



**AUTORAS, AUTORES  
Y COMENTADORAS**



## Autoras, autores y comentaristas

**Norma Fuller.** Psicóloga y Ph.D. en Antropología (Universidad de Florida, Gainesville). Es profesora principal del Departamento de Ciencias Sociales y coordinadora de los Estudios de Post-Grado en Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha publicado *Identidades Masculinas. Varones de clase media en el Perú* (Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997), *Dilemas de la femineidad. Mujeres de Clase media en el Perú* (Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1993), y diversos artículos sobre identidad femenina y masculina. Es investigadora principal y coordinadora del proyecto «Significados y Prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú».

**Mara Viveros.** Economista y doctora en Antropología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS), París. Profesora asociada e investigadora en el Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá. Co-autora y editora de los libros *Cuerpo, diferencias y desigualdades* (Universidad Nacional de Colombia, 1999), *Mujeres, Hombres y Cambio Social* (Universidad Nacional de Colombia, 1998), *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (Tercer Mundo, Ediciones Uniandes, Universidad Nacional de Colombia, 1995), *Mujeres Ejecutivas: dilemas comunes, alternativas individuales* (ECOË, Ediciones Uniandes, 1995). Es investigadora principal del proyecto de investigación «Significados y prácticas de Paternidad, el caso de los sectores medios colombianos».

**José Olavarría.** Sociólogo, investigador del área de Estudios de Género de FLACSO-Chile. Es autor de *Deseo, placer y poder: cuestiones en torno a la masculinidad heterosexual* (en edición) y co-autor de *Los padres adolescentes* (FLACSO-Chile, UNICEF, 1999), *Ser Hombre: identidades, estereotipos y cambios*, *Sexualidad en jóvenes universitarios* (Nueva Serie FLACSO-Chile, 1997), *Masculinidades populares, varones adultos de Santiago* y *Masculinidades e identidad de Género en América Latina* (FLACSO-Chile, UNFAP, 1998). Es, además, co-editor de *Masculinidades y equidad de Género en América Latina* (FLACSO-Chile, UNFAP), *Masculinidades, Poder y Crisis* (Isis, FLACSO-Chile, 1997). Es Investigador principal del proyecto «Ser padre en Santiago de Chile».

**Javier Alatorre Rico.** Maestro en Psicología Social (Universidad Nacional Autónoma de México). Coordinador del Seminario de Masculinidad, del Programa Universitario de Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus principales publicaciones se encuentra «Repetición intergeneracional del Embarazo Adolescente y la Relación Madre-Hija» (En: M. de la Paz López (Comp.) *Hogares, Familias: Desigualdad, Conflicto, Redes Solidarias y Parentales*. México: Sociedad Mexicana de Demografía, 1996). Es co-autor de «El Embarazo Adolescente y la Pobreza» (En: P. Bonfil y V. Salles (comp). *Mujeres Pobres: Salud y Trabajo*. México: Gimtrap, 1998). Es Investigador principal del estudio «La incorporación de los hombres a las acciones de Salud Sexual y Reproductiva en México».

**Rafael Luna.** Maestro en Psicología Social (Universidad Nacional Autónoma de México). Ha colaborado en estudios sobre paternidad con adolescentes y sobre identidades masculinas.

**Benno de Keijzer.** Médico y Magíster en Antropología (Escuela Nacional de Antropología de México), candidato al doctorado en Salud Mental Comunitaria en la Universidad de Veracruz. Es miembro

fundador de la organización no-gubernamental Salud y Género. Es docente del Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana y de otras instituciones académicas, además de consultor en masculinidad de diversas instituciones.

**Ondina Fachel Leal.** Ph. D. en Antropología (Universidad de California, Berkeley). Es profesora titular del Programa de Post-Grado en Antropología Social de la Universidad Federal de Río Grande do Sul, Porto Alegre, Brasil y coordinadora del Núcleo de Antropología del Cuerpo y la Salud. Es autora, entre otros, de «Aborto: tensión y negociación entre lo femenino y lo masculino» (Susana Lerner (ed.) *Varones, sexualidad y reproducción*. México, D.F.: El Colegio de México, 1998), «Homens: Cultura Reproductiva y Sexualidade» (*Revista Estudos Feministas*, Río de Janeiro, 1998), «Sangue, Fertilidade e Práticas Contraceptivas» (Ondina Fachel Leal (org.) *Corpo y Significado: Ensaio de Antropología Social*. Porto Alegre: Editora de la Universidad, UFRGS, 1995), «Insultos Benzedeadas y Bruxas: Sexo, Género y Sistema de Cura Tradicional» (*Cadernos de Antropologia*. Porto Alegre: PPGAS, UFRGS, 1992).

**Matthew Gutmann.** Ph.D. en Antropología Cultural (Universidad de California, Berkeley) y profesor asociado en Brown University, Providence. Es autor de *The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City* (University of California Press, 1996 —versión en español, *Ser hombre de verdad en la ciudad de México: Ni macho ni mandilón*. El Colegio de México, 1999—). Ha publicado diversos artículos en inglés y en *Estudios Sociológicos* (México), *Alteridades* (México), *Anales del Museo Nacional de Antropología* (Madrid), *Horizontes Antropológicos* (Porto Alegre).

**Bonnie Shepard.** Master en Educación Multicultural (Universidad de Boston, Massachussets) y en Administración Pública con concentración en Salud Pública (Harvard University, Massachussets). Ha trabajado en el Programa de Desarrollo y Salud de la Mujer de la

Pathfinder Internacional y estuvo encargada del Programa de Salud Sexual y Reproductiva de la Región Andina y del Cono Sur de la Fundación Ford durante 1992-1998. Actualmente, es investigadora asociada del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Harvard, donde trabaja en próximas publicaciones sobre programas innovadores en salud sexual y reproductiva, los desafíos de la intervención en derechos sexuales y reproductivos y el impacto de la acción política de las redes de ONGs.

**Teresa Valdés.** Socióloga. Coordinadora del Área de Estudios de Género de FLACSO-Chile y coordinadora del proyecto «Ser padre en Santiago» y de la Red sobre Investigaciones en Masculinidad «Les Hechiceres» (Chile, Perú, Colombia). Es autora de *Venid benditas de mi padre, las pobladoras, sus rutinas y sus sueños* (FLACSO-Chile, 1989). Es co-editora y co-autora de *Masculinidades y equidad de Género en América Latina* (FLACSO-Chile, UNFAP), *Masculinidades Poder y Crisis* (Isis, FLACSO-Chile, 1997), *Chile. Salud sexual y reproductiva de los adolescentes* (informe nacional, FLACSO-Chile, 1997), *Género y política de población en Chile* (SERNAM, Santiago, 1995).

**Patricia Ruiz Bravo.** Magíster en Sociología (Pontificia Universidad Católica del Perú) y candidata al doctorado en Sociología en la Universidad de Lovaina, Bélgica. Es profesora asociada del Departamento de Ciencias Sociales y coordinadora del Diploma de Estudios de Género de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es editora de *Detrás de la puerta. Hombres y Mujeres en el Perú de hoy* (Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1996) y ha publicado extensamente sobre temas de género.



SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE  
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA  
PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA  
E-mail: [tareagrafica@correo.dnet.com.pe](mailto:tareagrafica@correo.dnet.com.pe)  
TELÉF. 424-8104 / 332-3229 FAX: 424-1582  
MARZO 2000 LIMA - PERÚ

Próximos títulos:

*Léxico de la norma culta  
de Lima*

Rocío Caravedo

*Historia de la Literatura  
Coreana*

(Colección Orientalia)

Lee Young Song  
y Ricardo Sumalavia  
(Traductores)

*La Construcción Social  
de la Realidad Carcelaria*

José Luis Pérez

*La Religión en el Perú  
al filo del Milenio*

Manuel Marzal,  
Catalina Romero  
y José Sánchez  
(Editores)

**E**l tema de la paternidad ha sido abordado, generalmente, desde una perspectiva más negativa que positiva; es decir, desde los problemas que genera la ausencia del padre y no planteando una reflexión en torno a su presencia. Por ello, esta publicación se propone divulgar los resultados de las investigaciones realizadas en Brasil, Chile, Colombia, México y Perú. Ellas se centran, específicamente, en el significado que tiene la paternidad para la población masculina, qué lugar ocupa en sus proyectos de vida y cuáles son las dificultades que enfrentan en esta tarea. Del mismo modo, exploran las modificaciones que se perciben debido a los cambios en el ámbito de la intimidad, como producto de una mayor horizontalidad en las relaciones entre jóvenes y adultos, y entre varones y mujeres; esto lleva al cuestionamiento de la autoridad paterna y a la demanda de muchos hombres jóvenes de participar más en el proceso de crianza y educación de los hijos, y de tener con ellos una relación afectiva más cercana.